

AUTOR: Tom Rob Smith.

TITULO: El niño 44.

AÑO: 2008.



CHERVOY

UCRANIA

UNION SOVIETICA

25 de enero de 1933

Como María había decidido morir, su gato tendría que arreglárselas solo. Ella ya se había ocupado de él mucho más de lo razonable. Hacía tiempo que las ratas y los ratones habían caído en trampas y servido de comida a la gente del pueblo. Los animales domésticos habían desaparecido poco después. Todos menos uno, aquel gato, su compañero, que ella había escondido. ¿Por qué no lo había matado? Necesitaba una razón para vivir; algo que proteger y querer..., una razón para sobrevivir. Se había prometido seguir alimentándolo hasta el día que no pudiera alimentarse ella misma. Aquel día había llegado. Ya había cortado sus botas de cuero en tiras, las había hervido con ortigas y semillas de remolacha. Ya había escarbado la tierra en busca de gusanos, había lamido cortezas. Aquella mañana, en un delirio febril, se había puesto a mordisquear la pata del taburete de la cocina, masticando y masticando hasta que las astillas le salían de entre las encías. Cuando vio huir a su gato, que se escondía bajo la cama, que se negó a aparecer incluso cuando ella se agachó, llamándolo por su nombre, intentando convencerle para que saliera, fue el momento en que María decidió morir. Sin nada que comer y nada que querer.

María esperó a la noche para abrir la puerta. Le pareció que, bajo el manto de oscuridad, su gato tendría más oportunidades de llegar hasta el bosque sin ser visto. Si alguien del pueblo lo veía, lo cazaría. Incluso en aquel momento, tan cerca de la propia muerte, la idea de que mataran a su gato le desagradaba. Se consoló sabiendo que el factor sorpresa estaba de su parte. En una comunidad en la que los hombres maduros rascaban puñados de tierra con la esperanza de encontrar hormigas o huevos de insectos, en que los niños escarbaban la mierda de caballo esperando encontrar cáscaras de grano sin digerir, y las mujeres se peleaban por la posesión de huesos, María estaba segura de que nadie iba a pensar que un gato pudiera seguir vivo.

Pável no podía creer lo que estaba viendo. Era extraño, delgado, con ojos verdes y una piel con motas negras. Era un gato, sin duda. Había salido a recoger leña cuando vio al animal salir disparado de la casa de María Antonovna, cruzar la carretera cubierta de nieve y dirigirse hacia el bosque. Aguantando la respiración, miró a su alrededor. Nadie más lo había visto. No había nadie por allí; no había luces en las ventanas. Espirales de humo, la única señal de vida, surgían de menos de la mitad de las chimeneas. Era como si la intensa nevada hubiera apagado el pueblo, extinguiendo toda señal de vida. La mayor parte de la nieve estaba intacta: apenas había pisadas y no se había excavado ningún camino. Los días eran tan

silenciosos como las noches. Nadie se levantaba para ir a trabajar. Ninguno de sus amigos salía a jugar; se quedaban en sus casas, donde sus familias se acurrucaban en las camas, formando hileras de ojos hundidos que miraban al techo. Los adultos habían empezado a parecer niños, y los niños, adultos. La mayoría había dejado de intentar buscar restos de comida. En aquellas circunstancias, la aparición de un gato era nada menos que un milagro; el resurgir de una criatura considerada extinta desde hacía tiempo.

Pàvel cerrò los ojos e intentò recordar la última vez que había comido carne. Cuando los abrió, seguía salivando. La saliva le corría por un lado de la cara en gruesas hileras. Se la limpiò con el dorso de la mano. Excitado, dejó caer el montòn de ramas y corrió hacia su casa. Tenía que contarle a su madre, Oksana, la increíble noticia

Oksana estaba sentada, envuelta en una manta de lana, mirando fijamente al suelo. Estaba totalmente inmóvil, ahorrando energía mientras intentaba pensar en el modo de mantener a su familia con vida; un pensamiento que ocupaba todas sus horas de vigilia y cada sueño inquieto. Era una de las pocas personas que no se habían rendido. Nunca se rendiría. No lo haría mientras tuviera a sus hijos. Pero la simple determinación no era suficiente, debía tener cuidado: un esfuerzo mal calculado podría significar cansancio, y el cansancio significaba, inevitablemente, la muerte. Algunos meses atrás, Nikolài Ivànovich, un vecino y amigo suyo, había decidido asaltar un granero del Estado, preso de la desesperación. No había regresado. A la mañana siguiente, la mujer de Nikolài y Oksana habían partido en su busca. Encontraron su cuerpo junto a la carretera, boca arriba. Un cuerpo esquelético, con el estòmago abombado y estirado; preñado de los granos crudos que había tragado en el momento de su muerte. Su mujer había llorado, mientras Oksana recogía los granos restantes de los bolsillos, repartiéndolos entre ambas. Cuando volvieron al pueblo, la mujer de Nikolài les había contado la noticia a todos. En lugar de làstima, sintieron envidia; lo único en lo que podían pensar era en los puñados de grano que poseía. Oksana pensó que era una necia honrada: las había puesto a las dos en peligro.

Aquellos recuerdos fueron interrumpidos por el sonido de alguien que corría. Nadie corría a menos que se tratase de una noticia importante. Se levantò temerosa. Pàvel entrò precipitadamente en la habitación y anunció sin aliento:

-Madre, he visto un gato.

Ella dio un paso adelante y cogió las manos de su hijo. Tenía que asegurarse de que no veía visiones: el hambre podía jugar malas pasadas. Pero su rostro no mostraba signo alguno de delirio. Su mirada era clara, y su gesto, serio. Tenía sòlo diez años y ya era un hombre. Las circunstancias le obligaban a olvidarse de su niñez. Casi con toda certeza, su padre estaba muerto, y si no era así, al menos si lo estaba para ellos. Se había marchado a la ciudad de Kiev con la esperanza de traerles comida. Nunca regresò, y Pàvel comprendió, sin que nadie tuviera que explicárselo o consolarle, que su padre jamás volvería. Ahora Oksana dependía de su hijo casi tanto como de ella misma. Eran compañeros, y Pàvel había jurado en voz alta que tendría éxito allí donde su padre había fracasado: se aseguraría de que su familia permaneciese con vida.

Oksana acariciò la mejilla de su hijo.

-¿Puedes atraparlo?

Èl sonriò, orgulloso.

-Si tuviera un hueso.

El estanque estaba helado. Oksana escarbò entre la nieve para encontrar una roca. Envolvió la roca en su chal para que el sonido no llamara la atención de nadie, amortiguándolo mientras abría un pequeño agujero en el hielo. Dejó la roca. Se preparò para enfrentarse al agua oscura y congelada y metió la mano, soltando un jadeo por el frío. Sòlo disponía de unos segundos antes de perder la sensibilidad en el brazo,

así que se movió deprisa. Su mano tocó el fondo y no agarró otra cosa que cieno. ¿Dónde estaba? Presa del pánico, se inclinó hacia delante, sumergiendo todo el brazo, buscando a diestra y siniestra, perdiendo la sensibilidad de la mano. Sus dedos acariciaron vidrio. Aliviada, agarró la botella y la sacó. La piel se le había vuelto de varios tonos de azul, como si la hubieran golpeado. No le importaba. Había encontrado lo que buscaba: una botella sellada con alquitrán. Limpió la capa de cieno que tenía a un lado y echó un vistazo al contenido. Dentro había un montón de pequeños huesos.

Al regresar a casa se encontró con que Pàvel había avivado el fuego. Calentó el precinto entre las llamas; el alquitrán cayó sobre las brasas en forma de pegajosas gotitas. Mientras esperaba, Pàvel, siempre atento a las necesidades de su madre, se fijó en la piel azulada y le frotó el brazo, para que recobrase la circulación. Cuando se fundió el alquitrán, ella puso la botella boca arriba y la agitó. Varios huesos se amontonaron en el cuello. Ella los sacó y se los ofreció a su hijo. Pàvel los estudió cuidadosamente, rascando la superficie y oliendo cada uno de ellos. Después de haber escogido uno, se dispuso a salir. Ella lo detuvo.

-Llévate a tu hermano.

Pàvel pensó que aquello era un error. Su hermano pequeño era torpe y lento. Y de todas formas, el gato le pertenecía a él. Él lo había visto y él lo atraparía. Sería su victoria. Su madre colocó un segundo hueso en la mano.

-Llévate a Andrèi.

Andrèi tenía casi ocho años y quería mucho a su hermano mayor. Casi nunca salía de casa y se pasaba la mayor parte del tiempo en el cuarto trasero, donde dormían los tres, jugando con una baraja de cartas. Las cartas las había hecho su padre con hojas de papel cortadas y pegadas, un regalo de despedida antes de marcharse a Kiev. Andrèi todavía esperaba su regreso. Nadie le había dicho que no había nada que esperar. Cuando echaba de menos a su padre, lo que sucedía a menudo, repartía las cartas sobre el suelo, ordenándolas por palos y por números. Estaba seguro de que si podía terminar el solitario, su padre volvería. ¿Acaso no era esa la razón por la que había dejado las cartas antes de marcharse? Por supuesto, Andrèi prefería jugar con su hermano, pero Pàvel no tenía tiempo para juegos. Estaba siempre ocupado ayudando a su madre y sólo jugaba con él a veces antes de acostarse.

Pàvel entró en la habitación. Andrèi sonrió, esperando que estuviera dispuesto a echar una partida, pero su hermano se agachó y recogió las cartas.

-Deja eso. Vamos a salir. ¿Dónde están tus "lapti"?

Andrèi entendió aquella pregunta como una orden, y se metió bajo la cama para coger sus "lapti": dos tiras cortadas de la rueda de un tractor y un montón de harapos que, unidos con cuerda, servían como un par de improvisadas botas. Pàvel le ayudó a atarlas con fuerza, mientras le explicaba que aquella noche tenían la oportunidad de comer carne, siempre y cuando Andrèi hiciera todo lo que le dijera.

-¿Va a volver nuestro padre?

-No va a volver.

-¿Se ha perdido?

-Sí, se ha perdido.

-¿Quién nos va a traer la carne?

-La vamos a atrapar nosotros mismos.

Andrèi sabía que su hermano era un experto cazador. Había atrapado más ratas que ningún otro muchacho del pueblo. Aquella era la primera vez que le pedía que le acompañase en una misión importante.

Afuera, en la nieve, Andrèi puso especial esmero en no caerse. A menudo se tambaleaba y tropezaba, pues para èl el mundo parecía borroso. Lo único que podía ver con claridad eran los objetos que se ponía muy cerca de la cara. Todo el mundo pensaba que era torpe, y èl pensaba que todos los demás veían el mundo como lo veía èl. Si alguien era capaz de ver a una persona en la distancia (cuando lo único que podía ver Andrèi era una mancha borrosa), èl lo achacaba a la inteligencia o a la experiencia, o a algún otro atributo que èl todavía no había desarrollado. Aquella noche no se caería y no quedaría como un tonto. Haría que su hermano estuviera orgulloso. Para èl, eso era lo más importante que la idea de comer carne.

Pàvel se detuvo a la entrada del bosque, arrodillándose para examinar las huellas del gato en la nieve. Andrèi pensó que su habilidad para dar con ellas era notable. Admirado, se agachò, observando a su hermano mientras èste tocaba una de las huellas de pata. Andrèi no tenía ni idea de rastrear ni de cazar.

-¿Es aquí por donde ha pasado el gato?

Pàvel asintió y mirò hacia el bosque.

-Las huellas son muy poco profundas.

Imitando a su hermano, Andrèi pasó los dedos por la marca de la pata, preguntando:

-¿Y eso què significa?

-El gato no es pesado, lo que significa que habrá menos comida para nosotros. Pero si tiene hambre, entonces hay más posibilidades de que lo atraigamos con el cebo.

Andrèi intentò asimilar aquella información, pero su mente se distraía.

-Hermano, si fueras una carta, ¿què carta serías? ¿Serías un as o un rey; una pica o un corazón?

Pàvel suspirò y Andrèi, herido por su imcomprensión, sintió que las lágrimas empezaban a formarse.

-Si te contesto, ¿prometes quedarte callado?

-Lo prometo.

-No podemos atrapar al gato si lo asustas.

-No dirè nada.

-Sería una sota, un caballero, el que tiene la espada. Y ahora, lo has prometido: ni una palabra.

Andrèi asintió. Pàvel se levantò. Se adentraron en el bosque.

Caminaron durante largo rato. Parecieron varias horas, aunque el sentido del tiempo de Andrèi, al igual que su vista, no era muy fino. Con la luz de la luna y el reflejo de la nieve, su hermano mayor parecía no tener demasiados problemas para seguir las huellas. Se habían adentrado mucho en el bosque, más allá de donde Andrèi había ido nunca. A menudo tenía que correr para no quedarse atrás. Le dolían las piernas, le dolía el estómago. Tenía frío, hambre, y aunque en casa no había comida, al menos no le dolían los pies. La cuerda que sujetaba los harapos a las tiras de rueda se había aflojado y sentía cómo la nieve entraba bajo sus suelas. No se atrevía a hacer parar a su hermano para pedirle que se la volviera a atar. Lo había prometido: ni una palabra. Pronto la nieve se derretiría, los harapos se empaparían y perdería la sensibilidad en los pies. Para apartar esos pensamientos de aquella incomodidad, rompió una rama de un arbolillo y mascò la corteza, hasta reducirla a una tosca pasta que se le hacía áspera a la lengua y a los dientes. Le habían dicho que la pasta de corteza mitigaba el hambre. Èl se lo había creído: era útil creèrselo.

De pronto, Pàvel le hizo un gesto para que se quedara quieto. Andrèi se detuvo a medio paso, con los dientes marrones por los trozos de corteza. Pàvel se echò al suelo. Andrèi hizo lo mismo, buscando en el bosque aquello que su hermano había visto. Entornò los ojos, intentando enfocar los árboles.

Pàvel se quedó mirando al gato, y èste parecía devolverle la mirada con sus ojillos verdes. ¿Què estaría pensando? ¿Por què no huìa? Quizá, oculto en casa de Marià, todavìa no había aprendido a temer a los humanos. Pàvel alcanzò su cuchillo, cortándose la punta del dedo y embadurnando con sangre el hueso de pollo que su madre le había dado. Hizo lo mismo con el cebo de Andrèi, una calavera fracturada de rata. Usò su propia sangre, porque no confiaba en que su hermano fuera capaz de reprimir un chillido y asustase al gato. Sin decir una palabra, los hermanos se separaron, tomando direcciones opuestas. Antes, en casa, Pàvel le había dado a Andrèi instrucciones precisas, así que no hacía falta hablar. En cuanto estuvieran a cierta distancia, a ambos lados del gato, colocarían los huesos sobre la nieve. Pàvel mirò rápidamente a su hermano, para asegurarse de que no estaba metiendo la pata.

Andrèi hizo exactamente lo que le habían dicho y sacò una cuerda de su bolsillo. Pàvel ya le había hecho un lazo en la punta. Lo único que tenía que hacer Andrèi era colocarlo alrededor de la calavera de la rata. Así lo hizo, y entonces se echò hacia atrás hasta donde se lo permitió la cuerda, tumbándose boca abajo sobre el suelo, oprimiendo y apelmazando la nieve. Se quedó esperando. Hasta ese momento no se dio cuenta de que apenas podía ver su propio cebo. Era una mancha. De repente, se asustò, y deseò que el gato fuera hacia su hermano. Pàvel no cometería ningún error; lo atraparía y podrían irse a casa a comer. Nervioso y con frìo, sus manos empezaron a temblar. Intentò recobrar el pulso. Pudo ver algo: una sombra que se acercaba a èl.

El aliento de Andrèi empezó a derretir la nieve que tenía frente a sì. Hilillos de agua corrían hasta èl y se le metían entre la ropa. Quería que el gato fuera en la otra direcciòn, a la trampa de su hermano, pero a medida que aquella mancha se acercaba, era màs evidente que el gato lo había escogido a èl. Por supuesto, si atrapaba al gato, Pàvel lo adoraría, jugaría con èl a las cartas y no se enfadaría nunca màs. Aquella idea le agradò, y su ànimo pasò del pánico a la expectaciòn.

Sì, sería èl quièn atrapase al gato. Lo mataría. Demostraría que valía. ¿Què había dicho su hermano? Le había advertido que no tirara demasiado pronto del cebo. Si el gato se asustaba, todo estaría perdido. Por aquella razòn, y por el hecho de que no podía estar totalmente seguro de dònde estaba el gato, Andrèi decidió esperar y asegurarse. Casi podía ver con nitidez el pelaje negro y las cuatro patas. Esperaría un poco màs, un poco màs... Escuchò a su hermano susurrar:

-¡Ahora!

Andrèi se asustò. Ya había escuchado aquel tono muchas veces. Significaba que había hecho algo mal. Entornò los ojos, concentrado, y vio que el gato estaba en mitad de su trampa. Tirò de la cuerda. Pero era demasiado tarde, pues el gato había saltado. El lazo había fallado. Aùn así, Andrèi halò de la soga en un gesto patético, esperando que, de alguna forma, hubiera un gato en el otro extremo. A sus manos llegó un lazo vacío y notò que la cara le enrojecía de vergüenza. Poseído por la ira, estaba dispuesto a levantarse y perseguir al gato y atraparlo, estrangularlo y aplastarle el cràneo. Pero no se movió: vio que su hermano permanecía tumbado en el suelo. Y Andrèi, que había aprendido a seguir siempre a su hermano, hizo exactamente lo mismo. Entornò la vista, esforzándose hasta que pudo ver còmo la difusa silueta negra se dirigía ahora hacia la trampa de su hermano.

El enfado ante la incompetencia de su hermano pequeño había dejado paso a la excitaciòn ante la imprudencia del gato. Los músculos de la espalda de Pàvel se tensaron. No había duda de que el gato había probado la sangre, y el hambre era màs fuerte que la precauciòn. Observò al animal, que se quedó a medio paso, con una pata en el aire, mirándolo fijamente. Contuvo la respiraciòn: sus dedos sujetaron con fuerza la cuerda y esperò, instando en silencio al gato a acercarse.

Por favor, por favor, por favor...

El gato saltò hacia delante, abrió la boca y atrapò el hueso. Anticipándose perfectamente, èl dio un tiròn a la cuerda. El lazo se estrechò alrededor de la zarpa del gato, atrapando la pata delantera. Pàvel se levantò de un salto, tirando de la cuerda para apretar el nudo. El gato intentò escapar, pero la cuerda lo mantenía bien sujeto. Hizo caer al animal al suelo. El bosque se llenò de maullidos, como si fuera una criatura mucho mayor la que luchaba por su vida, retorciéndose en la nieve, arqueando el cuerpo y tensando la cuerda. Pàvel tenía miedo de que el nudo se rompiera. La cuerda era delgada y deshilachada. Cuando intentò acercarse, el gato se alejó, quedando fuera de su alcance. Gritò a su hermano:

-¡Màtalo!

Andrèi seguía sin moverse, porque no quería cometer otro error. Pero ahora le estaban dando instrucciones. Se levantò de un salto y corrió hacia delante, tropezándose inmediatamente y cayendo de bruces. Levantò la nariz de entre la nieve y pudo ver al gato màs adelante, siseando, escupiendo y retorciéndose. Si la cuerda se rompía, el gato quedaría libre y su hermano lo odiaría para siempre. Pàvel gritò, con voz ronca y frenética:

-¡Màtalo! ¡Màtalo! ¡Màtalo!

Andrèi se levantò, tambaleándose, y sin tener muy claro lo que estaba haciendo, se precipitò hacia delante, abalanzándose sobre el cuerpo del gato que se revolvía. Quizá tenía la esperanza de que el impacto lo matase. Pero entonces, encima del animal, pudo sentir que el gato estaba vivo y retorciéndose bajo su estòmago, arañando los sacos de grano que habían cosido para hacerle una chaqueta. Andrèi, manteniendo el estòmago pegado al suelo para que el gato no escapara, mirò tras de sí, suplicando con la mirada a Pàvel que tomara las riendas.

-¡Sigue vivo!

Pàvel corrió hacia delante y se arrodillò, metiendo la mano bajo el cuerpo de su hermano menor, pero se topò con los mordiscos que propinaba la boca del animal. Le mordió. Sacò las manos de un tiròn. Ignorando la sangre de su dedo, se pasò al otro lado y volvió a introducir las manos, llegando esta vez hasta la cola. Sus dedos empezaron a subir por la espalda del animal. Desde aquella línea de ataque, el gato no podía defenderse.

Andrèi se quedó inmóvil, sintiendo la lucha que tenía lugar debajo de èl, notando còmo las manos de su hermano se acercaban cada vez màs a la cabeza del gato. Èste sabía que aquello significaba su muerte, y empezó a morder cualquier cosa que pudo encontrar (su chaqueta, la nieve), loco de miedo, un miedo que Andrèi podía sentir en forma de vibraciones en su estòmago. Imitando a su hermano, Andrèi gritò:

-¡Màtalo! ¡Màtalo! ¡Màtalo!

Pàvel rompió el cuello del animal. Durante un instante ninguno de los dos hizo nada. Se quedaron quietos, respirando profundamente. Pàvel descansò la cabeza sobre la espalda de Andrèi, apretando todavía fuertemente el cuello del gato con las manos. Finalmente sacò las manos de debajo de su hermano y se levantò. Andrèi se quedó sobre la nieve, sin atreverse a moverse.

-Ya puedes levantarte.

Ya podía levantarse. Ya podía estar de pie, hombro con hombro con su hermano. Podía sentirse orgulloso. Andrèi no le había decepcionado. No había fallado. Levantò la mano, cogió la de su hermano y se puso también de pie. Pàvel no podía haber atrapado al gato sin su ayuda. La cuerda se habría roto. El gato habría escapado. Andrèi sonrió y después se riò, dando palmas y bailando allí mismo. Se sentía màs feliz que nunca. Eran un equipo. Su hermano lo abrazò, y los dos miraron el trofeo: un esquelético gato muerto aplastado contra la nieve.

Era imprescindible transportar el trofeo hasta el pueblo sin ser vistos. La gente lucharía, mataría por una pieza como aquèlla, y los maullidos podían haber alertado a alguien. Pàvel no quiso dejar nada al azar.

No habían traído ningún saco con el que esconder el gato. Improvisando, decidió esconderlo bajo un montón de ramitas. Si se encontraban con alguien de camino a casa, daría la impresión de que habían estado recogiendo leña y no habría preguntas. Cogió el gato de entre la nieve:

-Voy a llevarlo bajo un montón de ramas, para que nadie pueda verlo. Pero si realmente estuviéramos recogiendo leña, tú también llevarías un montón de ramas.

Andrèi se quedó impresionado por la lógica de su hermano. Él nunca habría reparado en eso. Empezó a recolectar leña. Como la tierra estaba cubierta de nieve, era complicado encontrar ramas sueltas, y se vio obligado a rastrillar con las manos desnudas, buscando en el suelo congelado. Después de cada pasada, se frotaba los dedos, soplando entre ellos. La nariz le había empezado a gotear y el labio superior se le llenó de mocos. Pero aquella noche, después de su éxito, no le importaba. Empezó a tararear una canción que solía cantar su padre, metiendo de nuevo los dedos en la nieve.

Pàvel, que tenía los mismos problemas para encontrar ramas, se había alejado de su hermano menor. Tendrían que separarse. A cierta distancia, vio un árbol caído con ramas que salían por todos los ángulos. Se apresuró hasta allí, dejando el gato en la nieve para poder arrancar toda la madera muerta del tronco. Allí había mucha, más que suficiente para ambos, y echó un vistazo alrededor, buscando a Andrèi. Estaba a punto de llamarlo cuando se tragó sus palabras. Hubo un ruido. Se dio la vuelta rápidamente, mirando a todos lados. El bosque era denso, oscuro. Cerró los ojos, concentrándose en aquel ruido..., un ritmo: el crujir, crujir, crujir de la nieve. Cada vez era más rápido, se escuchaba con mayor claridad. La adrenalina se disparó en su cuerpo. Abrió los ojos. Allí, en la oscuridad, había un hombre, corriendo. Llevaba una rama gruesa y pesada. Sus pasos eran largos. Estaba corriendo hacia Pàvel. Les había oído matar al gato y quería robarles el trofeo. Pero Pàvel no se lo permitiría: no dejaría que su madre muriese de hambre. No fracasaría como su padre. Empezó a echar nieve sobre el gato con el pie, intentando ocultarlo.

-Estamos recogiendo...

La voz de Pàvel se ahogó en cuanto el hombre llegó corriendo de entre los árboles, levantando la rama. En aquel momento, viendo por primera vez el rostro demacrado y la mirada salvaje de aquel hombre, Pàvel se dio cuenta de que no era el gato lo que quería. Lo quería a él

Pàvel se quedó boquiabierto más o menos en el mismo instante en que la rama descendió, golpeándole con el extremo en la coronilla. No sintió nada, pero se dio cuenta de que ya no estaba en pie. Se sostenía sobre su rodilla. Alzó la mirada, con la cabeza inclinada y la sangre cayéndole sobre uno de los ojos, mientras observaba cómo el hombre levantaba la rama para asestar un segundo golpe.

Andrèi dejó de tararear. ¿Lo había llamado Pàvel? No había encontrado muchas ramas, desde luego, no las suficientes para llevar a cabo su plan, y no quería que lo regañasen después de haberse portado tan bien. Se levantó, sacando las manos de la nieve. Echó un vistazo hacia el bosque, entornando los ojos, incapaz de ver, incluso entre los árboles más cercanos, nada que no fuera una mancha.

-¿Pàvel?

No hubo respuesta. Volvió a llamar. ¿Era un juego? No, Pàvel ya no jugaba, ya no. Andrèi caminó en la dirección en que había visto a su hermano por última vez, pero no pudo ver nada. Aquello era estúpido. No era él quien se suponía que debía encontrar a Pàvel; Pàvel era quien tenía que encontrarlo a él. Algo no iba bien. Volvió a llamarlo, más alto esta vez. ¿Por qué no respondía? Andrèi se limpió la nariz en la áspera manga de la chaqueta, y se preguntó si aquello sería una prueba. ¿Qué haría su hermano en una situación semejante? Seguiría las huellas en la nieve. Andrèi dejó las ramas y se agachó, buscando por el suelo, a gatas. Encontró sus propias pisadas y las rastreó hasta el lugar en el que había dejado a su hermano. Orgulloso, pasó a las huellas de éste. Si se levantaba no podía verlas, así que, agachado, con la nariz a pocos palmos del suelo, prosiguió, como un perro siguiendo un olor.

Llegó hasta un árbol caído, con ramas esparcidas a su alrededor, y pisadas por todas partes, algunas profundas y grandes. La nieve estaba roja. Andrèi cogió un puñado, apelmazándola entre los dedos, apretando y viendo cómo se convertía en sangre.

-¡Pàvel!

No dejó de gritar hasta que le dolió la garganta y su voz desapareció. Lloriqueaba. Quería decirle a su hermano que podía quedarse con su parte del gato. Sólo quería que volviera. Pero no sirvió de nada. Su hermano lo había abandonado. Y estaba solo.

Oksana había escondido una bolsita con tallos de maíz pulverizados, amaranto y mondas de patata molidas detrás de unos ladrillos del horno. Durante las inspecciones siempre tenía un pequeño fuego encendido. Los recolectores a los que enviaban para comprobar que no tenía reservas escondidas de grano nunca miraban detrás de las llamas. Desconfiaban de ella. ¿Por qué estaba sana cuando los demás estaban enfermos? Como si seguir con vida fuera un crimen. Pero no podían encontrar comida en su casa, no podían tacharla de “kulak”, una campesina rica. En lugar de ejecutarla al instante, la dejaban morir. Ella ya se había dado cuenta de que podía vencerles por la fuerza. Algunos años atrás, había organizado la resistencia del pueblo cuando se anunció que unos hombres se acercaban hasta allí para llevarse la campana de la iglesia. Querían fundirla. Ella y otras cuatro mujeres se habían encerrado en el campanario, tañéndola constantemente, resistiéndose a dejar que se la llevaran. Oksana había gritado que aquella campana pertenecía a Dios. Podrían haberla matado aquel día, pero el hombre que estaba al mando del grupo decidió perdonar la vida de las mujeres. Cuando echaron abajo la puerta de la iglesia, dijo que sus órdenes consistían únicamente en llevarse la campana, explicando que el metal era necesario para la revolución industrial del país. Como respuesta, ella escupió en el suelo. Cuando el Estado empezó a llevarse la comida de los habitantes del pueblo, argumentando que pertenecía al país y no a ellos, Oksana aprendió la lección. En lugar de fuerza, mostraba obediencia, manteniendo su resistencia en secreto.

Aquella noche la familia tendría un festín. Derritió unos puñados de nieve, hasta que hirvieron, y lo aderezó con los tallos pulverizados. Añadió el resto de los huesos de la botella. Una vez cocinados, los machacaría para obtener harina. Por supuesto, se estaba anticipando. Pàvel no lo había logrado todavía. Pero estaba segura de que lo conseguiría. Aunque Dios le había dado una vida dura, también era cierto que le había dado un hijo que la ayudaba. De todas formas, si éste no atrapaba al gato se prometió a sí misma que no se enfadaría. El bosque era grande; el gato, pequeño, y, además, enfadarse era un gasto de energía. Ni siquiera mientras intentaba prepararse para una decepción consiguió evitar marearse ante la perspectiva de carne y “borscht” de patatas.

Andrèi estaba de pie en la puerta, con un corte en la cara, nieve en la chaqueta, y con mocos y sangre brotando de su nariz. Sus “lapti” estaban totalmente deshechos, y se le veían los dedos de los pies. Oksana corrió hacia él.

-¿Dònde està tu hermano?

-Me abandonò.

Andrèi se echó a llorar. No sabía dónde estaba su hermano. No entendía lo que había pasado. No podía explicarlo. Sabía que su madre iba a odiarlo. Sabía que iba a ser culpa suya, a pesar de haber hecho lo correcto en todo momento, a pesar de que hubiera sido su hermano el que lo había abandonado.

Oksana se quedó sin aliento. Echó a Andrèi a un lado y salió corriendo de la casa, en dirección al bosque. No había rastro de Pàvel. Quizá se había caído y se había hecho daño. Tal vez necesitase ayuda. Volvió a entrar rápidamente, desesperada por obtener una respuesta, y lo único que encontró fue a Andrèi, junto al “borscht”, con una cuchara en la boca. Pillado con las manos en la masa, éste miró a su madre con ojos de cordero, mientras un hilo de sopa de patata resbalaba por su labio. Abrumada por la ira

(ira por su marido muerto, por su hijo desaparecido), se precipitò hacia Andrèi, lo tirò al suelo y apretò la cuchara de madera en su boca.

-Cuando saque esta cuchara de tu boca, me diràs lo que ha pasado o te matarè.

Pero en cuanto sacò la cuchara, lo único que pudo hacer èl fue toser. Enfurecida, ella volvió a metérsela bruscamente en la boca.

-Eres un inútil, un patàn y un imbécil. ¿Dónde està mi hijo? ¿Dònde està?

Volvió a sacar la cuchara, pero èl estaba llorando y ahogándose. No podía hablar. Siguió llorando y tosiendo, asì que ella le golpeò, pegándole con las manos en su pequeño pecho. Sòlo parò cuando el "horscht" empezó a correr peligro de quemarse. Se levantò y apartò la sopa del fuego.

Andrèi lloriqueaba en el suelo. Oksana lo mirò; su enfado empezaba a desaparecer. Era muy pequeño. Querìa mucho a su hermano mayor. Se agachò, lo recogió y lo sentò sobre una silla. Lo envolvió con una manta y le sirvió un cuenco de "borscht". Una ración generosa, mucho mayor de lo que nunca había comido. Intentò darle de comer con la cuchara, pero èl no querìa abrir la boca. Ella le ofreció la cuchara. Èl dejó de llorar y empezó a comer. Se terminò el "borscht". Ella llenò el cuenco de nuevo. Le dijo que comiera despacio. Èl no hizo caso y se terminò el segundo cuenco. Muy suavemente, ella le preguntò què había pasado, y escuchò mientras èl le hablaba de la sangre sobre la nieve, las ramitas esparcidas, la desaparición y las pisadas profundas. Ella cerrò los ojos.

-Tu hermano ha muerto. Se lo han llevado para comérselo. ¿Me entiendes? Vosotros estàbais cazando aquel gato y alguien os estaba cazando a vosotros. ¿Me entiendes'?

Andrèi se quedó en silencio, mirando fijamente las làgrimas de su madre. Lo cierto era que no entendía. La observò mientras ella se levantaba y salía de casa. Al escuchar la voz de su madre, se acercò corriendo a la puerta.

-Por favor, Dios, devuélveme a mi hijo.

Sòlo Dios podía traerlo a casa ahora. No era pedir mucho. ¿Tan poca memoria tenía Dios? Ella había arriesgado su vida para salvar su campana. Lo único que querìa a cambio era recuperar a su hijo, su razón de vivir.

Algunos de los vecinos se asomaron a sus puertas. Se quedaron mirando a Oksana. Escucharon sus lamentaciones. Pero aquella clase de pena no era nada rara, y no se quedaron mucho tiempo.

VEINTE AÑOS DESPUES

MOSCU

11 de febrero de 1953

La bola de nieve golpeò a Zhora en la nuca. La nieve, que lo había pillado por sorpresa, estallò alrededor de sus orejas. Detràs de èl, en alguna parte, podía oír a su hermano riéndose, riéndose bien alto. Estaba orgulloso de sì mismo, orgulloso de aquel tiro, aunque hubiera sido de casualidad, un golpe de suerte. Zhora se limpiò el hielo del cuello de su chaqueta, pero algunos trozos ya le habían caído por la espalda. Estaban derritiéndose, resbalando por su piel y dejando un rastro de agua helada. Se sacò los faldones de la camisa de los pantalones y metió la mano hasta donde pudo para quitarse el hielo de encima.

Arkadi, que no podía creerse la calma de su hermano (ocupado en limpiarse la camisa en lugar de buscar a su oponente), se tomó su tiempo, apilotando la nieve, poniendo un puñado encima de otro. Si le quedaba demasiado grande, la bola de nieve no serviría para nada: sería difícil de lanzar, se movería despacio y le resultaría fácil esquivarle. Aquel había sido su error durante mucho tiempo, hacerlas demasiado grandes. En vez de tener un mayor impacto, duraban poco tiempo en el aire, y la mayoría de las veces se desintegraban solas, sin alcanzar siquiera a su hermano. Zhora y él jugaban mucho en la nieve. De vez en cuando había otros niños, pero casi siempre estaban los dos solos. Los juegos empezaban por casualidad, y se volvían más y más competitivos en cada bolazo. Arkadi no había ganado nunca, si es que en ese juego podía hablarse de ganadores. Siempre se daba por vencido ante la velocidad y la potencia de los lanzamientos de su hermano. Cada juego acababa igual: frustración, rendición, enojo o, peor, llanto y huida. Odiaba ser siempre el perdedor y, más aún, odiaba que aquello le molestase tanto. La única razón por la que seguía jugando era porque cada día se sentía optimista, pensaba que aquel día sería distinto, que ganaría. Y aquel era el día. Era su oportunidad. Se acercó, pero no demasiado: quería que el bolazo fuera válido. Los disparos a bocajarro no contaban.

Zhora lo vio venir: un montón de nieve que describía una parábola en el aire. No era demasiado grande ni demasiado pequeña; era como los que tiraba él. No podía hacer nada. Tenía las manos a la espalda. No le quedaba más remedio que admitir que su hermano aprendía deprisa.

La bola le golpeó en la punta de la nariz, estallándole en los ojos y metiéndose en la nariz y en la boca. Dio un paso atrás, con la cara manchada de blanco. Había sido un lanzamiento perfecto: aquello significaba el final del juego. Había perdido ante su hermano pequeño, un chiquillo que no tenía ni cinco años. Y, sin embargo, ahora que había sido vencido por primera vez pudo por fin valorar la importancia de la victoria. Su hermano estaba riéndose de nuevo, montando todo un espectáculo, como si un bolazo de nieve en la cara fuera lo más divertido del mundo. Al menos él nunca se había pavoneado como Arkadi lo estaba haciendo ahora; nunca se había reído tanto, ni había obtenido satisfacción de sus victorias. Su hermano pequeño era un mal perdedor, y un ganador aún peor. Aquel muchacho necesitaba que alguien le diera una lección, que alguien le bajara los humos. Había ganado una vez, eso era todo: una partida inútil e insignificante, una entre cien. No, una entre mil. ¿Y ahora se atrevía a comportarse como si estuvieran empatados o, peor aún, como si fuera mejor que él? Zhora se agachó y escarbó entre la nieve, hasta tocar la fría tierra que había bajo ésta, y recogió un puñado de barro helado, arena y piedras.

Al ver que su hermano hacía otra bola, Arkadi se dio la vuelta y salió corriendo. Sería un lanzamiento de venganza: preparado con esmero y lanzado con toda la potencia que su hermano pudiera reunir. No estaba dispuesto a ser él quien recibiera el impacto de uno de esos bolazos. Si corría, se pondría a salvo. El lanzamiento, por bien ejecutado o preciso que fuera, sólo podía viajar a una distancia determinada antes de empezar a perder la forma, a deshacerse. E incluso aunque le diera, después de unos cuantos metros no hacía daño alguno, apenas merecía la pena tirarlo. Si corría, podría terminar como ganador. No quería sufrir la revancha, no quería que su hermano echase a perder su triunfo con una sucesión de lanzamientos rápidos. No: tenía que correr y cantar victoria. El juego tenía que terminar de ese modo. Podría disfrutar de aquella sensación, al menos hasta el día siguiente, en que probablemente volvería a perder. Pero eso sería al día siguiente. Aquel día él era el ganador.

Escuchó a su hermano gritar su nombre. Miró hacia atrás, mientras seguía corriendo, con una sonrisa en los labios, seguro de haberse alejado lo suficiente como para que el lanzamiento no sirviera para nada.

El impacto fue como un puñetazo en la cara. La cabeza le dio vuelta, los pies perdieron el contacto con el suelo y, durante un segundo, flotó por los aires. Cuando volvió a tocar el suelo con los pies, sus piernas se desplomaron, se cayó, su cuerpo se contrajo (estaba demasiado aturdido como para extender

las manos) y chocò contra la nieve. Por un instante se quedò allì tirado, incapaz de comprender què había ocurrido. En la boca tenía arena, barro, saliva y sangre. Temeroso, se acercò a los labios la punta de un dedo cubierto con la manopla. Sus dientes tenían un tacto àspero, como si le hubieran obligado a comer arena. Había un hueco. Uno de los dientes había saltado. Empezò a llorar y escupió sobre la nieve. Se puso a escarbar entre la suciedad, en busca del diente perdido. Por alguna razón, aquello era lo único que le importaba. Tenía que encontrar el diente. ¿Dònde estaba? Pero no lo encontraba en la blancura de la nieve. Había desaparecido. Y no era el dolor lo que le molestaba: era la rabia, el escàndalo ante semejante injusticia. ¿Acaso no podía ganar ni un juego? Había vencido limpiamente. ¿No podía su hermano concederle aquello?

Zhora corriò hacia su hermano. En cuanto el puñado de barro, hielo y arena había salido de su mano, se había arrepentido de su decisión. Había gritado el nombre de su hermano, con la esperanza de que èste se agachase para evitar el golpe. En lugar de eso, Arkadi se había dado la vuelta y se había dado de bruces con el impacto. En vez de ayudarle, aquello había parecido un truco especialmente malicioso. Mientras se acercaba vio la sangre en la nieve y sintió náuseas. Èl era el culpable de aquello. Había convertido aquel juego, un juego que disfrutaba como nada en el mundo, en algo terrible. ¿Por què no podía haber dejado que su hermano ganase? Habría vuelto a ganar al dìa siguiente, y al otro y al otro. Sintió vergüenza.

Zhora se arrodillò sobre la nieve y puso la mano sobre el hombro de su hermano pequeño. Arkadi se lo quitò de encima y lo mirò con ojos rojos y llorosos, y una boca sangrienta, como un animal salvaje. No dijo nada. Tenía toda la cara rìgida de ira. Se puso de pie, tambaleándose un poco.

-¿Arkadi?

Por respuesta, su hermano se limitò a abrir la boca y gritar, dejando escapar un sonido que recordaba el ladrido de un perro. Lo único que Zhora podía ver era un montòn de dientes sucios. Arkadi se dio la vuelta y saliò corriendo.

-¡Arkadi, espera!

Pero Arkadi no esperò. No se detuvo. No quería escuchar la disculpa de su hermano. Corriò tan rápido como pudo, buscando con la lengua el reciente hueco que había quedado en la parte frontal de su dentadura. Cuando lo encontró, cuando sintió la encía con la lengua, deseò no volver a ver a su hermano jamás.

14 de febrero

Leo alzò la vista para ver el bloque de apartamentos 18, un achaparrado mazacote de cemento gris de escasa altura. Era por la tarde, ya había oscurecido. Había perdido un dìa entero de trabajo con un asunto que le resultaba tan incòmodo como irrelevante. Según el atestado de la milicia, un niño de cuatro años y diez meses de edad había aparecido muerto en las vías del ferrocarril. El chico había estado jugando allì la noche anterior y lo había arrollado un tren de pasajeros. Las ruedas destrozaron el cuerpo. El maquinista del tren de las 21.00 a Jabàrovsk había comunicado en la primera parada que había podido ver a alguien o a algo en las vías poco después de salir de la estación de Yaroslavsky. Todavía no se había determinado si había sido aquèl tren el que había arrollado al niño. Quizá el maquinista no quisiera admitir que había sido èl. Pero no hacía falta insistir: había sido un trágico accidente en el que no había culpable. El caso debería estar ya cerrado.

Normalmente, no había motivos para que Leo Stepànovich Demìdov, un prometedor miembro del MGB (el Departamento de Seguridad del Estado), tuviera que verse envuelto en un incidente de esa naturaleza. ¿Què podía hacer allí? La pèrdida de un hijo era algo desgarrador para la familia y los parientes. Pero la verdad, no significaba nada para el país. Los niños descuidados, a menos que fueran descuidados con sus lenguas, no eran asunto de la Seguridad del Estado. Sin embargo, este caso en concreto se había complicado inesperadamente. Los padres habían manifestado su pesar de una forma peculiar. Al parecer, no eran capaces de aceptar que su hijo (Leo revisò el informe, memorizando el nombre de Arkadi Fiòdorovich Andrèyev) fuera responsable de su propia muerte. Habían estado diciéndole a la gente que lo habían asesinado. Por quièn, no lo sabían. Por què razón, lo ignoraban. Còmo podía ser posible algo así, tampoco lo sabían. Y, sin embargo, aùn careciendo de una explicación lógica y plausible, tenían de su parte el poder de lo emotivo. Existía una posibilidad bastante real de que estuvieran convenciendo a gente crédula: vecinos, amigos y desconocidos; cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar.

Para empeorar la situación, el padre del niño, Fiòdor Andrèyev, era un miembro poco importante del MGB, y casualmente, uno de los subordinados de Leo. Al ignorar que aquèlla no era forma de hacer las cosas, estaba provocando el descrèdito del MGB al usar el peso de su autoridad para conferir credibilidad a su insostenible teoría. Había ido demasiado lejos. Había dejado que sus sentimientos nublasen su sentido común. De no ser por lo atenuante de las circunstancias, la tarea de Leo bien podría haber sido arrestar a aquel hombre. Era un embrollo considerable. Y Leo se había visto obligado a dejar temporalmente de lado un trabajo serio y relevante para arreglar las cosas.

Leo, que no tenía muchas ganas de enfrentarse a Fiòdor, subió las escaleras con calma, pensando en còmo había llegado hasta allí: vigilando las reacciones de la gente. Nunca había pretendido incorporarse al Departamento de Seguridad del Estado; aquello había sido una consecuencia del servicio militar. Durante la Gran Guerra Patriòtica fue reclutado por una unidad de fuerzas especiales, la OMSBON, la Brigada de Fusileros Motorizados para Misiones Especiales. El tercer y el cuarto batallón de aquella unidad fueron seleccionados en el Instituto Central para la Cultura Física, donde èl había estudiado. Los escogieron por su destreza física y atlètica, y los habían llevado a un campo de entrenamiento en Mytishchi, al norte de Moscù, donde aprendieron a combatir cuerpo a cuerpo, a usar armas, a tirarse desde poca altura en paracaídas y a usar explosivos. El campo pertenecía al NKVC, que era el nombre con el que se conocía a la policía secreta antes de convertirse en el MGB. Los batallones estaban bajo la autoridad directa del NKVD, y no del ejèrcito, y eso se reflejaba en la naturaleza de las misiones. Los enviaban màs allà de las líneas enemigas para destruir sus infraestructuras, para obtener información, para cometer asesinatos... Eran invasores clandestinos.

Leo había disfrutado de la independencia de sus operaciones, aunque se cuidaba de guardarse ese pensamiento para sì mismo. Le gustaba el hecho, o quizá fuera sòlo la impresión, de que su destino había estado en sus manos. Prosperò. Como resultado, le habían concedido la Orden de Suvòrov de segunda clase. Su templanza, sus éxitos militares, su buen aspecto y sobre todo su absoluta fe en su país lo habían convertido en imagen propagandística (y eso era bastante literal) durante la liberación soviética del territorio ocupado por los alemanes. Lo habían fotografiado junto a un montòn de soldados pertenecientes a toda clase de divisiones, rodeando la carcasa ardiente de un tanque alemán, con las armas en alto, la victoria en sus rostros y los soldados muertos a sus pies. Al fondo podía verse el humo de los pueblos incendiados. Destrucción, muerte y sonrisas triunfantes. A Leo, gracias a su impecable dentadura y a sus anchos hombros, lo colocaron en el primer plano de la fotografía. Una semana màs tarde, aquella imagen había aparecido en la portada de "Pravda", y Leo recibió de repente felicitaciones de desconocidos, soldados, civiles, gente que quería estrecharle la mano, abrazarlo, a èl, un símbolo de la victoria.

Tras la guerra, a Leo lo trasladaron del OMSBON al NKVD. Parecía un progreso lógico. Él no había hecho preguntas: era un camino marcado por sus superiores, y lo recorrió con la cabeza bien alta. Su país podía haberle pedido cualquier cosa y él la habría cumplido inmediatamente. Habría dirigido los gulags de la tundra ártica en la región de Kolymà. Su única ambición era universal: servir a su país, un país que había derrotado al fascismo, un país que había proporcionado sanidad y educación gratis a sus ciudadanos, que defendía a capa y espada los derechos de los trabajadores de todo el mundo, que había pagado a su padre (que trabajaba en la cadena de montaje de una fábrica de armamento) un salario comparable al de un médico totalmente cualificado. Aunque su empleo en la Seguridad del Estado resultaba a veces desagradable, él comprendía su necesidad, la necesidad de salvaguardar la revolución de sus enemigos, ya fueran extranjeros o nacionales, de aquellos que buscaban socavarla y de aquellos que se habían propuesto verla fracasar. Para ello Leo estaba dispuesto a dar su vida. Para ello había acabado ya con las vidas de otros.

Pero aquel día todo el heroísmo y su entrenamiento militar no tenían ninguna importancia. Allí no había enemigo. Se trataba de un colega, de un amigo, de un padre sumido en el dolor. Y, sin embargo, ése era un asunto del MGB, y el objeto del mismo era aquel padre afligido. Leo debía tratarlo con cuidado. No podía dejarse arrastrar por los mismos sentimientos que cegaban a Fiódor. Su histeria ponía en peligro a una buena familia. Si no se hacía nada con esos rumores infundados, éstos podían crecer como las malas hierbas y expandirse por la comunidad; podían perturbar a la gente y hacer que dudase de uno de los pilares fundamentales de la nueva sociedad:

No existe el crimen.

Muy pocas personas se lo creían del todo. Quedaban algunas manchas: se trataba de una sociedad en plena transición, que todavía no era perfecta. Como agente del MGB, la tarea de Leo consistía en estudiar las obras de Lenin. De hecho, éste era el deber de todo ciudadano. Sabía que los excesos sociales (el crimen) se extinguirían a medida que desaparecieran la pobreza y la necesidad. Todavía no habían alcanzado aquel ideal. Todavía se robaban cosas; las disputas de borrachos llegaban a la violencia; estaban los “urki”, las bandas criminales. Pero la gente tenía que creer que se avanzaba hacia una existencia mejor. Llamara a aquello asesinato, infanticidio, eso era dar un enorme paso atrás. Leo había oído hablar, de boca de un superior y mentor, el mayor Janusz Kuzmìn, de los juicios de 1937 en los que Stalin había dicho de los acusados que habían “perdido la fe”.

Perdido la fe.

Los enemigos del Partido no eran simples saboteadores, espías y boicoteadores de la industria, sino aquellos que cuestionaban la línea del Partido, que cuestionaban la sociedad que estaba por venir. Según aquella regla, Fiódor, el amigo y compañero de Leo, se había convertido en enemigo.

La misión de Leo consistía en acabar de manera terminante con cualquier especulación infundada; consistía en hacerles volver del borde del abismo. El asesinato tenía un dramatismo natural, que atraía a cierta clase de personas de imaginación extravagante. Si llegaba a ser necesario, tendría que ser duro: el niño había cometido un error y había tenido que pagar por ello con su vida. Nadie más tenía que sufrir por su descuido. Quizá aquello fuera demasiado. No hacía falta llegar tan lejos. Podía resolverse con tacto. Estaban alterados, eso era todo. Había que ser paciente con ellos. No estaban pensando las cosas bien. Había que presentarles los hechos. No estaba allí para amenazarles, al menos de momento: estaba allí para ayudarles. Estaba allí para restablecer la fe.

Leo golpeò la puerta y Fiòdor la abrió. Leo hizo una reverencia con la cabeza.

-Lamento mucho tu pèrdida.

-Gracias por venir.

Fiòdor se echò hacia atrás, para que Leo pudiera pasar.

Todos los asientos estaban ocupados. La habitación estaba repleta, como si hubieran convocado una reunión de los habitantes del pueblo. Había ancianos, niños... Era evidente que se había reunido allí toda la familia. En una atmòsfera como aquella, era fácil imaginar còmo se habían calentado los ànimos. Sin duda, se habrían inducido unos a otros a pensar que había alguna fuerza misteriosa a la que culpar de la muerte del pequeño. Quizá fuera la manera màs fácil de enfrentarse a la muerte. Quizá se sintieran culpables por no haberle enseñado al muchacho a mantenerse alejado de las vías del tren. Leo reconoció algunos rostros que lo rodeaban. Eran los amigos del trabajo de Fiòdor. Y se sentían repentinamente avergonzados, pues los había pillado allí. No sabían què hacer, evitaban el contacto visual, querían irse pero no podían hacerlo. Leo se dirigió a Fiòdor.

-¿No sería màs fácil hablar si estuviéramos los dos solos?

-Por favor, èsta es mi familia: quieren escuchar lo que tengas que decir.

Leo mirò a su alrededor. Cerca de una veintena de miradas se habían clavado sobre èl. Ya sabían lo que iba a decir, y por ello recelaban de èl. Estaban furiosos por la muerte del niño, y aquèlla era su manera de expresar el dolor. A Leo no le quedaba otra alternativa que aceptar ser el centro de su odio.

-No se me ocurre nada peor que la pèrdida de un hijo. Yo era tu compañero y amigo cuando tù y tu esposa celebrasteis su nacimiento. Recuerdo cuando te di la enhorabuena. Y ahora, con profunda pena, me encuentro consolándote.

Un poco seco quizá, pero Leo lo decía de corazón.

-Nunca he experimentado el dolor que sigue a la pèrdida de un hijo. No sè còmo reaccionaría. Quizá sintiera la necesidad de culpar a alguien, de encontrar a alguien a quien odiar. Pero siendo franco, puedo asegurarte que la causa de la muerte de Arkadi no admite discusión. He traído conmigo el informe, que puedes quedarte si lo deseas. Además, me han enviado para responder a cualquier pregunta que puedas tener.

-Arkadi fue asesinado. Queremos ayudarte a investigarlo., y si tù no lo haces personalmente, queremos que el MGB presione al procurador para abrir una investigación criminal.

Leo asintió, intentando mostrar una actitud conciliadora. La conversación no podía haber empezado peor. El padre se mostraba inflexible: sus posturas estaban enfrentadas. Exigía la apertura formal de un "ugolovnoye delo", una investigación criminal, sin la cual la milicia no investigaría el caso. Pedía lo imposible. Leo mirò a sus compañeros de trabajo. Al contrario que el resto de los que estaban allí, se daban cuenta de que aquella palabra, asesinato, ensuciaba a todos los presentes.

-A Arkadi lo atropellò un tren que pasaba por allí. Su muerte fue un accidente, un terrible accidente.

-¿Y entonces por què estaba desnudo? ¿Por què tenía la boca llena de barro?

Leo intentò entender lo que acababa de escuchar. ¿El niño estaba desnudo? Era la primera vez que lo oía. Abrió el informe.

El muchacho estaba vestido cuando lo encontraron.

En aquel momento, al leer aquella frase, le pareció una explicación extraña. Pero allí estaba: el muchacho estaba vestido. Siguió analizando el documento.

Al haber sido arrastrado por la tierra, tenía barro en la boca.

Cerrò el informe. La habitación esperaba.

-Tu hijo fue encontrado con toda su ropa. Sì, tenía barro en la boca. Pero su cuerpo fue arrastrado por el tren; es normal que hubiera algo de barro en su boca.

Una anciana se levantò. Aunque algo encorvada para su edad, su mirada era penetrante.

-Eso no fue lo que nos dijeron.

-Lo lamento mucho, pero les informaron mal.

La mujer insistió. Era evidente que su aportación a la teoría del asesinato había sido importante.

-El hombre que encontró el cuerpo, Taràs Kurpìn, estuvo investigando. Vive a dos calles de aquí. Nos dijo que Arkadi estaba desnudo, ¿me oye? Que no llevaba nada de ropa. Un choque con un tren no desnuda a un niño.

-Es cierto que Kurpìn encontró el cuerpo. Pero tengo aquí su firma, en su declaración, y su declaración està en el informe. Asegura que cuando encontraron al niño en las vías, estaba totalmente vestido. Lo dejó bastante claro. Aquí están sus palabras, sobre el papel.

-¿Por què no nos dijo lo mismo?

-Quizà estuviera confundido. No lo sè. Pero tengo aquí su firma, en la declaración, y la declaración està en el informe. Dudo mucho que, si se lo preguntase ahora mismo, dijera otra cosa.

-¿Ha visto usted el cuerpo del niño?

Aquella pregunta sorprendió a Leo.

-Yo no investigo este incidente: èse no es mi trabajo. Pero aunque así fuera, no hay nada que investigar. Se trata de un terrible accidente. Estoy aquí para hablar con ustedes, para aclarar las cosas, puesto que todo se ha complicado innecesariamente. Puedo leerles el informe completo en voz alta si lo desean.

La anciana hablò de nuevo.

-Ese informe es mentira.

Todos notaron el aumento de la tensión. Leo permaneció en silencio, esforzándose por mantener la calma. Tenían que darse cuenta de que no había acuerdo posible. Tenían que dar su brazo a torcer; tenían que aceptar que el pequeño había sufrido una desafortunada muerte. Leo estaba allí por su bien. Mirò a Fiòdor, con la esperanza de que corrigiese lo que acababa de decir aquella mujer.

Fiòdor dio un paso adelante.

-Leo, tenemos nuevas pruebas; pruebas que han aparecido hoy. Una mujer que vive en un apartamento que da a las vías vio a Arkadi con un hombre. Es lo único que sabemos. Esa mujer no es amiga nuestra. No la habíamos visto antes. Se enterò del asesinato...

-Fiòdor...

-Se enterò de la muerte de mi hijo. Y si lo que hemos escuchado es cierto, ella puede describir al hombre. Podría reconocerlo.

-¿Dònde està esa mujer?

-La estamos esperando.

-¿Va a venir? Me gustaría escuchar lo que tiene que decir.

Le ofrecieron una silla. La rechazò con un gesto. Se quedaría de pie.

Nadie hablaba, todos esperaban a que llamasen a la puerta. Leo se arrepintió de no haber aceptado la silla. Pasò casi una hora, en silencio, antes de que se escuchase un suave golpe. Fiòdor abrió la puerta, se presentò e hizo pasar a la señora. Tendría unos treinta años: un rostro amable, grande, y una mirada nerviosa. Se sorprendió al ver a tanta gente, y Fiòdor intentò que se sintiera màs cómoda.

-Son mis amigos y mi familia. No hay de què alarmarse.

Pero ella no le escuchaba. Miraba fijamente a Leo.

-Me llamo Leo Stepànovich. Soy agente del MGB. Estoy al mando. ¿Cuàl es su nombre?

Leo sacò su libreta y buscò una hoja en blanco. La mujer no respondiò. Èl alzò la vista. Seguía sin decir nada. Leo iba a repetir la pregunta, pero ella hablò por fin.

-Galina Shapòrina.

Su voz era un susurro.

-¿Y què es lo que vio?

-Vi...

Mirò a su alrededor, después al suelo, y después a Leo de nuevo, volviéndose a quedar en silencio.

-¿Vio usted a un hombre?

-Sì, a un hombre.

Fiòdor, que estaba de pie junto a ella, clavando en ella los ojos, suspirò de alivio. Ella continuò:

-Un hombre, quizá fuera un trabajador de las vías... Lo vi por la ventana. Estaba muy oscuro.

Leo dio unos golpecitos con el lápiz en la libreta.

-¿Lo vio con un niño?

-No, no había ningún niño.

Fiòdor se quedó boquiabierto y empezó a hablar atropelladamente.

-Pero usted dijo que vio a un hombre cogiéndole la mano a mi hijo.

-No, no, no. No había ningún niño. Llevaba una bolsa, creo, una bolsa de herramientas. Sì, eso era. Estaba trabajando en las vías, quizá las estuviera reparando. No vi mucho, un vistazo, eso fue todo. En realidad no debería estar aquí. Lamento mucho la muerte de su hijo.

Leo cerrò la libreta.

-Gracias.

-¿Habrà màs preguntas?

Antes de que Leo pudiera responder, Fiòdor agarrò a la mujer del brazo.

-Vio a un hombre.

La mujer se zafò de Fiòdor. Mirò a su alrededor y vio todas las miradas clavadas sobre ella. Mirò a Leo.

-¿Vendrà usted a verme otro dìa?

-No, puede irse.

Galina clavò los ojos en el suelo y se encaminò hacia la puerta. Pero antes de llegar allí, la anciana dijo:

-¿Asì de fácil pierdes el valor?

Fiòdor se acercò apresuradamente a la anciana.

-Siéntate, por favor.

Ella asintió, sin mostrar desprecio ni aprobación.

-Era tu hijo.

-Sì.

Leo no podía ver los ojos de Fiòdor. Se preguntò què clase de comunicación silenciosa estaba teniendo lugar entre aquellas dos personas. Fuera lo que fuese, ella se sentò. Mientras tanto, Galina aprovechò para marcharse discretamente.

Leo se alegraba de que Fiòdor hubiera intervenido. Esperaba que aquello significase que la situación empezaba a cambiar. Unir los rumores y el cotilleo no ayudaba a nadie. Fiòdor volvió junto a Leo.

-Disculpa a mi madre. Està muy dolida.

-Por eso estoy aquí. Para que podamos hablarlo sin que salga de estas cuatro paredes. Lo que no puede suceder es que, una vez yo haya salido de la habitación, la conversación prosiga. Si alguien les pregunta qué ha pasado con su hijo, no pueden decir que fue asesinado. No porque yo lo ordene, sino porque no es cierto.

-Lo comprendemos.

-Fiódor, quiero que mañana te tomes el día libre. Se ha autorizado. Si hay algo más que pueda hacer por ti...

-Gracias.

En la puerta del apartamento, Fiódor le dio la mano a Leo.

-Estamos todos muy dolidos. Por favor, disculpa nuestras salidas de tono.

-No serán tenidas en cuenta. Pero, como he dicho, no debe volver a pasar.

Fiódor adoptó un tono serio. Asintió. Se esforzó por pronunciar las palabras, como si tuvieran un regusto amargo:

-La muerte de mi hijo fue un terrible accidente.

Leo bajó las escaleras, respirando profundamente. El ambiente de aquella habitación era agobiante. Se alegraba de haber terminado, de que el asunto se hubiera resuelto. Fiódor era un buen hombre. En cuanto se enfrentase con la muerte de su hijo, le resultaría más fácil aceptar la verdad.

Se detuvo. Había escuchado a alguien detrás de él. Se dio la vuelta. Era un niño; no tendría más de siete u ocho años.

-Señor, me llamo Zhora. Soy el hermano mayor de Arkadi. ¿Puedo hablar con usted?

-Claro.

-Fue culpa mía.

-¿Qué fue culpa tuya?

-La muerte de mi hermano: le tiré una bola de nieve. La había hecho con piedras, barro y arenilla. Arkadi se hizo daño, le dio en la cabeza. Salió corriendo. Quizá aquello le dejó mareado, quizá por eso no pudo ver el tren. El barro que encontraron en su boca fue culpa mía: yo se lo tiré.

-La muerte de tu hermano fue un accidente. No tienes por qué sentirte culpable. Pero has hecho bien en decirme la verdad. Ahora vuelve con tus padres.

-No les he dicho nada sobre la bola de nieve con barro y piedras.

-A lo mejor no hace falta que lo sepan.

-Se enfadarían mucho. Porque aquella fue la última vez que lo vi. Jugábamos con cuidado la mayoría de las veces, señor. Y podríamos haber vuelto a jugar con cuidado, podríamos haber hecho las paces, podríamos haber vuelto a ser amigos, estoy seguro. Pero ahora no puedo compensarle. Nunca podré decirle que lo siento.

Leo estaba escuchando la confesión del niño. Quería que lo perdonases. Se había echado a llorar. Avergonzado, Leo le dio una palmadita en la cabeza, murmurando, como si se tratase de una nana:

-No fue culpa de nadie.

KIMOV
CIENTO SESENTA KILOMETROS
AL NORTE DE MOSCU

El mismo día.

Anatoli Brodski no había dormido en tres días. Estaba tan cansado que necesitaba concentrarse hasta para realizar las tareas más simples. La puerta del granero, que tenía enfrente, estaba cerrada con llave. Sabía que tendría que forzar la cerradura. Aun así, la idea le parecía dudosa. Sencillamente, no tenía energías para ello. Había empezado a nevar. Miró al cielo nocturno, empezó a divagar, y cuando por fin recordó dónde estaba y lo que debía hacer, la nieve se estaba solidificando en su cara. Lamió los copos que tenía alrededor de los labios y se dio cuenta de que si no entraba, moriría. Se concentró y dio una patada a la puerta. Las bisagras temblaron, pero la puerta no se abrió. Dio otra patada. Saltaron astillas de madera. Animado por aquel sonido, reunió las últimas fuerzas que le quedaban dirigió el tercer golpe contra el candado. La madera crujió y la puerta se abrió de par en par. Se quedó en la entrada, acostumbrándose a la penumbra. A un lado del granero había dos vacas en un corral; al otro, herramientas y paja. Echó algunos de los gruesos sacos sobre el suelo helado, se abrochó el abrigo y se tumbó con los brazos cruzados y los ojos cerrados.

Desde la ventana de su dormitorio, Mijaíl Zinóviev pudo ver que la puerta del granero estaba abierta. El viento la movía hacia delante y hacia atrás, y la nieve entraba en forma de remolinos. Se dio la vuelta. Su mujer estaba en la cama, dormida. Decidió no molestarla, se puso en silencio el abrigo y las botas de fieltro y salió.

El viento se había levantado; arrancaba la nieve del suelo y la arrojaba contra el rostro de Mijaíl. Él levantó la mano para protegerse los ojos. Mientras se acercaba al granero pudo ver entre los dedos que alguien había forzado la cerradura y había abierto la puerta a golpes. Echó un vistazo en el interior y, tras acostumbrarse a la ausencia de la luz de luna, vio la silueta de un hombre echado sobre la paja. Sin tener muy claro lo que iba a hacer, entró en el granero, agarró un tridente, se acercó a la figura dormida y colocó las puntas a la altura del estómago de aquel hombre, listo para clavarlas.

Anatoli abrió los ojos y vio unas botas cubiertas de nieve a escasos centímetros de su cara. Se irguió y miró al hombre que lo observaba, amenazante. Las puntas de un tridente temblaban justo a la altura de su estómago. Ninguno de los dos se movió. El aliento de ambos formaba una neblina frente a sus rostros que aparecía y desaparecía. Anatoli no intentó agarrarse al tridente. Ni siquiera intentó apartarse.

Así se quedaron, congelados, hasta que un sentimiento de vergüenza se apoderó de Mijaíl. Soltó un jadeo, como si una fuerza invisible le hubiera golpeado en el estómago, dejó caer el tridente al suelo y cayó de rodillas.

-Por favor, perdóname.

Anatoli se echó hacia delante. La adrenalina lo había despertado, pero su cuerpo estaba dolorido. ¿Cuánto tiempo había dormido? No mucho, no lo suficiente. Su voz sonaba ronca y su garganta estaba seca.

-Te comprendo. No debería haber venido. Debería haberte pedido ayuda. Tienes una familia de la que preocuparte. Los he puesto en peligro. Soy yo el que tendría que pedirte perdón.

Mijaíl negó con la cabeza.

-Tenía miedo. Me asusté. Perdóname.

Anatoli echó un vistazo afuera, a la oscuridad y a la nieve. No podía marcharse ahora. No sobreviviría. Por supuesto, no podía permitirse quedarse dormido. Pero seguía necesitando cobijo. Mijaíl esperaba una respuesta, esperaba el perdón.

-No hay nada que perdonar. No tienes la culpa. Seguramente yo habría hecho lo mismo.

-Pero eres mi amigo.

-Sigo siendo tu amigo y siempre lo seré. Escúchame: quiero que olvides que esta noche ha tenido lugar. Olvida que he venido. Olvida que te pedía ayuda. Acuérdate de nosotros como fuimos antaño.

Acuérdate de nosotros como los mejores amigos. Házlo por mí y yo haré lo mismo por ti. Me marcharé con la primera luz del día. Te lo prometo. Te levantarás y seguirás con tu vida, como siempre. Te aseguro que nadie sabrá nunca que he estado aquí.

Mijaíl hundió la cabeza: se echó a llorar. Hasta aquella noche pensaba que habría hecho cualquier cosa por su amigo. Era mentira. Su lealtad, su valor, su amistad..., todo había resultado ser frágil como el cristal. Se había venido abajo con la primera adversidad.

Cuando Anatoli llegó sin avisar aquella tarde, Mijaíl se había mostrado comprensiblemente sorprendido. Anatoli había viajado hasta el pueblo sin previo aviso. Sin embargo, había sido recibida calurosamente, le habían ofrecido comida, bebida y un lecho. Pero cuando sus anfitriones se enteraron de que se dirigía hacia el norte, hacia la frontera con Finlandia, entendieron por fin la razón de su súbita llegada. No había mencionado que la Policía de Seguridad del Estado, el MGB, andaba tras él. No era necesario. Lo entendieron todo. Era un fugitivo. En cuanto aquello se hizo evidente, la bienvenida se evaporó. El castigo por ayudar y acoger a un fugitivo era la ejecución. Él lo sabía, pero había albergado la esperanza de que su amigo estuviera dispuesto a asumir el riesgo. Hasta había pensado que estaría dispuesto a acompañarlo al norte. El MGB no buscaba dos personas, y, lo que es más, Mijaíl conocía a gente en todos los pueblos hasta Leningrado, incluidos Tver y Gorki. Era cierto que el riesgo era considerable, pero en una ocasión Anatoli había salvado la vida de Mijaíl, y aunque nunca lo había considerado como una deuda que éste tuviera que saldar, tampoco había pensado que algún día tendría la necesidad de reclamárselo.

Durante la discusión que mantuvieron resultó evidente que Mijaíl no estaba preparado para esa clase de riesgo. De hecho, no estaba preparado para asumir los de ningún tipo. Su mujer había interrumpido varias veces la conversación, había querido hablar con su marido en privado. En cada interrupción había mirado a Anatoli con un desprecio poco disimulado. Las circunstancias exigían precaución, y ésta era parte de la vida cotidiana. No se podía negar que había traído el peligro a la familia de su amigo, una familia a la que él quería. Redujo considerablemente sus esperanzas y le dijo a Mijaíl que no pedía otra cosa que pasar la noche en el granero. A la mañana siguiente se habría marchado. Caminaría hasta la estación de tren más próxima, de la misma manera que había llegado. Además, había sido idea suya reventar la cerradura de una patada. En el improbable caso de que lo descubrieran, la familia podría fingir ignorarlo todo y hacer como si no supieran que había un intruso. Creyó que aquellas precauciones tranquilizarían a sus anfitriones.

Anatoli, que no podía ver a su amigo llorar, se acercó.

-No hay por qué sentirse culpable. Lo único que queremos es sobrevivir.

Mijaíl dejó de llorar. Alzó la vista y se secó las lágrimas. Los dos amigos, al darse cuenta de que aquella sería la última vez que volverían a verse, se abrazaron.

Mijaíl se echó hacia atrás.

-Siempre fuiste mejor persona que yo. Buena suerte.

Se levantó y salió del granero, preocupándose de cerrar la puerta y recogiendo algo de nieve para mantenerla sujeta. Dio la espalda al viento y caminó con dificultad hacia la casa. Matar a Anatoli y denunciarlo como intruso habría garantizado la seguridad de su familia. Ahora se veía obligado a asumir el riesgo. Tendría que rezar. Nunca se había visto a sí mismo como un cobarde, y durante la guerra, cuando era su vida la que estaba en juego, jamás se había convertido como tal. Incluso algunos hombres lo habían llamado valiente. Pero tener una familia lo había vuelto temeroso. Podía pensar en cosas mucho más horribles que su propia muerte.

Al llegar a casa se quitó las botas y el abrigo y se dirigió al dormitorio. Al abrir la puerta se sorprendió al ver una figura en la ventana. Su mujer estaba despierta, mirando al granero. Al escucharlo, se

dio la vuelta. Su complexión pequeña no daba idea alguna de su capacidad para levantar, trasportar y cortar, para trabajar doce horas al día, para mantener a la familia unida. No le importaba que Anatoli hubiera salvado en cierta ocasión la vida de su marido. La lealtad y la deuda eran conceptos abstractos. Anatoli era una amenaza para su familia. Eso era real. Quería que se marchase tan lejos de su familia como fuera posible y en aquel preciso instante lo odiaba. Odiaba a aquel amigo amable y decente, al que una vez había querido y considerado un valorado huésped; lo odiaba más que a nadie en el mundo.

Mijaíl besó a su esposa. La mejilla de ésta estaba fría. La cogió de la mano. Ella lo miró fijamente y se dio cuenta de que había estado llorando.

-¿Qué estabas haciendo ahí fuera?

Mijaíl comprendió su interés. Ella tenía la esperanza de que hubiera hecho lo que tenía que hacer. Esperaba que hubiera antepuesto a su familia y que hubiera matado a aquel hombre. Eso sería lo correcto.

-Había dejado abierta la puerta del granero. Cualquiera podía haberlo visto. La cerré.

Pudo notar cómo su mujer soltaba la mano, mostrando su decepción. Lo consideraba débil. Tenía razón. No había tenido el valor necesario para asesinar a su amigo, y tampoco para ayudarle. Intentó encontrar palabras de aliento.

-No hay de qué preocuparse. Nadie sabe que está aquí.

MOSCU

El mismo día.

La mesa estaba destrozada, la cama volcada, el colchón hecho trizas, las almohadas rotas y los tabloncillos del suelo arrancados y, sin embargo, la búsqueda en el apartamento de Anatoli Brodski no había proporcionado pista alguna de su paradero. Leo se agachó para examinar la chimenea. Alguien había quemado pilas de papeles. Había capas de finas cenizas donde se había amontonado y prendido la correspondencia. Escarbó entre los restos con el cañón de su pistola, con la esperanza de encontrar algún fragmento que no hubiera sido devorado por el fuego. Las cenizas se desmoronaron. Todo estaba quemado y negro. El traidor había escapado. Leo era el culpable. Le habían concedido a aquel hombre, un extraño, el beneficio de la duda. Había supuesto que era inocente; la clase de error que podría haber cometido un novato.

Es mejor que sufran diez inocentes
a que escape un solo espía.

Había ignorado un principio fundamental de su trabajo: la presunción de culpabilidad.

Aunque aceptaba su responsabilidad, Leo no podía evitar pensar que si no le hubieran obligado a perder el día ocupándose de la muerte accidental de un niño, ¿habría escapado Brodski? Encontrarse con familiares, acabar con rumores infundados...; ése no era el trabajo de un experimentado agente del MGB. En lugar de dirigir personalmente una operación de vigilancia, había aceptado un encargo suplementario, resolviendo algo que no iba mucho más allá de un asunto personal. Nunca debía haber dicho que sí. Se había confiado respecto a la amenaza que suponía el tal Brodski. Su primer error grave desde que se incorporara a la Seguridad del Estado. Era consciente de que pocos eran los agentes que tenían la oportunidad de cometer un segundo fallo.

No se había preocupado mucho del caso: Brodski era un hombre culto, con algunos conocimientos de inglés, y trataba regularmente con extranjeros. Esto era motivo suficiente para la vigilancia pero, como

Leo había señalado, se trataba de un respetado veterinario en una ciudad con muy pocos veterinarios preparados. Los diplomáticos extranjeros tenían que llevar sus gatos y perros a alguna parte. Además, aquel hombre había servido en el Ejército Rojo como médico de campaña. Su historial era impecable. Según el informe militar, había sido voluntario, y aunque no estaba técnicamente cualificado como médico, aunque fuera experto sólo en tratar animales heridos, había trabajado en varios hospitales de campaña, y a raíz de ello había recibido dos condecoraciones. El sospechoso debía de haber salvado cientos de vidas.

El mayor Kuzmìn había adivinado bien pronto la razón de las reservas de su protegido. Durante su carrera militar, Leo había recibido tratamiento por parte de varios médicos de campaña por diversas heridas, y era evidente que algún tipo de camaradería de guerra le hacía echarse atrás. Kuzmìn le recordó que el sentimentalismo podía cegar a un hombre ante la verdad. Aquellos que parecen más dignos de confianza son aquellos de los que más hay que sospechar. Leo se dio cuenta de que eso era una interpretación del conocido aforismo de Stalin: "Confía pero vigila".

Confía pero vigila.

Las palabras de Stalin habían sido interpretadas así:

Vigila a aquellos en los que confías.

Puesto que aquellos en quienes no se confiaba eran examinados con el mismo rigor que aquellos en los que sí confiaba, eso quería decir que existía al menos una clase de igualdad.

La labor del investigador consistía en rascar la superficie de inocencia hasta descubrir la culpa. Si no aparecía la culpa, es que no se había rascado con suficiente profundidad. En el caso de Brodski, la cuestión no era si los diplomáticos extranjeros se encontraban con él porque era veterinario, sino más bien si el sospechoso se había convertido en veterinario para poder mostrarse abiertamente con diplomáticos extranjeros. ¿Por qué había establecido su consulta a escasa distancia de la embajada estadounidense? ¿Y por qué, poco después de haber abierto la consulta, varios empleados de la embajada estadounidense se compraron mascotas? Y, por último, ¿por qué las mascotas de los diplomáticos estadounidenses parecían necesitar cuidados mucho más frecuentes que un ciudadano normal? Kuzmìn había sido el primero en admitir que todo aquello tenía su gracia, y había sido precisamente eso lo que le había hecho sospechar. El aspecto inocente de las circunstancias parecía un excelente disfraz. Daba la impresión de que alguien se estaba riendo del MGB. Había pocos crímenes más graves que ése.

Después de pensar en el caso, teniendo en cuenta las observaciones de su mentor, Leo tomó la decisión de no arrestar al sospechoso al instante, sino hacer que lo siguieran, pues había pensado que si aquel ciudadano estaba trabajando como espía, aquello sería una oportunidad para descubrir con quién colaboraba y arrestarlos a todos de un solo golpe. Aunque nunca llegó a decirlo, se sentía incómodo arrestando a alguien con tan pocas pruebas. Era un escrúpulo con el que había vivido durante toda su trayectoria profesional. Había arrestado a mucha gente de la que sólo sabía el nombre, la dirección y que alguien desconfiaba de ellos. La culpabilidad de un sospechoso pasaba a ser real en el momento en que se convertía en uno. En cuanto a las pruebas, eso era algo que se obtenía durante el interrogatorio. Pero Leo ya no era un lacayo que se limitaba a cumplir órdenes, y había decidido aprovecharse de su autoridad para hacer las cosas de otra manera. Era un investigador. Había querido investigar. No dudaba de que, antes o después, arrestaría a Anatoli Brodski, pero quería tener pruebas; alguna señal de culpabilidad más allá de la mera conjetura. En pocas palabras, no quería sentirse incómodo al arrestarlo.

Como parte de la operación de vigilarlo, Leo había dedicado toda la jornada a seguir al sospechoso, entre las ocho de la mañana y las ocho de la tarde. Durante tres días no vio nada fuera de lo común. El sospechoso trabajaba, comía fuera y volvía a casa. En definitiva, parecía un tipo corriente, un buen ciudadano. Quizá había sido esa apariencia inocua lo que había confundido los sentidos de Leo. Aquella mañana, cuando un iracundo Kuzmìn le había cogido por banda para explicarle el caso de Fiódor Andrèyev (el niño muerto, la histeria desatada) y le había ordenado que lo solucionase inmediatamente, èl no había protestado. En lugar de plantarle cara y hacerle ver que tenía cosas más importantes que hacer, había acatado las órdenes. Consciente de lo ridículo que era aquello. De lo frustrante que resultaba hablar con los familiares, coaccionar a los niños, mientras su sospechoso, el traidor, se escapaba dejando a Leo en ridículo. El agente en el que había delegado la vigilancia había sido lo suficientemente idiota como para no ver algo extraño en el hecho de que aquel día no hubiera habido ni un solo cliente en la clínica veterinaria. Por fin, al anochecer, el agente había empezado a sospechar y había entrado, haciéndose pasar por un cliente. Se había encontrado el lugar vacío. Alguien había abierto apresuradamente una ventana trasera. El sospechoso podía haber escapado en cualquier momento, probablemente por la mañana, cuando èl llegó.

Brodski ha desaparecido.

Cuando Leo escuchò aquellas palabras se sintió enfermo: organizò una reunión de emergencia con el mayor Kuzmìn en su casa. Leo tenía ahora la prueba de culpabilidad que había estado buscando, pero ya no tenía al sospechoso. Para su sorpresa, su mentor pareció alegrarse. El comportamiento del traidor corroboraba su teoría: debían ser desconfiados. Si una acusación contenía un uno por ciento de verdad, era mejor considerarla cierta en su totalidad que olvidarse de ella. Leo recibió instrucciones de atrapar a aquel traidor a cualquier precio. No tenía que dormir, comer ni descansar; no tenía que hacer nada hasta que aquel hombre estuviera bajo custodia, que era donde debía estar, según había señalado con insistencia Kuzmìn, desde hacía tres días.

Leo se frotò los ojos. Sentía un nudo en el estómago. En el mejor de los casos, había demostrado ser demasiado inocente; en el peor, un incompetente. Había subestimado a su enemigo y, movido por un súbito y poco habitual estallido de ira, sopesò la idea de dar una patada a la mesa. Decidió no hacerlo. Se había entrenado para mantener sus sentimientos fuera de la vista de los demás. Un agente joven entrò raudamente en el despacho, probablemente dispuesto a ofrecer su ayuda, a demostrar su dedicación. Leo hizo un gesto de que se marchase, pues deseaba estar solo. Se tomó un momento para calmarse, mirando por la ventana la nieve que había empezado a caer sobre la ciudad. Encendió un cigarrillo y soplo el humo sobre el vidrio. ¿Qué había ido mal? El sospechoso debía de haberse fijado en los agentes que lo seguían y haber planeado su huida. Si había quemado documentos, eso significaba que quería ocultar material relacionado con su labor de espionaje o con su destino actual. Leo estaba seguro de que Brodski tenía un plan de escape, una forma de salir del país. Tenía que encontrar algún fragmento de su plan.

Los vecinos eran una pareja de jubilados, de unos setenta años, que vivían con su hijo, la esposa de èste y dos niños. Una familia de seis en dos habitaciones, una proporción bastante habitual. Los seis estaban sentados en la cocina, todos juntos, con un agente joven detrás para que se sintieran intimidados. Leo advirtió que se daban cuenta de que estaban implicados en la culpabilidad de otro hombre. Pudo ver su miedo. Olvidò aquel pensamiento por irrelevante (ya había sido una vez culpable de sentimentalismo) y se acercò a la mesa.

-Anatoli Brodski es un traidor. Si le ayudan de cualquier manera, incluso guardando silencio, serán tratados como cómplices. Ahora tienen que demostrar su lealtad al Estado. Nosotros no necesitamos demostrar que son culpables. Eso, ahora mismo, es algo que damos por supuesto.

El anciano, un avisado superviviente, se apresurò a ofrecer toda la información de que disponía. Valiéndose de las palabras utilizadas por Leo, aseguró que el traidor había ido a trabajar aquella mañana un poco antes, llevando consigo el mismo maletín que llevaba siempre, el mismo abrigo y el mismo sombrero. El abuelo no quería parecer poco colaborador, de modo que ofreció opiniones y sugerencias sobre su posible paradero, aunque Leo pensó que no se trataba más que de suposiciones desesperadas. El abuelo concluyó diciendo lo mucho que desconfiaban y recelaban de su vecino Brodski todos los miembros de la familia, y que la única persona que parecía tenerle aprecio era Zina Moròsovna, la mujer que vivía en el piso de abajo.

Zina Moròsovna rondaba los cincuenta y temblaba como un niño pequeño, algo que intentaba ocultar fumando, sin éxito. Leo la encontró de pie junto a una reproducción barata de un famoso retrato de Stalin (piel tersa, mirada llena de sabiduría) que ocupaba un lugar prominente encima de la chimenea. Quizá pensaba que eso la protegería. Leo no se molestó en presentarse ni en mostrar la tarjeta de identificación y se lanzó directo a la caza, en un intento de confundirla.

-¿Cómo es que se llevaba usted tan bien con Anatoli Brodski cuando todos los demás habitantes de este edificio lo despreciaban y desconfiaban de él?

Aquello cogió a Zina por sorpresa: su sentido de la discreción desapareció ante su indignación por aquella mentira.

-A toda la gente del edificio le caía bien Anatoli. Era un buen hombre.

-Brodski es un espía. ¿Y aún así se atreve a decir que era bueno? ¿Es acaso la traición una virtud?

Dándose cuenta inmediatamente de su error, Zina empezó a matizar el comentario.

-Sólo quería decir que era muy considerado con el ruido. Era muy educado.

Aquel comentario era torpe e irrelevante. Leo lo ignoró. Sacó una libreta y escribió las desafortunadas palabras de aquella mujer en letras grandes y legibles.

ERA UN BUEN HOMBRE.

Lo anotó con claridad, para que ella pudiera ver exactamente lo que escribía: escribía los próximos quince años de su vida. Aquellas palabras eran más que suficientes para encerrarla como colaboradora. Como prisionera política recibiría una sentencia larga, muy probablemente de unos veinticinco años. A su edad tenía pocas posibilidades de sobrevivir a los gulags. Leo no necesitaba pronunciar ninguna de estas amenazas en voz alta. Eran moneda común.

Zina se retiró a una esquina de la habitación, apagó el cigarrillo y se arrepintió inmediatamente, por lo que rebuscó otro.

-No sé adónde ha ido Anatoli, pero lo que sí sé es que no tiene familia. Su mujer murió en la guerra. Rara vez recibía visitas. Que yo sepa, tenía pocos amigos.

Hizo una pausa. Anatoli había sido su amigo. Habían pasado juntos muchas noches, comiendo y bebiendo. Hubo una época en la que incluso había concebido la esperanza de que se enamorase de ella, pero él no había mostrado interés alguno. No había superado la muerte de su mujer. Inmersa en sus recuerdos, miró a Leo. No parecía impresionado.

-Quiero saber dónde está. No me importan ni su mujer muerta ni su hijo muerto. No me interesa la historia de su vida a menos que sirva para saber dónde se encuentra ahora mismo.

La vida de Zina estaba en la cuerda floja. Sólo había una forma de sobrevivir. Pero, ¿cómo podía traicionar al hombre al que amaba? Para su sorpresa, tomó la decisión con menor deliberación de la que habría esperado.

-Anatoli era muy reservado. Sin embargo, recibía y enviaba cartas. A veces me las dejaba a mí para que se las enviase. La única correspondencia regular iba dirigida a alguien del pueblo de Kimov. Creo que está al norte. Mencionó que allí tenía un amigo. No recuerdo su nombre. Ésa es la verdad. Es todo lo que sé.

Su voz sonaba ahogada por la culpa. Aunque no se podía confiar en ninguna muestra externa de emociones, el instinto de Leo le dijo que aquella mujer estaba traicionando la confianza de alguien. Arrancó la página inculpatoria de la libreta y se la entregó. Ella la aceptó como pago a su traición. Él vio el desprecio en sus ojos. No se dejó impresionar.

El nombre de una población rural al norte de Moscú era una pista muy débil. Si Brodski estaba haciendo de espía, era mucho más probable que fuera ocultado por la gente para la que trabajaba. El MGB llevaba tiempo convencido de que existía una red de escondites bajo control extranjero. La idea de que un traidor a sueldo de otro país que tenía que recurrir a un contacto personal (un granjero colectivista) chocaba con el hecho de que fuera un espía profesional. Y, sin embargo, Leo estaba seguro de que aquella era la pista que debía seguir. Se olvidó de las incongruencias: atrapar a aquel hombre era su cometido. Era lo único que tenía. La equivocación ya le había costado un disgusto.

Se apresuró a llegar al camión aparcado en la calle y se puso a releer el informe del caso en busca de algún indicio que llevarse al pueblo de Kimov. Lo interrumpió la llegada de su segundo, Vasili Ilich Nikitin. Vasili, de treinta y cinco años (cinco más que Leo), había sido antaño uno de los agentes más prometedores del MGB. Despiadado, competitivo, no era leal a nadie que no fuera el MGB. Personalmente, Leo pensaba que aquella lealtad tenía más que ver con el propio interés que con el patriotismo. En sus primeros días como investigador, Vasili había demostrado su dedicación al denunciar a su único hermano por hacer comentarios antiestalinistas. Al parecer, el hermano había hecho un chiste sobre Stalin. Estaba borracho, celebrando su cumpleaños. Vasili había escrito el informe y a su hermano lo habían condenado a veinte años de trabajos forzados. Aquel arresto había favorecido a Vasili hasta que el hermano escapó tres años más tarde y asesinó a varios guardias y al médico del campo en su huida. Nunca lo atraparon, y lo embarazoso de aquel incidente era una mancha para Vasili. De no haber ayudado arduamente en la búsqueda del fugitivo, su carrera no lo habría soportado. Sobrevivió, pero muy debilitado. Ya no le quedaban hermanos a los que denunciar, y Leo sabía que su segundo estaba buscando alguna manera de recuperar su prestigio.

Terminada la búsqueda en la consulta del veterinario, Vasili parecía contento. Le entregó a Leo una carta arrugada que, según explicó, había encontrado tras el escritorio del traidor. El resto de la correspondencia había sido quemado (al igual que en su apartamento), y, sin embargo, con las prisas, el sospechoso había olvidado aquella misiva. Leo la leyó. Era de un amigo que explicaba a Anatoli que sería bien recibido en cualquier momento. La dirección estaba algo emborronada, pero el nombre de la ciudad podía leerse con claridad: Kiev. Leo dobló la carta y se la devolvió a su segundo.

-Esto lo escribió Brodski. No un amigo. Quería que la encontrásemos. No se dirige a Kiev.

La habían escrito apresuradamente. La caligrafía era inconsistente, mal disimulada. El contenido era ridículo, y parecía concebido con el único propósito de convencer al lector de que el autor era un amigo de Brodski al que éste podía recurrir en un momento delicado. La dirección había sido emborronada adrede para evitar una identificación rápida del verdadero inquilino, que demostraría la falsedad de la carta. El lugar en el que había aparecido (tirada detrás del escritorio) parecía preparado.

Vasili defendió la autenticidad del documento.

-Sería una negligencia no investigar más a fondo la pista de Kiev.

Aunque Leo no tenía ninguna duda de que la carta era falsa, se preguntó si no sería una buena idea enviar a Vasili a Kiev como precaución, para evitar toda alegación posible de que había hecho caso omiso

de una prueba. Desechò la idea: no importaba còmo llevase a cabo la investigación. Si no lograba atrapar al sospechoso, su carrera se habría acabado.

Volvió a centrar su atención en el informe. Según decía allí, Brodski tenía un amigo llamado Mijail Sviatoslàvich Zinòviev, que había sido revelado del Ejército Rojo por congelación crónica. Había estado próximo a la muerte, y habían tenido que amputarle varios dedos de los pies: tras recibir los cuidados necesarios, fue exonerado de cumplir el servicio militar. Brodski había llevado a cabo la operación. El dedo de Leo recorrió el documento en busca de la dirección actual.

Kimov.

Leo se dirigió a sus hombres y se percatò de la amarga expresión de Vasili.

-Nos vamos.

TREINTA KILOMETROS
AL NORTE DE MOSCU

15 de febrero.

Las carreteras de salida de Moscù estaban cubiertas de mantillo helado, y aunque los neumáticos del camión estaban equipados con cadenas para la nieve, rara vez superaban los veinticinco kilómetros por hora. El viento y la nieve pasaban a su lado con tal fiereza que daba la impresión de que tuvieran un interés personal en que Leo no llegase a su destino. Los limpiaparabrisas, que salían del techo de la cabina, luchaban por mantener la visibilidad en un pequeñísimo pedazo de ventana. Con una visibilidad de menos de diez metros, el camión siguió adelante. Lo único que movía a Leo a intentar realizar un viaje en esas condiciones era la desesperación.

Leo, echado hacia delante, con mapas abiertos sobre el regazo, estaba sentado junto a Vasili y el conductor. Los tres iban vestidos como si estuvieran a la intemperie: con abrigo y guantes. La cabina de acero, con su techo de acero y su suelo de acero, sòlo tenía el calor residual del tembloroso motor. Pero al menos aquella cabina les ofrecía algo de protección frente al frío. En la parte trasera, los nueve agentes armados a conciencia no disfrutaban de tales lujos. Los camiones ZiS-151 tenían un techo de lona por el que se colaba el frío y la nieve. Como las temperaturas podían llegar a los treinta grados bajo cero, los compartimentos del ZiS-151 estaban equipados con una caldera de leña fijada al suelo. Aquel abultado artefacto podía calentar únicamente a aquellos que estaban pegados a èl, obligando así a los hombres a acurrucarse y a cambiar de sitio constantemente. El propio Leo se había sentado allí muchas veces: cada diez minutos los que estaban màs cerca de la estufa se apartaban del calor a regañadientes y se veían relegados a los sitios màs fríos, al final de los bancos, mientras el resto del grupo se reorganizaba.

Por primera vez en toda su carrera Leo notaba cierta disensión en su equipo. Y el motivo no era la incomodidad ni la falta de sueño. Sus hombres estaban acostumbrados a las condiciones adversas. No; era otra cosa. Quizá fuera el hecho de que la misión podía haberse evitado. Quizà no confiaran en la pista de Kimov. Y, sin embargo, en otras ocasiones había pedido la confianza de sus hombres y èstos se la habían dado. Aquella noche podía sentir hostilidad, resistencia. Aparte de Vasili, no estaba acostumbrado. Intentò pensar en otra cosa. En aquel momento su popularidad era la menor de sus preocupaciones.

Si su teoría resultaba correcta, si el sospechoso estaba en Kimov, entonces, pensaba Leo, lo màs probable era que saliera de allí con las primeras luces del alba, ya fuera en solitario o ayudado por su amigo. Leo se estaba arriesgando al pensar que llegarían al pueblo a tiempo. Había decidido no recurrir a la

milicia local, con base en Zagorsk, la ciudad más cercana, puesto que en su opinión eran unos aficionados, indisciplinados y con escasa formación. Ni siquiera se podía confiar en las divisiones locales del MGB para una operación como aquella. No era probable que Brodski, consciente de ser un fugitivo buscado, se fuera a rendir. Puede que estuviera dispuesto a luchar hasta morir. Tenían que capturarlo vivo. Su confesión era de la máxima importancia. Además, su huida había avergonzado a Leo y estaba decidido a reparar el daño, decidido a llevar a cabo el arresto personalmente. No se trataba de una mera cuestión de orgullo. Tampoco importaba sólo el hecho de que su carrera dependiera del éxito de la misión. Las consecuencias eran más complejas. El fracaso en un importante caso de espionaje como aquél podría dar lugar a acusaciones de haber saboteado de forma deliberada la investigación. El fracaso en la captura del sospechoso lo implicaría a él personalmente. Su lealtad quedaría en entredicho.

Vigila a aquellos en quien confías.

Nadie escapaba a aquella regla. Ni siquiera aquellos que la aplicaban.

Si Brodski no estaba en Kimov, si Leo se equivocaba, entonces Vasili sería el primero en dar un testimonio detallado acerca de cómo su superior había renunciado a la prometedor pista de Kiev. Otros miembros de la dirección olerían la debilidad como animales que rodean a una presa herida, y casi con toda seguridad, denunciarían sus escasas cualidades como líder, mientras que Vasili se presentaría como el sucesor lógico de Leo. En la jerarquía de la Seguridad del Estado la suerte podía cambiar de un día para otro. Para ambos hombres la suya dependía en gran medida del lugar en que se encontrase el traidor.

Leo echó un vistazo a su segundo, un hombre atractivo y repugnante a partes iguales; como si su buen aspecto hubiera sido moldeado sobre un núcleo podrido, un rostro de héroe con el corazón de un matón. Una atractiva fachada con unas mínimas grietas que asomaban por las comisuras de los labios; una tenue sonrisa burlona que, si uno sabía interpretar, daba una pista de los oscuros pensamientos que se escondían tras aquella cara bonita. Vasili, que quizá se había dado cuenta de que era el objeto de su atención, se giró y le dedicó una sonrisa leve, ambigua. Por algún motivo parecía contento. Inmediatamente Leo se percató de que algo no iba bien.

Comprobó el mapa. Kimov, con una población inferior al millar de personas, era una mota de polvo en el lienzo soviético. Había advertido al conductor que no tenía que buscar ningún cartel en la carretera. Incluso a quince kilómetros por hora aquel pueblo aparecería y desaparecería en el tiempo que se tarda en cambiar de marcha. Mientras Leo pasaba el dedo por los puntos de la carretera, empezó a sospechar que se habían pasado el desvío. Seguían viajando hacia el norte cuando deberían estar viajando hacia el oeste. Como era prácticamente imposible hacerse a una idea de dónde estaban basándose en el paisaje que los rodeaba, hizo un cálculo de su posición en kilómetros. Estaban demasiado al norte. El conductor se había pasado la marca.

-¡Da la vuelta!

Leo se fijó en que ni el conductor ni Vasili parecieron sorprenderse ante la petición. El conductor farfulló:

-Pero si no hemos visto la salida.

-La hemos pasado. Para el camión.

El conductor aminoró suavemente, apretando el freno poco a poco para evitar patinar sobre el hielo. El camión se detuvo de manera gradual, Leo bajó de un salto y, en medio de la ventisca, empezó a dar indicaciones al conductor para que realizase una aparatosa media vuelta. Algo complicado, pues el ZiS-151 era casi tan ancho como la carretera. Cuando prácticamente habían completado el giro, con el camión bien situado respecto a la carretera, el conductor pareció ignorar las instrucciones de Leo y dio marcha

atrás demasiado rápido y demasiado lejos. Leo salió corriendo y golpeò la puerta, pero ya era tarde. Una de las ruedas traseras se salió de la carretera. Daba vueltas sin moverse y no paraba de salir nieve. Leo modelò su ira, pues empezaba a sospechar cada vez màs del conductor, cuyo nivel de incompetencia parecía poco creible. Vasili había organizado el equipo, había escogido al conductor. Leo abrió la puerta de la cabina y gritò:

-¡Fuera!

El conductor se bajò. Los agentes que estaban en la parte de atrás habían salido también para ver què pasaba. Miraron a Leo con desaprobación. ¿Era irritación por el retraso, por la propia misión, les molestaba su liderazgo? No lograba entenderlo. Ordenò a uno de ellos que se colocase al volante mientras el grupo, incluido Vasili, empujaba el camión para sacarlo de la nieve. El neumático girò y les rociò los uniformes de nieve sucia. Finalmente las cadenas llegaron a la carretera y el camión avanzò. Leo ordenò al conductor destituido que se sentara en la parte de atrás. Un error como aquèl era màs que suficiente para garantizar un informe escrito y una condena al gulag. Vasili debía de haberle garantizado inmunidad, una garantía que sòlo tendría valor si Leo fracasaba. Leo se preguntò cuàntos miembros màs del equipo estarían màs interesados en su fracaso que en su éxito. Se sintió solo, aislado en su propia unidad, y cogió el volante. Èl sería el conductor. Èl los llevaría. Èl llegaría hasta allí. No podía confiar en nadie. Vasili subió junto a èl, optando sabiamente por no decir nada. Leo metió la marcha.

Cuando llegaron al buen camino, en dirección al oeste, y se acercaron a Kìmov, la tormenta había pasado ya. Empezó a salir un débil sol de invierno. Leo estaba agotado. Conducir entre la nieve lo había dejado sin fuerzas. Tenía los brazos y los hombros entumecidos, y los pàrpados le pesaban. Estaban atravesando lo màs profundo de la campiña rusa: campos, bosques... Cuando entrò en un pequeño valle vio el pueblo: un grupito de casas de madera, algunas de ellas al pie del camino y otras màs atrás, todas ellas de planta cuadrangular y altos tejados triangulares, un panorama que no había cambiado en cien años. Aquèlla era la vieja Rusia: comunidades levantadas en torno a pozos de agua y antiguos mitos, donde la salud del ganado estaba a merced de la voluntad del "dvorodoi", el duende del corral, donde los padres decían a sus hijos que si se portaban mal, los espíritus se los llevarían para convertirlos en àrboles. Los padres habían escuchado aquellas historias de pequeños y nunca habían dejado de creerlas, hasta el punto de pasarse meses tejiendo ropas que ofrecer a las ninfas del bosque, las "rusalki", de quienes creían que iban de àrbol en àrbol y que podían, si así lo decidían, hacer cosquillas a un hombre hasta provocar su muerte. Leo había crecido en la ciudad, y para èl aquellas supersticiones rurales no significaban nada. Le desconcertaba el hecho de que la revolución ideológica de su país hubiera contribuido tan poco a sustituir aquel folclore primitivo.

Leo detuvo el camión en la primera casa. Sacò del bolsillo de la chaqueta un frasco de vidrio que contenía pequeños y sucios cristales blancos de diversos tamaños: metanfetamina pura, un narcótico muy utilizado por los nazis. Lo había conocido cuando combatía en el frente oriental, mientras el ejército de su país hacía retroceder a los invasores, asimilando prisioneros de guerra y algunos de sus hábitos. Había habido operaciones en las que Leo no se había podido permitir el lujo de descansar. Èsta era una de ellas. Había usado la metanfetamina, que le prescribían ahora los médicos del MGB, varias veces después de la guerra, siempre que una misión requiriese estar despierto toda la noche. No podía valorarse suficientemente su utilidad. Pero el precio era un bajòn total veinticuatro horas después: un cansancio absoluto que sòlo podía evitarse tomando màs o durmiendo doce horas seguidas. Los efectos secundarios se empezaban a notar. Había perdido peso y las facciones de su rostro se habían endurecido. Su capacidad de memoria se había atenuado, los nombres y los detalles concretos se le escapaban, antiguos casos y arrestos se confundían en su recuerdo y tenía que escribirse notas a sì mismo. Resultaba imposible juzgar

si se había vuelto más paranoico por culpa de la droga, pues la paranoia era un valor esencial, una virtud que había que entrenar y cultivar. Si la metanfetamina la había potenciado, tanto mejor.

Se echó una pequeña porción sobre la palma, y después un poco más. Intentaba recordar cuál era la dosis correcta. Mejor pasarse que quedarse corto. Una vez satisfecho, se lo tragó con el contenido de una petaca. El vodka le quemó la garganta sin llegar a ocultar el sabor químico que le daba ganas de vomitar. Esperó a que se le pasara aquella sensación mientras examinaba los alrededores. La nieve recién caída lo cubría todo. Aquello le agradaba. Aparte del propio Kimov, había pocos sitios en los que ocultarse. Una persona sería visible desde varios kilómetros, y sus huellas serían fáciles de seguir.

No tenía ni idea de cuál de aquellas granjas pertenecía a Mijaíl Zinóviev. Como el camión aparcado en mitad de la carretera eliminaba por completo el factor sorpresa, Leo se bajó, desenfundó la pistola y se acercó a la casa más próxima. Aunque las metanfetaminas no habían causado todavía efecto, se sentía ya más despierto, más ágil a medida que su cerebro se preparaba para la inevitable oleada narcótica. Se acercó al porche y se aseguró de que el arma estaba lista.

Antes incluso de llamar a la puerta apareció una anciana de piel curtida. Llevaba un vestido con estampados azules y mangas blancas y un chal bordado que le cubría la cabeza. A ella no le importaba Leo, ni su pistola, ni su uniforme, ni el camión militar. No tenía miedo a nada, y no intentó en ningún momento ocultar el gesto de desprecio grabado en su frente.

-Estoy buscando a Mijaíl Sviatoslávich Zinóviev. ¿Es ésta su casa? ¿Dónde está?

Como si Leo estuviera hablando en una lengua extranjera, ella torció la cabeza y no pronunció respuesta alguna. Era la segunda vez en dos días que una anciana le plantaba cara, que le mostraba abiertamente su repulsa. Había algo en aquellas mujeres que las hacía intocables; su autoridad no significaba nada para ellas. Por suerte, la situación salió del punto muerto cuando el hijo de aquella mujer, un hombre de complexión fuerte y tartamudeo nervioso, salió apresuradamente de la casa.

-Perdónela. Es muy mayor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Una vez más, los hijos se disculpaban por sus madres.

-Mijaíl Sviatoslávich. ¿Dónde está? ¿Cuál es su granja?

Al darse cuenta de que Leo no pretendía arrestarlos a ellos, que él y su familia estaban a salvo un día más, el hijo se sintió tremendamente aliviado. Señaló con despreocupación la granja de su amigo.

Leo volvió al camión. Sus hombres estaban ya en posición. Dividió el equipo en tres grupos. Avanzarían hasta la casa por lados diferentes, uno por la parte delantera, y otro por la trasera, y un tercero se acercaría al granero y lo rodearía. Cada hombre iba armado con una pistola automática Sechkin APS de nueve milímetros, diseñada especialmente para ser utilizada por el MGB. Además de eso, un hombre de cada grupo llevaba un AK-47. Estaban preparados para una batalla campal, si es que llegaba el caso.

-Cogeremos al traidor vivo. Necesitamos su confesión. Si tenéis alguna duda, la más mínima, no disparéis.

Leo repitió aquella orden con especial énfasis al grupo liderado por Vasili. Matar a Anatoli Brodski sería un delito punible por la ley. Su propia seguridad era secundaria; lo importante era la vida del sospechoso. Como respuesta, Vasili se hizo con el AK-47 de su grupo.

-Para estar seguros.

En un intento de eliminar las posibilidades de sabotaje de la operación de Vasili, Leo les ordenó encargarse del área menos importante.

-Tu grupo buscará en el granero.

Vasili se marchó. Leo le agarró del brazo.

-Lo cogeremos vivo.

A mitad de camino hacia la casa, los hombres se dividieron en tres grupos, partiendo en tres direcciones distintas. Los vecinos les dirigieron miradas furtivas desde sus ventanas para desaparecer después. A treinta pasos de la puerta Leo se detuvo, permitiendo a los otros dos grupos tomar posiciones. El equipo de Vasili rodeò el granero mientras el tercero llegaba a la parte trasera de la puerta. Todos esperaban la señal de Leo. Afuera no había señales de vida. Un aliento de humo salía de la chimenea. En las pequeñas ventanas colgaban trozos de tela raída. Era imposible ver el interior de las habitaciones. Con excepción del chasquido de los seguros de los AK-47, reinaba el silencio. De pronto una niña salió de un pequeño edificio rectangular, la fosa séptica, que estaba detrás de la casa. Venía canturreando; el sonido se expandía por la nieve. Los tres agentes que estaban más cerca de Leo se dieron la vuelta y la apuntaron con sus armas. La pequeña se quedó petrificada, muerta de miedo. Leo levantò la mano.

-¡No disparéis!

Contuvo el aliento, con la esperanza de no escuchar el sonido de las armas de fuego. Nadie se movió. Y entonces la niña echò a correr hasta la casa tan rápido como pudo, gritando el nombre de su madre.

Leo notò el primer empujòn de la anfetamina: su fatiga desapareció. Dio un salto hacia delante y sus hombres lo siguieron. Se acercò a la casa como un nudo que se estrecha alrededor de un cuello. La pequeña abrió precipitadamente la puerta y entrò corriendo. Leo llegó pocos segundos después, golpeò la puerta con el hombro, desenfundò la pistola y se abrió paso hacia el interior. Allí encontró una pequeña y cálida cocina, envuelta en el olor del desayuno. Había dos niñas (la mayor debía de tener unos diez años y la menor, cuatro) de pie junto a un débil fuego. Su madre, una mujer robusta de aspecto recio, que parecía capaz de tragarse las balas y escupirlas, estaba delante de ellas, protegiéndolas con una mano en cada uno de sus pechos. Un hombre de unos cuarenta años llegó desde el cuarto de atrás. Leo se volvió hacia èl.

-¿Mijaíl Sviatoslàvich?

-¿Sí?

-Mi nombre es Leo Stepànovich Demídiv, agente del MGB. Anatoli Taràsovich Brodski es un espía. Se le busca para interrogarlo. Dígame dònde està.

-¿Anatoli?

-Su amigo. ¿Dònde està? Y no mienta.

-Anatoli vive en Moscù. Trabaja como veterinario. Hace años que no le veo.

-Si me dice dònde està, olvidaré que vino aquí. Usted y su familia estarán a salvo.

La mujer de Mijaíl mirò a su marido: la oferta le resultaba tentadora. Leo experimentò una indescriptible sensación de alivio. Había acertado. El traidor estaba allí. Sin esperar respuesta, Leo hizo un gesto a sus hombres para que empezasen a registrar la casa.

Vasili entrò en el granero con la pistola en alto y el dedo en el gatillo. Se acercò al montòn de paja, el único sitio donde alguien podría esconderse, lo suficientemente alto como para ocultar a una persona. Disparò varias ráfagas cortas. Volaron briznas de paja. El humo salió del cañòn de su arma. Las vacas que había junto a èl hicieron un ruido ronco y se apartaron a empujones. Pero no hubo sangre. Allí no había nadie, estaban malgastando el tiempo. Salió, se echò la ametralladora al hombro y encendió un cigarrillo.

Alarmado por el ruido de los disparos, Leo salió corriendo de la casa. Vasili lo llamò.

-Aquí no hay nadie.

Leo, insuflado de una energía narcótica, se apresurò hasta el granero, apretando la mandíbula.

Vasili, molesto porque lo ignorasen, tirò el cigarrillo a la nieve y observò còmo se derretía hasta llegar al suelo.

-A menos que pueda disfrazarse de vaca, ahì no està. A lo mejor deberíamos matarlas, por si acaso.

Vasili mirò a su alrededor, buscando carcajadas, y los hombres se las concedieron. No se confundió: se daba cuenta de que ninguno de ellos lo consideraba gracioso. Mucho mejor que eso, su risa era un indicador de que la balanza de poder había empezado a cambiar. Su fidelidad a Leo empezaba a debilitarse. Quizá fuera el viaje agotador. Quizá hubiera sido la decisión de Leo de dejar que Brodski siguiera libre cuando deberían haberlo arrestado. Pero Vasili se preguntaba si tendría algo que ver con Fiòdor y la muerte de su hijo. A Leo lo habían enviado a aclarar el asunto. Muchos de aquellos hombres eran amigos de Fiòdor. Si sentían alguna clase de resentimiento, eso era algo que podía fomentarse, manipularse.

Leo se agachò y se puso a examinar las huellas en la nieve. Había pisadas recientes; algunas pertenecían a sus agentes, pero debajo de éstas había otras que salían del granero y se dirigían hacia el campo. Se levantò y entrò en el granero. Vasili lo llamò.

-¡Ya he mirado ahí!

Leo lo ignorò y palpò el cerrojo roto de la puerta: se fijò en los sacos de grano echados por el suelo y volvió a salir, mirando fijamente hacia el campo.

-Quiero que me sigan tres hombres, los tres màs rápidos. Vasili, tù te quedas aquí. Continúa registrando la casa.

Se quitò su pesada chaqueta invernal. Sin que aquello significase ningún desaire intencionado, se la dio a su segundo. Libre de impedimentos y listo para correr, empezó a seguir las pisadas por el campo.

Los tres agentes escogidos para seguirlo no se molestaron en quitarse los abrigos. Su superior les estaba pidiendo que corrieran por la nieve sin chaqueta cuando ni siquiera se había molestado en examinar el cadáver del hijo muerto de su compañero. Se había pasado por encima de la muerte de un niño como si fuera un asunto sin importancia. No estaban dispuestos a coger una pulmonía siguiendo ciegamente a un hombre cuya autoridad podía estar a punto de acabarse, un hombre que no tenía ningún interés en cuidar de ellos. De todas formas Leo seguía siendo su superior, al menos por el momento, y después de un cruce de miradas con Vasili, los tres empezaron a moverse a regañadientes, haciendo como que obedecían, detrás de un hombre que estaba ya a varios centenares de metros por delante.

Màs adelante estaba la cresta de una pequeña colina, y Leo esperaba poder ver desde lo alto al hombre al que seguía. Cuando llegó a la cima se detuvo a examinar el paisaje a su alrededor. Había campos cubiertos por la nieve en todas direcciones. Màs adelante, a cierta distancia, nació un denso bosque, pero màs cerca, a un kilòmetro colina abajo, un hombre se abría camino entre la nieve. No era un granjero ni un trabajador. Era el traidor. Leo estaba seguro. Se dirigía hacia el norte, hacia el bosque. Si conseguía llegar hasta los árboles podría esconderse. Leo no tenía perros con los que seguirlo. Mirò atrás: los tres agentes se retrasaban. Algùn vínculo entre ellos y èl se había roto. No podía contar con ellos. Tendría que atrapar al traidor èl solo.

Como si un sexto sentido lo hubiera alertado, Anatoli dejó de caminar y se dio la vuelta. Allí, corriendo colina abajo hacia èl había un hombre. No cabía duda de que se trataba de un agente del Estado. Anatoli creía estar seguro de haber destruido todas las pruebas que lo relacionaban con aquel pueblo remoto. Por este motivo se quedó allí un instante, sin hacer nada, anonadado por la visión de su perseguidor. Lo habían encontrado. Sintió una arcada, se puso rojo y entonces, dándose cuenta de que aquel hombre significaba la muerte, se dio la vuelta rápidamente y empezó a correr hacia el bosque. Los primeros pasos fueron torpes, marcados por el pánico; se tambaleaba hacia los lados, metiéndose donde la nieve era màs profunda. Enseguida se dio cuenta de que el abrigo era un lastre. Se lo quitò, lo tirò al suelo y echò a correr por su vida.

Anatoli no volvió a cometer el error de mirar hacia atrás. Se concentrò en el bosque que tenía delante. A aquel ritmo llegaría allí antes de que su perseguidor pudiera alcanzarlo. El bosque le ofrecía la

posibilidad de desaparecer, de esconderse. Y si había una pelea allí, donde había ramas y piedras, tendría más posibilidades que desarmado y a campo abierto.

Leo aumentó la velocidad, esforzándose aún más, apurando como si estuviera en una pista de atletismo. Algunas partes de su mente recordaban que el terreno era traicionero y que correr a aquella velocidad era peligroso. Pero las anfetaminas le hacían creer que era posible: podía atajar a saltos la distancia que los separaba.

De repente Leo perdió el paso y se tambaleó hacia un lado antes de caerse de bruces sobre un montón de nieve. Mareado y enterrado en la nieve, se dio la vuelta y se preguntó si estaba herido mientras contemplaba el pálido azul del cielo. No sentía dolor. Se levantó, se quitó la nieve de la cara y de las manos y observó con frío desinterés los cortes que se había hecho en las manos. Miró a la figura de Brodski, que esperaba ver desaparecer en el linde del bosque. Pero para su sorpresa, el sospechoso también había dejado de correr. Estaba allí, inmóvil. Confuso, Leo se apresuró hasta allí. No entendía nada: precisamente cuando tenía más posibilidades de huir, aquel hombre no parecía hacer nada. Estaba mirando al suelo frente a sí. Apenas un centenar de metros los separaban ahora. Leo sacó la pistola y aminoró el paso. Apuntó, a sabiendas de que no podía arriesgarse a disparar desde aquella distancia. El corazón le latía violentamente, a razón de dos latidos por cada paso que daba. Una nueva oleada de energía metanfetamínica: el paladar se le quedó seco. Los dedos le temblaban por un exceso de energía, el sudor le caía por la espalda. Apenas había cincuenta pasos entre ellos. Brodski se dio la vuelta. No iba armado. No tenía nada en las manos; era como si de repente, de manera inexplicable, se hubiera rendido. Leo siguió avanzando, cada vez más cerca. Finalmente pudo ver lo que había hecho detenerse a Brodski. Había un río cubierto de hielo de unos veinte metros de ancho entre el bosque y él no se veía desde la colina, oculto por un manto de pesada nieve que cubría la superficie congelada. Leo gritó:

-¡Se acabó!

Anatoli sopesó aquella frase, se volvió hacia el bosque y dio un paso sobre el hielo. Sus pisadas eran débiles, y se deslizaba por la superficie lisa. La capa de hielo crujió bajo su peso, sosteniéndolo a duras penas. No aminoró la marcha. Paso tras paso tras paso, el hielo empezaba a romperse. En la superficie se formaban líneas negras y retorcidas que se entrecruzaban y nacían bajo sus pies. Cuanto más rápido se movía, con más rapidez aparecían las líneas, más rápido se multiplicaban en todas direcciones. El agua helada se colaba entre las grietas. Siguió adelante. Estaba en mitad del río, a diez metros del otro lado. Miró hacia abajo, hacia el agua oscura y helada.

Leo llegó a la orilla del río, guardó la pistola en su funda y alargó la mano.

-El hielo no aguantará. No llegará al bosque.

Brodski se detuvo y se dio la vuelta.

Levantó la pierna derecha y, con un movimiento brusco, dio un pisotón con la bota que reventó la superficie y abrió un agujero hasta el río que corría debajo. El agua salió hacia arriba, el hielo se rompió y él cayó.

Completamente entumecido y en estado de shock se dejó hundir mientras miraba al sol. Entonces, al sentir que tiraban de él hacia arriba, se zafó de una patada, lanzándose río abajo por el agujero abierto en el hielo. No tenía intención de salir a la superficie. Desaparecería en aquellas aguas oscuras. Empezó a sentir punzadas en los pulmones y notó cómo su cuerpo luchaba con su decisión de morir. Se impulsó con los pies más allá con la corriente, nadando todo lo lejos de la luz que le fue posible. Lejos de cualquier posibilidad de supervivencia. Finalmente, la tendencia natural de su cuerpo a flotar lo sacó a la superficie; en lugar de salir al aire, su rostro chocó contra una gruesa capa de hielo. La corriente lo arrastró lentamente río abajo.

El traidor no iba a salir a la superficie. No cabía duda de que estaba alejándose del agujero en el hielo para morir y proteger así a sus cómplices. Leo corrió por la orilla del río, calculando dónde podría estar bajo el hielo. Se desabrochó el pesado cinturón de cuero y la pistola, los tiró al suelo y empezó a caminar sobre el río helado, en cuya superficie resbalaban sus botas. Casi inmediatamente el hielo empezó a ceder. Siguió moviéndose, intentando no pisar con demasiada fuerza, pero el hielo se resquebrajaba y podía notar cómo se hundía bajo su peso. Al llegar a la mitad del río se agachó y apartó frenéticamente la nieve. Pero el sospechoso no estaba por ninguna parte. Sólo había agua oscura por todos lados. Leo bajó más allá, siguiendo la corriente, pero las líneas de las fracturas lo seguían a cada paso, rodeándolo por todos lados. El agua empezó a subir, y las grietas, a unirse. Miró al cielo, llenó los pulmones y se estremeció al escuchar un crujido.

El hielo se rompió.

Aunque no podía sentir toda la intensidad del frío, drogado por las anfetaminas, sabía que tenía que ser rápido. A aquella temperatura, era cuestión de segundos. Se dio la vuelta. Había destellos de luz donde el hielo se había roto, en dos sitios, pero más allá el agua era oscura, protegida del sol por un denso manto de nieve. Se impulsó para alejarse del fondo, corriente abajo. Incapaz de ver nada, nadó más allá, agarrando a derecha e izquierda, a tientas. Su cuerpo le pedía aire a gritos. Como respuesta aumentó la velocidad, pateando con más fuerza, arrastrándose más rápido por el agua. Pronto no tendría más elección que darse la vuelta y morir. Al darse cuenta de que no tendría una segunda oportunidad, de que volver con las manos vacías podría significar su muerte, siguió avanzando río abajo.

Su mano rozó algo: un material, tela, la pernera de un pantalón. Era Brodski, inmóvil contra el hielo. Pero entonces, como si aquel roce le hubiera devuelto la vida, empezó a resistirse. Leo nadaba debajo, lo agarró por el cuello. El dolor que sentía Leo en el pecho era muy intenso. Tenía que volver a la superficie. Con un brazo alrededor del cuello del sospechoso, intentó romper el hielo con el puño, pero sus golpes rebotaban contra la superficie lisa y dura.

Brodski dejó de moverse. Se concentró, dominando todos los impulsos de su cuerpo, y abrió la boca, llenándose los pulmones de agua helada, recibiendo la muerte.

Leo se centró en los rayos de luz que se veían más arriba. Se impulsó fuertemente con los pies y los lanzó hacia la luz. Su prisionero estaba inmóvil, inconsciente. Leo, mareado, no podía aguantar la respiración ni un segundo más. Volvió a impulsarse con los pies, sintió la luz del sol en la cara y empujó hacia arriba. Los dos hombres rompieron el hielo.

Leo tosió una y otra vez. Pero Brodski no respiraba. Leo lo arrastró hacia la ribera del río, abriéndose camino a golpes por los trozos rotos de hielo. Sus pies tocaron el lecho del río. Consiguió salir a la orilla, arrastrando consigo a Anatoli Brodski. Tenían la piel de un azul pálido. Leo no podía dejar de temblar. El prisionero, por el contrario, se quedó totalmente quieto. Leo le abrió la boca, sacando el agua y soplando para que le entrase aire en los pulmones. Le apretó el pecho, sopló, le apretó el pecho, sopló.

-¡Vamos!

Brodski recobró la consciencia entre balbuceos, se echó hacia delante y vomitó el agua helada que le llenaba el estómago. Leo no tenía tiempo de sentirse aliviado. Tenían pocos minutos antes de morir de hipotermia. Se levantó. Pudo ver a los tres agentes a poca distancia.

Los hombres habían avistado a Leo al desaparecer en el río y se habían dado cuenta de que su superior llevaba razón desde el principio. En una décima de segundo la balanza de poder había abandonado a Vasili y vuelto a Leo. Su recelo por la forma en que había llevado el caso de Fiódor no significaba nada ya. La única razón por la que habían pensado que podían mostrar sus emociones fue creer que aquella operación fracasaría y que Leo sería destituido. No era así: tendría más poder que nunca. Corrieron todo lo deprisa que podían; sus vidas dependían de ello.

Leo se dejó caer junto a Brodski. Èste estaba cerrando los ojos; volví a sumirse en la inconsciencia. Leo le golpeò la cara. Era esencial que se mantuviese despierto. Volvió a golpearle. El sospechoso abrió los ojos, pero inmediatamente volvió a entornarlos. Leo le golpeò una y otra vez. El tiempo se acababa. Se levantò y llamò a sus hombres.

-¡Rápido!

Su voz era cada vez màs débil, sus energías se desmoronaban como si finalmente el frío lo hubiera alcanzado y su invencibilidad química hubiera empezado a derretirse. Las drogas habían superado su punto àlgido. Una fatiga extraordinaria volví a apoderarse de su cuerpo. Llegaron los agentes.

-Quitaos las chaquetas. Haced un fuego.

Los tres se quitaron las chaquetas, envolvieron a Leo con una de ellas y a Brodski con las otras dos. Aquello no sería suficiente. Necesitaban fuego. Los tres agentes buscaron leña. Había una valla a cierta distancia, y dos de los agentes corrieron a por ella mientras el tercero desgarraba en tiras la manga de su àspera camisa de algodón. Leo permaneciò concentrado en su prisionero, golpeándole para mantenerle despierto. Pero Leo también tenía sueño. Quería descansar. Quería dormir. Quería cerrar los ojos.

-¡Rápido!

Aunque había querido gritar, su voz apenas había sido audible.

Los dos oficiales volvieron con tablas arrancadas de la valla. Limpiaron un trozo de suelo, apartaron la nieve con los pies y colocaron la madera sobre la tierra helada. Entre aquella madera colocaron tiras de algodón. Alrededor de èstas apoyaron delgadas ramitas, unas contra otras, formando una pirámide. Uno de los agentes sacò su mechero y vertió el fluido sobre el algodón. La piedra centelleò, el algodón prendió y empezó a arder. La madera empezó también a quemarse, pero estaba húmeda y no terminaba de prender. El humo subía en forma de espiral. Leo no sentía calor alguno. La madera tardaba demasiado en secarse. Se arrancò del forro del interior de la chaqueta y lo añadió a la hoguera. Si se apagaba, morirían los dos.

Sòlo les quedaba un mechero. El agente lo desmontò cuidadosamente y vertió todo lo que quedaba de combustible sobre el débil fuego. Las llamas crecieron, ayudadas por un arrugado cartón de tabaco y por tiras de papel de fumar. Todos los agentes estaban de rodillas, avivando el fuego. La madera empezó a arder.

Anatoli abrió los ojos y mirò las llamas que tenía frente a sí. La madera crujía por el calor. A pesar de su deseo de morir, la sensación de calidez en la piel era maravillosa. A medida que las llamas crecían y el ámbar se convertía en rojo, se dio cuenta, con emociones encontradas, de que iba a sobrevivir.

Leo se sentò, la mirada concentrada en el centro de la fogata. De sus ropas salía vapor. Dos de los oficiales, àvidos de recuperar su aprobación, siguieron recolectando madera. El tercero montò guardia. Una vez pasado el peligro de que el fuego se extinguiera, Leo ordenò a uno de los hombres que regresara a la casa e hiciera los preparativos para la vuelta a Moscù. Dirigiéndose a su prisionero, Leo preguntò:

-¿Està usted lo suficientemente bien como para hablar?

-Yo solía ir a pescar con mi hijo. Por las noches encendíamos hogueras como èsta y nos sentábamos junto al fuego. No le gustaba mucho pescar, pero creo que le gustaban las hogueras. De no haber muerto, ahora tendría màs o menos la edad que tiene usted.

Leo no dijo nada. El prisionero añadió:

-Si no le importa, me gustaría quedarme un poco màs.

Leo añadió màs leña al fuego. Podían esperar un poco màs.

Mientras regresaban caminando nadie hablò. Tardaron casi dos horas en recorrer de nuevo la distancia que Leo había recorrido en menos de treinta minutos. Cada paso parecía màs pesado a medida que las

metanfetaminas desaparecían de su organismo. Únicamente el hecho de haber tenido éxito lo mantenía ahora con vida. Volvería a Moscú habiendo demostrado lo que valía, recobraría su estatus. Había estado al borde del fracaso y había vuelto.

Mientras se acercaban a la casa, Anatoli empezó a preguntarse cómo lo habían descubierto. Se dio cuenta de que debía de haber mencionado su amistad con Mijaíl a Zina. Lo había traicionado. Pero no sentía enfado hacia ella. Sólo intentaba sobrevivir. Nadie podía acusarla por ello. Además, era irrelevante. Lo único que importaba ahora era convencer a sus captores de que Mijaíl era inocente de toda colaboración. Se dirigió a su captor.

-Cuando llegué ayer por la noche, la familia me dijo que me marchase. No querían tener nada que ver conmigo. Amenazaron con llamar a las autoridades. Por eso me vi obligado a forzar la cerradura de su granero. Se pensaban que ya me había marchado. La familia no hizo nada malo. Son buenas personas, personas trabajadoras.

Leo intentó imaginar lo que realmente había pasado la noche anterior. El traidor había buscado la ayuda de su amigo, pero no la había encontrado. No era un gran plan de huida. Ciertamente no era el plan de huida de un espía competente.

-No me interesan sus amigos.

Llegaron al perímetro de la granja. Justo enfrente, en fila y de rodillas frente a la entrada del granero, estaban Mijaíl Zinóviev, su mujer y sus dos jóvenes hijas. Tenían las manos atadas a la espalda. Estaban temblando, congelándose de frío en la nieve. Mijaíl tenía la cara destrozada. Le caía sangre de la nariz destrozada, su mandíbula colgaba de una forma poco natural. Estaba rota. Los agentes formaban un círculo imperfecto y desdibujado. Vasili estaba de pie, detrás de la familia. Leo se detuvo. Estaba a punto de hablar cuando Vasili descruzó los brazos, mostrando su pistola. Le quitó el seguro y disparó un tiro en la nuca de Zinóviev. El sonido rebotó. El cuerpo de aquel hombre cayó sobre la nieve. Su mujer y sus dos hijas se quedaron quietas, mirando el cuerpo que tenían delante.

Sólo Brodski reaccionó, haciendo un ruido, un ruido inhumano; ni una palabra, sólo una mezcla de lamento y rabia. Vasili dio un paso hacia un lado y apuntó la pistola contra la cabeza de la mujer. Leo levantó la mano.

-¡Baja el arma! Es una orden.

-Son traidores. Tenemos que dar ejemplo.

Vasili apretó el gatillo, su mano se echó hacia atrás, se escuchó el eco lejano de un segundo disparo y el cuerpo de la mujer cayó al suelo junto al de su marido. Brodski intentó liberarse, pero los dos agentes que lo custodiaban le dieron patadas en las rodillas. Vasili volvió a moverse hacia un lado, colocando la pistola en la nuca de la mayor de las hijas. Tenía la nariz roja por el frío. Temblaba ligeramente. Estaba mirando el cuerpo de su madre. Moriría en la nieve junto a sus padres. Leo desenfundó la pistola y apuntó a su segundo.

-Baja el arma.

De repente el cansancio desapareció, y no gracias a un narcótico. La ira y la adrenalina empezaron a fluir por su cuerpo. Su pulso era firme. Cerró un ojo y apuntó con cuidado. A aquella distancia no fallaría. Si disparaba ahora, la chica sobreviviría. Sobrevivirían las dos. Nadie sería asesinado. Sin pensarlo, la palabra le había saltado a la cabeza.

ASESINADO

Amartilló la pistola.

Vasili estaba equivocado respecto a lo de Kiev. Había caído en la trampa de la carta de Brodski. Había asegurado a los otros que estaban perdiendo el tiempo al ir a Kimov. Había dado a entender que el fracaso de aquella noche resultaría en su nombramiento como nuevo jefe. Todos aquellos vergonzantes errores aparecerían en el informe de Leo. En aquel momento Vasili pudo sentir a los demás agentes observándole. Su estatus había sufrido un golpe humillante. Una parte de sí mismo quería ver si Leo tenía agallas para matarlo. Las repercusiones serían graves. Pero no era un necio. Sabía, en lo más profundo de su corazón, que era un cobarde, con la misma seguridad que sabía que Leo no lo era. Vasili bajó el arma. Aparentó quedar satisfecho e hizo un gesto a las dos niñas.

-Las pequeñas han aprendido una valiosa lección. Quizá cuando crezcan sean mejores ciudadanas que sus padres.

Leo se acercó a su segundo, pasando junto a los dos cadáveres y dejando huellas de bota en el suelo lleno de sangre. Con un movimiento rápido, golpeó con la pistola la cabeza de Vasili. Vasili cayó hacia atrás, agarrándose la sien. Había un poco de sangre donde se había abierto la piel. Pero antes de poder levantarse sintió el cañón del arma de Leo, apretando de nuevo sobre su cabeza. A excepción de las dos niñas, que miraban al suelo esperando morir, todos los contemplaban.

Muy lentamente, Vasili inclinó la cabeza y miró hacia arriba, con la mandíbula temblándole. Tenía miedo a morir. Aquel hombre, para quien la muerte de otros era algo tan trivial. El dedo de Leo acarició el gatillo. Pero no podía hacerlo a sangre fría. No sería el verdugo de aquel hombre. Que el Estado lo castigara. Había que confiar en el Estado. Enfundó la pistola.

-Te quedarás aquí y esperarás a la milicia. Les explicarán lo que ha pasado y les ayudarán. Puedes volver por tus propios medios a Moscú.

Leo ayudó a las dos niñas a levantarse y las acompañó hasta la casa.

Hicieron falta tres agentes para subir a Anatoli Brodski a la parte trasera del camión. Su cuerpo estaba laxo, como si le hubieran drenado la vida. Murmuraba cosas incomprensibles, loco de dolor y presa del delirio, mientras los agentes le gritaban que callase. No querían escuchar sus llantos.

Dentro de la casa, ninguna de las niñas dijo nada. Seguían sin poder comprender que los cuerpos que yacían fuera, en la nieve, eran sus padres. Esperaban que, en cualquier momento, su padre les preparase el desayuno o que su madre volviera del campo. Nada parecía real. Sus padres eran el mundo para ellas. ¿Cómo podía existir un mundo sin ellos?

Leo les preguntó si tenían más familiares. Ninguna de ellas dijo ni una sola palabra. Le pidió a la mayor que hiciera las maletas: se vendrían a Moscú. Ninguna de las dos se movió. Fue al dormitorio y empezó a prepararles el equipaje, a buscar sus cosas, su ropa. Sus manos empezaron a temblar. Se detuvo, se sentó en la cama y se miró la bota. Juntó los tobillos y se quedó mirando las delgadas y compactas crestas de nieve ensangrentada que caían al suelo.

Vasili observó desde el borde de la carretera la partida del camión mientras fumaba su último cigarrillo. Echó un vistazo a las dos niñas, que estaban sentadas en la parte delantera junto a Leo, donde debía haber estado él. El camión giró y desapareció por la carretera. Miró a su alrededor. Había rostros en las ventanas de las granjas cercanas. Esta vez no desaparecieron. Se alegraba de tener todavía la ametralladora consigo. Volvió a la casa y se fijó en los cuerpos tirados en la nieve. Entró en la cocina, calentó un poco de agua y preparó un té. Estaba fuerte y lo endulzó con azúcar. La familia tenía un pequeño tarro de azúcar, que probablemente debía durarles un mes. Lo vació casi entero en el vaso y obtuvo una bebida empalagosa dio un sorbo y se sintió repentinamente cansado. Se quitó las botas y la chaqueta, se fue al dormitorio, abrió el embozo de la cama y se echó. Deseó que fuera posible escoger los sueños. Decidió soñar con su venganza.

MOSCU

16 de febrero.

Aunque había sido su lugar de trabajo durante los últimos cinco años, Leo nunca se había sentido cómodo en la Lubianka, el cuartel general de los directivos internos del MGB. Las conversaciones distendidas eran poco frecuentes. Las reacciones eran contenidas. No resultaba muy sorprendente, dada la naturaleza de su oficio, pero no podía dejar de pensar que había algo en el edificio en sí que hacía que la gente se sintiera intranquila, como si el miedo hubiera formado parte del diseño. Se daba cuenta de lo absurdo de su teoría, pues no podía hacerse la más mínima idea de cuáles habían sido las intenciones del arquitecto. El edificio era anterior a la Revolución, y ya existía como una simple compañía de seguros antes de ser tomada por la fuerza de seguridad secreta de los bolcheviques. Y, sin embargo, le costaba creer que hubieran escogido al azar un edificio de proporciones tan perturbadoras: no era ni alto ni bajo, ni ancho ni estrecho; era algo que se situaba en un extraño punto medio. La fachada daba la impresión de estar vigilando: estaba compuesta por hileras y más hileras de ventanas, apiñadas unas contra otras, apiladas hasta alcanzar un reloj que había en lo alto y que observaba la ciudad como se de un pequeño ojo se tratará. Alrededor del edificio había una frontera invisible. Los transeúntes se mantenían alejados de aquel perímetro imaginario, como si tuvieran miedo de ser arrastrados a su interior.

Cruzar aquella línea significaba que uno era o bien un empleado o un condenado. No era posible ser declarado inocente dentro de aquellas paredes. Era una cadena de montaje de la culpa. Puede que no hubieran construido la Lubianka pensando en el miedo, pero aún así el miedo se había apoderado de ella; el miedo había convertido aquella compañía de seguros en algo suyo, en su hogar.

Leo entregó su identificación; una tarjeta que significaba no sólo que podía entrar, sino que también podía salir. Los hombres y mujeres que entraban por aquella puerta sin tarjeta a menudo no volvían a ser vistos. El sistema podía enviarlos a los gulags, o a un edificio que estaba justo detrás de aquel, en la avenida Varsonófiévski, otra mole de la Seguridad del Estado con el suelo inclinado, paredes forradas de madera para absorber las balas y mangueras para limpiar los charcos de sangre. Leo no conocía el número exacto de ejecuciones, pero las cifras eran elevadas, hasta varios centenares al día. A ese nivel las consideraciones prácticas, como la facilidad y rapidez con que se podían limpiar restos humanos, pasaban a ser cuestiones de importancia.

Al entrar en el corredor principal Leo se preguntó cómo se sentiría uno al ser conducido a los sótanos sin posibilidad de apelar y sin nadie a quien pedir ayuda. El sistema judicial podía ignorarse completamente. Leo había oído hablar de prisioneros que eran abandonados durante semanas, y de doctores que no tenían otro cometido que estudiar el dolor. Había aprendido a aceptar que aquellas cosas existían porque sí. Existían por una razón, por un bien supremo. Existían para aterrorizar. El terror era necesario. El terror protegía la Revolución. Sin él, Lenin habría caído. Sin él, Stalin habría caído. ¿Por qué, si no, corrían rumores sobre ese edificio, propagados deliberadamente por los miembros del MGB, susurrados en el metro o en los tranvías, de manera tan estratégica como cuando se propaga un virus entre la población? Se cultivaba el miedo. El miedo era parte de su trabajo. Y para mantener ese nivel de miedo hacía falta alimentarlo constantemente con personas.

Evidentemente la Lubianka no era el único edificio donde se fabricaba el miedo. Estaba también la prisión de Butirka, con sus altas torres y sus exiguos pabellones repletos de celdas abarrotadas donde los reclusos jugaban con cerillas mientras esperaban a ser deportados a campos de trabajo. O también estaba Lefórtovo, adonde transportaban a los criminales a los que se investigaba para que los interrogasen, y

donde podían oírse alaridos desde las calles vecinas. Pero Leo comprendía que la Lubianka ocupaba un lugar especial en la mente del pueblo, representaba un lugar en el que procesaban a los culpables de agitación antisoviética, de actividades contrarrevolucionarias, y de espionaje. ¿Por qué aquella categoría de prisioneros inspiraba tanto terror en el corazón de todo el mundo? Mientras que, por una parte, resultaba tan sencillo convencerse uno mismo de que nunca robaría, violaría o mataría, nadie podía estar seguro de no ser culpable de agitación antisoviética, de actividades contrarrevolucionarias o de espionaje, pues nadie, ni siquiera Leo, podía estar seguro del todo de en qué consistían exactamente aquellos crímenes. De los ciento cuarenta artículos del código penal, Leo sólo se guiaba por uno, una subsección que definía al preso político como la persona involucrada en actividades destinadas a:

Derrocar, subvertir o debilitar el poder soviético.

Y, básicamente, eso era todo: un elástico conjunto de palabras que podía moldearse para abarcar a cualquiera, desde un alto mando del Partido hasta bailarinas de ballet, músicos o zapateros retirados. Ni siquiera los que trabajaban dentro de los muros de la Lubianka, ni siquiera los que mantenían en funcionamiento aquella maquinaria del miedo, podían estar seguros de que el sistema que sostenían no se los tragaría también algún día.

Aunque Leo estaba dentro, todavía llevaba la ropa del exterior, guantes de cuero y un largo abrigo de lana incluidos. Estaba temblando. Cuando se levantó, le pareció que el suelo se balanceaba de un lado a otro. Le entró una sensación de mare que le duró varios segundos. No había comido nada en dos días y, sin embargo, pensar en comida le revolvía el estómago. Aun así se negaba con tozudez a admitir que pudiera estar enfermo: tenía un poco de frío, sin duda, quizá estuviese algo cansado, pero eso entraba dentro de lo aceptable. Tras el bajón de la metanfetamina sólo necesitaba dormir. No se podía permitir tomarse el día libre. No en un día como aquél, en el que se iba a llevar a cabo el interrogatorio de Anatoli Brodski.

Técnicamente los interrogatorios no formaban parte de sus obligaciones. El MGB tenía especialistas que no hacían otra cosa que entrevistar a los sospechosos, que pasaban de una celda a otra extrayendo confesiones con profesional indiferencia y orgullo personal. Como sucedía con la mayoría de los empleados, sus motivaciones eran simples, como la idea de una bonificación proporcional a su empeño, concedida cuando el sospechoso firmaba pronto, sin condiciones y sin desdecirse. Leo estaba hasta cierto punto al corriente de sus métodos. No conocía a ninguno de ellos personalmente. Los interrogadores formaban una especie de camarilla, trabajaban como un equipo, a menudo compartían los mismos sospechosos y combinaban talentos particulares para minar la resistencia desde diversos flancos.

Brutales, elocuentes, encantadores: todas aquellas cualidades tenían su lugar. Cuando no trabajaban, aquellos hombres y mujeres comían juntos, paseaban juntos, compartían historias y comparaban sus métodos. Aunque su aspecto no les diferenciaba de una persona corriente, por alguna razón a Leo le resultaba relativamente fácil detectarlos. Muchas de sus operaciones más extremas estaban limitadas al sótano, donde podían controlar factores ambientales como el calor y la luz. La labor de Leo como investigador, por el contrario, suponía pasarse la mayor parte del tiempo en el piso de arriba o en el exterior. El sótano era un mundo al que raras veces descendía, un mundo ante el que cerraba los ojos, un mundo que prefería tener bajo los pies.

Después de un rato llamaron a Leo. Entró en el despacho del mayor Kuzmín tambaleándose. Nada había en aquella habitación que fuera fruto de la casualidad: todo había sido meticulosamente planeado y dispuesto. Las paredes estaban decoradas con fotos en blanco y negro enmarcadas, incluida una en la que Stalin estrechaba la mano de Kuzmín; una foto tomada en el setente aniversario del líder. Alrededor de éstas había una selección de carteles propagandísticos enmarcados, de diferentes décadas. Leo imaginaba

que el espectro temporal debía de tener por objeto sugerir la idea de que Kuzmìn había ocupado siempre aquel despacho, incluso durante las purgas de los años treinta, lo cual no era cierto, pues por aquel entonces trabajaba en la inteligencia del ejército. Había un cartel en el que se veía un conejo gordo y blanco en una jaula.

¡COMED MAS CARNE DE CONEJO!

También había tres poderosas figuras rojas que golpeaban con sus martillos rojos que golpeaban con sus martillos rojos las cabezas de hombres con aspecto mohíno y sin afeitado.

¡COMBATE A LOS OBREROS VAGOS!

Había tres mujeres sonrientes que se dirigían a una fábrica.

¡CONFIANOS TUS AHORROS!

El NOS del último cartel no se refería a las tres mujeres sonrientes, sino más bien a la cuenta de ahorros nacional. Había otro cartel con un hombre bulboso vestido de traje y sombrero de copa, con dos bolsas rebosantes de dinero en las manos.

¡PAYASOS CAPITALISTAS!

Había imágenes de formas macizas que representaban puertos, astilleros, vías férreas, obreros sonrientes, obreros iracundos y una flota de locomotoras, todo ello en honor a Lenin.

¡CONSTRUID!

Aquellos carteles rotaban con regularidad, y Kuzmìn se ponía bastante pesado a la hora de mostrar con orgullo su extensa colección. Trataba con el mismo celo su colección de libros. Sus estanterías estaban llenas de todos los títulos adecuados, mientras que su ejemplar de la "Historia del Partido Comunista", texto escrito por iniciativa del propio Stalin, apenas abandonaba su escritorio. Hasta la papelera contenía elementos rigurosamente seleccionados. Todo el mundo, desde el más humilde empleado hasta el oficial de mayor rango, sabía que si uno quería deshacerse de algo, debía sacarlo a escondidas y desembarazarse de ello con discrección de camino a casa.

Kuzmìn estaba de pie junto a la ventana, desde la que se veía la plaza de Lubianka. Era un hombre achaparrado y llevaba, de manera intencionada, un uniforme de una talla más pequeña que la que le correspondía. Sus anteojos eran gruesos y a menudo se le resbalaban por el puente de la nariz. En resumen, era un hombre de aspecto ridículo, y ni siquiera el poder supremo de la vida y la muerte le confería la más mínima gravedad. Aunque Kuzmìn ya no participaba en los interrogatorios (algo que Leo ya sabía), se rumoreaba que en su día había sido un experto, y que prefería usar sus pequeñas y rechonchas manos. Mirándolo en aquel momento resultaba difícil de creer.

Leo se sentó. Kuzmìn se quedó de pie junto a la ventana. Prefería formular preguntas mientras miraba al exterior. Esto era porque creía, y así se lo recordaba a menudo a Leo, que las manifestaciones externas de emoción debían tratarse con absoluto escepticismo, a no ser que la persona no fuera consciente de estar siendo observada. Le había cogido gusto a fingir que miraba por la ventana cuando en

realidad observaba el reflejo de los transeúntes. La utilidad de aquel truco se veía considerablemente mermada por el hecho de que casi todo el mundo, incluido Leo, sabía que estaba siendo observado. Y, de todas formas, muy pocas personas bajaban la guardia dentro de la Lubianka.

-Enhorabuena, Leo. Sabía que lo atraparías. Esta experiencia ha sido una valiosa lección para ti. Leo asintió.

-¿Estás enfermo?

Leo hizo una pausa. Era evidente que tenía pero aspecto del que imaginaba.

-No es nada. Un resfriado, quizá, pero ya se pasará.

-Imagino que estarás molesto conmigo por haberte distraído del caso Brodski y hacer que te ocuparas de Fiódor Andrèyev. ¿Tengo razón? ¿Piensas que lo de Fiódor era irrelevante y que debería haberte dejado seguir con la operación contra Brodski?

Sonreía, algo le divertía. Leo se concentrò, percibía el peligro.

-No, mayor, no estoy molesto. Debería haber arrestado a Brodski inmediatamente. Fue culpa mía.

-Sí, pero no lo arrestaste inmediatamente. Así que, teniendo eso en cuenta, ¿me equivoqué yo al apartarte de un caso de espionaje y ordenarte que hablaras con un padre que estaba de luto? Ésa es mi pregunta.

-Sólo pensaba que fue un error por mi parte no arrestar a Brodski inmediatamente.

-Estás evitando la pregunta. Lo que quiero decir es, simplemente, que la familia de Fiódor no era un asunto trivial. Era un caso de corrupción dentro del mismísimo MGB. Uno de tus hombres se había torcido por culpa del dolor, y de manera poco inteligente había convertido a su familia y a sí mismo en enemigos del Estado. Aunque estoy satisfecho de que atraparas a Brodski, me parecía que tu labor con Fiódor era más importante.

-Entiendo.

-Luego está el asunto de Vasili Nikitin.

Era inevitable informar de sus acciones. Vasili no dudaría en intentar utilizarlas contra él. Leo no podía contar con el apoyo de Kuzmìn, ni adivinar qué aspecto del incidente le importaba más.

-¿Le apuntaste con una pistola? ¿Y después le golpeaste? Dice que perdiste el control. Dice que habías tomado narcóticos. Te han vuelto irracional. Ha pedido tu suspensión. Como entenderás, estás molesto.

Leo entendía perfectamente: en este caso, lo importante no eran las ejecuciones.

-Yo era el oficial de más alto rango y di una orden. Vasili la desobedeció. ¿Cómo puedo mantener la línea de mando, cómo puede cualquiera de nosotros mantener el mando, si se ignoran las órdenes? El sistema se colapsaría. Puede que sea mi pasado militar. En las operaciones militares la desobediencia y la insubordinación se castigan incluso con la muerte.

Kuzmìn asintió. Leo había escogido sabiamente el argumento para su defensa: los principios del decoro militar.

-Tienes razón, claro. Vasili es un hombre con temperamento. Él mismo lo admite. Desobedeció una orden. Es cierto. Pero estaba furioso por la colaboración de la familia. No estoy disculpando lo que hizo, como entenderás. Tenemos un sistema que se ocupa de tales violaciones. Tendrían que haberlos traído aquí. Vasili ha recibido el castigo adecuado. En cuanto a las drogas...

-Llevaba veinticuatro horas sin dormir. Y fueron los médicos de aquí quienes me las suministraron.

-Eso no me preocupa lo más mínimo. Te dije que debía hacer todo lo que fuera necesario, lo cual supongo que incluye tomar lo que haga falta. Pero tengo que advertirte una cosa. Golpear a otro agente llama la atención. La gente tarda poco en olvidar que tenías razones para hacerlo. La cosa debería haber terminado cuando Vasili bajó el arma. Si querías castigarlo de forma más severa, deberías haberme

informado de su insubordinación. Te tomaste la justicia por tu mano. Eso no es admisible. No es admisible de ninguna manera.

-Pido disculpas.

Kuzmìn se apartò de la ventana. Se situó junto a Leo y colocò la mano sobre su hombro.

-Bueno, dejemos este asunto. Considéralo zanjado. Tengo otro reto para ti: el interrogatorio de Brodski. Quiero que lo lleves tù. Puedes llamar a quien quieras para que te ayude, a un especialista en interrogatorios, pero quiero que estès presente cuando se venga abajo. Es importante que veas quièn es ese hombre realmente, sobre todo considerando que te dejaste engañar por su aspecto inocente.

Era una petición inhabitual. Kuzmìn percibió la sorpresa de Leo.

-Serà bueno para ti. Hay que valorar a un hombre por lo que està dispuesto a hacer por sì mismo, no por lo que està dispuesto a dejar que hagan otros. ¿Tienes alguna objeccìon?

-Ninguna.

Leo se levantò y se alisò la chaqueta.

-Empezarè inmediatamente.

-Otra cosa: quiero que tù y Vasili trabajèis juntos en esto.

Había tres tipos de celda. Por una parte estaban las celdas de confinamiento: habitaciones cuadradas, con el suelo cubierto de paja, con espacio suficiente para que tres hombres adultos pudieran estar echados uno junto al otro. Siempre había cinco hombres en cada celda; estaban abarrotadas hasta tal punto que no no podía rascarse sin que se movieran los demás, era un rompecabezas de miembros humanos. Como no había letrina, tenían que hacer sitio para el cubo que cada uno tenía que usar delante de los demás. En cuanto se desbordaba, los prisioneros tenían que llevarlo hasta la alcantarilla màs próxima, y les decían que, si derramaban la màs mínima gota, les dispararían. Leo también pudo escuchar còmo los guardias comentaban divertidos los gestos de concentración de los prisioneros mientras èstos controlaban el nivel de heces y orina; un nivel que decidirìa si vivían o morían. Aquello era una barbarie, sin duda, pero una barbarie con razón, barbarie por un bien supremo.

Bien supremo, el Bien Supremo.

Era necesario repetirlo, grabarlo en cada pensamiento, para que circulase en lo màs hondo del cerebro como cinta de impresión.

Después de las celdas de confinamiento estaban las de castigo, de varios tipos. Algunas estaban inundadas de agua helada hasta la altura de las rodillas, con las paredes cubiertas de moho y viscosidades. Una estancia de cinco días era suficiente para asegurarse de que el cuerpo no se recuperaría nunca, de que la enfermedad se quedaría impregnada para siempre en los pulmones del prisionero. Había armarios estrechos, como ataúdes de madera, donde se multiplicaban las chinches, y en los que un prisionero podía permanecer desnudo hasta que estuviera listo para firmar una confesión. Había cuartos con las paredes recubiertas de corcho, en los que se calentaba a los prisioneros, se les asaba con el sistema de ventilación del edificio, hasta que la sangre les manaba por los poros. Había cuartos con ganchos, cadenas y cables eléctricos. Había toda clase de castigos para toda clase de gente. La imaginación era el único límite, y èste no quedaba muy claro. Todos aquellos horrores parecían insignificantes en comparación con el tamaño y la magnitud del bien supremo.

Bien supremo, el bien supremo, el bien supremo
el bien supremo.

La justificación de tales métodos era simple y muy persuasiva, y había que repetirla constantemente: aquellas personas que eran enemigos. ¿Acaso no había visto Leo medidas igual de extremas durante la guerra? Sí, y cosas peores. ¿Acaso no había traído aquella guerra la libertad? ¿No era aquello lo mismo, una guerra contra otra clase de enemigo, un enemigo interno, pero que seguía siendo enemigo al fin y al cabo? ¿Era necesario? Sí, lo era. La supervivencia del sistema político lo justificaba todo. La promesa de una edad dorada en la que no existiría ni un ápice de aquella brutalidad, en la que todo sería abundante y la pobreza sería un recuerdo, lo justificaba todo. Aquellos métodos no eran deseables, no había que alegrarse de que existieran, y los agentes que disfrutaban de su trabajo eran algo incomprensible. Pero Leo no era un necio. Dentro de aquella pulcra y ejercitada secuencia de autojustificación había una pequeña cantidad de negación, una negación que permanecía dormida en la base de su estómago, como la vaina de alguna semilla sin digerir.

Finalmente estaba la última clase de celdas, las de interrogatorios. Leo había llegado a una de ellas, en la que tenían retenido al traidor: una puerta de acero con un agujero por el que mirar. Llamò, preguntándose qué encontraría dentro. Un muchacho de apenas diecisiete años le abrió la puerta. La celda era pequeña y rectangular, con austeras paredes de hormigón y austero suelo de hormigón, pero la iluminación era tan fuerte que Leo tuvo que entornar los ojos al entrar. Del techo colgaban cinco potentes bombillas. En la pared del fondo, en contraste con el lóbrego ambiente, había un sofá. Anatoli Brodski estaba sentado en él, con las muñecas y los tobillos atados con una cuerda. El agente más joven aclarò, orgulloso:

-Intenta cerrar los ojos todo el rato, intenta dormirse. Pero yo le golpeo constantemente. No ha tenido ni un momento de descanso, se lo prometo. Lo del sofá es la mejor parte. Lo único que quiere es echarse y dormir. Es muy cómodo, de lo más mullido. Yo me he sentado. Pero no le dejo dormirse. Es como ponerle comida delante a un muerto de hambre.

Leo asintió y se dio cuenta de que el joven agente se sentía algo decepcionado al no recibir una felicitación más efusiva por su dedicación. El agente se situó en una esquina de la habitación, armado con su bastón de madera negro. Estaba rígido, serio, y tenía las mejillas coloradas. Parecía un soldado de juguete.

Brodski estaba sentado al borde del sofá, inclinado hacia delante, con los ojos medio cerrados. No había más asientos, y Leo se sentò en el sofá junto a él. Era una disposición lamentable. El sofá era realmente cómodo, y cuando Leo se hundió más en él pudo comprobar cómo funcionaba el curioso sistema de tortura de aquella habitación. Pero no había tiempo que perder, tenía que ser rápido. Vasili llegaría en cualquier momento, y Leo esperaba poder convencer a Anatoli de que cooperase.

Anatoli alzó la vista y abrió ligeramente los ojos. Privado de sueño, su cerebro necesitò un instante para reconocer al hombre que estaba sentado junto a él. Aquél era el hombre que lo había capturado. Era el hombre que le había salvado la vida. Estaba soñoliento y sus palabras eran difíciles de entender, como si le hubieran drogado.

-Las niñas. Las hijas de Mijaíl. ¿Dónde están?

-Las han llevado a un orfanato. Están a salvo.

Un orfanato... ¿Era una broma? ¿Era parte del castigo? No, aquel hombre no bromeaba. Era un creyente.

-¿Alguna vez ha estado en un orfanato?

-No.

-Las niñas tendrían más posibilidades de sobrevivir si las dejasen apañárselas solas.

-Ahora el Estado cuida de ellas.

Para sorpresa de Leo, el prisionero levantò las manos y, con las muñecas aún atadas, le palpò la frente. El joven agente pegò un brinco y levantò el bastòn de madera, dispuesto a golpear al prisionero en las rodillas. Leo le hizo un gesto para que se apartara y èste se echò hacia atrás, no muy convencido.

-Tiene usted fiebre. Debería estar en casa. ¿Tienen ustedes casa? ¿En la que duermen y comen y hacen todo lo que hacen las personas normales?

Leo se asombrò ante aquel hombre. Seguía siendo mèdico, aun en un momento como aquèl. Seguía siendo irreverente, incluso en tales circunstancias. Era valiente y directo, y Leo no pudo evitar sentir por èl cierta simpatía.

Leo se echò hacia atrás y se limpiò el sudor de la frente con la manga de su chaqueta.

-Puede ahorrarse mucho sufrimiento innecesario si habla conmigo. No he hablado con nadie que no haya terminado deseando haberlo confesado todo desde el principio. ¿Què gana usted con el silencio?

-No gano nada.

-Entonces, me dirà la verdad.

-Sì.

-¿Para quièn trabaja?

-Anna Vladislàvovna. Su gato se està quedando ciego. Dora Andrèyeva. Su perro no quiere comer. Arkadi Màslov. Su perro se ha roto una de las patas delanteras. Matthias Rakosi. Tiene una colección de pàjaros exòticos.

-Si es usted inocente, ¿por què huyò?

-Hui porque ustedes me perseguían. No hay otra razón.

-Eso no tiene sentido.

-Estoy de acuerdo, pero no deja de ser cierto. Cuando a uno lo persiguen, siempre lo arrestan. Cuando a uno lo arrestan, siempre es culpable. Nunca traen aquí a ningún inocente.

-¿Para què agentes de la embajada estadounidense trabaja usted y què información les ha pasado?

Por fin Anatoli lo entendió todo. Hacía varias semanas un joven empleado de la embajada le había traído a su perro para que lo examinase. Tenía un corte infectado. Necesitaba tratamiento con antibióticos, pero como èstos no estaban disponibles, había limpiado al animal con cuidado y lo había mantenido en observación. Poco después había visto a un hombre merodeando frente a su casa. No había dormido en toda la noche, incapaz de averiguar què era lo que había hecho mal. A la mañana siguiente lo habían seguido al trabajo y lo habían vuelto a seguir a casa. Esto se había repetido durante tres días. Después de la cuarta noche sin dormir había decidido huir. Por fin conocía los detalles de su crimen. Había tratado al perro de un extranjero.

-No me cabe duda de que con el tiempo acabarè diciendo cualquier cosa que quiera que diga, pero ahora le dirè lo siguiente: Yo, Anatoli Brodski, soy veterinario. Dentro de poco sus archivos diràn que soy un espía. Tendrán mi firma y mi confesión. Me obligarán a dar nombres. Habrá màs arrestos, màs firmas y màs confesiones. Pero diga lo que diga estarè mintiendo, porque soy veterinario.

-No es usted el primer hombre culpable que declara que es inocente.

-¿Cree usted sinceramente que soy espía?

-Sòlo por esta conversación tengo màs que suficiente para procesarlo por subversión. Ya ha dejado usted bien claro que odia este país.

-Yo no odio este país. Ustedes son los que odian este país. Odian a la gente de este país. ¿Por què, si no, arrestan a tanta?

Leo se impacientò.

-¿Es usted consciente de lo que sucederà si no habla conmigo?

-Hasta los niños saben lo que pasa aquí dentro.

-¿Y aún así se resiste a confesar?

-No se lo voy a poner fácil, así que si quiere que diga que soy un espía, tendrá que torturarme.

-Confiaba en que se pudiera evitar.

-¿Cree que puede seguir siendo una persona honrada aquí abajo? Vaya a por sus cuchillos. Vaya a por su caja de herramientas. Cuando tenga sus manos cubiertas de sangre, me gustaría escuchar cómo intenta parecer razonable.

-Lo único que necesito es una lista con nombres.

-No hay nada más tozudo que un hecho. Por eso los odian tanto. Les ofenden. Por eso les molesta que les diga, sencillamente, que yo, Anatoli Brodski, soy veterinario. Mi inocencia les ofende porque quieren que sea culpable. Quieren que sea culpable porque me han arrestado.

Se escuchó un golpe en la puerta. Vasili había llegado. Leo se levantó y murmuró:

-Debería haber aceptado mi oferta.

-Quizá algún día comprenda usted por qué no lo hice.

El agente joven abrió la puerta. Vasili entró. Llevaba una gasa esterilizada en el lugar en el que había recibido el golpe, y Leo sospechaba que no tenía ninguna utilidad real, que con ella sólo pretendía suscitar rumores y permitirle describir el incidente al mayor número de personas posible. Vasili venía acompañado de un hombre de mediana edad con escaso pelo y vestido con un traje arrugado. Al ver a Leo y a Anatoli juntos, Vasili pareció preocupado.

-¿Ha confesado?

-No.

Visiblemente aliviado, Vasili hizo una seña al agente joven para que llevase al prisionero ante sus pies, mientras el hombre de mediana edad con el traje marrón se acercaba a Leo con una sonrisa y le tendía la mano.

-Doctor Román Jvostov. Soy psiquiatra.

-Leo Demidov.

-Encantado de conocerlo.

Se estrecharon la mano. Jvostov hizo un gesto, señalando al prisionero.

-No se preocupe por él.

Jvostov los condujo hasta su sala de operaciones, y al abrir la cerradura les hizo un gesto para que entrasen, como si fueran niños y aquello fuera una sala de juegos. La sala de operaciones era pequeña y estaba limpia. Había una silla de cuero rojo atornillada al suelo, de azulejos blancos. Por medio de una serie de palancas la silla podía reclinarsse totalmente y volver a su posición. En las paredes había vitrinas llenas de botellas, polvos y píldoras, etiquetadas con pulcras pegatinas blancas en las que había cosas escritas en negro de manera cuidadosa. Detrás de las vitrinas colgaba una colección de instrumental quirúrgico de acero. Oía a desinfectante. Brodski no se resistió cuando lo ataron a la silla. Le apretaron las muñecas, los tobillos y el cuello con correas de cuero negro. En cuanto hubieron terminado fue incapaz de mover ninguna parte de su cuerpo. Leo dio un paso atrás. Jvostov se lavó las manos en la pila.

-Durante un tiempo estuve trabajando en un gulag, cerca de la ciudad de Molotov. El hospital estaba lleno de personas que se hacían pasar por enfermos mentales. Eran capaces de cualquier cosa con tal de no trabajar. Corrían como animales, gritaban obscenidades, se arrancaban la ropa, se masturbaban en público, defecaban en el suelo; cualquier cosa. Y todo para convencerme de que habían perdido la razón. No podía fiarse uno de nadie. Mi trabajo consistía en identificar quién mentía y quién decía la verdad. Se realizaban varias pruebas académicas, pero los prisioneros se ponían rápidamente al día y compartían la información, y en poco tiempo todo el mundo sabía cómo comportarse para burlar el sistema. Por ejemplo, un prisionero que creía que era Hitler o un caballo o algo igual de peregrino esaba,

casi con toda certeza, haciéndose pasar por loco. Y por eso los prisioneros dejaron de decir que eran Hitler y empezaron a ser mucho más sutiles y sofisticados a la hora de engañarnos. Al final sólo había una manera de obtener la verdad.

Llenó una jeringuilla con un aceite denso y amarillento que depositó sobre una bandeja de acero, después cortó con cuidado un trozo de camisa del prisionero y le ató un torniquete de goma en la parte superior del brazo, para sacar a la superficie una gruesa vena azul que empezó a hincharse. Jvostov se dirigió al prisionero:

-Tengo entendido que tiene usted algunos conocimientos de medicina. Voy a inyectarle aceite de alcanfor en el flujo sanguíneo. ¿Entiende lo que eso le hará?

-Mi experiencia médica se limita a ayudar a la gente.

-Esto también puede ayudar a la gente. Ayuda a los que no dicen la verdad. Le provocará un ataque. Mientras esté sufriendo este ataque será incapaz de mentir. De hecho, será incapaz de hacer prácticamente nada. Si puede hablar, sólo podrá decir la verdad.

-Entonces adelante. Inyécteme su aceite. Escuchen lo que tengo que decir.

Jvostov se dirigió a Leo.

-Usaremos una mordaza de goma. Eso evitará que se arranque la lengua durante la parte más intensa del ataque. Pero cuando se calme, se la retiraremos y podrán ustedes hacerle preguntas.

Vasili cogió un escalpelo y empezó a quitarse la suciedad de las uñas, limpiándose la línea de roña en el abrigo. En cuanto hubo terminado dejó el escalpelo y se metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo. El médico negó con la cabeza.

-Aquí no, por favor.

Vasili guardó el cigarrillo. El médico inspeccionó la jeringuilla; en la punta de la aguja había una amarillenta gotita de aceite. Satisfecho, hundió la punta en la vena de Brodski.

-Tenemos que hacerlo despacio. Si nos apresuramos, sufrirá una embolia.

Apretó el émbolo y el viscoso y denso aceite amarillo pasó de la jeringuilla al brazo del prisionero.

Los efectos no tardaron en notarse. De pronto la mirada de Anatoli Brodski perdió cualquier signo de inteligencia: los ojos se le fueron hacia arriba y su cuerpo empezó a convulsionarse, como si la silla a la que estaba atado estuviera cargada con un millar de voltios. La aguja seguía en su brazo y sólo le habían inyectado una pequeña porción del aceite.

-Y ahora le inyectamos un poco más.

Inyectó otros cinco mililitros y en las comisuras de la boca de Brodski aparecieron burbujas; burbujas blancas y pequeñas.

-Y ahora esperamos, esperamos, esperamos..., e inyectamos el resto.

Jvostov inyectó el aceite restante, sacó la aguja y apretó un algodón sobre el punto del brazo en que había pinchado. Dio un paso atrás.

Brodski ya no parecía un ser humano sino una máquina con problemas, un motor más que pasado de vueltas. Su cuerpo tiraba de las correas, de tal forma que parecía que una fuerza externa estuviera actuando sobre él. Se escuchó un crujido. Se le había roto un hueso de la muñeca al tirar bruscamente de la correa. Jvostov echó un vistazo a la lesión, que empezaba a hincharse.

-No es raro que suceda.

Miró el reloj y dijo:

-Esperen un poco más.

De ambos lados de la boca del prisionero corrían dos hilillos distintos de espuma que llegaban hasta debajo de la barbilla y goteaban en las piernas. Las convulsiones empezaban a remitir.

-Está bien. Hagan las preguntas. Veamos qué dice.

Vasili dio un paso adelante y desató la mordaza de goma. Brodski vomitó espuma y saliva en el regazo. Vasili se dio la vuelta con una mirada de incredulidad.

-¿Qué cojones nos va a decir en este estado?

-Inténtelo.

-¿Para quién trabaja?

Por única respuesta, la cabeza de aquel hombre se deslizó sobre la correa. Balbució. Le salió sangre de la nariz. Jvostov le limpió con un pañuelo.

-Inténtelo de nuevo.

-¿Con quién trabaja?

La cabeza de Brodski se inclinó a un lado, como la de una marioneta o un muñeco: aparentemente vivo, capaz de moverse, pero que no está vivo de verdad. Abría y cerraba la boca, con la lengua suelta; la imitación mecánica del habla, pero sin sonido alguno.

-Inténtelo de nuevo.

-¿Para quién trabaja?

Vasili negó con la cabeza y miró a Leo.

-Esto es una estupidez. Inténtalo tú.

Leo había apoyado la espalda contra la pared, como si intentara alejarse lo máximo posible. Se acercó.

-¿Para quién trabaja?

Salió un ruido de la boca. Era ridículo, cómico, como el balbuceo de un bebé. Jvostov se cruzó de brazos y miró a Brodski a los ojos.

-Inténtelo de nuevo. Empezé con preguntas simples. Pregúntele su nombre.

-¿Cuál es su nombre?

-Inténtelo de nuevo, confíe en mí. Está saliendo. Inténtelo de nuevo, por favor.

Leo se acercó un poco más. Estaba lo suficientemente cerca como para estirar el brazo y tocarle la frente.

-¿Cuál es su nombre?

Movió los labios.

-Anatoli.

-¿Con quién trabaja?

Ya no se agitaba. Sus ojos volvieron a su posición normal.

-¿Con quién trabaja?

Durante un instante hubo silencio. Y entonces habló, de manera débil y apresurada, como quien habla en sueños.

-Anna Vladislávovna. Dora Andrèyeva. Arkadi Màslov. Matthias Rakosi.

Vasili sacó su libreta, empezó a escribir nombres y preguntó:

-¿Reconoces alguno de esos nombres?

Sí, Leo reconocía los nombres: Anna Vladislávovna: su gato se está quedando ciego. Dora Andrèyeva: su perro no quiere comer. Arkadi Màslov: su perro se había roto una de las patas delanteras. La semilla de la duda, que yacía dormida e indigesta en la base de su estómago, se abrió.

Anatoli Brodski no era más que un veterinario.

17 de febrero

El doctor Zarubin se puso el sombrero forrado de visòn, cogió su bolsa de cuero y se abrió camino para salir del atestado tranvía, disculpándose en voz baja. El asfalto estaba helado, y al bajarse, se sujetò a un extremo del tranvía para apoyarse. De repente se sintió viejo; pisaba sin fuerza, tenía miedo de resbalar. El tranvía se marchò. Mirò a su alrededor, con la esperanza de que aquèlla fuera la parada correcta; las afueras del este eran un barrio que conocía poco. Pero resultò ser una simple cuestión de orientación: su destino dominaba el gris horizonte invernal. Al otro lado de la carretera, alzándose varios centenares de metros por encima de èl y de cualquier cosa, había un grupo de cuatro bloques de apartamentos en forma de U distribuidos de dos en dos, de tal manera que parecía que cada bloque era el reflejo del otro. El mèdico se maravillò de aquel diseño tan moderno, hogar de miles de familias. No era un mero grupo de viviendas. Era un monumento a la nueva era. Ya no había propiedades privadas de uno o dos pisos. Había desaparecido, habían sido aplastadas, hechas polvo, y en su lugar se erigían ahora, en perfecta formación, los apartamentos diseñados por el Estado, propiedad de èste, cada uno de los cuales estaba pintado de gris, y apilado hacia arriba y al lado uno de otro. En ningún lugar había visto las mismas formas repetidas y en tantas direcciones; cada apartamento era un perfecto facsímil del siguiente. La gruesa capa de nieve que coronaba el tejado de cada edificio daba la impresión de que Dios hubiera dibujado una línea blanca y hubiera dicho: hasta aquí podèis llegar; el resto del cielo es mìo. Èse, pensó Zarubin, era su próximo reto: el resto del cielo. No había duda de que no pertenecía a Dios. En alguna parte de aquellos cuatro edificios estaba el apartamento 124; el hogar del agente del MGB Leo Stepànovich Demidov.

Aquella mañana el mèdico había escuchado de labios del mayor Kuzmìn los detalles de la sùbita partida de Leo. Se había marchado al comienzo de un interrogatorio crucial, alegando que tenía fiebre y que se sentía incapaz de seguir con su labor. El mayor estaba preocupado por el momento en que se había marchado. ¿Estaba Leo realmente enfermo? ¿O tenía otra razón para ausentarse? ¿Por què le había asegurado que se encontraba bien para trabajar y luego había cambiado de parecer después de recibir la tarea de interrogar a un sospechoso? ¿Y por què había intentado interrogar al sospechoso a solas? Al mèdico lo habían enviado para investigar la autenticidad de la enfermedad de Leo.

Como mèdico supuso, incluso antes de examinarlo, que la mala salud de Leo se debía a la prolongada exposición al agua helada, una posible neumonía exacerbada por el uso de narcóticos. Y si èse era el caso, si realmente estaba enfermo, entonces Zarubin debía comportarse como un mèdico y contribuir a su recuperación. Pero si estaba fingiendo la enfermedad por alguna razón, Zarubin debía comportarse como agente de la MGB y aplicarle un fuerte sedante, que le administraría diciendo que se trataba de una medicina o un tònico. Leo permanecería en cama durante veinticuatro horas y se impediría su huida, concediendo así tiempo suficiente al mayor para decidir cuàl era la mejor forma de proceder.

Segùn el plano de acero fijado a un pilar de cemento en la parte baja del edificio, el apartamenteo 124 estaba en el tercer bloque, en el piso catorce. El ascensor, una caja metàlica con espacio para dos personas, o cuatro si a uno no le importa ir apretado, traqueteò hasta el piso trece, donde hizo una breve pausa, como si estuviera tomando un respiro, antes de recorrer el último trecho. Zarubin tuvo que usar las dos manos para abrir la rìgida verja. A aquella altura, el viento que corría por el pasadizo exterior de cemento hizo que se le saltaran las làgrimas. Oteò el panorama –podìa verse desde arriba el oscuro horizonte de una Moscù nevada- antes de girar a la izquierda y llegar al apartamento 124.

Una mujer joven le abrió la puerta. El médico ya había leído el informe de Leo y sabía que estaba casado con una mujer llamada Raisa Gavrilovna Demidova: tenía veintisiete años y era maestra de escuela. En el informe no mencionaba que, además, era preciosa. Lo era y mucho; por tanto, aquello debería haber figurado en el informe. Era un dato importante. No se había preparado. Sentía debilidad por la belleza; pero no por la belleza ostentosa y autocomplaciente. Prefería la belleza modesta. Y así era aquella mujer: no era que no se esmerase en cuidar su apariencia, sino más bien al contrario, se esforzaba en tener un aspecto discreto, en moderar su belleza. Su pelo, su ropa, todo seguía la más convencional de las modas, si es que podía hablarse de moda. Obviamente no buscaba la atención de los hombres, un hecho que la hacía atractiva a los ojos del médico. Sería un reto. En su juventud había sido bastante mujeriego, hasta el punto de ser una leyenda en ciertos círculos sociales. Animado por el recuerdo de sus éxitos pasados, le dedicó una sonrisa.

Raisa pudo entrever unos dientes manchados, amarillos sin duda por los años de fumador compulsivo. Respondió con una sonrisa. Esperaba que el MGB enviara a alguien, aunque no hubieran avisado, y aguardó a que aquel hombre se presentase.

-Soy el doctor Zarubin. Me envían para echar un vistazo a Leo.

-Soy Raisa, la esposa de Leo. ¿Tiene identificación?

El médico se quitó el sombrero, encontró su tarjeta y se la entregó.

-Por favor, llámeme Boris.

En el apartamento había velas encendidas. Raisa le explicó que en aquel momento sólo tenían corriente de forma intermitente; solía haber problemas con la electricidad en todos los pisos por encima del décimo. Sufrían apagones periódicos, que a veces duraban un minuto y otras un día entero. Se disculpó, no sabía cuándo volvería la luz. Zarubin hizo un amago de chiste.

-Sobrevivirá. No es una flor. Siempre que lo mantenga en calor.

Le preguntó al médico si quería una copa: quizá algo caliente, pues afuera hacía frío. Él aceptó la oferta y le rozó el dorso de la mano cuando ella le cogió el abrigo.

En la cocina, el médico se apoyó en la pared, con las manos en los bolsillos, mientras observaba cómo ella preparaba el té.

-Espero que el agua siga caliente.

Tenía una voz agradable, dulce y tranquila. Puso unas hojas sueltas en un cazo antes de verterlo en un vaso alto. El té estaba fuerte, casi negro, y cuando el vaso estaba medio lleno se volvió hacia él.

-¿Cómo le gusta de fuerte?

-Tan fuerte como pueda hacerlo.

-¿Así?

-Quizá con un poco más de agua.

Mientras ella echaba un poco de agua en el samovar, la mirada de Zarubin descendió por su cuerpo, recorriendo el contorno de sus pechos, su cintura. Vestía ropa barata; un vestido gris de algodón, medias gruesas, un jersey de punto sobre una camisa blanca. Se preguntaba por qué Leo no había aprovechado su posición para vestirla con prendas extranjeras de lujo. Pero ni siquiera las prendas fabricadas en serie y los materiales toscos la hacían menos deseable.

-Hábleme de su marido.

-Tiene fiebre. Dice que tiene frío, pero está caliente. Tiembla. No quiere comer.

-Si tiene fiebre, es mejor que no coma por el momento. De todas formas, su inapetencia podría deberse también a su consumo de anfetaminas. ¿Sabía algo de eso?

-Si tiene que ver con su trabajo, no sé nada.

-¿Le ha notado cambiado?

-Se salta las comidas, pasa fuera toda la noche. Pero es algo que le exige su trabajo. Me he dado cuenta de que, después de trabajar muchas horas, le resulta más difícil concentrarse.

-¿Olvida cosas?

Le ofreció el vaso al médico.

-¿Quiere azúcar?

-Mermelada estaría bien.

Buscó en el estante superior. Al hacerlo, la parte trasera de su camisa se levantó, revelando un pedazo de piel pàlida, perfecta. Zarubin notó que se le secaba la boca. Ella bajó el bote de mermelada de color morado oscuro, desenroscó la tapa y le ofreció una cuchara. Él sacó un montón de mermelada y lo removió en el vaso. La miró a los ojos con intensidad deliberada. Ella se ruborizó al darse cuenta del deseo que él sentía. Él la observó mientras el rubor se extendía por su cuello.

-Gracias.

-Tal vez quiera usted empezar con el reconocimiento, ¿no es así?

Ella volvió a enroscar la tapa en el tarro, lo dejó a un lado y se dirigió hacia el dormitorio. Él no se movió, se quedó mirando cómo se disolvía la mermelada.

-Antes me gustaría terminarme el tè. No hay prisa.

Ella se vio obligada a volver. Zarubin frunció los labios y sopló el líquido. El tè estaba caliente y dulce. Ella estaba nerviosa. Disfrutaba haciéndola esperar.

Hacía calor en aquella habitación sin ventanas. La atmósfera era pesada. Zarubin se dio cuenta, sólo por el olor, de que el hombre que estaba en la cama estaba enfermo. Para su sorpresa, sintió algo parecido a la decepción. Preguntándose qué era lo que subyacía bajo aquella sensación, se sentó sobre la cama, junto a Leo. Le tomó la temperatura. Era alta, pero no para alarmarse. Le auscultó el pecho. Nada fuera de lo común. Leo no tenía tuberculosis. No había signos de que aquello fuera algo más que un catarro. Raisa estaba de pie junto a él, observando. El médico percibió el olor a jabón de sus manos. Le gustaba estar tan cerca de ella. Sacó una botella de vidrio marrón de su bolsa y vertió una cucharada de un espeso líquido verde.

-Por favor, levántele la cabeza.

Ella ayudó a su marido a erguirse. Zarubin le vertió el líquido en la garganta. En cuanto hubo tragado, ella colocó la cabeza de Leo sobre la almohada.

-¿Para qué era eso?

-Es un tónico; para ayudarle a dormir.

-Para eso no le hace falta ayuda.

El médico no contestó. Ni siquiera se molestó en inventar una mentira. La droga que le administraba como si fuera una medicina era de hecho una creación propia: una combinación de un barbitúrico, un alucinógeno y, para disimular el sabor, sirope de azúcar. Su propósito era incapacitar cuerpo y mente. Si se administraba por vía oral, en menos de una hora caían primero los músculos; quedaban laxos, relajados hasta el punto de que incluso el movimiento más débil parecía una tarea irrealizable. El alucinógeno hacía su aparición poco después.

A Zarubin se le ocurrió una idea que había tomado forma en la cocina, cuando Raisa se ruborizó, y se había convertido en un plan en cuanto olió el jabón en sus manos. Si informaba de que Leo no estaba enfermo, que estaba fingiendo la razón de su ausencia, con toda probabilidad lo arrestarían e interrogarían. Todas las demás dudas acerca de su comportamiento despertarían la sospecha. Lo más probable sería que lo encarcelasen. Su mujer, su hermosa mujer, acabaría sola y vulnerable. Necesitaría un aliado. El estatus de Zarubin en la Seguridad del Estado era comparable, o incluso superior, al de Leo, y estaba seguro de poder ofrecer una alternativa aceptable, cómoda. Zarubin estaba casado, pero podía

tenerla como amante. Estaba convencido de que el instinto de supervivencia de Raisa era muy elevado. Y, sin embargo, pensándolo bien, quizá hubiera una forma menos complicada de conseguir lo que buscaba. Se levantò.

-¿Podemos hablar en privado?

En la cocina, Raisa se cruzò de brazos. Tenía el ceño fruncido; una pequeña grieta en aquella piel que, por lo demás, era de una claridad inmaculada. Zarubin quería pasar su lengua por ella.

-¿Se pondrá bien mi marido?

-Padece una fiebre. Y yo estoy dispuesto a decir eso.

-¿Està dispuesto a decir què?

-Estoy dispuesto a decir que està enfermo de verdad.

-Està enfermo de verdad. Acaba de decirlo.

-¿Entiende usted por què estoy aquí?

-Porque es usted mèdico y mi marido està enfermo.

-Me han enviado para averiguar si su marido està realmente enfermo o si sòlo està tratando de escabullirse del trabajo.

-Pero es evidente que està enfermo. Mèdico o no, cualquiera puede verlo.

-Sì, pero soy yo el que està aquí. Soy yo el que decide. Y ellos creerán lo que yo les diga.

-Doctor, acaba usted de decir que estaba enfermo. Acaba de decir que tiene fiebre.

-Y estoy dispuesto a decir eso oficialmente si usted està dispuesta a acostarse conmigo.

Curiosamente, ella ni siquiera parpadeò. No hubo reacción visible. Su frialdad hizo que Zarubin la deseara todavía màs.

-Sòlo sería una vez, por supuesto, a menos que yo le guste, en cuyo caso podría continuar. Podríamos llegar a alguna clase de acuerdo. Usted recibiría la recompensa que quisiera, dentro de lo razonable. El caso es que nadie tiene por què enterarse nunca.

-¿Y si dijera que no?

-Entonces yo diría que su marido miente. Diría que està desesperado por faltar al trabajo por razones que me son desconocidas. Recomendaría que lo investigasen.

-No le creerían.

-¿Està segura? La sospecha ya existe. Lo único que hace falta es que yo le dè un empujoncito.

Tomando su silencio como una aceptación de la oferta, Zarubin se acercò a ella y colocò tentativamente la mano sobre su pierna. Ella no se movió. Podían hacerlo en la cocina. Nadie lo sabría. Su marido no se despertaría. Ella podía gemir de placer, y èl podría hacer todo el ruido que quisiera.

Raisa mirò a un lado, asqueada, sin saber què hacer. La mano de Zarubin se deslizò por su pierna.

-No se preocupe. Su marido està profundamente dormido. No nos molestarà. Nosotros no le molestaremos a èl.

Metió la mano por debajo de la camisa de ella.

-Quizà hasta lo disfrute. Muchas otras mujeres lo han hecho.

Estaba tan cerca que podía oler su aliento. Se inclinò hacia ella, abriendo los labios; sus dientes amarillentos se aproximaban hacia ella como si fuera una manzana que iban a morder. Raisa se zafò de èl. Èl la sujetò por la muñeca.

-Diez minutos no es un precio muy alto por la vida de su marido. Hágalo por èl.

Tirò de ella, apretò màs fuerte.

De repente la soltò y levantò ambas manos. Raisa le había puesto un cuchillo en la garganta.

-Si no està usted seguro de còmo se encuentra mi marido, dígame por favor al mayor Kuzmìn, un buen amigo nuestro, que envía a otro mèdico. Una segunda opinión será muy bien recibida.

Los dos se movieron, con el cuchillo en el cuello de Zarubin, hasta que èste sali3 de la cocina. Raisa se qued3 en la puerta, sujetando el cuchillo a la altura de la cintura. El m3dico se puso el abrigo con parsimonia. Cogi3 su bolsa de cuero, abri3 la puerta de entrada y, mientras entrecerraba los ojos para acostumbrarse a la luz brillante, dijo:

-S3lo los ni3os creen todav3a en la amistad, y s3lo los ni3os est3pidos.

Raisa dio un paso adelante, agarr3 el sombrero del perchero y se lo tir3 a los pies. En cuanto èl se agach3 para cogerlo, ella cerr3 de un portazo.

Le temblaban las manos mientras escuchaba c3mo se marchaba. Todav3a ten3a el cuchillo. Quiz3 le hab3a dado alguna raz3n para pensar que estar3a dispuesta a acostarse con èl. Repas3 mentalmente todo lo sucedido: cuando abri3 la puerta, cuando sonri3 ante su rid3culo chiste, cuando le cogi3 el abrigo, mientras le preparaba el t3. Zarubin se hab3a equivocado. Ella no pod3a hacer nada al respecto. Pero tal vez podr3a haber fingido sentirse tentada. Quiz3 aquel viejo necio s3lo necesitaba creer que ella se sent3a halagada por su cortejo. Se frot3 el codo. Lo hab3a hecho mal. Estaban en peligro.

Entr3 en el dormitorio y se sent3 junto a Leo. Èste mov3 los labios como si estuviera rezando en silencio. Ella se acerc3 con la intenci3n de encontrar un sentido a sus palabras. Apenas pod3a escuchar algo, fragmentos inconexos. Deliraba. Èl le cogi3 la mano. Ten3a la piel h3meda. Ella apart3 la mano y apag3 la vela.

Leo estaba en la nieve, con el r3o frente a èl y Anatoli Brodski al otro lado. Hab3a llegado a la otra orilla y estaba casi a salvo en el bosque. Leo sali3 tras èl, pero bajo sus pies pudo ve, atrapados bajo la gruesa capa de hielo, a todos los hombres y mujeres a los que hab3a arrestado. Mir3 a izquierda y derecha: el r3o entero estaba cubierto de cuerpos congelados. Si quer3a llegar al bosque, si quer3a atrapar a aquel hombre, ten3a que pasar por encima de ellos. No ten3a otra opci3n, era su deber, as3 que Leo aceler3 el paso. Pero cada paso que daba parec3a insuflar vida en aquellos cuerpos. El hielo empez3 a derretirse. El r3o cobr3 vida, se retorci3a. Leo se hundi3 en una zona medio derretida y sinti3 los rostros bajo sus botas. Daba igual lo r3pido que corriese, estaban por todas partes, por detras, por delante. Una mano lo agarr3 del pie; èl se liber3. Otra mano le agarr3 el tobillo, una segunda, una tercera, una cuarta. Cerr3 los ojos sin atreverse a mirar, esperando ser arrastrado al fondo.

Cuando Leo abri3 los ojos se encontr3 en un despacho l3gubre. Raisa estaba junto a èl, con un vestido rojo claro; el vestido que hab3a pedido prestado a una amiga el d3a de su boda, arreglado apresuradamente para que no le quedara demasiado grande. En el pelo llevaba una flor blanca que hab3an cogido en el parque. Èl llevaba un traje gris que no le quedaba demasiado bien. No era suyo: se lo hab3a pedido prestado a un compa3ero. Estaban en una oficina destartalada en un destartalado edificio gubernamental, el uno junto a la otra, frente a una mesa en la que un hombre con poco pelo estaba inclinado sobre un mont3n de papeles. Raisa present3 su documentaci3n y esperaron mientras comprobaban sus identidades. No hubo votos, ni ceremonia ni ramo de flores. No hubo invitados, ni l3grimas ni felicitaciones; estaban ellos dos solos, con las mejores ropas que hab3an podido conseguir. Nada de excesos: los excesos eran cosa de burgueses. Su 3nico testigo, aquel funcionario de pelo ralo, consign3 sus datos en un grueso y manoseado libro de registros. Una vez hubieron terminado con el papeleo les entregaron un certificado de matrimonio. Ya eran marido y mujer.

En el viejo apartamento de sus padres donde celebraron la boda hab3a amigos, vecinos, todos àvidos de aprovecharse de su hospitalidad. Hombres ancianos entonaban canciones desconocidas. Y, sin embargo, algo no iba bien en ese recuerdo. Hab3a rostros fr3os, duros. La familia de Fi3dor estaba all3. Leo segu3a bailando, pero la boda se hab3a convertido en un funeral. Todo el mundo lo miraba. Alguien golpe3 la ventana desde fuera. Leo se volvi3 y vio la silueta de un hombre contra el cristal. Leo se acerc3 y limpi3

la ventana empañada. Era Mijaíl Sviatoslávich Zinóviev, con la cabeza atravesada por una bala, la mandíbula rota y la cara destrozada. Leo se echò hacia atrás y se dio la vuelta. La habitación estaba ahora vacía, a excepción de dos niñas; las hijas de Zinóviev, vestidas con harapos. Eran huérfanas, tenían el estómago hinchado, la piel llena de ampollas, piojos en la ropa, las cejas y entre sus negros y enmarañados cabellos. Leo cerrò los ojos y negó con la cabeza.

Temblaba de frío. Abrió los ojos. Estaba bajo el agua y se hundía rápidamente. Encima de él había una capa de hielo. Intentò nadar hacia arriba, pero la corriente lo arrastraba hacia el fondo. Había gente en el hielo que lo miraba desde arriba, que observaba cómo se hundía. Un dolor intenso le quemaba los pulmones. Abrió la boca, incapaz de aguantar la respiración.

Leo jadeò y abrió los ojos. Raisa estaba sentada junto a él, intentando calmarlo. Mirò a su alrededor, confuso: su mente estaba a medio camino entre el mundo de los sueños y èste. Esto era real: estaba otra vez en su apartamento, otra vez en el presente. Aliviado, cogió la mano de Raisa y susurrò, sin detenerse:

-¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Pensaste que era un maleducado, por la forma en que te miraba fijamente. Me bajè en otra estación de metro sòlo para preguntar tu nombre, y tÙ no quisiste decírmelo. Pero yo no querìa dejarte hasta que no me lo dijeras. Así que me mentiste y me dijiste que te llamabas Lena. Durante una semana no pude pensar en otra cosa que en una mujer preciosa llamada Lena. Se lo decía a todo el mundo: una mujer preciosa llamada Lena. Cuando por fin volví a verte y te convencí de que vinieras conmigo a pasear estuve llamándote Lena todo el rato. Y al final del paseo ya estaba listo para darte un beso y tÙ estabas lista para decirme tu verdadero nombre. Al día siguiente le dije a todo el mundo lo maravillosa que era una mujer llamada Raisa, y todos se rieron de mì porque la semana anterior había estado diciendo que era Lena, èsta decía que era Raisa, y la siguiente lo diría de otra. Pero nunca fue así. Siempre fuiste tÙ.

Raisa escuchò a su marido y le extrañò aquel repentino sentimentalismo. ¿De dònde venìa? Quizá todo el mundo se ponìa así cuando enfermaba. Le hizo recostarse de nuevo, y en poco tiempo se había vuelto a dormir. Habían pasado casi doce horas desde que el doctor Zarubin se había marchado. Un hombre mayor, vanidoso y desairado era un enemigo peligroso. Para olvidarse de sus angustias preparò una sopa: un consistente caldo de pollo con tiras de carne, verduras hervidas y huesos de pollo. Borboteaba a fuego lento, lista para cuando Leo pudiera volver a comer. Removiò la sopa y se llenò un cuenco para ella. En cuanto hizo esto escuchò un golpe en la puerta. No esperaba visita. Cogió el cuchillo, el mismo cuchillo, y lo ocultò detrás de la espalda antes de acercarse a la puerta.

-¿Quièn es?

-El mayor Kuzmìn.

Abrió la puerta con manos temblorosas.

El mayor Kuzmìn estaba allí con su escolta: dos jóvenes soldados de aspecto amenazante.

-He hablado con el doctor Zarubin.

Raisa balbució:

-Por favor, eche usted mismo un vistazo a Leo.

Kuzmìn pareció sorprendido.

-No, no es necesario. No hace falta molestarle. Confío en el doctor en lo que respecta a asuntos médicos. Además, y no me vaya usted a tomar por un cobarde, tengo miedo de coger un resfriado.

Ella no lograba entender lo que había sucedido. El mèdico había dicho la verdad. Ella se mordió el labio, intentando ocultar su alivio. El mayor prosiguió:

-He hablado con su escuela. Les he explicado que usted se tomarà unos días para ayudar a Leo a que se recupere. Es uno de nuestros mejores agentes.

-Tiene suerte de tener unos compañeros que se preocupan tanto por èl.

Kuzmìn ignorò ese comentario. Hizo un gesto al agente que estaba junto a èl. Èste llevaba una bolsa de papel, se acercò y se la ofreció.

-Es un regalo del doctor Zarubin. Así que no tiene que darme las gracias.

Raisa todavía tenía el cuchillo a la espalda. Para poder coger la bolsa necesitaba las dos manos. Deslizò la hoja por la parte de atrás de la camisa. En cuanto estuvo en su sitio, extendió las manos y aceptò la bolsa, que pesaba màs de lo que esperaba.

-¿Quieren pasar?

-Gracias, pero es tarde y estoy cansado.

Kuzmìn le dio las buenas noches a Raisa.

Ella cerrò la puerta y caminò hasta la cocina, donde colocò la bolsa sobre la mesa y se sacò el cuchillo de la camisa. Abrió la bolsa. Estaba llena de naranjas y limones, un lujo en una ciudad con escasez de suministros. Cerrò los ojos y se imaginò la satisfaciòn que Zarubin debía de sentir ante sus sentimientos de gratitud, no por la fruta sino simplemente por haber hecho su trabajo, por haber informado de que Leo estaba enfermo de verdad. Las naranjas y los limones eran su forma de decir que estaba en deuda con èl.

Si hubiera estado de peor humor, podría haber hecho que los arrestaran a los dos. Vació la bolsa en la basura. Se quedò mirando los vivos colores antes de sacar todas las piezas de fruta. Se comería el regalo. Pero se negaba a llorar.

19 de febrero

Era la primera vez en cuatro años que Leo se tomaba un tiempo libre. Existía toda una categoría de presos que habían sido arrestados solamente por violaciones relacionadas con la ética profesional. Gente que había abandonado su puesto por un periodo inaceptable de tiempo o que había empezado su turno media hora tarde. Era mucho màs seguro ir a trabajar y caer inconsciente en el suelo de la fàbrica que quedarse en casa de forma preventiva. La decisión de trabajar o no hacerlo no dependía nunca del trabajador. De todas formas no era probable que Leo corriera peligro. Según Raisa, un mèdico lo había examinado, y el mayor Kuzmìn lo había visitado, dándole el visto bueno para tomarse un tiempo libre. Aquello quería decir que la angustia debía deberse a otra cosa. Cuanto màs pensaba en ello, màs evidente le parecía. Leo no quería volver al trabajo.

Durante los tres últimos días no había salido del apartamento. Aislado del mundo, se había quedado en la cama, bebiendo agua caliente con azúcar y limón, comiendo "borscht" y jugando a las cartas con su esposa, que no le daba ninguna ventaja por estar enfermo y le ganaba en casi todas las partidas. La mayor parte del tiempo la pasaba durmiendo, y después del primer día no había vuelto a tener pesadillas. Pero se había sentido apagado. Había tenido la esperanza de que aquella sensación se desvaneciera, convencido de que su melancolía era un efecto secundario del bajòn de la metanfetamina. Aquella sensación había empeorado. Había cogido su reserva de droga –varios frasquitos de vidrio llenos de sucios cristales blancos- y la había tirado por el desagüe. Se acabaron los arrestos bajo el efecto de los narcóticos. ¿Eran las drogas? ¿O eran los arrestos? A medida que iba recobrando las fuerzas le resultaba màs fácil razonar sobre lo que había ocurrido en los últimos días. Habían cometido un error: Anatoli Taràsovich Brodski había sido un error. Era un hombre inocente atrapado y aplastado por los engranajes de una maquinaria estatal vital e importante, pero no infalible. Era tan sencillo y lamentable como eso. Un solo

hombre no anulaba el sentido de las operaciones. ¿Cómo podía ser así? Los principios de su trabajo seguían siendo válidos. La protección era más importante que una persona, más importante que mil personas. ¿Cuánto pesaban todas las fábricas, máquinas y ejércitos de la Unión Soviética? Comparada con esto, la masa de un individuo era insignificante. Era esencial que Leo considerase las cosas de forma proporcionada. La única manera de hacerlo era de forma proporcionada. Aquel razonamiento era lógico, y él no se creía una palabra.

Frente a Leo se alzaba la estatua de Feliks Dzerzhinski, en el centro de la plaza de Lubiánka, encuadrada por la hierba y rodeada por el tráfico. Leo se sabía de memoria la historia de Dzerzhinski. Todos los agentes se la sabían de memoria. Como primer líder de la Chekà, el nombre de la policía política creada por Lenin tras la caída del régimen zarista, Dzerzhinski había sido el antepasado directo del NKVD. Era un modelo a imitar. Los manuales de instrucción estaban sembrados de citas atribuidas a su persona. El que quizá fuera su discurso más famoso y más veces citado fue aquel que describía cómo

un agente debe enseñar a su corazón a ser cruel

La crueldad era un valor sagrado en su código profesional. La crueldad era una virtud. La crueldad era necesaria. ¡Aspiremos a la crueldad! La crueldad era la llave para las puertas del Estado perfecto. Si pertenecer a la Chekà era como ser creyente de una doctrina religiosa, la crueldad era uno de los mandamientos principales.

La educación de Leo se había centrado en su capacidad atlética, en su destreza física; algo que hasta el momento le había resultado más una ayuda que un impedimento para su carrera, algo que le confería el aspecto de un hombre en el que se podía confiar, de la misma manera en que una persona culta era alguien de quien había que sospechar. Pero aquello significaba que estaba obligado a dedicar al menos una noche a la semana a escribir a mano todas las citas que un agente debía saberse de memoria. No era un hombre muy leído y tenía mala memoria, algo que había empeorado con el consumo de drogas. Sin embargo, la habilidad para recordar discursos políticos claves era esencial. Cualquier desliz revelaba una falta de fe y dedicación. Y en aquel momento, después de tres días sin ir a trabajar, cuando se aproximaba a las puertas de la Lubiánka y volvía la vista hacia la estatua de Dzerzhinski, se dio cuenta de que tenía lagunas mentales; le venían frases a la mente, pero no de forma completa ni ordenada. Lo único que podía recordar con exactitud de los miles y miles de palabras de todos los axiomas y principios que formaban la biblia de Chekà era la importancia de la crueldad.

Condujeron a Leo hasta el despacho de Kuzmìn. El mayor estaba sentado. Le hizo un gesto, indicándole que se sentase en la silla de enfrente.

-¿Te encuentras mejor?

-Sí, gracias. Mi mujer me dijo que vino usted a verme.

-Estábamos preocupados por ti. Fuiste muy valiente al nadar en aquel río. Y nos alegramos de que lo capturasen. Nos ha proporcionado información importante.

Kuzmìn dio unos golpecitos sobre un delgado archivo negro que había en el centro del escritorio.

-Brodski confesó durante tu ausencia. Hicieron falta dos días, dos sesiones de ataque con alcanfor. Era de lo más tozudo. Pero al final se vino abajo. Nos dio los nombres de siete simpatizantes angloestadounidenses.

-¿Dónde está ahora?

-¿Brodski? Lo ejecutaron ayer por la noche.

¿Qué esperaba Leo? Se concentró en mantener el gesto impasible, como si le acabaran de decir que hacía frío en la calle. Kuzmìn cogió el archivo negro y se lo pasó.

-Dentro hay una transcripción completa de su confesión.
Leo abrió el archivo. Su mirada recayó en la primera frase.

Yo, Anatoli Taràsovich Brodski, soy un espía.

Hojeò las páginas impresas. Reconoció el patrón, empezaba con una disculpa, expresaba el arrepentimiento antes de pasar a describir la naturaleza del crimen. Había visto aquel esquema mil veces. Sólo cambiaban los detalles: los nombres, los lugares.

-¿Quiere que la lea ahora?

Kuzmìn negó con la cabeza y le entregò un sobre sellado.

-Nombrò a seis ciudadanos soviéticos y a un húngaro. Son colaboradores que trabajan para gobiernos extranjeros. Les he dado seis nombre a otros agentes. El séptimo lo investigaràs tù. Como creo que eres uno de mis mejores agentes, te he dado el màs difícil. Dentro del sobre tienes los detalles del trabajo preliminar que hemos realizado, algunas fotografías y toda la información de que disponemos en este momento sobre el individuo, que, como puedes ver, no es mucha. Tus òrdenes consisten en recabar màs información y, si Anatoli tenía razón, si esta persona era un traidor, tendràs que arrestarla y traerla aquí, siguiendo el procedimiento habitual.

Leo abrió el sobre y extrajo varias fotografías grandes en blanco y negro. Eran instantáneas de vigilancia tomadas desde cierta distancia, desde el otro lado de la calle.

Eran fotografías de su mujer.

el mismo día

Raisa se sentía aliviada de que el día tocara a su fin. Se había pasado las últimas ocho horas enseñando la misma lección a todos los cursos. Normalmente enseñaba estudios políticos obligatorios, pero esta mañana había recibido instrucciones, remitidas a la escuela desde el Ministerio de Educación, en las que se le ordenaba que siguiera el plan de lección adjunto. Al parecer, aquellas instrucciones habían sido enviadas a todas las escuelas de Moscú y debían ponerse en práctica inmediatamente; se retomarían las clases normales al día siguiente. Las instrucciones estipulaban que debía pasar el día hablando en cada clase de lo mucho que Stalin quería a los niños de su país. El amor como tal era una lección política. No había un amor màs importante que el amor del Líder y, por tanto, que el amor que uno sentía por el Líder. Como parte de ese amor, Stalin quería que se recordase a todos los niños, sin importar la edad, que había ciertas precauciones básicas que deberían formar parte de su vida cotidiana. No debían cruzar la carretera sin mirar dos veces, debían tener cuidado cuando viajaban en metro y, por último, y esto era algo en lo que había que insistir especialmente, no debían jugar en las vías del tren. En el último año habían sucedido varios trágicos accidentes en las vías. La seguridad de los niños del Estado era de la máxima importancia. Eran el futuro. Se habían realizado varias demostraciones algo ridículas. Cada clase había terminado con un breve cuestionario para asegurarse de que se había asimilado la información.

¿Quièn te quiere màs?

Respuesta correcta: Stalin.

¿A quièn quieres màs?

Respuesta correcta: ver la anterior (registrar las respuestas equivocadas)

¿Qué es lo que no hay que hacer nunca?

Respuesta correcta: jugar en las vías del tren.

Raisa no pudo sino suponer que la razón de este último edicto era que el Partido estaba preocupado por los niveles de población.

Por norma, sus clases eran agotadoras, quizá más que otras materias. Mientras que no era de esperar que los estudiantes aplaudieran ante la resolución de cada ecuación matemática, sí era normal que cada vez que hablaba del Generalísimo Stalin, el estado de la Unión Soviética o la idea de una revolución a escala mundial fuera recibida con aplausos. Los estudiantes eran competitivos, ninguno de ellos quería parecer menos entregado que el de al lado. Cada cinco minutos la clase se detenía en cuanto los alumnos se ponían de pie y daban pisotones en el suelo o golpeaban las mesas con el puño, y Raisa se veía obligada a levantarse y participar igualmente. Para evitar que le escocieran las manos aplaudía de tal manera que las palmas apenas se tocaban, planeando una sobre la otra en una imitación de entusiasmo. El principio pensaba que los niños disfrutaban de este comportamiento escandaloso y aprovechaban cualquier oportunidad para interrumpir la clase. Finalmente se dio cuenta de que no era así. Tenían miedo. Por eso mismo la disciplina no era nunca un problema. Rara vez levantaba la voz, y nunca tenía que proferir amenazas. Hasta los niños de seis años comprendían que había que respetar la autoridad; hablar cuando no era tu turno significaba jugarle la vida. La juventud no suponía protección alguna. La edad a partir de la cual un niño podía morir fusilado por sus crímenes, o por los crímenes de su padre, era de doce años. Ésa era una lección que a Raisa no le permitían enseñar.

A pesar de lo numerosas que eran las clases, que lo habrían sido todavía más de no ser porque la guerra había mermado la población, al principio siempre se marcaba el objetivo de recordar el nombre de cada estudiante. Tenía la intención de mostrar que se preocupaba por cada alumno de manera individual. Sin embargo, pronto percibió que su habilidad para recordar nombres era percibida como una amenaza con una peculiar intranquilidad. Era como si fuese una amenaza implícita.

Aquellos niños habían aprendido ya el valor del anonimato, y Raisa se dio cuenta de que preferían que les prestase la menor atención individual posible. Después de dos meses había dejado de llamarles por su nombre y había vuelto a señalar.

Y, sin embargo, en perspectiva, tenía pocos motivos para quejarse. La escuela en la que enseñaba, la Escuela de Secundaria / (un edificio rectangular elevado sobre gruesas columnas de cemento), era precisamente una de las joyas del sistema educativo del Estado. La habían fotografiado y publicitado mucho, e inaugurado nada menos que Nikita Krushev, que había pronunciado un discurso en el nuevo gimnasio, cuyo suelo habían encerado con tal esmero que sus guardaespaldas tuvieron que esforzarse por no resbalar. Krushev había afirmado que era imprescindible amoldar la educación a las necesidades del país. Y lo que el país necesitaba eran jóvenes, científicos sanos y muy productivos, ingenieros y atletas que ganasen medallas de oro en los Juegos Olímpicos. El gimnasio, del tamaño de una catedral y anejo al edificio principal, era más amplio y más profundo que la propia escuela, tenía una pista de atletismo cubierta, una colección de colchonetas, aros, cuerdas y potros a los que se daba buen uso en el horario escolar, que incluía una hora de entrenamiento al día para cada alumno, independientemente de su edad o habilidad. Raisa siempre había tenido muy claro lo que implicaban tanto el discurso como el propio diseño de la escuela: el país no necesitaba poetas, filósofos ni curas. Necesitaba una productividad que se pudiera medir y cuantificar, un éxito que pudiera controlarse con un cronómetro.

Raisa sólo tenía un amigo entre sus compañeros: Iván Kuzmich Zhùkov, un profesor de lengua y literatura. No sabía exactamente cuál era su edad y él no estaba dispuesto a decirlo, pero debía de tener cerca de los cuarenta. Habían acabado siendo amigos por casualidad. A él le había dado por quejarse del

tamaño de la biblioteca de la escuela; un cuartito del tamaño de una despensa, en el sótano, junto a la caldera, lleno de panfletos, números atrasados del "Pravda" y ni un solo texto aprobado de un autor extranjero. Al escucharlo, Raisa le había susurrado que debía tener más cuidado. Aquel susurro había sido el comienzo de una improbable amistad que, desde su punto de vista, podría haber sido considerada poco inteligente por lo estratégico, debido a la tendencia de Ivàn a pensar en voz alta. A ojos de muchos era ya un hombre marcado. Otros profesores estaban convencidos de que tenía escondidos textos prohibidos bajo los tablones del suelo o que, peor aún, estaba escribiendo un libro y pasando las páginas, sin duda subversivas, al Oeste. Era cierto que le había prestado a Raisa una traducción ilegal de "Por quien doblan las campanas", que ella se había visto obligada a leer en parques y que nunca se había atrevido a llevar a su apartamento. La única razón por la que Raisa podía permitirse relacionarse con él era porque su propia lealtad no había sido nunca escrutada con demasiado celo. Era, al fin y al cabo, la esposa de un agente de Seguridad del Estado, algo que sabía todo el mundo, incluso algunos alumnos. Lo lógico habría sido que Ivàn mantuviera las distancias. Sin duda se tranquilizaba pensando que si Raisa hubiera querido denunciarlo, lo habría hecho ya, teniendo en cuenta todas las imprudencias que le había escuchado decir, y lo fácil que le habría resultado susurrar su nombre en la cama al oído de su marido. Así que al final resultó que la única persona en la que ella confiaba de todo el profesorado era el hombre del que más desconfiaba, y la única persona en quien él confiaba era la mujer de quien más debería desconfiar. Estaba casado, tenía tres hijos y Raisa sospechaba que estaba enamorado de ella. No era algo en lo que pensase mucho, y, por el bien de ambos, esperaba que fuera algo en lo que él no pensara demasiado.

Leo se encontraba frente a la entrada principal de la escuela, al otro lado de la carretera, en el vestíbulo de un bloque de apartamentos de escasa altura. Se había quitado el uniforme y llevaba ropa de civil que le habían prestado en el trabajo. En la Lubianka había armarios llenos de toda clase de artículos: abrigos, chaquetas, pantalones... de varias tallas y distintas calidades, almacenados precisamente con ese propósito. Leo nunca había pensado de dónde venía aquella ropa hasta que se encontró una mancha de sangre en el puño de una camisa de algodón y se dio cuenta de que era la ropa de los ejecutados en el edificio de la Avenida Varsonòfievski. La habían lavado, claro, pero algunas manchas eran difíciles. Leo, vestido con un abrigo de lana gris que le llegaba hasta las rodillas y un grueso gorro de piel calado que le tapaba la frente, estaba convencido de que su mujer no lo reconocería si casualmente miraba en aquella dirección. Se pisó los pies para entrar en calor y miró el reloj, un Poljot Aviator de acero inoxidable; un regalo de cumpleaños de su esposa. No faltaba mucho para que terminaran las clases. Miró la luz que tenía encima. Valiéndose de una fregona abandonada rompió la bombilla sumiendo el vestíbulo en la sombra.

No era la primera vez que seguía a su mujer. Tres años antes Leo había organizado un seguimiento por razones que no tenían nada que ver con el hecho de que pudiera ser un riesgo para la seguridad nacional. Llevaban casados menos de un año. Ella se había mostrado cada vez más distante. Vivían juntos y, sin embargo, vivían separados, trabajaban muchas horas, se veían fugazmente por las mañanas y por las noches, interactuando tan poco como dos pesqueros que salen todos los días del mismo puerto. Él no creía haber cambiado como marido, así que no podía entender por qué había cambiado ella como esposa. Siempre que sacaba el tema, ella aducía que no se encontraba bien, y aun así se negaba a ir al médico; de todas formas, ¿quién no se encontraba bien durante meses y meses? La única explicación que había podido encontrar era que estaba enamorada de otro hombre.

Suspica, había encargado a un prometedor y recientemente reclutado agente que siguiera a su mujer. Éste lo había hecho todos los días durante una semana. Leo había justificado aquel proceder argumentando que, aunque desagradable, estaba motivado por el amor. Sin embargo, había sido un riesgo, no sólo porque Raisa podía enterarse. Si sus colegas hubieran sabido algo, podrían haberlo

interpretado de otra forma. Si Leo no podía confiar personalmente en su mujer, ¿cómo podía confiar en ella políticamente? Infidel o no, subversiva o no, sería mejor para todos si la mandasen a los gulags. Para estar seguros. Pero Raisa no tenía ninguna aventura y nadie se enteró de la vigilancia. Aliviado, él aceptó el hecho de que simplemente tenía que ser paciente y atento, y ayudarla en cualquier dificultad que ella estuviera atravesando. Al cabo de unos meses su relación había mejorado de forma gradual. Leo había transferido al joven agente a un puesto en Leningrado, haciéndole ver que era un ascenso.

Esta misión, sin embargo, era completamente diferente. La orden de investigar venía de arriba. Era un asunto oficial del Estado; un caso de seguridad nacional. No estaba en juego su matrimonio sino sus vidas. Leo no tenía ninguna duda de que Vasili era quien había introducido el nombre de Raisa en la confesión de Anatoli Brodski. El que otro agente hubiera corroborado los detalles de la confesión no significaba nada: o bien era una conspiración, una mentira descarada, o Vasili había grabado el nombre en la cabeza de Brodski en algún momento del interrogatorio, algo fácil de hacer. Leo se culpaba a sí mismo. Al tomarse tiempo libre en el trabajo le había concedido a Vasili una oportunidad que éste había sabido explotar de manera despiadada. Leo estaba atrapado. No podía asegurar que la confesión era mentira: era un documento oficial, tan válido y auténtico como cualquier otra confesión. Lo único que podía hacer era constatar su profunda incomodidad y sugerir que el traidor de Brodski había intentado incriminar a Raisa en venganza. Al escuchar aquella explicación, Kuzmín le había preguntado cómo podía haber sabido el traidor que estaba casado. Leo, desesperado, se había visto obligado a mentir, asegurando que había mencionado el nombre de su mujer durante las conversaciones que había mantenido con él. A Leo no se le daba bien mentir. Para defender a su mujer se estaba incriminando él mismo. Defender a alguien significaba coser su destino al tuyo. Kuzmín había llegado a la conclusión de que era necesario investigar concienzudamente aquella brecha potencial en la seguridad. Si Leo no podía hacerlo por sí mismo, otro agente se encargaría de ello. Al escuchar aquel ultimátum, Leo había aceptado el caso, con el argumento de que lo único que quería era limpiar el buen nombre de su mujer. De forma parecida a como tres años antes había tenido que despejar las dudas sobre su fidelidad a él, tenía ahora que despejar las dudas sobre su fidelidad al Estado.

Al otro lado de la carretera los niños salían de la escuela y partían en todas direcciones. Una niña pequeña cruzó a la carrera, se dirigió directa a donde estaba Leo y entró en el bloque de apartamentos donde estaba escondido. Mientras atravesaba la penumbra los cristales de la bombilla crujieron bajo sus pies y se detuvo, pensando si debía decir algo o no. Leo se dio la vuelta y la miró. La niña, de unos siete años, tenía el pelo negro y largo, recogido con una cinta roja, y las mejillas rosadas por el frío. De repente echó a correr, apenas rozando con los pies el borde de los escalones, lejos de aquel extraño y de vuelta a casa, donde todavía era suficientemente pequeña como para creer que estaba a salvo.

Leo se acercó a la puerta de cristal y observó al último niño abandonar el edificio. Sabía que Raisa no tenía programada ninguna actividad extraescolar. Saldría pronto. Allí estaba, en la puerta, junto a un compañero. Éste lucía una barba gris recortada y gafas redondas. Leo se fijó en que no era feo. Parecía educado, culto, refinado, tenía una mirada intensa y llevaba una cartera repleta de libros. Debía de ser Iván: Raisa lo había mencionado, el profesor de lengua. A Leo le pareció que aquel hombre era al menos diez años mayor que él.

Leo esperaba que se separasen en la entrada, pero en vez de eso siguieron caminando juntos mientras mantenían una conversación distendida. Esperó un poco hasta que pasaron de largo. El trato era familiar, Raisa se rió de un chiste e Iván pareció alegrarse de ello. ¿Acaso la hacía reír Leo? La verdad es que no, al menos no muy a menudo. Era cierto que no le importaba que se riera de él cuando cometía alguna torpeza o algún error. En ese sentido, tenía sentido del humor; pero no, no contaba chistes. Raisa sí que lo hacía. Le gustaban los juegos, tanto verbales como intelectuales. Desde que se conocieron, desde

que ella le engañò haciéndole creer que se llamaba Lena, no había tenido ninguna duda de que era màs lista que èl. Teniendo en cuenta los riesgos intrínsecos a la agilidad intelectual, nunca había sentido envidia. Hasta aquel momento en que la vio con aquel hombre.

Leo tenía los pies entumecidos. Se alegrò de echar a andar y se puso a seguir a su esposa a unos cincuenta metros de distancia. No era difícil seguirla bajo la tenue luz anaranjada de las farolas; apenas había gente en la calle. La cosa cambiò cuando giraron por Avtozavòdskaya, la vía principal, que compartía el nombre con la estación de metro a la que casi con toda seguridad se dirigían. Había colas de gente frente a las tiendas y las aceras estaban atestadas. Leo tuvo problemas para seguir a su mujer, sobre todo por lo anodino de la ropa que llevaba èsta. No le quedaba màs remedio que acelerar el paso para acortar la distancia que los separaba. Estaba a menos de veinte metros de ella. A aquella distancia corría el peligro de ser visto. Raisa e Ivàn entraron en la estación de Avtozavòdskaya y los perdiò de vista. Leo se apresurò, mezclándose con los peatones. Era fácil que ella desapareciera entre tantos viajeros. Aquèl era, como se presumía con frecuencia en "Pravda", el metropolitano màs concurrido y de mayor calidad del mundo. Millones de personas lo usaban todos los días.

Llegò hasta la entrada de la estación y descendió por los escalones de piedra hasta el vestíbulo principal: una cámara opulenta, como el recibidor de un embajador, con columnas de mármol de color crema y barandillas de caoba; todo ello iluminado por cúpulas de cristal esmerilado. En horas punta no se podía ver ni un centímetro del suelo. Miles de personas vestidas con largos abrigos y bufandas hacían cola en las taquillas de venta de billetes. Leo caminò contracorriente y se subió a los escalones para poder observar desde arriba las cabezas de la multitud. Raisa e Ivàn habían cruzado la barrera de acero de los billetes y estaban esperando la cola de la escalera mecánica. Leo volvió a zambullirse en la marabunta, avanzando entre los resquicios. Pero allí, entre esa masa de cuerpos, no tuvo màs remedio que recurrir a métodos menos educados, y se valió de las manos para apartar a la gente. Nadie se atrevió a hacer otra cosa que adoptar un gesto contrariado, pues nadie sabía quièn podría ser Leo.

Cuando llegó a la barrera de los billetes tuvo el tiempo justo de ver còmo su mujer desaparecía. Pasò, hizo la cola y se metió en el primer hueco que encontró en la escalera mecánica. Hacia abajo, sobre los escalones de madera que descendían en diagonal hasta el fondo, había centenares de sombreros de invierno. No podía distinguir unos de otros, así que se echò hacia la derecha. Raisa estaba unos quince escalones màs abajo. Se había dado la vuelta y miraba hacia arriba para poder hablar con Ivàn, que estaba en el escalòn anterior. Leo estaba en su línea de visión. Se escondió tras el hombre que tenía delante y, como no quería arriesgarse de nuevo, esperò hasta el final para volver a mirar. El pasillo se separaba en dos tñeles, uno para los trenes que viajaban hacia el norte y otro para los que iban hacia el sur, cada uno de los cuales estaba repleto de pasajeros que empujaban hacia delante, que intentaban llegar a los andenes, rivalizando por un sitio en el próximo tren. Leo no podía ver a su mujer por ninguna parte.

Si Raisa se dirigía a casa, se bajaría tres paradas màs al norte, en la línea de Zamoskvorètskaya a Teatràlnaya, donde haría transbordo. No podía sino suponer que eso sería lo que haría, con lo que bajò hasta el andèn, mirando a izquierda y derecha, examinando los rostros alineados y apiñados que miraban todos en la misma dirección, esperando el tren. Estaba a mitad de camino en el andèn. Raisa no estaba allí. ¿Habría cogido un tren en la otra dirección? ¿Para què querría ir al sur? De pronto un hombre se movió y Leo pudo ver fugazmente una cartera. Allí estaba Ivàn. Raisa estaba junto a èl. Ambos se encontraban al borde del andèn. Leo estaba tan cerca que casi podía estirar la mano y tocarle la mejilla. Si ella hubiera girado la cabeza, aunque sòlo fuera un poco, se habrían encontrado cara a cara. Casi con toda seguridad se encontraba dentro de su visión periférica; si no lo había visto, era únicamente porque no esperaba hacerlo. No podía hacer nada, no tenía dònde esconderse. Siguió andando por el andèn, esperando que ella lo llamase. No sería capaz de explicarle que aquello había sido una coincidencia. Ella descubriría la mentira,

sabría que la había estado siguiendo. Contò veinte pasos y se detuvo al borde del andèn, donde se quedó mirando fijamente el mosaico que tenía enfrente. Tres gotas de sudor le corrían por un lado de la cara. No se atrevió a limpiarse ni a girar la cara por miedo a que ella estuviese mirando en aquella dirección. Intentò concentrarse de nuevo en el mosaico, una celebración del poderío militar soviético: un tanque apuntando con el cañòn, flanqueado por artillería pesada y conducido por soldados rusos que llevaban largos y llamativos abrigos y blandían sus armas. Girò la cabeza muy despacio. Raisa estaba hablando con Ivàn. No le había visto. Una corriente de aire caliente recorrió el atestado andèn. El tren se acercaba.

Cuando todo el mundo se girò para mirar, Leo pudo ver a un hombre con la vista puesta en la dirección opuesta, no en el tren, sino en èl. Fue una mirada fugaz. El contacto visual durò una fracción de segundo. Aquel hombre tendría unos treinta años. Leo no lo había visto nunca. Pero aun así supo al instante que se trataba de un compañero de la Chekà, un agente de la Seguridad del Estado. Había un segundo agente en el andèn.

La multitud se echò hacia delante, hasta las puertas del tren. El agente había desaparecido. Las puertas se abrieron. Leo no se movió; no miraba al tren, seguía contemplando el lugar exacto en el que había visto aquella mirada fría y profesional. Al ser empujado por los pasajeros que salían se repuso de la sorpresa y subió al tren, en el vagòn contiguo al que había tomado Raisa. ¿Quièn era aquel agente? ¿Por què tenía que seguir un segundo agente a su mujer? ¿Es que no confiaban en èl? Claro que no. Pero no había pensado que fueran capaces de tomar medidas tan extremas. Se abrió camino hasta la ventana por la que podría observar el vagòn contiguo. Logró ver la mano de Raisa agarrada a la barra. Pero no había rastro del segundo agente. Las puertas estaban a punto de cerrarse.

El segundo agente se subió en el mismo vagòn que Leo, pasó a su lado con aparente indiferencia y se colocò varios metros por delante de èl. Estaba bien entrenado, permaneció tranquilo y, de no haber sido por aquella mirada fugaz, Leo no lo habría reconocido. Aquel agente no estaba siguiendo a Raisa. Estaba siguiendo a Leo.

Debería haber sabido que no dejarían aquella operación enteramente en sus manos. Cabía la posibilidad de que estuviera implicado. Quizá hasta sospecharan que èl colaboraba con Raisa, si es que ella era una espía. Sus superiores tenían la obligación de asegurarse de que hacía bien su trabajo. Todo aquello de lo que èl informase se compararía con lo que dijera el otro agente. Por ese motivo era esencial que Raisa fuera derecha a casa: si iba a cualquier otro sitio, el restaurante o la librería equivocada, la casa equivocada en la que vivía gente equivocada, estaría poniendo en peligro su propia vida. Su única posibilidad de escapar, y era una posibilidad exigua, era no decir nada, no hacer nada, no encontrarse con nadie. Podía trabajar, comprar y dormir. Cualquier otra actividad era susceptible de ser malinterpretada.

Si Raisa iba a casa, permanecería en el tren las tres estaciones siguientes hasta llegar a la de Teatràlnaya, donde cambiaría a la línea de Arbàtskaya-Pokròvskaya y se dirigiría hacia el este. Leo echò un vistazo al agente que lo seguía. Alguien se había levantado para bajarse y èste se había sentado en el asiento vacío. Ahora miraba por la ventana con indiferencia, aunque sin duda estaba vigilando cuidadosamente a Leo por el rabillo del ojo. El agente sabía que lo había visto. Quizá hasta hubiera sido esa su intención. Nada de eso importaba si Raisa se dirigía directa a casa.

El tren se parò en la segunda estación, Novokuznèskaya. Faltaba una màs para bajarse. Se abrieron las puertas. Leo observò que Ivàn se bajaba. Pensó:

Por favor, quédate en el tren.

Raisa se bajò del tren. Salió al andèn y se dirigió hacia la salida. No iba a casa. Leo no sabía adònde iba. Si la seguía, la expondría a la vigilancia del segundo agente. Si no la seguía, pondría su propia vida en

peligro. Tenía que elegir. Leo se girò. El agente no se había movido. Desde allí no podía haber visto a Raisa bajarse del tren. Estaba observando a Leo, no a Raisa, imaginando que los movimientos de ambos estarían sincronizados. Las puertas estaban a punto de cerrarse. Leo se quedó donde estaba.

Mirò a un lado, por la ventana, como si Raisa siguiera en el vagòn contiguo, como si siguiera vigilándola. ¿Què estaba haciendo? Había sido una decisión arriesgada, impulsiva. Su plan dependía de que el agente creyera que su mujer seguía en el tren; un plan cuanto menos pobre. Leo no había contado con la multitud. Raisa e Ivàn seguían en el andèn y se dirigían hacia la salida con una lentitud insoportable. Como el agente estaba mirando por la ventana, los vería en cuanto el tren empezara a moverse. Raisa cada vez estaba màs cerca de la salida, esperaba pacientemente en la cola. No tenía prisa, no tenía por què tenerla, pues no sabía que tanto su vida como la de su marido corrian peligro si no desaparecía. El tren comenzó a avanzar. Su vagòn estaba casi alineado con la salida. El agente vería a Raisa con toda seguridad; sabía que Leo había fracasado.

El tren cogió velocidad. Estaba paralelo a la salida. Raisa estaba allí, bien visible. Leo sintió que la sangre le subía desde el estòmago. Girò despacio la cabeza para ver la reacción del agente. Un hombre grueso de mediana edad y su gruesa mujer de mediana edad estaban de pie en el pasillo, impidiendo que el agente pudiera ver el andèn. El tren traqueteò hasta entrar en el túnel. No había visto a Raisa en la salida. No sabía que Raisa no seguía en el tren. Leo, que apenas pudo ocultar su alivio, prosiguió con la pantomima y mirò al vagòn contiguo.

En la estación de Teatràlnaya Leo esperò todo el tiempo que pudo antes de bajarse del tren, actuando como si todavía estuviera siguiendo a su mujer, como si èsta se dirigiera a casa. Se acercò a la salida. Volvió rápidamente la vista atrás y vio que el agente también se había bajado, y que intentaba acortar la distancia que los separaba. Leo se abrió camino hacia delante.

El pasadizo iba a dar a un área de trànsito desde la que se podía acceder a otras líneas o a la salida, que estaba al nivel de la calle. Tenía que quitárselo de encima sin que èl lo notara. El túnel de la derecha lo llevaría hasta los trenes que se dirigían hacia el este en la línea de Arbàtskaya-Podròvskaya, el camino a casa. Si conseguía alejarse lo suficiente, quizá pudiera subir al tren antes de que el agente lo alcanzara y se diera cuenta de que Raisa no estaba en el andèn.

En el túnel que llevaba al andèn se encontró una multitud. De pronto escuchò el sonido de un tren que entraba en el andèn. No había forma de llegar allí a tiempo, sobre todo con toda la gente que estaba antes que èl. Metió la mano en el bolsillo, sacò la tarjeta de identificación de la Seguridad del Estado y dio unos golpecitos al hombre que tenía delante. Èste se echò hacia un lado como si le hubieran arrojado agua hirviendo; lo mismo hizo una mujer, y la multitud se apartò. Tenía el camino libre para avanzar a toda prisa. Allí estaba el tren, con las puertas abiertas, listo para partir. Guardò la tarjeta y subió. Se girò para ver lo cerca que estaba el hombre que lo seguía. Si conseguía alcanzarlo y subir al tren el juego habría terminado.

La gente que se había apartado volvió a juntarse. El agente estaba atrapado detrás de ellos y recurrió a métodos menos sutiles. Empezó a empujar y a dar empujones para que se apartasen. Estaba acortando las distancias. ¿Por què no se cerraban las puertas? El agente estaba ya en el andèn, a tan sòlo unos metros. Las puertas empezaron a cerrarse. Extendió la mano y agarrò un extremo de la puerta. Pero el mecanismo no podía revertirse y aquel hombre –al que Leo pudo ver de cerca por primera vez- no tuvo otra opción que soltarse. Leo mantuvo un aire de indiferencia inconsciente, intentò no reaccionar, mirando por el rabillo del ojo còmo aquel agente se quedaba atrás. En la oscuridad del túnel, Leo se quitò el sombrero, que estaba completamente sudado.

El mismo día

El ascensor se parò en el quinto piso, el último, las puertas se abrieron y Leo salió a un estrecho pasillo. Oía a comida. Eran las siete de la tarde, la hora en la que muchas familias tomaban “uzhin”, la última comida del día. Mientras pasaba junto a los apartamentos pudo escuchar el sonido de los preparativos para la cena a través de delgadas puertas de contrachapado. Cuanto más se acercaba al apartamento de sus padres, más cansado se encontraba. Había pasado horas cruzando la ciudad de un sitio a otro. Tras deshacerse del agente que lo seguía en la estación de Teatràlnaya había vuelto a casa, al apartamento 124, había encendido las luces y la radio y había corrido las cortinas, una precaución necesaria aunque vivieran en el piso catorce. Había vuelto a salir, tomando un camino deliberadamente enrevesado para llegar al metro, y había regresado a la ciudad. No se había cambiado de ropa y lo lamentaba. Le había llegado a resultar desagradable; su camisa, empapada en sudor, se había secado y se le había pegado a la espalda. Estaba seguro de que apestaba, aunque no podía olerlo. A sus padres no les importaría. Estarían demasiado asombrados por el hecho de que les fuera a pedir ayuda, algo que no había hecho en mucho tiempo.

La balanza de su relación había cambiado: ahora él les ayudaba a ellos mucho más de lo que ellos le ayudaban a él. A Leo le gustaba que así fuera. Disfrutaba viendo que podía conseguirles tareas más sencillas en sus lugares de trabajo. Sólo hizo falta una educada petición para que nombraran a su padre capataz de la fábrica de munición, abandonando así la cadena de montaje. Su madre, que se pasaba el día cosiendo paracaídas, había recibido un ascenso similar. Les había facilitado la provisión de alimentos: ya no tenían que esperar colas de varias horas para comprar cosas básicas como el pan y el trigo; ahora tenían acceso a los “spetztorgi”, las tiendas especializadas no aptas para el público en general. En aquellas tiendas restringidas había exóticos lujos como pescado fresco, azafrán y hasta tabletas de chocolate negro auténtico en vez de aquel sintético que sustituía el cacao por una mezcla de centeno, cebada, trigo y guisantes. Si algún vecino les causaba problemas, dejaba de hacerlo bien pronto. No había ningún tipo de violencia ni amenazas directas; sólo se daba a entender que estaban tratando con una familia con mejores contactos que la suya.

Aquel apartamento que había conseguido para ellos se hallaba en una agradable zona residencial al norte de la ciudad. Era un bloque bajo en el que cada apartamento podía presumir de tener baño privado y un balcón propio desde el que se veía una pequeña parcela de hierba y una carretera tranquila. No lo compartían con nadie: algo extraordinario en aquella ciudad. Tras cincuenta años de penurias por fin podían disfrutar de una vida privilegiada, cosa que sus padres valoraban enormemente. Se habían vuelto adictos al confort. Y todo ello dependía de un hilo que era la carrera de Leo.

Leo llamó a la puerta. Cuando su madre, Anna, la abrió, pareció sorprendida. Aquella sorpresa, que la dejó sin habla durante unos instantes, pronto desapareció. Se acercò a él y lo abrazò mientras hablaba emocionada.

-¿Por qué no nos dijiste que venías? Hemos sabido que estuviste enfermo. Fuimos a verte pero estabas dormido. Raisa nos recibió. Te vimos, incluso yo te cogí la mano, pero no podíamos hacer nada. Necesitabas descansar. Dormías como un niño.

-Raisa me dijo que viniera. Gracias por la fruta; las naranjas y los limones.

-Nosotros no llevamos ninguna fruta. Al menos, que yo recuerde. Me estoy haciendo vieja. ¡A lo mejor sí la llevamos!

Su padre, Stepàn, que había escuchado la conversación, Saliò de la cocina, dándole a su esposa un suave golpecito con el codo. Últimamente había engordado un poco. Los dos habían engordado un poco. Tenian buen aspecto.

Stepàn abrazò a su hijo.

-¿Te encuentras mejor?

-Sì, mucho mejor.

-Me alegre. Estábamos preocupados por ti.

-¿Què tal tu espalda?

-Hace tiempo que no me duele. Una de las ventajas del trabajo administrativo es que lo único que tengo que hacer es supervisar còmo los demás hacen el trabajo duro. Me paseo por ahì con un bolígrafo y un portapapeles.

-Deja de sentirte culpable. Ya trabajaste lo tuyo.

-Puede ser, pero la gente te mira de otra manera cuando ya no eres uno de ellos. Mis amigos ya no son tan amistosos. Si alguien llega tarde, yo soy el que tiene que informar. Afortunadamente, nadie ha llegado tarde todavía.

Leo meditò acerca de aquellas palabras.

-¿Què harías si llegaran tarde? ¿Informarías de ello?

-Sencillamente les digo cada día que no lleguen tarde.

No; en otras palabras, su padre no informaría de ello. Probablemente ya había hecho la vista gorda en un par de ocasiones. No era el mejor momento para advertirle de nada, pero era probable que alguien se acabara enterando de aquella generosidad.

En la cocina hervía un repollo en una olla llena de agua. Sus padres estaban preparando "golubtsy" y Leo les dijo que siguieran; podían hablar en la cocina. Leo observò a su padre mezclar la carne picada (fresca, no seca, probablemente gracias al trabajo de Leo), las zanahorias recién ralladas (lo cual probablemente también era posible gracias a èl) y el arroz cocido. Su madre se puso a pelar las incoloras hojas de la col hervida. Sus padres sabían que había algún problema y esperaron, sin presionarle, a que Leo hablase. Se alegrò de que estuvieran ocupados con la comida.

-Nunca hablamos mucho de mi trabajo. Y es bueno que así sea. Ha habido ocasiones en que mi trabajo me ha resultado complicado. He hecho cosas de las que no me enorgullezco, pero que siempre fueron necesarias.

Leo hizo una pausa, intentò pensar en còmo explicarse. Preguntò:

-¿Han arrestado a alguien que conozcáis?

La pregunta era extraña. Leo se dio cuenta. Stepàn y Anna se miraron el uno al otro antes de seguir preparando la comida. Seguramente se alegraban de tener algo en las manos. Anna se encogió de hombros.

-Todo el mundo tiene algún conocido que ha sido arrestado. Pero no hacemos preguntas. Me digo a mì misma: tus agentes son los que tienen las pruebas. Y sòlo conozco lo que veo de la gente, y es muy fácil aparentar ser bueno, normal y leal. Tu trabajo consiste en ver màs allà. Sabes què es lo mejor para tu país. No es la gente como nosotros quien debe juzgar eso.

Leo asintió y añadió:

-Este país tiene muchos enemigos. Mucha gente odia nuestra Revoluciòn en todo el mundo. Debemos protegerla. Desgraciadamente a veces incluso de nosotros mismos.

Hizo una pausa. No había venido para recitar la retòrica del Estado. Sus padres dejaron de hacer lo que estaban haciendo y miraron a su hijo, con los dedos pringosos por los aceites de la mezcla.

-Ayer me pidieron que denunciase a Raisa. Mis superiores creen que es una traidora. Creen que es una espía que trabaja en una agencia extranjera. Me han ordenado que la investigue.

Una gota de aceite resbalò desde el dedo de Stepàn al suelo. Se quedó mirando la gota de grasa y preguntò:

-¿Es una traidora?

-Padre, es una maestra de escuela. Trabaja. Vuelve a casa. Trabaja. Vuelve a casa.

-Entonces díles eso. ¿Tienen alguna prueba? ¿Por què creen algo así?

-Tienen la confesión de un espía ejecutado. Èl les dio el nombre. Aseguró que trabajaba con ella. Yo sè que el espía era un simple veterinario. Cometimos un error al arrestarlo. Creo que su confesión es fruto de la invención de otro agente que quería implicarme. Sè que mi mujer es inocente. Todo esto no es màs que una venganza.

Stepàn se limpiò las manos en el delantal de Anna.

-Díles la verdad. Haz que te escuchen. Denuncia a ese agente. Tienes un puesto con autoridad.

-Han aceptado esa confesión, sea cierta o falsa, como la verdad. Es un documento oficial y su nombre està ahí. Si defiendo a Raisa, estoy cuestionando la validez de un documento estatal. Si admiten que uno de ellos comete errores, sería como admitir que todos los demás los tienen. No pueden volverse atrás. Las repercusiones serían tremendas. Significaría que todas las confesiones quedan en entredicho.

-¿No puedes decir que ese espía, ese veterinario, estaba equivocado?

-Sí. Es lo que intento hacer. Pero si insisto en ello y no me creen, entonces no sòlo la arrestaràn a ella, sino que me arrestaràn a mi también. Si ella es culpable y yo he asegurado que era inocente, entonces yo también soy culpable. Y eso no es todo. Ya sè còmo acaban estas cosas. Hay muchas posibilidades de que os detengan a vosotros también. Parte del código penal se centra en todos los familiares de un criminal. Somos culpables por asociación.

-¿Y si la denuncias?

-No sè.

-Sí lo sabes.

-Nosotros sobreviviríamos. Ella no.

El agua todavía hervía en el fuego. Al fin Stepàn hablò.

-Estàs aquí porque no sabes què hacer. Estàs aquí porque eres un buen hombre y quieres que te digamos què es lo correcto, què es lo decente. Quieres darnos el derecho a que te aconsejemos què es lo correcto. ¿Y si les dijeras que se equivocan, que Raisa es inocente ¿Y que tendríamos que aceptar las consecuencias?

-Sí.

Stepàn asintió y mirò a Anna. Al cabo de un momento añadió:

-Pero yo no puedo darte ese consejo. Y no estoy seguro de que creyeras que iba a dártelo. ¿Còmo podría hacerlo? Lo cierto es que quiero que mi mujer viva. Quiero que mi hijo viva. Y yo quiero vivir. Haría cualquier cosa por asegurarme de que así fuera. Tal y como yo lo veo, es una vida a cambio de tres. Lo siento. Sè que esperabas màs de mì. Pero somos viejos, Leo. No sobreviviríamos a los gulags. Nos separarían. Moriríamos solos.

-Y si fuerais jóvenes, ¿cuàl sería tu consejo?

Stepàn asintió.

-Tienes razón. Mi consejo sería el mismo. Pero no te enfades conmigo. ¿Què esperabas al venir aquí? ¿Esperabas que te dijéramos que vale, que no nos importa morir? ¿Y para què servirían nuestras muertes? ¿Se salvaría tu mujer? ¿Seríais felices para siempre? Si fuese a ser así, no me importaría dar mi

vida por los dos. Pero eso no es lo que sucederìa. Lo ùnico que sucederìa es que moriríamos, moriríamos todos, los cuatro..., pero tÙ morirías sabiendo que has hecho lo correcto.

Leo mirò a su madre. Su rostro estaba tan pàlido como las hojas lacias de col que tenìa en las manos. Parecía bastante tranquila. No contradijo a Stepàn. Preguntò:

-¿Cuàndo tienes que tomar una decisiòn?

-Tengo dos días para presentar alguna prueba. Entonces tendrè que informar.

Sus padres siguieron preparando la cena, envolviendo el picadillo en las hojas de col y poniéndolas unas junto a otras en la bandeja del horno, como si se tratase de una hilera de gruesos pulgares cercenados. Nadie dijo nada hasta que se llenò la bandeja. Stepàn preguntò:

-¿Vas a comer con nosotros?

Leo siguiò a su madre hasta el salòn y se fijò en que la mesa estaba puesta para tres.

-¿Esperàis a alguien?

-Esperamos a Raisa.

-¿Mi mujer?

-Va a venir a cenar. Cuando llamaste a la puerta pensamos que era ella.

Anna puso un cuarto plato en la mesa y se lo explicó.

-Viene casi todas las semanas. No querìa que supieras lo sola que se siente cuando tiene que comer sin màs compañìa que la radio. Le hemos cogido mucho cariño.

Era cierto que Leo nunca volví del trabajo a las siete. Stalin, que sufría de insomnio y no dormía màs de cuatro horas cada noche, había impuesto una cultura de largas jornadas laborales. Leo había oído que nadie podía marcharse del Politburò hasta que no se apagaran las luces del estudio de Stalin, lo que sucedía alrededor de la medianoche. Aunque aquella norma no solía aplicarse en la Lubianka, se esperaban unos niveles de dedicaciòn similares. Pocos agentes trabajaban menos de diez horas al día, aunque algunas de aquellas horas las pasaran sin hacer nada en absoluto.

Se escuchò un golpe en la puerta. Stepàn la abrió y la recibió en el pasillo. Estaba tan sorprendida como ellos de ver a Leo. Stepàn le explicó:

-Estaba trabajando en la zona. Por una vez, podemos comer juntos, como una familia.

Ella se quitò la chaqueta y Stepàn se la cogió. Se acercò a Leo y lo mirò de arriba abajo.

-¿De quièn es esa ropa?

Leo echò un vistazo a los pantalones, a la camisa: aquella ropa de muerto.

-Las he cogido prestadas del trabajo.

-Entonces será mejor que no haga màs preguntas.

Raisa se acercò un poco màs y le susurrò al oído:

-La camisa huele mal.

Leo se fue al baño. En la puerta mirò atrás y observò còmo Raisa ayudaba a sus padres a poner la mesa.

Leo había crecido sin agua caliente en el grifo. Sus padres habían compartido el antiguo apartamento con el tío de su padre y la familia de èste. Sòlo tenían dos dormitorios, uno por cada familia. El apartamento no disponía de servicio ni baño interior y los ocupantes del edificio tenían que usar un servicio exterior que no tenía agua caliente. Por las mañanas las colas eran largas, y en invierno la nieve les caía encima mientras esperaban. Un lavabo privado con agua caliente habría sido un lujo imposible, un sueño. Leo se quitò la camisa y se lavò. Cuando terminò, abrió la puerta y le preguntò a su padre si podía prestarle una camisa. Aunque el cuerpo de su padre había sufrido los años de trabajo –tan encorvado y moldeado por la cadena de montaje como los proyectiles para tanques que había fabricado-, tenía màs o

menos una complexión parecida a la de su hijo: fuerte y con los hombros anchos y musculosos. La camisa no le quedaba mal del todo.

Una vez se hubo cambiado, Leo se sentò a comer. Mientras el "golubtsy" terminaba de hacerse en el horno tomaron "zakuski", platos de pepinillos, ensalada de champiñones y, para cada uno, una fina loncha de lengua de ternera cocinada con mejorana que se dejaba enfriar en gelatina y se servìa con ràbano picante. Era un despliegue excepcionalmente caro. Leo no pudo evitar quedarse mirando, calculando el precio de cada plato. ¿Quièn había pagado aquella mejorana con su muerte? ¿Habian comprado aquella loncha de lengua de ternera con la vida de Anatoli Brodski? Se sintió enfermo y dijo:

-Ahora entiendo por què vienes todas las semanas.

Raisa sonriò.

-Sì, me tienen malcriada. Les digo que bastarìa con un poco de "kasha", pero...

Stepàn intercedió:

-Es una excusa para malacostumbrarnos a nosotros mismos.

Leo, intentando sonar despreocupado, dijo:

-¿Has venido directa desde el trabajo?

-Asì es.

Era mentira. Habìa ido a algùn sitio con Ivàn. Pero antes de que Leo pudiera darle màs vueltas, ella rectificò.

-No es verdad. Normalmente vengo directa del trabajo. Pero esta noche tenìa una cita, por eso he llegado un poco tarde.

-¿Una cita?

-Con el mèdico.

Raisa esbozò una sonrisa.

-Querìa decìrtelo cuando estuviéramos a solas, pero ya que ha surgido...

-¿Decirme què?

Anna se levantò.

-¿Quieres que nos vayamos?

Leo hizo un gesto a su madre para que se sentara.

-Por favor. Somos familia. Nada de secretos.

-Estoy embarazada.

20 de febrero

Leo no podía dormir. Estaba en la cama, despierto, mirando al techo y escuchando la lenta respiración de su mujer, que tenìa la espalda pegada contra èl, no de forma deliberada e íntima, sino por una serie de movimientos fortuitos. Se movìa mucho cuando dormía. ¿Era èsa razón suficiente para denunciarla? Èl sabìa que sì. Sabìa còmo redactarlo:

Incapaz de descansar tranquila, preocupada por sus sueños:

A mi mujer le atormenta claramente un secreto.

Podía delegar la responsabilidad de la investigación en otra persona. Podía engañarse a sí mismo y decirse que prefería dejarlo a juicio de otro. Él era demasiado cercano, estaba demasiado unido. Pero una investigación así sólo llegaría a una conclusión. El caso estaba abierto. Nadie más podría oponerse a la presunción de culpabilidad.

Leo se levantó de la cama y se situó junto a la ventana del dormitorio, desde la que no se veía la ciudad, sino el bloque de apartamentos de enfrente. Una pared con ventanas en la que sólo había tres luces encendidas, tres de mil, aproximadamente, y él se preguntó qué era lo que preocupaba a los habitantes, qué era lo que les impedía dormir. Notó una extraña sensación de compañerismo con aquellos tres cuadrados de pàlida luz amarilla. Eran las cuatro de la mañana, la hora del arresto: el mejor momento para detener a alguien, para cogerle durmiendo. Eran vulnerables, estaban desorientados. A menudo se utilizaban en los interrogatorios los comentarios poco precavidos que se hacían cuando los agentes allanaban sus casas. No era fácil ser prudente cuando arrastraban a tu mujer por el suelo, agarrándola del pelo. ¿Cuántas puertas había abierto Leo con la suela de su bota? ¿Cuántas veces había visto cómo sacaban de la cama a una pareja, les apuntaban con linternas en los ojos y se las metían por los pijamas? ¿Cuántas veces había escuchado reírse a un agente al ver los genitales de alguien? ¿A cuánta gente había sacado de la cama? ¿Cuántos apartamentos había destrozado? ¿Y los niños a los que había sujetado mientras se llevaban a sus padres? No se acordaba. Lo había borrado: los nombres, las caras. Le venía bien tener una memoria confusa. ¿Había querido él que así fuera? ¿Acaso no había tomado anfetaminas, no para trabajar muchas horas, sino para erosionar los recuerdos de ese trabajo?

Había un chiste, bastante popular entre los agentes, que podían contar con impunidad. Un hombre y una mujer duermen en su cama y de pronto les despiertan unos fuertes golpes en la puerta. Temiendo lo peor, se despiden y se besan.

Te quiero, esposo.

Te quiero, esposa.

Después de despedirse abren la puerta. Frente a ellos encuentran a un vecino frenético, un pasillo lleno de humo y llamaradas que alcanzan el techo. El hombre y su esposa sonrían aliviados y dan las gracias a Dios: no es más que el edificio, que está en llamas. Leo había escuchado variaciones de aquel chiste. En vez de un incendio, ladrones armados; en vez de ladrones armados, un médico que les tiene que comunicar una noticia terrible. Antaño se había reído; confiaba que algo así nunca le sucedería a él.

Su mujer estaba embarazada. ¿Cambiaría algo eso? Tal vez cambiara la actitud de sus superiores hacia Raisa. Nunca les había gustado. No le había dado ningún hijo a Leo. En aquellos tiempos se esperaba, se exigía que las parejas tuvieran hijos. Después de millones de muertes que se habían producido en la guerra, los hijos eran una obligación social. ¿Por qué Raisa no se había quedado embarazada? La pregunta había ensombrecido su matrimonio. La única conclusión posible era que le pasaba algo. Recientemente la presión había aumentado: las preguntas eran cada vez más frecuentes. Raisa visitaba con regularidad un médico para tratar el problema. Sus relaciones sexuales eran pragmáticas, motivadas por presiones externas. A Leo no se le escapaba lo irónico de la situación: ahora que sus superiores tenían lo que querían —que Raisa se quedara embarazada—, la querían ver muerta. Quizá podía mencionar que estaba encinta. Desechó la idea. Un traidor era un traidor; no había circunstancias exculpatorias.

Leo se duchó. El agua estaba fría. Se vistió y se preparó un desayuno a base de avena. No tenía ganas de comer y se quedó mirando cómo se endurecían los cereales en el cuenco. Raisa entró en la cocina, se sentó y, soñolienta, se frotó los ojos. Él se levantó. Mientras esperaban a que se calentase la

avena ninguno de los dos pronunciò palabra. Èl colocò un cuenco frente a su mujer. Ella no dijo nada. Èl preparò un poco de tè fuerte y lo dejó en la mesa, junto al tarro de mermelada.

-Intentarè llegar a casa un poco antes.

-No tienes que cambiar tus costumbres por mì.

-Lo intentarè de todas formas.

-Leo, no tienes que cambiar tus costumbres por mì.

Leo cerrò la puerta tras de sÌ. Estaba amaneciendo. Desde el borde del pasadizo podía ver còmo, cientos de metros màs abajo, la gente esperaba al tranvÌa. Se dirigiò al ascensor. En cuanto llegó, pulsò el botón del último piso. En el piso treinta, el último, saliò y caminò por el pasaje que llevaba hasta la puerta de servicio con el cartel que decía NO PASAR. HacÌa tiempo que habían reventado la cerradura. Llevaba a unas escaleras, que a su vez conducÌan al tejado. HabÌa estado allÌ antes, cuando se mudaron. Al oeste podía verse la ciudad; al este, el comienzo de la campiña, donde Moscù se partÌa y dejaba paso a campos cubiertos de nieve. Cuatro años antes, al contemplar aquella vista, había pensado que era uno de los hombres màs afortunados del mundo. Un héroe. Hasta tenía el recorte del periódico que lo demostraba. TenÌa un trabajo importante y una mujer hermosa. Su fe en el Estado era incuestionable. ¿Acaso echaba de menos aquella sensación, una confianza absoluta y sin fisuras? SÌ.

Volviò a coger el ascensor hasta el piso catorce y regresò a su apartamento. Raisa se había ido a trabajar. Su cuenco del desayuno estaba en la cocina, sin lavar. Se quitò la chaqueta y las botas, se frotò las manos y se dispuso a comenzar su búsqueda.

Leo había organizado y supervisado búsquedas en varias casas, apartamentos y oficinas. Los que trabajaban en el MGB se lo tomaban como una competición. BarrÌan los pisos con una exhaustividad extraordinaria, con la que los agentes demostraban su dedicación. Destrozaban objetos de valor, cortaban los retratos y las obras de arte de los marcos, desgarraban los libros y tiraban al suelo estanterÌas enteras. Aunque èsa era su casa y èsas sus cosas, Leo no tenía intención de buscar de otra manera. Desgarrò la ropa de cama, las almohadas y las sàbanas, dio la vuelta al colchòn y palpò con cuidado cada centÌmetro cuadrado, como un ciego lee Braille. Se podÌan coser documentos de papel a un colchòn, de modo que resultaran invisibles para el ojo. La única forma de encontrar aquellas pruebas era palpando. No encontrò nada, asÌ que pasò a las estanterÌas. Repasò todos los libros y comprobò que no hubiera metido nada en el interior de ninguno. Encontrò cien rublos, poco menos que un salario semanal. Mirò el dinero y se preguntò de dònde vendrÌa hasta que recordò que el libro era suyo y el dinero también: era un alijo secreto. Otro agente podrÌa haber declarado que aquello era una prueba de que el dueño era un especulador. Leo volviò a poner el dinero en su sitio. Abriò los cajones y mirò la ropa de Raisa, cuidadosamente doblada. Cogiò cada prenda, la palpò y la sacudiò antes de tirarla en el suelo en un montòn. Después de vaciar todos los cajones comprobò los lados y la parte de atrás de cada uno de ellos. No encontrò nada, asÌ que se dio la vuelta y examinò la habitación. Se pegò a las paredes y pasò los dedos por ellas para ver si detectaba el contorno de una caja fuerte o de un agujero. Descolgó el recorte enmarcado del periódico, la foto en la que aparecÌa èl junto al tanque en llamas. Era curioso que recordase aquel momento en el que estaba rodeado de muerte como un pasado mejor. Quitò el marco y el trozo de periódico cayò al suelo. Volviò a colocarlo en el marco y dio la vuelta a la cama, apoyándola contra la pared. Se puso de rodillas. Los tablones del suelo estaban firmemente atornillados. Cogiò un destornillador de la cocina y sacò todos y cada uno de los tablones. Debajo no había nada màs que polvo y cañerÌas.

Entrò en la cocina y se lavò las manos. Por fin había agua caliente. Dedicò un momento a pasarse una y otra vez la pequeña pastilla de jabòn. Siguiò frotándose aun cuando había desaparecido toda la suciedad. ¿Què era lo que intentaba quitarse de las manos? No era la traición. No le interesaban las

metáforas. Se lavaba las manos porque estaban sucias. Estaba investigando el apartamento porque era su deber. No tenía que pensar tanto.

Alguien llamó a la puerta. Se enjagò las manos, que estaban llenas de trozos de jabòn color crema desde las muñecas hasta los codos. Escuchò que llamaban por segunda vez. Saliò al pasillo con el agua goteándole de los brazos y preguntò:

-¿Quièn es?

-Vasili.

Leo cerrò los ojos y sintió que el corazón se le aceleraba. Intentò controlar la sensación de ira. Vasili volvió a llamar. Leo se acercò y abrió la puerta. Vasili venìa acompañado de dos hombres. El primero era un joven agente que Leo no reconoció. Tenía unos rasgos suaves y una piel pàlida como el papel. Miraba a Leo con ojos inexpresivos, como dos canicas de vidrio incrustadas en una bola de masa. El segundo agente era Fiòdor Andrèyev. Vasili había seleccionado cuidadosamente a aquellos hombres. El de la piel clara era su protector, era fuerte y sin duda tenía buena puntería o era rápido con el cuchillo. Había traído a Fiòdor por despecho.

-¿Què sucede?

-Hemos venido a ayudarte. Nos envía el mayor Kuzmìn.

-Gracias, pero tengo la investigación bajo control.

-Estoy seguro. Estamos aquí para asistirte.

-Gracias, pero no hace falta.

-Vamos, Leo. Hemos recorrido un largo camino. Y hace frío aquí fuera.

Leo se echò a un lado y los dejó pasar.

Ninguno de los tres se quitò las botas, cubiertas de hielo. Las suelas soltaban trozos que se derretían sobre la moqueta. Sabía que Vasili había venido a provocar. Quería que Leo perdiese los nervios. Quería discutir con èl, que soltase algún comentario imprudente, algo para sustentar la causa.

Leo ofreció tè a sus invitados, o vodka si lo preferían. Todo el mundo conocía la debilidad de Vasili por la bebida, pero èse se consideraba el menor de sus vicios, si es que lo era. Rechazò la oferta de Leo con un gesto de la mano y echò un vistazo al dormitorio.

-¿Què has encontrado?

Vasili no esperò una respuesta y entrò en la habitación. Se quedó mirando el colchòn volteado.

-Ni siquiera lo has abierto.

Se agachò y sacò su cuchillo, dispuesto a abrir el colchòn. Leo lo agarrò de la mano.

-Hay una forma de buscar cosas que hayan sido cosidas al tejido. No hace falta cortar.

-¿Asì que piensas dejarlo todo tal y como estaba?

-Exacto.

-¿Sigues pensando que tu mujer es inocente?

-No he encontrado nada que demuestre lo contrario.

-¿Quieres que te dè un consejo? Búscate otra mujer. Raisa es preciosa. Pero hay muchas mujeres preciosas. Quizá estarías mejor con una que no lo fuese tanto.

Vasili rebuscò en el bolsillo y sacò un montòn de fotografías dobladas que entregò a Leo. Eran instantáneas de Raisa en el exterior de la escuela con Ivàn, el profesor de literatura.

-Se lo està follando, Leo. Te ha traicionado a ti y también al Estado.

-Esas fotos han sido tomadas frente a la escuela. Ambos son profesores. Por supuesto que se les puede fotografiar juntos. Eso no demuestra nada.

-¿Sabes còmo se llama?

-Ivàn, creo.

-Hace tiempo que lo vigilamos.

-Vigilamos a mucha gente.

-¿Acaso es también amigo tuyo?

-Nunca me lo han presentado. Nunca he hablado con èl.

Al ver el montòn de ropa en el suelo, Vasili se agachò y cogió unas bragas de Raisa. Las frotò con los dedos, haciendo una bola con ellas, y se las colocò bajo la nariz, sin apartar en ningùn momento la vista de Leo. En lugar de sentir ira ante aquella provocación, Leo mirò a su segundo como nunca lo había hecho. ¿Quièn era exactamente aquel hombre que tanto le odiaba? ¿Era envidia profesional o simple ambición? Al verlo en aquel momento, mientras olisqueaba la ropa de Raisa, Leo se dio cuenta de que en aquel odio había algo personal.

-¿Puedo echar un vistazo al resto del apartamento?

Leo, que se temìa alguna trampa, contestò:

-Te acompañarè.

-No, prefiero hacerlo solo.

Leo asintió. Vasili empezó.

Leo, que apenas podía respirar, pues la ira le ahogaba la garganta, se quedó mirando la cama. Le sorprendió escuchar una voz suave a su lado. Era Fiòdor.

-Tù harías lo mismo. Rebuscarías entre la ropa de tu mujer, le darías la vuelta a la cama, arrancarías los tabloncillos del suelo..., destrozarias tu propia vida.

-Todos tenemos que estar preparados para que se nos investigue. El Generalísimo Stalin...

-Eso ya lo he oído. Nuestro Líder llegó a decir que hasta podrían investigar su apartamento si era necesario.

-No es que nos puedan investigar a todos, es que nos deben investigar a todos.

-Y, sin embargo, ¿tù no pudiste investigar la muerte de mi hijo? ¿Eres capaz de investigar a tu mujer, a ti mismo, a tus amigos, a tus vecinos, pero no eres capaz de echarle un vistazo a su cuerpo? ¿No podías tomarte un momento para ver còmo le habían abierto el estòmago, ni para ver la tierra que le habían metido en la boca?

Fiòdor estaba tranquilo: su voz sonaba suave. Su ira ya no era algo crudo. Se había convertido en hielo. Podía hablar con Leo de aquella manera –abierta, franca- porque sabía que Leo ya no era una amenaza.

-Fiòdor, tù tampoco viste su cuerpo.

-Hablè con el anciano que encontró el cadáver. Me dijo lo que vio. Yo vi el espanto en su mirada. Hablè con los testigos, con la mujer que se marchò, asustada, al verte a ti. Un hombre llevaba a mi hijo de la mano, hacia las vías. Ella le vio la cara. Podía describirlo. Pero nadie quiere hablar. Y ahora ella también tiene miedo. A mi hijo lo asesinaron, Leo. La milicia se encargò de que todos los testigos cambiasen sus testimonios. Contaba con eso. Pero tù eras mi amigo. Y viniste a mi casa y le dijiste a mi familia que mantuviera la boca cerrada. Amenazaste a una familia que estaba de luto. Nos leíste un cuento y nos dijiste que nos aprendiéramos de memoria todas aquellas mentiras. En vez de investigar a la persona que matò a mi hijo, investigaste un funeral.

-Fiòdor, intentaba ayudarte.

-Te creo. Nos estabas explicando cuàl era la forma de sobrevivir.

-Eso es.

-Y en cierto modo, te estoy agradecido. De otra manera, el hombre que asesinò a mi hijo podría haberme asesinado también a mì y a mi familia. Por eso estoy aquí. No para regocijarme, sino para devolverte el favor. Vasili tiene razón. Tienes que sacrificar a tu mujer. Denùnciala y te salvaràs. Raisa es

una espía, eso ya está decidido. He leído la confesión de Anatoli Brodski. Está escrita con la misma tinta negra que el informe sobre el incidente de mi hijo.

No, Fiódor se equivocaba. Estaba furioso. Leo se repitió que su objetivo era sencillo: debía investigar a su mujer e informar de lo que encontrase. Su mujer era inocente.

-Estoy convencido de que las afirmaciones del traidor respecto a mi mujer son fruto de la venganza y nada más. Hasta ahora mi investigación lo demuestra.

Vasili había vuelto a la habitación. Era imposible saber qué parte de la conversación había escuchado. Respondió.

-La diferencia es que las otras seis personas de la lista han sido arrestadas. Y las seis han confesado ya. La información que nos proporcionó Anatoli Brodski ha resultado ser de un valor incalculable.

-En ese caso, me alegro de poder decir que fui yo quien lo detuvo.

-Una persona culpable de espionaje nos dio su nombre.

-He leído su confesión. El nombre de Raisa es el último de la lista.

-No nos dio los nombres por orden de importancia.

-Creo que lo añadió por venganza. Creo que su intención era hacerme daño a mí. No creo que eso vaya a engañar a nadie, es un truco obvio y desesperado. Puedes ayudarme en mi búsqueda si quieres, si eso es a lo que has venido. Como puedes ver... -Leo señaló los tabloncillos arrancados-. He sido exhaustivo.

-Entrégala, Leo. Tienes que ser realista. Por una parte tienes tu carrera, tus padres...; por otra tienes a una traidora, a una puta.

Leo miró a Fiódor. Su rostro no mostraba señal alguna de satisfacción, de que estuviera disfrutando maliciosamente. Vasili prosiguió:

-Sabes que es una puta. Por eso hiciste que la siguieran en el pasado.

La ira de Leo dio paso a la sorpresa. Lo sabían. Lo habían sabido siempre.

-¿Pensabas que era un secreto? Lo sabemos todos. Denúnciala, Leo. Acaba con esto. Acaba con las dudas; acaba con las preguntas que te atormentan en el fondo de tu mente. Entrégala. Después iremos a beber juntos. Cuando acabe la noche tendrás otra mujer.

-Mañana informaré de lo que encuentre. Si Raisa es una traidora, lo diré. Si no lo es, diré que no lo es.

-Entonces te deseo suerte, camarada. Si sobrevives a este escándalo, algún día dirigirás el MGB. Estoy seguro. Y será un honor trabajar a tus órdenes.

En la puerta, Vasili se dio la vuelta:

-Recuerda lo que te he dicho. Tu vida y la de tus padres dependen de la suya. No es una decisión difícil.

Leo cerró la puerta.

Escuchó cómo se marchaban. Notó que le temblaban las manos. Volvió al dormitorio y examinó el destrozo. Volvió a colocar los tabloncillos en su sitio y los atornilló de nuevo. Hizo la cama y alisó cuidadosamente las sábanas para arrugarlas un poco después, intentando dejarlas como las había encontrado. Volvió a poner en su sitio la ropa de Raisa, la dobló y la amontonó. Sabía que no podía recordar el orden en que la había sacado. Tendría que bastar con una aproximación.

Cuando levantó una camisa de algodón cayó de ella un objeto pequeño que le dio en el pie y después rodó por el suelo. Leo se agachó y lo recogió. Era una moneda de cobre de un rublo. La tiró sobre la mesilla de noche. Al chocar con ésta, la moneda se partió en dos y las mitades rodaron a ambos lados. Perplejo, se acercó a la mesilla. Se arrodilló y recogió las dos mitades. La mitad de una de ellas tenía un hueco. Si se unían, parecía una moneda normal. Leo había visto algo así antes. Era un ingenio para esconder microfilms.

21 de febrero

Durante la declaración de Leo estuvieron presentes el mayor Kuzmìn, Vasili Nikitin y Timur Rafailovich, el agente que había ocupado su lugar durante el interrogatorio de Anatoli Brodski. Leo lo conocía sólo de pasada: era un hombre ambicioso, de pocas palabras, que gozaba de gran credibilidad. Cuando se enterò de que Rafailovich estaba dispuesto a corroborar todo lo incluido en la confesión, incluido el nombre de Raisa, se sintió devastado. Aquel hombre no era un lacayo de Vasili. Rafailovich no le temía ni le respetaba. Leo se había preguntado si habría sido Vasili quien había introducido el nombre de Raisa en la confesión. No ejercía ninguna influencia sobre Rafailovich, ninguna clase de poder y, ateniéndose al rango, habría sido el agente subordinado durante el interrogatorio. Los dos últimos días Leo había estado trabajando con la idea de que aquello era una venganza por parte de Vasili. Se había equivocado. Vasili no estaba detrás. La única persona que podía haber organizado la falsificación de una confesión como aquella, apoyada por un agente tan importante, era el mayor Kuzmìn.

Todo había sido una trampa, orquestada nada más y nada menos que por su mentor, por el hombre que había tomado a Leo bajo su protección. Leo había ignorado sus consejos respecto a Anatoli Brodski, y ahora recibía una lección por ello. ¿Qué le había dicho Kuzmìn?

El sentimentalismo puede cegar a uno.

Era una prueba, un ejercicio. Lo que se cuestionaba era hasta qué punto estaba Leo preparado para ser agente; no tenía nada que ver con Raisa, en absoluto. ¿Por qué iban a encargarse al marido de una sospechosa que investigase a su propia mujer, si no era porque lo que en realidad les interesaba era ver cómo se comportaba éste durante la operación? ¿Acaso no habían estado siguiendo a Leo? ¿No había ido Vasili a comprobar que examinaba el apartamento como era debido? No estaba interesado en lo que había en el apartamento, sino en ver cómo lo hacía Leo. Era lógico. Vasili le había provocado, le había dicho que denunciara a su mujer, precisamente porque confiaba en que hiciera justo lo contrario y la defendiera. No quería que Leo denunciara a Raisa. No quería que pasara la prueba; quería que antepusiera su vida privada al Partido. Era una trampa. Lo único que tenía que hacer era demostrar al mayor Kuzmìn que estaba dispuesto a denunciar a su esposa; demostrar que su única lealtad era para con el MGB; que su fe era incuestionable; que podía ser cruel. Si lo hacía, estarían todos a salvo: Raisa, su hijo nonato y sus padres. Se aseguraría un futuro en el MGB y Vasili no tendría importancia para él.

Pero, ¿acaso no estaba haciendo demasiadas suposiciones? ¿Y si el traidor era realmente un traidor, como había confesado? ¿Y si hubiera estado trabajando de alguna forma con Raisa? Tal vez había dicho la verdad. ¿Cómo estaba Leo tan seguro de que aquel hombre era inocente? ¿Cómo estaba tan seguro de que lo fuera su mujer? Al fin y al cabo, ¿por qué había trabado amistad con un profesor de literatura disidente? ¿Qué hacía aquella moneda en su apartamento? ¿No habían detenido e interrogado con éxito a las otras seis personas de la lista? La lista era algo comprobado, y Raisa estaba en ella. Sí, era una espía, y en su bolsillo tenía la moneda de cobre, la prueba que lo demostraba. Podía dejar la moneda sobre el escritorio y recomendar que interrogasen tanto a su mujer como a Ivàn Zhùkov. Se la habían jugado. Vasili tenía razón: era una traidora. Llevaba en su vientre al hijo de otro hombre. ¿Acaso no había sabido siempre que ella le era infiel? No lo quería. Estaba seguro. ¿Por qué arriesgarlo todo por ella, por una mujer que lo trataba con frialdad, que como mucho podía decirse que lo toleraba? Era una amenaza para todo aquello por lo que trabajaba, por todo lo que había conseguido para sí mismo y para sus padres. Era una amenaza para el país, para un país en cuya defensa había luchado Leo.

No había lugar a dudas: si Leo decía que era culpable, entonces todo acabaría bien para sus padres y para él. Eso era seguro. Era lo único razonable que podía hacer. Si era un truco para ponerlo a prueba, entonces Raisa también se salvaría. No tenía por qué enterarse nunca. Y si realmente era una espía, aquellos hombres ya tenían las pruebas y estaban esperando a ver si Leo era su colaborador. Si era una espía, entonces tenía que denunciarla: merecía morir. Lo único que podía hacer era denunciar a su esposa.

El mayor Kuzmìn empezó el procedimiento:

-Leo Stepànovich, tenemos razones para creer que tu mujer trabaja con agentes extranjeros. Tú no eres sospechoso de ningún crimen. Por esa razón se te ha encargado que investigues la acusación. Por favor, dínos qué has averiguado.

Ahí Leo tenía la confirmación que buscaba. La oferta del mayor Kuzmìn era clara. Si denunciaba a su mujer, tendría toda su confianza. ¿Qué fue lo que dijo Vasili?

Si sobrevives a este escándalo, algún día dirigirás el MGB.

Estoy seguro.

El ascenso estaba sólo a una frase.

La habitación quedó en silencio. El mayor Kuzmìn se inclinó hacia delante.

-¿Leo?

Leo se levantó y se alisó la chaqueta del uniforme.

-Mi mujer es inocente.

TRES SEMANAS MAS TARDE

VOUALSK

AL OESTE DE LOS URALES

13 de marzo

Era la hora del cambio de turno en la fábrica de coches Volga. Ilinaya dejó lo que estaba haciendo y se puso a lavarse las manos con una pastilla de jabón negra y maloliente, la única que había disponible, cuando había alguna. El agua estaba fría y el jabón no se deshacía, sólo se desintegraba en trozos grasientos. Pero ella sólo podía pensar en las horas de las que disponía entre aquel momento y el comienzo del siguiente turno. En primer lugar, terminaría de quitarse el aceite y las limaduras de metal de las uñas. Después iría a casa, se cambiaría de ropa y se pondría un poco de colorete antes de dirigirse a Basarov, un restaurante que había cerca de la estación de tren.

Basarov era un lugar popular entre los hombres de negocios, agentes que paraban allí antes de continuar su viaje en el Transiberiano, hacia el este o el oeste. El restaurante servía comidas (sopa de mijo, "kasha" de cebada o arenques ahumados) que a Ilinaya le parecían asquerosas. Lo más importante era que servía alcohol. Como era ilegal servir alcohol al público sin servir comida, ésta no era más que una excusa. Un plato de comida era un permiso para beber. En realidad aquel sitio era poco más que una casa de citas. No se respetaba la ley que decía que no se podían vender más de cien gramos de vodka a cada individuo. Basarov, el dueño, que daba nombre al restaurante, estaba siempre borracho y a menudo era violento. Y si Ilinaya quería mantener su negocio en el local, él quería llevarse una parte. Nadie iba a creer que estaba

allí bebiendo por diversión cuando cada cierto tiempo se la veía escabullirse con algún cliente. Allí no había nadie que bebiera por diversión. Era gente de paso. No había nadie del lugar. Ya no podía trabajar con los de allí. Recientemente había estado enferma, había tenido irritación, dolores, sarpullidos, cosas así. Un par de clientes habituales habían desarrollado los mismos síntomas y lo habían ido contando por la ciudad. Ahora no le quedaba más remedio que tratar con gente que no la conocía, gente que no se quedaría mucho tiempo en la ciudad, y que no se daría cuenta de que estaba hasta llegar a Vladivostok o a Moscú, dependiendo de la dirección en que viajaran. No disfrutaba en absoluto con la idea de contagiar una enfermedad, aunque no es que fueran las mejores personas del mundo. Pero en aquella ciudad ir a ver a un médico por una enfermedad de transmisión sexual era más peligroso que la propia infección. Para una mujer soltera era como entregar una confesión firmada con lápiz de labios. Habría tenido que recurrir al mercado negro para conseguir un tratamiento. Para eso hacía falta dinero, posiblemente mucho, y en aquel momento estaba ahorrando para otra cosa, para algo mucho más importante: su huida de aquella ciudad.

Cuando llegó el restaurante estaba lleno y las ventanas cubiertas de vaho. El ambiente apestaba a “majorka”, tabaco barato. Las risotadas de los borrachos se oían a cincuenta pasos de la puerta. Supuso que se trataba de soldados. Estaba en lo cierto. A menudo se llevaban a cabo ejercicios militares en las montañas y a los que no estaban de servicio solían mandarlos allí. Basarov ofrecía un servicio especial para aquella clase de clientes. Servía vodka aguado, y si alguien se quejaba (como solía suceder), aseguraba que era un casto intento de limitar las borracheras. Solía haber peleas. A pesar de ello, Ilinaya sabía que por mucho que se quejase de lo dura que era su vida y de lo horribles que eran sus clientes, Basarov se llevaba un buen pellizco al vender el vodka sin mezclar que se ahorraba. Era un especulador. Era un indeseable. Un par de semanas antes, cuando había subido a darle su parte semanal, pudo verlo a través de una rendija en la puerta del dormitorio contando billetes y billetes, que guardó después en una caja de hojalata atada con una cuerda. Lo observó sin apenas poder contener la respiración mientras él envolvía la caja en un paño y la escondía en la chimenea. Desde aquel entonces había soñado con robar aquel dinero y huir con él. Evidentemente, si Basarov la pillaba, le rompería el cuello, pero ella pensaba que si alguna vez se daba cuenta, le daría un ataque al corazón allí mismo, junto a la chimenea. Estaba convencida de que su corazón y aquella caja eran más o menos la misma cosa.

Pensó que los soldados seguirían bebiendo un par de horas más. Por el momento lo único que hacían era meterle mano, un privilegio por el que no pagaban, a menos que se considerase el vodka gratuito como pago, cosa que no era así. Examinó a los demás clientes, segura de poder hacerse un dinero extra antes de que los soldados empezaran a turnarse. Los militares ocupaban las mesas principales, y los demás clientes se habían visto relegados al fondo. Aquellos clientes estaban allí solos. Solos con su bebida y un plato de comida intacto. No cabía duda: lo único que buscaban era sexo. No había ninguna otra razón para estar en aquel tugurio.

Ilinaya se estiró el vestido, vació el vaso y se abrió camino entre los soldados, ignorando los pellizcos y los comentarios, hasta llegar a una de las mesas del fondo. El hombre que había allí sentado tendría unos cuarenta años, quizá algo menos. Era difícil saberlo con seguridad. No era atractivo, pero pensó que probablemente estaría dispuesto a pagar algo más por esa razón. A los guapos a veces se les metía en la cabeza que no tenían por qué pagar, como si aquello fuera igual de placentero para ambas partes. Ella se sentó, le rozó el muslo con la pierna y sonrió:

-Me llamo Tanya.

En ocasiones como aquella le ayudaba pensar que era otra persona. El hombre encendió un cigarrillo y puso su mano en la rodilla de Ilinaya. No quería pagarle una copa, así que echó la mitad del

vodka que le quedaba en uno de los muchos vasos usados que había por allí y se lo pasó. Ella jugueteó con él y esperó a que dijera algo. Intentó iniciar una conversación para no aburrirse.

-¿Cómo te llamas?

No contestó. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y rebuscó en él. Sacó la mano con el puño cerrado. Ella comprendió que se trataba de una clase de juego y que debía seguirlo. Le tocó los nudillos. Él giró el puño y abrió los dedos poco a poco, uno a uno...

En la palma tenía una pepita de oro. Ella se inclinó. Antes de poder verla bien, él cerró la mano y se la volvió a meter en el bolsillo. Seguía sin decir ni una palabra. Ella examinó su rostro. Tenía ojos de borracho, inyectados en sangre, y no le gustaba nada, pero, claro, tampoco le gustaba mucha gente, desde luego ninguno de los hombres con los que se acostaba. Si iba a ponerse melindrosa, lo mejor sería dejarlo, casarse con alguien de aquella ciudad y resignarse a quedarse allí para siempre. La única manera de volver a Leningrado, donde vivía su familia, donde había vivido toda la vida hasta que le ordenaron mudarse allí, a aquella ciudad de la que ni siquiera había oído hablar, era ahorrar el dinero suficiente para sobornar a los agentes. Al no tener ningún amigo importante o poderoso que le autorizase el traslado, necesitaba aquel oro.

Él dio un golpecito en su vaso y pronunció la primera palabra.

-Bebe.

-Primero págame. Luego puedes decirme lo que quieres que haga. Ésa es la norma. La única norma.

El rostro de aquel hombre tembló, como si ella hubiera arrojado una piedra a la superficie de su gesto. Por un instante pudo ver que bajo su aspecto soso y rechoncho había algo desagradable, algo que le impulsaba a mirar hacia otro lado. Pero el oro hacía que siguiese mirándolo. La hacía quedarse en su sitio. Se sacó la pepita de oro y se la ofreció. Cuando ella estiró la mano y la cogió de su palma sudorosa, él cerró la mano y la agarró de los dedos. No le dolía, pero no la soltaba. Podía rendirse o sacar la mano sin el oro. Imaginó lo que esperaba de ella y sonrió un rió como una niña indefensa, aflojando el brazo. Él la soltó. Ella cogió la pepita y la miró. Tenía forma de diente. Miró a aquel hombre.

-¿De dónde la has sacado?

-Cuando las cosas se ponen feas, la gente vende lo que sea.

Él sonrió. Ella se sintió asqueada. ¿Qué clase de moneda era ésa? Él dio un golpecito al vaso de vodka. Aquel diente era su billete para escapar de allí. Se terminó su copa.

Ilinaya se detuvo.

-¿Trabajas en el aserradero?

Ella sabía que por allí no había más casas que las de los trabajadores del aserradero. Él no se molestó en contestar.

-Oye, ¿adónde vamos?

-Ya casi hemos llegado.

La llevó hasta la estación de ferrocarril que había a las afueras de la ciudad. Aunque era nueva, estaba en uno de los distritos más viejos, formado por cabañas de una sola habitación con tejados de uralita y delgadas paredes de madera, alineadas una junto a otra en calles que apestaban a alcantarilla. Aquellas cabañas pertenecían a los trabajadores del aserradero, que vivían seis o siete en cada habitación. Y eso no era lo más apropiado para lo que tenían en mente.

Hacía mucho frío. Ilinaya estaba recuperando la sobriedad. Sentía cansancio en las piernas.

-Es tu tiempo. Con este oro tienes derecho a una hora. Eso es lo que hemos acordado. Si descuentas el tiempo que necesito para volver al restaurante, te quedan veinte minutos.

-Está justo detrás de la estación.

-Ahí detrás sólo hay un bosque.

-Ya verás.

Siguió caminando hasta llegar a un lado de la estación, y allí señaló la oscuridad. Ella se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y lo alcanzó. Forzó la vista hacia donde él señalaba. Lo único que veía eran las líneas del tren que desaparecían en el bosque.

-¿Qué estamos mirando?

-Allí.

Señalaba a una pequeña cabaña de madera que había a un lado de la vía del tren, no muy lejos de donde empezaba el bosque.

-Soy ingeniero. Trabajo en las vías del tren. Es una cabina de mantenimiento. Allí tendremos mucha intimidad.

-En una habitación tendríamos mucha más intimidad.

-No puedo llevarte al sitio en el que estoy ahora mismo.

-Conozco algunos sitios a los que podríamos haber ido.

-Es mejor así.

-Para mí no lo es.

-Sólo había una regla. Yo te pago y tú obedeces. O me devuelves el oro o haces lo que te diga.

Aquello no tenía nada de bueno a excepción del oro. Él extendió la mano, esperando que se lo devolviera. No parecía enfadado ni defraudado ni impaciente. Ilinaya pensó que aquella indiferencia era tranquilizadora. Echó a andar hacia la cabaña.

-Una vez dentro tienes diez minutos, ¿de acuerdo?

No hubo respuesta. Se lo tomó como un sí.

La cabaña estaba cerrada con llave, pero él tenía un manojito de llaves, y después de buscar la que necesitaba, intentó abrir.

-Está congelada.

Ella no respondió. Miró hacia un lado y suspiró para hacer ver su enfado. Una cosa era el secretismo, y ella ya había pensado que podía estar casado. Pero si no vivía en la ciudad, no podía entender qué problema tenía. A lo mejor estaba alojado en casa de unos familiares o unos amigos; quizá fuera un importante miembro del Partido. Le traía sin cuidado. Lo único que quería era que pasaran los diez minutos.

Él se agachó, colocó las manos alrededor de la cerradura y sopló. La llave entró y la puerta se abrió. Ella se quedó fuera. Si no había luz, no había trato y se quedaría el oro, ¡faltaría más! Ya le había concedido demasiado tiempo a aquel tipo. Si quería malgastarlo con una expedición a ninguna parte, era cosa suya.

Él entró en la cabaña y desapareció en la oscuridad. Ella escuchó el sonido de una cerilla. La luz resplandeció desde el centro de un quinqué. Él subió la potencia y colgó el quinqué de un gancho torcido que había en el techo. Ella echó un vistazo al interior. La cabaña estaba llena de traviesas, tornillos, pernos, herramientas y madera. Oía a alquitrán. Él se puso a despejar una de las mesas de trabajo. Ella se rió.

-Se me va a llenar el culo de astillas.

Sorprendentemente él se ruborizó. Entonces cogió su abrigo y lo echó sobre la superficie de trabajo. Ella entró.

-Todo un caballero...

En una situación normal ella se habría quitado el abrigo; quizá se hubiera sentado en la cama y habría empezado a desenrollarse la media; habría hecho un pequeño numerito. Pero si no había cama ni calefacción, lo único que estaba dispuesta a hacer era dejarle que le levantase el vestido. El resto no se lo quitaría.

-Espero que no te importe que no me quite la chaqueta.

Cerrò la puerta, aunque no pensó que eso influyera demasiado en la temperatura, pues dentro hacìa prácticamente el mismo frío que fuera. Se dio la vuelta.

Èl estaba mucho màs cerca de lo que recordaba. Pudo ver algo metàlico que venìa hacia ella; no tuvo tiempo de saber lo que era. Aquel objeto la alcanzò en un lado de la cara. El dolor le recorrió todo el cuerpo desde el punto del impacto hasta la mèdeula y las piernas. Perdió la fuerza en los músculos; las piernas se le quedaron muertas, como si le hubieran partido los tendones. Se cayò contra la puerta. La vista se le volvió borrosa, sintió calor en la cara y notò que tenía sangre en la boca. Iba a desmayarse, a perder el conocimiento, pero luchò contra ello, intentando por todos los medios permanecer despierta. Se concentrò en la voz del hombre.

-Haràs exactamente lo que yo te diga.

¿Serìa suficiente la sumisión? Notò còmo los trocitos de un diente roto se le clavaban en la encía y se dio cuenta de que no. No querìa creer en la misericordia. Si iba a morir en una ciudad que odiaba, una ciudad a la que la habían enviado a la fuerza por medio de una orden judicial del Estado, a mil setecientos kilòmetros de su familia, entonces morirìa sacàndole los ojos a aquel hijo de puta.

Èl la sujetò por los brazos. Sin duda esperaba que hubiera desaparecido cualquier conato de resistencia. Ella le escupió un gargajo de sangre y flema en los ojos.

Aquello debió de sorprenderlo, porque la soltò. Ella sintió la puerta tras de sì y empujó. La puerta se abrió y ella cayò sobre la nieve, de espaldas y se quedò boca arriba, mirando al cielo. Èl intentò cogerla por los pies. Ella pateaba frenéticamente, intentando alejarse de èl. El hombre consiguió agarrarle un pie y la volvió a arrastrar al interior de la cabaña. Ella se concentrò y apuntò: le dio con el tacòn en la mandíbula. Fue un buen golpe: le volvió la cara. Pudo escuchar còmo gritaba. Èl dejó de sujetarla. Ella se dio la vuelta, se levantò y saliò corriendo.

Iba tambaleándose, no veìa nada. Tardò un par de segundos en darse cuenta de que había salido corriendo de la cabaña, se había alejado de la ciudad y de la estación y se había metido en las vías del tren. El instinto le había hecho huir de èl. El instinto le había fallado. Estaba huyendo de los lugares seguros. Mirò a su espalda. Èl venìa detrás. O seguía en aquella direcciòn o volvìa y se lo encontraba de frente. No podía rodearlo. Intentò gritar pero tenía la boca llena de sangre. Se atragantò y escupió. Tuvo que detenerse y èl acortò las distancias. Cada vez estaba màs cerca.

De pronto el suelo empezó a temblar. Ella alzò la vista. Se aproximaba un tren de mercancías. De su cabeza de hierro salía una nube de humo que se acercaba a ellos a toda velocidad. Ella levantò los brazos, haciendo señales. Pero aunque el maquinista la hubiera visto, era imposible detenerse cuando quedaban menos de quinientos metros para alcanzarlos. Sòlo quedaban unos segundos para la colisiòn. Pero ella no se apartò de las vías; siguió avanzando hacia el tren, empeñada en tirarse justo cuando la alcanzase. No parecía que estuviera aminorando. No se escuchaba el rechinar de los frenos metàlicos; no se escuchaba ningún silbato. Estaba tan cerca que las vibraciones casi hacían que le temblasen los pies.

El tren estaba a punto de arrollarla. Se tirò a un lado, a la nieve que había junto a las vías. La locomotora y los vagones pasaron a su lado, rugiendo, haciendo caer la nieve de los àrboles màs cercanos.

Sin aliento, mirò a su espalda, con la esperanza de que hubiera arrollado a su perseguidor, que hubiera muerto aplastado o que se hubiera quedado atrapado al otro lado de la vía. Pero èl había mantenido la calma. Había saltado al mismo lado y ahora estaba tirado en la nieve. Se levantò y se acercò a ella, tambaleándose.

Ella escupió la sangre que tenía en la boca y gritò. Desesperada, pidió ayuda. Era un tren de mercancías, no había nadie que pudiera oírlo o verlo. Se levantò y saliò corriendo hasta llegar al bosque, sin detenerse, rompiendo las ramas que encontraba a su paso. Había pensado en dar un rodeo y volver a las

vías en dirección a la ciudad. No podía esconderse allí: èl estaba demasiado cerca, la luz de la luna era demasiado clara. Aunque sabía que era mejor concentrarse en correr, cayó en la tentación. Tenía que mirar. Tenía que saber dónde estaba èl.

Había desaparecido. No podía verlo. El tren seguía tronando a sus espaldas. Debía de haberlo perdido de vista al entrar en el bosque. Cambió de dirección y empezó a correr hacia la ciudad, hacia un lugar en el que estaría a salvo.

Èl salió de detrás de un árbol y la agarró por la cintura. Cayeron sobre la nieve. Èl estaba encima. Le arrancó la chaqueta. Gritaba. Ella no podía escuchar lo que decía por el ruido del tren. Lo único que podía ver eran sus dientes y su lengua. Entonces se acordó: estaba preparada para un momento como èse. Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y buscó un cincel que había robado en el trabajo. Ya lo había usado antes, pero sólo para amenazar, para demostrar que podía luchar si hacía falta. Agarró el mango de madera. Al menos tendría una oportunidad. Cuando èl le metió la mano por el vestido, ella le clavó la punta metálica en la cabeza. Èl se echó hacia atrás y se llevó la mano a la oreja. Debería habérselo clavado una vez más, y otra; debería haberlo matado, pero el deseo de escapar era demasiado fuerte. Empezó a moverse hacia atrás, a cuatro patas, como un insecto, con el cincel sangriento todavía en la mano.

Èl cayó con las manos sobre la nieve y se arrastró hacia ella. Una parte del lóbulo le colgaba de un trocito de piel. Tenía el rostro retorcido por la ira. Intentó cogerla por los talones. A duras penas ella logró mantenerse fuera de su alcance, alejándose de èl. Entonces se dio de espaldas contra el tronco de un árbol. Al no poder seguir avanzando, èl la alcanzó. La agarró del tobillo. Ella le intentó clavar el cincel en la mano. Èl la cogió de la muñeca y tiró. Se encontraron cara a cara y ella se acercó, intentando morderle la nariz. Con la mano que le quedaba libre, èl la cogió del cuello y apretó. La mantuvo alejada. Ella intentaba gritar, intentaba soltarse, pero la sujetaba con demasiada fuerza. Se ahogaba. Se echó hacia un lado. Ambos empezaron a rodar sobre la nieve.

Inexplicablemente èl la dejó, le soltó el cuello. Ella tosió y recobró el aliento. Èl seguía encima de ella, la tenía inmovilizada, pero no la miraba. Otra cosa llamaba su atención, algo que estaba a un lado. Ella volvió la cabeza.

Hundido en la nieve, junto a ellos, yacía el cuerpo desnudo de una niña. Tenía la piel clara, casi translúcida, y el pelo rubio, casi blanco. Su boca estaba abierta de par en par y llena de barro. Sobresalía de sus delgados labios azules. No parecía que tuviera ninguna herida en los brazos ni en las piernas ni en la cara. Estaba cubierta por una capa de nieve que habían removido al rodar hasta allí. Le habían destrozado el abdomen. Le habían sacado las tripas, se las habían destrozado, desgarrado. Faltaba casi toda la piel. Se la habían cortado o pelado, como si una manada de lobos se hubiera ensañado con su cadáver.

Ilinaya miró a su perseguidor. Parecía haberse olvidado de ella. Miraba el cuerpo de la niña. Empezó a tener arcadas, se retorció y vomitó. Sin pensarlo, ella le puso una mano en la espalda para consolarlo. De repente se acordó de quién era aquel hombre y lo que le había hecho y apartó la mano. Se levantó y echó a correr. Esta vez su instinto no la defraudó. Salió del bosque y corrió hacia la estación. No tenía ni idea de si èl la seguía o no. Esta vez no gritó, no dejó de correr y no volvió la vista atrás.

MOSCU

14 de marzo

Leo abrió los ojos. Una linterna lo cegaba. No le hacía falta mirar el reloj para saber qué hora era. La hora de los arrestos: las cuatro de la mañana. Salió de la cama; el corazón le latía a toda velocidad. Se

tambaleò en la oscuridad, desorientado, chocò contra un hombre y lo empujaron a un lado. Tropezó y recuperò el equilibrio. Alguien encendió la luz. Cuando se acostumbrò al brillo pudo ver a tres agentes: eran jóvenes, no debían de tener màs de dieciocho años. Iban armados. Leo no los reconoció, pero sabía què clase de agentes eran: de bajo rango, de los que obedecen sin pensar. Cumplían las òrdenes que recibían, fueran las que fuesen. No dudarían en recurrir a la violencia: la màs mínima resistencia tendría como respuesta la brutalidad. Olían a cigarrillos y a alcohol. Leo supuso que àun no se habrían acostado; habrían estado bebiendo toda la noche, se habrían quedado despiertos para cumplir con aquella misión. El alcohol los volvía impredecibles, volubles. Para sobrevivir durante los próximos minutos Leo tenía que ser cauteloso, sumiso. Esperaba que Raisa también se diera cuenta.

Raisa estaba en camisión, tiritaba pero no tenía frío. No estaba segura de si era por la conmoción, por el miedo o por la ira. No podía dejar de temblar. Pero tampoco podía apartar la mirada. No sentía vergüenza; eran ellos los que debían de sentirse avergonzados al verla con aquel vestido arrugado, con el pelo enmarañado. Pero no, no les importaba: a ellos les daba igual, era parte de su trabajo. No pudo ver la màs mínima sensibilidad en las miradas de aquellos muchachos. Sus ojos eran impasibles: se movían de un lado a otro como los de un lagarto. Eran ojos de reptil. ¿Dònde encontraba el MGB a aquellos chicos con venas de plomo? Los volvían así, estaba segura. Mirò a Leo. Tenía las manos a la vista y la cabeza agachada para evitar el contacto visual. Humildad, docilidad. Quizá èsa fuera la manera màs inteligente de comportarse. Pero en aquel momento no se sentía inteligente. En su dormitorio había tres matones. Quería que èl se mostrase desafiante, enfadado. ¿No era la reacción màs natural? Cualquier hombre normal se sentiría escandalizado. Leo era político hasta en un momento como èse.

Uno de ellos Saliò de la habitación y volvió con dos maletas pequeñas.

-Esto es todo lo que pueden llevarse. No pueden llevar nada encima a excepción de la ropa y los papeles. Nos iremos dentro de una hora, estèn listos o no.

Leo mirò las maletas. Eran de lona, tensada sobre una estructura de madera. No daban para mucho, lo suficiente para un viaje de un día. Mirò a su mujer.

-Lleva puesto todo lo que puedas.

Mirò a su espalda. Uno de los agentes los observaba mientras fumaba.

-¿Puede esperar fuera?

-No pierda tiempo pidiendo cosas. La respuesta es no.

Raisa se cambiò, notando còmo los ojos del reptil del guardia recorrían su cuerpo. Se puso toda la ropa que pudo, dentro de lo razonable: capas y capas. Leo hizo lo mismo. En otras circunstancias podría haber resultado còmico verlos inflados de algodón y lana. Ella se esforzó en pensar cuàles de sus cosas deberían llevar consigo y cuàles tendrían que dejar. Se fijò en la maleta. No media màs de noventa centímetros de ancho, unos sesenta de alto y veinte de profundidad. Tenían que reducir sus vidas para que entrasen en aquel espacio.

Leo sabía que era posible que les hubieran dicho que hicieran las maletas sòlo para poder sacarlos de allí sin demasiado derroche emocional, sin la resistencia que ponía la gente cuando sabían que los enviaban directamente a morir. Siempre es màs fácil mover a la gente si tienen esperanza, por pequeña que sea, de que van a sobrevivir. De todas formas, ¿què podía hacer? ¿Rendirse? ¿Luchar? Hizo varios cálculos rápidos. Tenía que renunciar a un valioso espacio para incluir el “Libro de los propagandistas” y la “Historia del Partido Comunista”, ninguno de los cuales podían dejar allí sin que aquello se entendiera como un subversivo gesto político. En la situación en la que se encontraban, una imprudencia como èsa era un acto de suicidio. Cogió los libros y los puso en la maleta. Fue lo primero que metieron. El joven guardia lo observaba todo, se fijaba en què cosas metían, en lo que elegían.

Leo tocò a Raisa en el brazo.

-Coge nuestros zapatos. Los mejores. Un par de cada.

Leo recogió ropa, objetos de valor, la colección de fotos: fotos de su boda, de sus padres, Stepàn y Anna, pero ninguna de la familia de Raisa. Sus padres habían muerto en la Gran Guerra Patriòtica, su pueblo había sido exterminado. Lo había perdido todo menos la ropa que llevaba. Una vez llena la maleta, Leo detuvo la mirada sobre el recorte de periódico enmarcado que colgaba de la pared: la foto en la que aparecía èl, el héroe de guerra, el que había destruido el tanque, el libertador del territorio ocupado. A aquellos guardias no les importaba su pasado: cuando se firmaba una orden de arresto, cualquier acto de heroísmo y sacrificio personal pasaba a ser irrelevante. Leo sacò el recorte del marco. Después de guardarlo cuidadosamente durante años, de reverenciarlo en la pared como si fuera un icono sagrado, lo doblò por la mitad y lo tirò a la maleta.

Se les había acabado el tiempo. Leo cerrò la maleta. Raisa cerrò la suya. Èl se preguntò si alguna vez volverían a ver aquel apartamento. No parecía probable.

Los acompañaron abajo. Los cinco se apretaron en el ascensor. Afuera esperaba un coche. Dos de los agentes se sentaron delante y el otro en el asiento de atrás, apretujado entre Leo y Raisa. Le apestaba el aliento.

-Me gustaría ver a mis padres. Me gustaría despedirme de ellos.

-Nada de peticiones, coño.

Eran las cinco de la mañana y ya había gente en el vestíbulo de salidas: soldados, pasajeros civiles, trabajadores de la estación. Todos se arremolinaban alrededor del Transiberiano. La locomotora, blindada todavía con protecciones de guerra, tenía grabado en un lateral: VIVA EL COMUNISMO. Mientras los pasajeros subían al tren, Leo y Raisa esperaban al fondo del andèn, con las maletas en la mano y flanqueados por los guardias armados. Nadie se acercaba a ellos, como si estuvieran infectados por un virus contagioso. Parecían estar en una burbuja aislada de la multitud de la estación. No les habían dado ninguna explicación, y Leo tampoco la había pedido. No tenía ni idea de dònde irían o a quièn esperaban. Todavía existía la posibilidad de que los enviasen a distintos gulags, de que no volvieresen a verse màs. Sin embargo, èse sin duda era un tren de pasajeros, no un zak, los camiones rojos de ganado en los que se transportaba a los prisioneros. No había duda de que hasta ahora habían tenido suerte. Seguían vivos y seguían juntos. Eso era màs de lo que Leo hubiera esperado.

Después de que Leo diera su testimonio lo habían enviado a casa bajo arresto domiciliario hasta que tomaran una decisión. Había pensado que no tardarían màs de un día. De camino a su apartamento, en el piso catorce, a sabiendas de que todavía llevaba en el bolsillo la moneda inculpatoria, Leo la tirò a un lado. Tal vez Vasili la hubiera dejado allí, tal vez no. Ya no importaba. Al volver de la escuela, Raisa se había encontrado a dos agentes armados en la puerta de su casa; la habían registrado y le habían ordenado que se quedara dentro. Leo le había explicado la situación: las acusaciones contra ella, la investigación que èl había llevado a cabo y su negación de los cargos. No le hizo falta explicar que las posibilidades de sobrevivir eran escasas. Mientras èl hablaba ella le escuchò sin hacer ningún comentario ni ninguna pregunta. No había mostrado ninguna emoción. Cuando terminó, la respuesta de su mujer le cogió por sorpresa.

-He sido lo suficientemente inocente como para pensar que esto no nos podía pasar también a nosotros.

Se quedaron sentados en el apartamento. Esperaban que el MGB entrase en cualquier momento. Ninguno de los dos se molestò en cocinar; ninguno de los dos tenía hambre; a ninguno de los dos se le ocurrió que lo màs inteligente era comer todo lo posible, prepararse para lo que les esperaba. No se desvistieron para meterse en la cama; no se movieron de la mesa de la cocina. Se quedaron allí en silencio, esperando. Cuando Leo pensó que podría no volver a ver a su mujer sintió la necesidad de hablar con ella,

de decirle lo que le tenía que decir. Pero no supo decirlo. A medida que pasaban las horas se había dado cuenta de que aquella era la vez que más tiempo habían pasado juntos, cara a cara, sin interrupciones, más que ninguna otra ocasión que pudiera recordar. Ninguno de los dos supo qué hacer con tanto tiempo.

Aquella noche no llegaron los golpes en la puerta. Pasaron las cuatro de la mañana y no se había producido el arresto. Poco antes del mediodía del día siguiente Leo preparó el desayuno y se preguntó por qué tardaban tanto. Cuando por fin escucharon los golpes en la puerta él y Raisa se levantaron, respirando agitadamente, pensando que aquello era el final, que los agentes entrarían a por ellos y los separarían para llevárselos a interrogatorios separados. Pero en lugar de eso se trataba de un asunto más trivial: un cambio de guardia, un agente que quería usar el baño, preguntas sobre la compra de comida. Quizá no conseguían encontrar ninguna prueba; quizá estaban limpios y el caso caería por su propio peso. Leo sólo había fantaseado con aquella idea durante unos instantes: los casos no se caían por su propio peso, aunque no hubiera pruebas. De todas formas un día pasó a ser dos días, y dos días pasaron a ser cuatro.

Una semana después del comienzo de su confinamiento un guardia entró en el apartamento con la cara pàlida. Al verlo, Leo pensó que por fin había llegado su hora. En lugar de eso escuchó al guardia anunciarle, con la voz temblorosa por la emoción, que su Líder, Stalin, había muerto. En aquel momento, Leo se permitió pensar por primera vez si tendrían alguna posibilidad de sobrevivir.

Sólo pudo enterarse de unos pocos detalles del fallecimiento de su Líder. Los periódicos estaban histèricos, y los guardias también. Lo único que Leo había podido sacar en claro era que Stalin había muerto en paz, en la cama. Supuestamente sus últimas palabras habían sido sobre su país y sobre el futuro de la gente de este gran país. Leo no se lo creyó ni por un instante, pues conocía demasiado bien la paranoia y las maquinaciones como para no ver los fallos de la Historia. Gracias a su trabajo sabía que Stalin había arrestado a los principales médicos del país; los médicos habían pasado toda su vida profesional manteniéndole sano, como parte de una purga contra las principales figuras judías. Para él no era una coincidencia que Stalin hubiera muerto por causas aparentemente naturales justo cuando no había profesionales de la medicina con la experiencia suficiente para identificar la causa de su súbita enfermedad. Con independencia de su aspecto moral, la purga del gran Líder había sido un error tàctico. Se había vuelto vulnerable. Leo no tenía ni idea de si habían asesinado a Stalin o no. Pero como los médicos estaban encerrados, la situación era ideal para que cualquier aspirante a asesino tuviera vía libre para hacer lo que quisiera, lo cual consistía en relajarse y verlo morir, a sabiendas de que los únicos hombres que podían impedirlo eran aquellos que estaban entre rejas. Aunque a pesar de todo era posible que Stalin hubiera caído enfermo y, sencillamente, nadie se hubiera atrevido a contradecir sus órdenes y dejar libres a los médicos. Si Stalin se recuperaba, podrían hacerlos ejecutar por desobediencia.

Todas aquellas divagaciones no eran de gran importancia para Leo. Lo importante era que había muerto. Todo el mundo había perdido el sentido del orden y de la certeza. ¿Quién se haría con el poder? ¿Cómo dirigiría su país? ¿Qué decisiones tomaría? ¿A qué agentes favorecería y a cuales no? Lo que bajo el mando de Stalin era inaceptable podía ser aceptable para un nuevo jefe de Estado. La ausencia de líder significaba una parálisis temporal. Nadie querría tomar decisiones sin saber antes que serían aprobadas. Durante décadas nadie había hecho nada sin pensar si le gustaría a su Líder. La vida y la muerte de la gente había dependido de las notas que tomaba en una lista: un línea junto a un nombre significaba si aquella persona viviría; si no había marca alguna, esa persona moriría. El sistema judicial consistía en eso: línea, sí o no. Leo cerró los ojos y pudo imaginarse el pánico silencioso que habría recorrido los pasillos de la Lubianka. Se habían olvidado durante tanto tiempo de su brújula moral que ahora la aguja giraba sin control: el norte era el sur y el este era el oeste. En cuanto a la pregunta de lo que estaba bien y lo que estaba mal, no tenían ni idea. Habían olvidado cómo se tomaban las decisiones. En tiempos como aquellos lo más seguro era hacer lo menos posible.

En aquellas circunstancias el caso de Leo Demidov y su esposa, Raisa Demidova, que sin duda había resultado ser dudoso, sedicioso y problemático, era algo que era mejor dejar al margen. Por eso se había producido el retraso. Nadie quería hacerse cargo: todo el mundo estaba demasiado ocupado realineándose con los nuevos grupos de poder en el Kremlin. Para complicar aún más las cosas, Lavrenti Beria, el hombre más cercano a Stalin –y si alguien había envenenado a Stalin, Leo sospechaba que tenía que ser él-, había asumido ya las funciones de Líder y desechado la idea de un complot, ordenando que liberasen a todos los médicos. Sospechosos a los que dejaba libres por ser inocentes; ¿quién había oído alguna vez algo así? Desde luego, Leo no recordaba ningún precedente. En aquellas circunstancias procesar a un héroe de guerra condecorado, a un hombre que había salido en la portada de “Pravda”, sin pruebas que lo acusaran, podría ser arriesgado. Por tanto, el seis de marzo, en lugar de un golpe en la puerta que les proporcionase alguna noticia sobre su futuro, lo que recibieron Leo y Raisa fue un permiso para poder asistir al funeral de su gran Líder.

Leo y Raisa, que técnicamente seguían bajo arresto domiciliario y los dos guardias se habían unido a la multitud como era debido y se habían dirigido a la Plaza Roja. Muchos de ellos lloraban, algunos de forma incontrolable –hombres, mujeres y niños- y Leo se había preguntado si había alguna persona allí, de entre los cientos de miles que se reunieron en aquel dolor colectivo, que no hubiera perdido a algún familiar o amigo por culpa del hombre al que fingían llorar. El ambiente, denso, cargado de una apabullante sensación de tristeza, tal vez tenía algo que ver con la idolatría que se profesaba a aquel muerto. Hasta en los más brutales interrogatorios Leo había escuchado a mucha gente gritar que si Stalin conociera los excesos del MGB, intervendría. Fuera cual fuese la verdadera razón de esa tristeza, el funeral ofrecía una salida a tantos años de sufrimiento contenido; una oportunidad para llorar, para abrazar a los vecinos, para expresar una tristeza que hasta aquel momento no se permitía porque implicaba una especie de crítica al Estado.

Las calles principales que rodeaban la Duma estaban tan llenas de gente que era difícil respirar. Moverse hacia delante era un acto tan involuntario como el de una roca en un desprendimiento. Leo no soltó en ningún momento la mano de Raisa, y aunque recibía empujones de todos lados se aseguró de que no los separaran. Muy pronto perdieron a los guardias. A medida que se acercaban a la plaza la multitud se apretaba más y más. Sintiendo el estrujón, la escalada de la histeria, Leo decidió que ya había tenido suficiente. Casualmente los habían empujado hasta el borde de la multitud, así que Leo se metió en un portal y ayudó a Raisa a salir de entre la gente. Se protegieron allí, mientras miraban las mareas de gente que pasaban frente a ellos. Había tomado la decisión correcta. Más adelante algunas personas habían muerto aplastadas.

En medio de aquel caos podían haber intentado escapar. Lo consideraron, lo discutieron, susurrándose el uno al otro en aquel portal. Los guardias que los acompañaban se habían perdido. Raisa quería huir. Pero si lo hacían, el MGB tendría la prueba que necesitaban para ejecutarlos. Y desde el punto de vista práctico, no tenían dinero ni amigos ni ningún lugar donde esconderse. Si decidían huir, ejecutarían a los padres de Leo. Hasta ahora habían tenido suerte. Leo pensaba que sus vidas dependían de su capacidad para aguantar.

El último pasajero subió a bordo. El jefe de la estación, al ver los uniformes en el andén, junto a la locomotora, retrasó la salida. El maquinista sacó la cabeza de la cabina para averiguar cuál era el problema. Algunos pasajeros curiosos miraban con disimulo por las ventanas a aquella pareja que parecía tener problemas.

Leo se fijò en un agente de uniforme que se acercaba a ellos. Era Vasili. Leo esperaba que viniera. Difícilmente iba a perderse la oportunidad de regodearse. Leo sintió un ataque de ira, pero era esencial que contuviese sus emociones. Puede que todavía quedara alguna trampa.

Raisa no había visto a Vasili hasta entonces, pero había escuchado la descripción que Leo había hecho de èl.

Cara de héroe, corazón de matòn.

Le bastò un vistazo para percatarse de que había algo perturbador en èl. Desde luego era atractivo, pero sonreía como si la sonrisa no se hubiera inventado màs que para expresar odio. Cuando por fin los alcanzò ella notò el placer que sentía al ver a Leo humillado, y su decepción porque la humillación no fuera mayor.

Vasili sonriò aùn màs.

-Insistì en que esperaran para poder despedirme. Y explicaros lo que se ha decidido hacer con vosotros. Quiero hacerlo personalmente, ¿comprendèis?

Estaba disfrutando. Por mucho que Leo lo despreciase, sería una estupidez arriesgarse a enfadarlo cuando habían sobrevivido hasta aquel momento. Mascullò con una voz casi inaudible:

-Te lo agradezco.

-Te han destinado a otro lugar. No podías permanecer en el MGB con todas las incògnitas que pendían sobre tu cabeza. Te incorporaràs a la milicia. No como “syshchik” ni como detective, sino en el puesto màs bajo, como “ochstkocyy”. Seràs el encargado de limpiar las celdas, de tomar notas; deberàs hacer lo que te digan. Tendràs que acostumbrarte a recibir òrdenes si quieres sobrevivir.

Leo entendiò la decepción de Vasili. Aquel castigo –un exilio remunerado en la policía local- era una luz. Teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones, podrían haberse enfrentado a condenas de unos veinticinco años en las minas de oro de Kolymà, donde las temperaturas eran inferiores a los quince grados bajo cero, los prisioneros acababan con las manos deformadas por la congelación y la esperanza de vida era de tres meses. No sòlo habían escapado con vida, sino con libertad. Leo no se imaginaba que el mayor Kuzmìn lo hubiera hecho por sentimentalismo. Lo cierto es que habría resultado vergonzoso procesar a su protegido. En tiempos de inestabilidad política era mucho mejor, mucho màs inteligente, alejarlo, como si lo estuviera cambiando de destino. Kuzmìn no quería que se examinase su decisión. Después de todo, si Leo era un espia, ¿por què le había honrado Kuzmìn al ascenderlo? No; èsas eran preguntas incòmodas. Era màs sencillo y màs seguro barrerlo debajo de la alfombra. Leo, que sabía que cualquier signo de alivio irritarìa a Vasili, hizo lo que pudo por aparentar estar destrozado.

-Cumplirè con mi deber allò donde me necesiten.

Vasili se acercò y le dio a Leo los billetes y los papeles necesarios. Èste cogió la documentación y se dirigió al tren.

Raisa subió al vagòn. Mientras tanto Vasili gritò:

-Tiene que ser duro que tu marido ordene que te vigilen; y no sòlo una vez, estoy seguro de que te lo ha contado. Te siguió dos veces. La primera no era un asunto estatal. No pensaba que fueras una espia. Pensaba que eras una puta. Tendràs que perdonarlo. Todo el mundo duda. Y eres muy guapa. La verdad, a mì no me parece que merezca la pena mandarlo todo a paseo por ti. Me temo que cuando tu marido se dè cuenta de a què clase de agujero infecto lo hemos enviado, empezará a odiarte. Si yo hubiera sido èl, me habría quedado con el apartamento y hubiera dejado que te fusilaran por traidora. Lo único que se me ocurre es que debes follar como Dios.

Raisa no comprendìa la obsesión de aquel hombre con su marido. Pero no dijo nada: una respuesta podía costarles la vida. Cogiò la maleta y abrió la puerta del vagòn.

Leo la siguiò, concentrado en no darse la vuelta. Todavía era posible que si veìa la sonrisa de Vasili, no pudiera controlarse.

Raisa mirò por la ventana. El tren saliò de la estación. No había asientos libres, así que tuvieron que quedarse de pie, apretados el uno contra el otro. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato, mientras miraban còmo la ciudad iba quedando atrás. Finalmente Leo dijo:

-Lo siento.

-Estoy segura de que mentìa. Diría lo que fuera para provocarte.

-Ha dicho la verdad. Hice que te siguieran. Y no tenía nada que ver con el trabajo. Pensé...

-¿Que me acostaba con otro?

-Hubo un tiempo en que no querías hablar conmigo. No querías tocarme. No querías dormir conmigo. Èramos como dos desconocidos. Y yo no entendía por què.

-Una no puede casarse con un agente del MGB y creer que no la van a seguir. Pero dime, Leo, ¿còmo podría haberte sido infiel? Arriesgaría mi vida. No habríamos tenido ni siquiera una discusión. Sencillamente habrías ordenado que me arrestasen.

-¿Eso es lo que crees que pasaría?

-¿Te acuerdas de mi amiga Zoya? Creo que la viste una vez.

-Puede. No lo recuerdo.

-Exacto. No recuerdas el nombre de nadie, ¿verdad? Me pregunto por què... ¿Es así como eres capaz de dormir por las noches, borrando todo lo que sucede?

Raisa hablaba con tal rapidez, tranquilidad e intensidad que Leo pensò que nunca la había visto así.

-Sí que conociste a Zoya. Puede que no te quedaras con sus datos; no era muy importante para el Partido. La condenaron a veinte años. La arrestaron al salir de una iglesia y la acusaron de rezos antiestalinistas. Rezos, Leo. La procesaron por unos rezos que ni siquiera habían escuchado. La arrestaron por lo que había pensado.

-¿Por què no me lo dijiste? Podría haberla ayudado.

Raisa negó con la cabeza. Leo preguntò:

-¿Crees que fui yo el que la denunciò?

-¿Te acordarías? Ni siquiera eres capaz de recordar quièn era.

Leo se quedò desconcertado: nunca había hablado con su mujer de aquella forma; nunca habían hablado màs que de las tareas del hogar, de cosas comedidas. Nunca se habían levantado la voz ni discutido.

-Aunque no fueras tù el que la denunciò, Leo, ¿còmo podrías haber ayudado? ¿Còmo podrías hacerlo, si los hombres que la arrestaron eran como tù, devotos y fieles funcionarios del Estado? Aquella noche no viniste a casa. Y me di cuenta de que probablemente estarías arrestando al mejor amigo de alguien, a los padres de alguien o a los hijos de alguien. Dime, ¿a cuànta gente has arrestado exactamente? ¿Puedes hacerte una idea? Di un número. ¿Cincuenta, doscientos, mil?

-No quise entregarte.

-No iban a por mì. Iban a por ti. Cuando arrestabas a desconocidos, podías engañarte a ti mismo y pensar que eran culpables. Podías creerte que tenías un propósito. Pero eso no era suficiente para ellos. Querían que les demostrases que eras capaz de hacer cualquier cosa que te pidieran, aunque en el fondo de tu corazón supieras que estaba mal, que no tenía sentido. Querían que les demostraras confianza ciega. Supongo que las esposas son una buena prueba en ese sentido.

-Puede que tengas razón, pero ahora somos libres. ¿Sabes la suerte que tenemos de que nos den una segunda oportunidad? Quiero que empecemos una nueva vida, como familia.

-Leo, no es tan sencillo.

Raisa hizo una pausa. Examinò detenidamente a su marido, como si se acabaran de conocer.

-La noche que cenamos en el apartamento de tus padres os escuchè a través de la puerta. Estaba en el rellano. Escuchè vuestra conversación sobre si debìas denunciarme o no por ser una espìa. Estaba conmocionada. No sabìa què hacer. No querìa morir. Así que volví a bajar a la calle y estuve andando un rato, intentando pensar con claridad. Me preguntè: ¿lo haré? ¿Me entregará? Tu padre estuvo de la màs convincente.

-Mi padre tenía miedo.

-¿Tres vidas por una? Es difícil discutir con esa cifra. Pero ¿y si fueran tres vidas contra dos?

-¿No estàs embarazada?

-¿Me habrìas defendido si no lo estuviera?

-¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo?

-Tenìa miedo de que cambiases de idea.

Ahì tenìan su relación: al desnudo. Leo se sintió mareado. El tren en el que estaba, la gente que había allí, las maletas, las ventanas, su ropa, el paisaje que se veìa afuera... ; ahora nada le parecía real. Ya no se podía fiar de nada, ni siquiera de las cosas que podía tocar y sentir. Todo lo que había creído era mentira.

-Raisa, ¿me has amado alguna vez?

Pasò un momento en silencio. La pregunta quedò flotando como un olor desagradable. Ambos se mecían de un lado a otro por el movimiento del tren. Finalmente, en lugar de responder, Raisa se agachò y se atò el cordòn del zapato.

VOUALSK

15 de marzo

Varlam Babìnich estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas en una esquina del sucio suelo de cemento de un dormitorio atestado de gente, de espaldas a la puerta. Ocultaba con su cuerpo los objetos que tenía ante sì para que los otros muchachos no pudieran interferir, pues tendían a hacerlo si algo les llamaba la atención. Mirò a su alrededor. Ninguno de los treinta y tantos chicos que había en la habitación le prestaba atención. La mayoría estaban acostados unos junto a otros en las ocho camas manchadas de orina que tenían que compartir. Se fijò en dos que se rascaban uno al otro las picaduras de chinches que tenían en la espalda. Satisfecho al darse cuenta de que no le iban a molestar, volvió a concentrarse en los objetos que tenía frente a sì; objetos que había coleccionado a lo largo de los años, todos ellos preciados para èl, incluida su última adquisición, que había robado aquella misma mañana: un bebè de cuatro meses.

Varlam apenas era consciente de que llevarse aquel bebè era algo malo, y de que si lo pillaban tendrìa problemas, muchos màs de los que había tenido nunca. Sì se daba cuenta de que el bebè no estaba contento. Lloraba. El ruido no le importaba demasiado, porque nadie se iba a fijar en otro llanto infantil màs. En realidad no le importaba tanto el bebè como la manta amarilla en que estaba envuelto. Orgullosa de su nueva posesión, situó al bebè en el centro de la colección, entre una lata amarilla, una camisa amarilla, un ladrillo pintado de amarillo, un trozo de cartel con el fondo amarillo, un lápiz amarillo y un

libro de tapa blanda con la cubierta amarilla. Aquel verano había añadido a la colección flores silvestres amarillas, que había recogido en el bosque. Las flores nunca le duraban mucho, y nada lo entristecía más que ver cómo desaparecía el amarillo, cómo los pétalos se volvían lacios y marrones. Se preguntaba:

¿Adónde irá el amarillo?

No tenía ni idea. Pero esperaba poder ir allí algún día. Quizá al morir. El color amarillo era más importante para él que cualquier cosa o cualquier persona. El amarillo había sido la razón por la que había acabado allí, en el internado de Voualsk, un centro para niños deficientes mentales controlado por el Estado.

De pequeño solía perseguir el sol, convencido de que si llegaba lo suficientemente lejos, lo terminaría alcanzando, lo cogería del cielo y se lo llevaría a casa. Corría hasta cinco horas, hasta que lo alcanzaban y se lo llevaban a casa, protestando y chillando porque le habían impedido culminar su persecución. Sus padres, que le pegaban con la esperanza de quitarle de la cabeza aquellas extravagancias, habían aceptado por fin que aquel método no funcionaba y lo habían entregado al Estado, que había recurrido a métodos bastante similares. Durante sus dos primeros años en el internado había estado encadenado al armazón de una cama, como un perro de granja atado a un árbol. Pero era un niño fuerte, de espaldas anchas y gran determinación. Después de varios meses había conseguido romper el armazón, arrancar la cadena y escapar. Había acabado en las afueras de la ciudad, persiguiendo el vagón amarillo de un tren. Finalmente lo habían devuelto al internado, exhausto y deshidratado. Esta vez lo encerraron en un armario. Pero todo aquello había sucedido mucho tiempo atrás. Ahora tenía diecisiete años y era lo suficientemente inteligente como para saber que no podía correr tanto como para alcanzar el sol ni subir tan alto como para llegar al cielo, los cuidadores se fiaban de él. En lugar de hacer esas cosas se concentró en encontrar objetos amarillos que tuviera más cerca, como aquel bebé, que había robado al meter la mano por una ventana abierta. Si no hubiera tenido tanta prisa, habría intentado quitarle la manta y dejarlo allí. Pero se asustó, tuvo miedo de que lo pillaran y se llevó las dos cosas. Mirando a aquel ruidoso pequeño se fijó en que la manta hacía que la piel del bebé pareciera ligeramente amarillenta. Entonces se alegró de haberse llevado las dos cosas después de todo.

Afuera se detuvieron dos coches de los que se bajaron seis miembros armados de la milicia de Voualsk, comandados por el general Nèsterov, un hombre de mediana edad con la complexión robusta y ancha de un labriego de un "koljòs". Hizo una señal a su equipo para que rodeasen el lugar mientras él y su segundo, un teniente, llegaban hasta la entrada. Normalmente, la milicia no iba armada, pero aquel día Nèsterov había ordenado a sus agentes que llevasen armas de fuego. Debían disparar a matar.

La oficina de administración estaba abierta: la radio sonaba con el volumen bajo, en la mesa había un juego de naipes y el ambiente apestaba a alcohol. No había nadie a la vista. Nèsterov y su teniente siguieron adelante y entraron en el pasillo. Ya no olía a alcohol, sino a heces y a azufre. El azufre se usaba para repeler las chinches. El olor a heces no hacía falta explicarlo. Había mierda en el suelo y en las paredes. Los dormitorios por los que pasaban estaban atestados de niños, unos cuarenta en cada habitación, que no llevaban más que una camisa sucia o unos calzones sucios pero, aparentemente, nunca las dos cosas a la vez. Estaban repartidos por las camas, en grupos de tres o cuatro, sobre colchones finos y asquerosos. Muchos de ellos no se movían. Miraban el techo. Nèsterov se preguntó si algunos estarían muertos. Era difícil de decir. Los que estaban de pie corrieron hacia ellos e intentaron agarrar las armas, tocar sus uniformes. Estaban ansiosos por tratar con adultos. Enseguida se vieron rodeados de manos que los toqueteaban. Nèsterov se había preparado para encontrarse unas condiciones lamentables, pero no

entendía cómo la cosa podía haber llegado a tal extremo. Tenía intención de hablarlo con el director de la institución. Pero eso sería en otro momento.

Después de registrar el primer piso Nèsterov subió por las escaleras mientras el teniente intentaba contener a los niños para que no los siguieran, dirigiéndoles miradas amenazadoras y haciendo gestos que no les provocaban más que risa, como si aquello no fuera más que un juego. Cuando les daba un suave empujón para echarlos atrás, ellos volvían corriendo, querían que los empujara de nuevo. Nèsterov dijo, impaciente:

-Olvidate de ellos. Dèjalos.

No tuvieron más remedio que dejarles que los siguieran.

Los niños que había en las habitaciones del piso de arriba eran mayores. Nèsterov supuso que los dormitorios estaban ordenados por edades. El sospechoso al que buscaban tenía diecisiete años (el límite de edad de aquella institución, después del cual eran confinados a los trabajos más duros y desagradables que existían; trabajos que ninguna persona cuerda querría; trabajos en los que la esperanza de vida era de treinta años). Se aproximaban al final del pasillo. Sólo quedaba un dormitorio por registrar.

Varlam, de espaldas a la puerta, estaba ocupado acariciando la manta del bebé, preguntándose por qué el niño ya no lloraba. Lo tocó con un dedo sucio. De repente escuchó una voz que venía del otro lado de la habitación y que le produjo un escalofrío por la espalda.

-Varlam, ponte de pie y date la vuelta, muy despacio.

Varlam contuvo la respiración y cerró los ojos, como si aquello fuera a hacer desaparecer la voz. No funcionó.

-No te lo voy a repetir. Levántate y date la vuelta.

Nèsterov avanzó; se acercó a donde estaba Varlam. No podía ver qué era lo que el muchacho estaba ocultando. No escuchaba el llanto de ningún bebé. Los demás chicos del dormitorio se habían levantado y los observaban fascinados. Sin previo aviso Varlam dio un salto y cogió algo entre sus brazos. Se puso de pie y se dio la vuelta. Tenía al bebé. Éste se echó a llorar. Nèsterov estaba aliviado: al menos el niño estaba vivo. Pero no fuera de peligro. Varlam lo apretaba contra su pecho, rodeaba con los brazos su frágil cuello.

Nèsterov miró a su espalda. Su segundo se había quedado en la puerta y los demás niños, curiosos, se amontonaban a su alrededor. Apuntó con la pistola a Varlam y amartilló la pistola, listo para matar, esperando órdenes. Tenía vía libre. Pero era un tirador del montón. Al ver la pistola, alguno de los niños empezaron a gritar, mientras que otros se rieron y se pusieron a dar golpes en los colchones. La situación estaba fuera de control. Varlam empezaba a asustarse. Nèsterov enfundó el arma y levantó las manos, intentando calmarle. Trató de hablar en medio del estruendo.

-Dame al niño.

-Me he metido en un lío.

-No, no es verdad. Veo que el bebé está bien. Me alegro. Has hecho un buen trabajo. Has cuidado de él. Estoy aquí para darte la enhorabuena.

-¿He hecho un buen trabajo?

-Sí, lo has hecho.

-¿Puedo quedármelo?

-Tengo que comprobar que el bebé está bien, para estar seguro. Luego podemos hablar. ¿Puedo ver al niño?

Varlam sabía que estaban enfadados y que iban a quitarle al bebé y a encerrarlo en un cuarto sin amarillo. Apretó al bebé con fuerza, lo estrujó hasta que la manta amarilla le tocó los labios. Dio un paso

atrás, hacia la ventana, y mirò los coches de la milicia, aparcados en la calle, y a los hombres armados que rodeaban el edificio.

-Me he metido en un lío.

Nèsterov se acercò un poco más. No podía quitarle el bebè de las manos a la fuerza; podría morir aplastado por el forcejeo. Mirò a su teniente y èste asintió, dando a entender que podía abrir fuego, que estaba preparado. Nèsterov negó con la cabeza. El bebè estaba demasiado cerca de la cara de Varlam. El riesgo de accidente era demasiado grande. Tenía que intentar otra forma de hacerlo.

-Varlam, nadie te va a pegar, nadie te va a hacer daño. Dame al pequeño y hablaremos. Nadie se va a enfadar. Te doy mi palabra. Te lo prometo.

Nèsterov dio otro paso adelante, colocándose de tal manera que el teniente no podía disparar. Echò un vistazo a la colección de objetos amarillos que había en el suelo. Había conocido a Varlam tiempo atrás, cuando èste robò un vestido amarillo de un tendedero. No se había fijado en que la manta en la que estaba envuelto el niño era amarilla.

-Si me das al bebè, le preguntaré a su madre si puedes quedarte con la manta amarilla. Estoy seguro de que dirà que sí. Lo único que quiero es el bebè.

Varlam se tranquilizó. Parecía un trato justo. Alargò los brazos, ofreciendo al niño. Nèsterov dio un salto hacia delante y le quitò al bebè. Comprobò que no estuviera herido antes de pasárselo a su segundo.

-Llévalo al hospital.

El teniente salió a toda prisa.

Varlam se sentò de espaldas a la puerta, como si nada hubiera sucedido, y se puso a ordenar los objetos de su colección, para llenar el hueco que había dejado el bebè. Los demás niños se habían vuelto a callar. Nèsterov se arrodillò junto a èl. Varlam preguntò:

-¿Cuàndo podrè tener la manta?

-Antes tendràs que venir conmigo.

Varlam siguió ordenando su colección. Nèsterov mirò el libro amarillo. Era un manual militar, un documento confidencial.

-¿De dònnde lo has sacado?

-Lo encontrè.

-Voy a echarle un vistazo. ¿Estaràs tranquilo si le echo un vistazo?

-¿Tiene los dedos limpios?

Nèsterov se fijò en que Varlam tenía los dedos mugrientos.

-Tengo los dedos limpios.

Nèsterov cogió el libro y lo hojeò. Habìa algo dentro, alisado entre las páginas. Puso el libro boca abajo y lo agitò. De èl cayò un grueso mechòn de pelo rubio. Lo recogió y lo tocò con los dedos. Varlam se ruborizó.

-Me he metido en un lío.

OCHOCIENTOS KILOMETROS
AL ESTE DE MOSCU

16 de marzo

Raisa no había querido contestar a la pregunta de si lo amaba. Acababa de admitir que había mentido sobre su embarazo, así que aunque dijera: "Sí, te quiero, siempre te he querido", Leo no la

creerìa. Desde luego, no iba a mirarlo a los ojos y a describirle su amor con preciosas palabras. ¿Qué sentido tenía la pregunta, de todas formas? No lo entendía. Era como si èl hubiera tenido una epifanía, una revelación a través de la cual había comprendido que su relación no estaba cimentada en el amor y en el afecto. Si ella hubiera dicho sinceramente: “No, nunca te he querido”, èl se habría convertido de repente en la víctima; pensaría que su matrimonio había sido una mentira que ella había mantenido. Sería una embaucadora que había estado jugando con su pobre corazón. De pronto se había convertido en un romántico. Tal vez fuera la conmoción provocada por la pérdida de su trabajo. Pero ¿desde cuándo había sido el amor parte de aquel acuerdo? Nunca se lo había preguntado antes. Nunca le había dicho:

Te quiero.

Ella no había esperado que lo hiciera. Sì era cierto que le había pedido que se casara con èl. Ella había dicho que sì. Èl quería casarse, quería una esposa, la quería a ella y consiguió lo que buscaba. Pero ya no bastaba con eso. Ahora que había perdido su autoridad, ahora que no tenía el poder de arrestar a quien quisiera, se había vuelto un sentimental. ¿Y por qué había sido el pragmático engaño de su mujer, y no la profunda desconfianza que èl había mostrado, lo que había acabado con la ilusión de felicidad conyugal? ¿Por qué no podía ella exigirle que la convenciera de la sinceridad de su amor? Después de todo, èl había supuesto, equivocadamente, que ella le era infiel; había puesto a trabajar a todo un equipo de investigación, un proceso que muy bien podía haber llevado a su arresto. Había roto la confianza mucho antes de que ella se viera obligada a hacerlo. Ella lo había hecho para sobrevivir. Èl lo había hecho por culpa de un patético miedo masculino.

Desde que se inscribieron como marido y mujer en el registro, antes incluso, desde que empezaron a salir, ella fue consciente de que si lo contrariaba, èl podría hacer que la mataran. Era la cruda realidad. Tenía que tenerlo contento. Cuando arrestaron a Zoya, sólo verlo –ver su uniforme, escucharlo hablar sobre el Estado- la enfurecía tanto que no podía más que murmurar un par de palabras. Al fin y al cabo la cosa era bien simple. ¿Quería vivir? Era una superviviente; el hecho de que hubiera sobrevivido, de que fuera el único miembro de su familia que seguía con vida, la definía. Mostrarse indignada por el arresto de Zoya era un lujo. No servía para nada. Se metió en la cama con èl y durmió con èl. Se acostó con èl. Le preparó la cena, aunque no soportaba oírle comer. Le había lavado la ropa, aunque odiaba su olor.

Durante las últimas cuatro semanas había estado en el apartamento sin hacer nada, consciente en todo momento de que èl estaba sopesando su decisión, pensando si había hecho lo correcto. ¿Había hecho bien en salvarle la vida? ¿¿Merecía la pena? ¿Era lo suficientemente guapa, lo suficientemente simpática, lo suficientemente buena? Todos sus gestos y miradas tenían que agradarle o, si no, correría un peligro mortal. Pues bien, aquello había terminado. Estaba harta de aquella impotencia, de depender de su buena voluntad. Y, sin embargo, èl parecía creer que ella le debía algo. Había afirmado algo que era obvio: que ella no era una espía internacional, sino una profesora de segundo curso. A cambio, quería una declaración de amor. Aquello era insultante. Ya no estaba en condiciones de pedir nada. No tenía ningún poder sobre ella ni ella lo tenía sobre èl. Estaban en la misma miseria: todo lo que habían poseído en su vida se veía ahora reducido a una maleta por cabeza, al exilio en alguna ciudad perdida de la mano de Dios. Eran iguales, como no lo habían sido nunca. Si quería escuchar palabras de amor, tendría que empezar èl.

Leo se sentó, meditando las palabras de Raisa. Al parecer, ella se había conferido a sì misma el derecho a juzgarlo, a despreciarlo, como si ella tuviera las manos limpias. Pero cuando se casó con èl sabía cómo se ganaba la vida, había disfrutado de los privilegios de su posición, había comido los exóticos alimentos que èl traía a casa, había comprado ropa en los lujosos “spetztorgi”, las tiendas destinadas en exclusiva a los oficiales del Estado. Si tanto le horrorizaba su trabajo, ¿por qué no había rechazado las

ventajas que llevaba implícito? Todo el mundo sabía que para sobrevivir había que comprometerse. Había hecho cosas reprobables, discutibles desde el punto de vista moral. Tener la conciencia tranquila era para la mayoría de la gente un lujo imposible que Raisa difícilmente podía atribuirse. ¿Acaso no había seguido sus propias creencias cuando daba clase? Es obvio que no, teniendo en cuenta la indignación que sentía ante el aparato de Seguridad del Estado. Pero en la escuela seguro que mostraba su apoyo, que explicaba a los alumnos cómo funcionaba el Estado, aplaudía, los adoctrinaba y hasta puede que los animara para que se denunciaran unos a otros. Si no lo hubiera hecho, lo más probable sería que uno de los estudiantes la hubiera denunciado. Su trabajo consistía no sólo en mantener el orden, sino también en anular la capacidad de cuestionamiento de sus alumnos. Y ése sería su trabajo en la ciudad a la que se dirigían. Tal y como lo veía Leo, él y su mujer estaban en el mismo barco.

El tren estuvo parado durante una hora en Mutava. Raisa rompió el silencio que había durado todo el día.

-Deberíamos comer algo.

Aquello quería decir que deberían limitarse a lo práctico: hasta aquel momento había sido la base de su relación. Aquello que los mantenía unidos para sobrevivir a las dificultades que se avecinaban, no el amor. Bajaron del vagón. Una mujer recorría el andén con una cesta de mimbre. Compraron huevos duros, un cucurucho de sal y mendrugos de pan de centeno duro. Se sentaron juntos en un banco y pelaron los huevos, recogiendo las cáscaras en sus regazos, compartiendo la sal y sin hablarse.

El tren aminoró la marcha cuando ascendió hacia las montañas, atravesando oscuros bosques de pinos. A lo lejos, por encima de los árboles, podían verse las montañas, que se elevaban como los irregulares dientes de una mandíbula inferior.

Las vías los llevaron hasta un claro. Ante ellos aparecieron una enorme planta de montaje, altas chimeneas, edificios con aspecto de almacenes conectados entre sí: todo ello surgía de la nada, en mitad del bosque. Daba la impresión de que Dios se hubiera sentado en los Urales, hubiera dado un puñetazo sobre el paisaje que tenía a sus pies, haciendo saltar los árboles, y hubiera provocado que se llenase el espacio vacío con chimeneas y prensas de acero. Era la primera vez que veían lo que sería su nuevo hogar.

Todo lo que Leo sabía sobre esa ciudad era gracias a propaganda y al papeleo. Antaño había sido poco más que una serie de aserraderos y un montón de cabañas de madera en las que vivían los que trabajaban en ellos. Pero la que había sido una modesta población de veinte mil habitantes llamó la atención de Stalin. Después de examinar a conciencia sus recursos naturales y el aprovechamiento que el hombre hacía de ellos, declaró que no era lo suficientemente productiva. El río Ufa pasaba cerca de allí, a sólo ciento sesenta kilómetros estaban las plantas de procesado de acero y hierro de Sverdlovsk, y las minas de minerales de la montaña, y contaba con la ventaja del Transiberiano: largas hileras de vagones pasaban por la ciudad todos los días, y no se cargaba en ellos más que tablones de madera. Stalin decidió que aquél sería el lugar ideal para ensamblar un automóvil, el Volga GAZ-21, un coche que pretendía rivalizar con los vehículos producidos en Occidente, con el diseño más moderno y exigente. El Volga, anunciado como la máxima expresión de la ingeniería soviética, estaba preparado para aguantar las condiciones más extremas, con una alta elevación, una suspensión envidiable, un motor a prueba de balas y su sistema antióxido como nunca se había visto jamás en los Estados Unidos de América. Leo no podía saber si era cierto o no. Sabía que era un coche que sólo se podía permitir un pequeño porcentaje de ciudadanos soviéticos; un coche que estaba completamente fuera del alcance de los hombres y mujeres que trabajaban en su ensamblaje.

La fábrica empezó a construirse poco después del fin de la guerra y dieciocho meses después la planta de montaje del Volga se erguía en mitad de un bosque de pinos. No recordaba cuántas eran las

muerdes de las que se había informado durante la construcción. Tampoco es que las cifras fueran muy fiables. Leo sólo estuvo implicado cuando la fábrica se hubo terminado. Por medio de un decreto de carácter obligatorio se investigò y transfirió a miles de trabajadores libres de todo el país para llenar el recién creado hueco laboral: la población se multiplicò por cinco en un lustro. Leo había investigado el historial de alguno de los trabajadores moscovitas destinados allí. Si superaban los controles, se les obligaba a hacer las maletas y a mudarse en el plazo de una semana. Si no los superaban, se los arrestaba. Èl había sido uno de los guardianes de aquella ciudad. Estaba seguro de que èsa era una de las razones por las que Vasili había elegido aquel lugar. Lo irónico del asunto debía de haberle parecido divertido.

Raisa perdió la oportunidad de ver su nuevo hogar por primera vez. Estaba dormida, arropada con su abrigo, con la cabeza apoyada contra la ventana. Se movía un poco por la vibración del tren. Leo se cambió al asiento que estaba junto al de su mujer y mirò hacia delante. Se fijò en que la parte principal de la ciudad estaba adherida a la enorme planta de ensamblaje, como una garrapata colgada del cuello de un perro. Aquel sitio era, sobre todo, un lugar de producción industrial, y después, mucho después, un lugar donde vivir. Las luces de los apartamentos, de un tenue color naranja, brillaban bajo el cielo gris. Leo le dio un empujoncito a Raisa. Ella se despertó, lo mirò y después mirò por la ventana.

-Ya hemos llegado.

El tren se detuvo en la estación. Cogieron sus maletas y bajaron al andèn. Hacía màs frìo que en Moscù; la temperatura era como mínimo dos grados menos. Se quedaron allí, como dos niños refugiados que llegan a un país extranjero por primera vez, mirando unos alrededores que no conocen. No les habían dado instrucciones. No conocían a nadie. Ni siquiera tenían un número de teléfono. Nadie los estaba esperando.

La estación estaba vacía, a excepción de un hombre que estaba en la taquilla sentado. Era joven, no tendría mucho màs de veinte años. Cuando entraron se quedó mirándolos fijamente. Raisa se acercò a èl.

-Buenos días. Tenemos que ir al cuartel general de la milicia.

-¿Son ustedes de Moscù?

-Asì es.

Abrió la puerta y salió de la taquilla. Señaló hacia afuera, màs allá de las puertas de cristal.

-Los están esperando.

A cien pasos de la entrada de la estación había un coche de la milicia.

Raisa y Leo se acercaron hasta allí, pasando junto a un bajorrelieve de Stalin cubierto de nieve, grabado sobre una losa de piedra, como un retrato fosilizado. El coche era un Volga, sin duda uno de los que producían en la ciudad. Al acercarse se fijaron en los dos hombres que estaban sentados en el asiento delantero. Se abrió la puerta y salió uno de ellos, un hombre de mediana edad, de espalda ancha.

-¿Leo Demìdov?

-Sì.

-Soy el general Nèsterov, jefe de la milicia de Voualsk.

Leo se preguntaba por què se había tomado la molestia de ir a verlos. Lo màs seguro era que Vasili hubiera dado instrucciones para que la experiencia fuera lo màs desagradable posible. Pero no importaba lo que dijera Vasili; la llegada de un ex agente del MGB haría que la milicia subiera la guardia. No se creerían que estuviera allí para unirse a ellos. Probablemente pensarían que había otros motivos, y supondrían que, por la razón que fuera, iba a informar a Moscù de lo que sucediera. Por màs que Vasili hubiera querido convencerlos de lo contrario, habrían sospechado aún màs. ¿Por què iba a recorrer un agente miles de kilómetros para unirse a una pequeña milicia? No tenía sentido. En una sociedad sin clases, la milicia era casi lo màs bajo de la escala.

Todos los niños aprendían en la escuela que el robo, la violación y el asesinato eran síntomas de una sociedad capitalista, y el papel de la milicia consistía en estar ahí para solucionarlo. Los ciudadanos no sentían la necesidad de robar ni de ser violentos entre sí porque había igualdad. Un estado comunista no necesitaba de una fuerza policial. Por eso mismo la milicia no era más que un pequeño apéndice del Ministerio del Interior: les pagaban poco y les respetaban poco; eran una fuerza compuesta de muchachos que no habían acabado secundaria, de granjeros a los que habían echado de los “koljòs”, miembros expulsados del ejército y hombres a los que se podía comprar con media botella de vodka. La cifra oficial de criminalidad en la URSS era próxima a cero. A menudo los periódicos hablaban de las grandes cantidades de dinero que tenía que gastar Estados Unidos para prevenir el crimen, perdiendo dinero con relucientes coches patrulla, policías de immaculados uniformes en cada esquina; todo ello para evitar que su sociedad se derrumbase. Occidente empleaba a muchos de sus mejores hombres en la lucha contra el crimen, ciudadanos que habrían invertido su tiempo en la construcción de algo. Aquí no se desperdiciaba esa fuerza humana: lo único que hacía falta era un pequeño grupo de hombres fuertes que no servían más que para intervenir en peleas de borrachos. En teoría. Leo no tenía ni idea de cuáles eran las estadísticas de criminalidad reales. Tampoco sentía deseos de averiguarlo, porque los que lo sabían probablemente morían. Las cifras de producción de las fábricas ocupaban la portada del “Pravda”, así como las páginas centrales y la última página. Sólo valía la pena publicar las buenas noticias: altas tasas de natalidad, líneas de ferrocarril que alcanzaban las montañas más altas e inauguraciones de nuevos canales.

Pensándolo bien, la llegada de Leo constituía una sorprendente anomalía. Un puesto en el MGB suponía más “blat”, más respeto, más influencia y más beneficio material que casi cualquier otro empleo. Un agente no iba a descender en el escalafón de forma voluntaria. Y si había caído en desgracia, ¿por qué no lo habían arrestado? Aunque hubiera sido expulsado del MGB, todavía llevaba su sombra a cuestas, cosa que podía llegar a ser interesante.

Nèsterov llevó sus maletas hasta el coche con tan poco esfuerzo como si estuvieran vacías. Las metió en el maletero y les abrió la puerta trasera. Una vez dentro, Leo se fijó en su nuevo superior cuando éste subía al asiento delantero. Era demasiado grande, incluso para un vehículo tan impresionante como aquél. Las rodillas le llegaban casi hasta la barbilla. Al volante había un joven agente. Nèsterov no se molestó en presentarlo. Al igual que en el MGB, había conductores que se responsabilizaban de cada vehículo. Los agentes no tenían coche propio y no conducían. El conductor metió la marcha y salió a una carretera vacía. No se veía ningún otro coche.

Nèsterov esperó un rato, sin duda porque no quería dar la impresión de estar interrogando a su nuevo recluta. Entonces miró discretamente a Leo por el retrovisor y dijo:

-Hace tres días nos comunicaron su llegada. Es un traslado poco habitual.

-Tenemos que ir adonde nos necesitan.

-Hacia tiempo que no trasladaban a nadie aquí. Yo, desde luego, no había pedido más hombres.

-La productividad de la fábrica está considerada como una importante prioridad. Nunca hay suficientes hombres para garantizar la seguridad de esta ciudad.

Raisa miró a su marido y pensó que sus enigmáticas respuestas debían de esconder una intención. Incluso después de haber sido destituido, de haber sido expulsado del MGB, todavía se servía del miedo que éste inspiraba. Teniendo en cuenta lo precario de su situación, parecía una buena idea. Nèsterov preguntó:

-Dígame: ¿va a trabajar usted como “syshchik”, como detective? No entendemos muy bien las órdenes. Dijeron que no. Dijeron que usted sería un “ochstkovyy”, lo cual supone un considerable descenso de responsabilidad para un hombre como usted.

-Mis órdenes son que me presente aquí. Mi rango depende de usted.

Hubo silencio. Raisa imaginò que al general no le gustaba tener que responder a aquella incògnita. Incòmodo, aadió con voz àspera:

-De momento se les proporcionarà un alojamiento provisional como invitados, hasta que encontremos un apartamento para ustedes. Debo advertirles que hay una larga lista de espera. Y no puedo hacer nada al respecto. Ser un "militционер" no supone ninguna ventaja.

El coche se detuvo frente a lo que parecía un restaurante. Nèsterov abrió el maletero, cogió las maletas y las dejó en el suelo. Leo y Raisa se apearon y esperaron que les dieran instrucciones. Nèsterov dijo, dirigiéndose a Leo:

-En cuanto hayan llevado las maletas a la habitación, vuelva usted al coche, por favor. No es necesario que venga su mujer.

Raisa contuvo la irritación que le producía que hablasen de ella como si no estuviera allí. Vio que Leo, imitando a Nèsterov, cogía las dos maletas. Se asombrò ante aquella bravuconería, pero decidió no ponerle en evidencia. Si quería partirse la espalda con su maleta, allá èl. Se acercò a la entrada, abrió la puerta y entrò en el restaurante.

Dentro estaba oscuro, las contraventanas estaban cerradas y apestaba a humo. Las mesas rebosaban de vasos sucios de la noche anterior. Leo dejó las maletas en el suelo y dio unos golpes en una de las grasientas mesas. En la puerta apareció la silueta de un hombre.

-Està cerrado.

-Me llamo Leo Demidov. Èsta es mi mujer, Raisa. Acabamos de llegar de Moscù.

-Danil Basarov.

-El general Nèsterov me ha informado de que tiene usted sitio para alojarnos.

-¿Se refiere a la habitación de arriba?

-No lo sè. Supongo que sì.

Basarov se rascò los michelines.

-Les acompañarè a su habitación.

Era pequeña. Habían juntado dos camas individuales. Entre ellas había un hueco. Los colchones estaban húmedos. El papel de las paredes tenía ampollas, como la piel de un adolescente. Estaba recubierto de una especie de grasa pegajosa. Leo pensó que sería aceite de la cocina, pues la habitación estaba justo encima de èsta, como podía verse a través de las grietas del suelo, grietas que permitían que la habitación se impregnase con el olor de lo que hubieran cocinado o estuvieran cocinando en aquel momento; asaduras estofadas, cartílagos y grasa.

A Basarov no le había gustado la petición de Nèsterov. Aquellas camas, aquella habitación, las utilizaban sus empleadas; es decir, las mujeres que se acostaban con sus clientes. Pero no había podido negarse. El edificio era suyo. Y necesitaba llevarse bien con la milicia para poder seguir con su negocio. Sabían que èl se beneficiaba de lo que allí sucedía y hacían la vista gorda, siempre que compartiera las ganancias. Era algo no declarado, no era oficial. Era un sistema cerrado. Le ponìa un poco nervioso que sus huéspedes pudieran saber la verdad, pues se había enterado de que eran del MGB. Eso le impedía ser maleducado como solìa serlo. Señaló al otro lado del pasillo, a una puerta entreabierta.

-Ahì està el baño. Tenemos uno interior.

Raisa intentò abrir la ventana. Estaba cerrado con clavos. Mirò por ella. Casas destartaladas y nieve sucia: aquello era su nuevo hogar.

Leo estaba cansado. Había podido soportar la humillación como concepto, pero ahora había adoptado la forma física –aquella habitación– y sòlo quería dormir, cerrar los ojos y olvidarse del mundo. Pero tenía que volver fuera, así que dejó la maleta sobre la cama, incapaz de mirar a Raisa. No por rabia, sino por vergüenza. Saliò de allí sin decir nada.

Llevaron a Leo a la centralita de la ciudad. Allí había una cola de cientos de personas que esperaban disponer del tiempo que les habían asignado: un par de minutos. Como la mayoría había tenido que abandonar a sus familias para trabajar allí, Leo se dio cuenta de lo importantes que eran esos minutos para ellos. Nèsterov no tenía que hacer cola. Se dirigió hacia un cubículo.

En cuanto terminó de hablar, después de una conversación que Leo no pudo escuchar, le pasó el auricular. Leo se lo llevó a la oreja. Esperò.

-¿Què tal està la habitación?

Era Vasili. Siguió:

-¿Quieres colgar, verdad? Pero no puedes. Ni siquiera puedes hacer eso.

-¿Què quieres?

-Mantener el contacto contigo, para que puedas contarme cómo es la vida allí, y que yo pueda contarte cómo es aquí. Antes de que se me olvide, les han quitado a tus padres ese apartamento tan bonito que les habías buscado. Les hemos encontrado un sitio más adecuado para su posición. Es un poco frío y hay mucha gente. Desde luego, es sucio. Lo comparten con una familia de siete personas, creo, incluidos niños pequeños. Por cierto, no sabía que tu padre padecía un terrible dolor de espalda. Es una pena que haya tenido que volver a la cadena de montaje cuando sólo le quedaba un año para jubilarse: un año puede parecer diez cuando a uno no le gusta su trabajo. Pero pronto te enterarás de todo.

-Mis padres son buenas personas. Han trabajado duro. No te han hecho nada.

-Voy a hacerles daño de todas formas.

-¿Què quieres de mí?

-Una disculpa.

-Vasili, lo siento.

-Ni siquiera sabes qué es lo que sientes.

-Te traté mal, lo siento.

-¿Por qué lo sientes? Sé más específico. Tus padres dependen de ti.

-No debería haberte golpeado.

-No te estás esforzando lo suficiente. Convénceme.

Leo estaba desesperado. Le temblaba la voz.

-No entiendo qué es lo que quieres. Lo tienes todo. Yo no tengo nada.

-Es muy sencillo. Quiero oír cómo suplicas.

-Te lo suplico, Vasili, escúchame. Te lo suplico. Deja a mis padres en paz. Por favor...

Vasili había colgado.

VOUALSK

17 de marzo

Después de caminar toda la noche –tenía los pies llenos de ampollas, los calcetines empapados en sangre-, Leo se sentó en el banco de un parque, se llevó las manos a la cabeza y se echó a llorar.

No había dormido, no había comido. La noche anterior, cuando Raisa había intentado hablar con él, la había ignorado. Cuando le trajo comida del restaurante tampoco le hizo caso. Era incapaz de quedarse en aquella habitación apestosa y pequeña, así que había bajado las escaleras, se había abierto camino a codazos entre la multitud y había salido a la calle. Caminó sin rumbo fijo, demasiado frustrado y furioso

para sentarse y estarse quieto, aunque era consciente de que èsa era precisamente la razón de su desesperación: no podía hacer nada. De nuevo se enfrentaba a una injusticia, pero esta vez no podía hacer nada. No iban a matar a sus padres de un tiro en la nuca. Eso sería demasiado rápido, demasiado parecido a la clemencia. En lugar de eso irían a por ellos poco a poco, gota a gota. Le venían a la cabeza todas las posibilidades que una mente metódica, sàdica y detallista tenía a su disposición. Los degradarían en sus respectivas fàbricas, les darían los trabajos màs duros, màs sucios; trabajos que un hombre y una mujer jóvenes encontrarían difíciles. Los acosarían con historias sobre el lamentable exilio de Leo, su caída en desgracia y su humillación. Quizá les hubieran dicho que estaba en un gulag, que lo habían condenado a veinte años de “katorga”, de trabajos forzados. En cuanto a la familia con la que sus padres tenían que compartir apartamento, no cabía duda de que serían los màs problemáticos y desagradables posible. Les prometerían chocolate a los niños si hacían mucho ruido, prometerían un apartamento individual a los padres si robaban comida, discutían y hacían que la vida en casa resultara insoportable. No necesitaba imaginarse los detalles. Vasili disfrutaría contàndoselo todo, a sabiendas de que Leo no se atrevería a colgar el teléfono porque tendría miedo de que, fueran cuales fuesen las penurias padecidas por sus padres, pudieran ser mayores. Vasili acabaría con èl desde la distancia, presionando de manera sistemática donde era màs vulnerable: su familia. No había manera de defenderse. Con algo de esfuerzo podría averiguar la dirección de sus padres. Pero lo único que podría hacer, si es que no interceptaban y quemaban sus cartas, era asegurarles que èl estaba a salvo. Les había proporcionado una vida agradable y ahora tenía que ver còmo se la arrancaban ante sus narices, precisamente cuando menos capaces eran de soportar el cambio.

Se levantò. Temblaba de frìo. Con ciertas dificultades, y sin tener ni idea de lo que iba a hacer, empezó a volver sobre sus pasos, de vuelta a su nuevo hogar.

Raisa estaba en el piso de abajo, sentada a una mesa. Había estado esperàndolo toda la noche. Sabía que, como Vasili había predicho, Leo se arrepentía ahora de no haberla denunciado. El precio era demasiado alto. Pero, ¿què podía hacer ella? ¿Comportarse como si èl lo hubiera arriesgado todo por un amor perfecto? No era algo que pudiera hacer simplemente porque se lo pidieran. Aunque quisiera actuar de otra manera, no sabía còmo hacerlo: no sabía què decir, còmo comportarse. Podría no haber sido tan dura con èl. Lo cierto es que al menos una parte de ella se alegraba de su degradación. No por odio o por venganza, sino porque quería que lo supiera:

Asì me siento yo todos los días.

Impotente, asustada. Quería que èl también se sintiera asì. Quería que lo entendiera, que lo experimentase por sì mismo.

Cuando Leo entrò en el restaurante estaba agotada, le pesaban los ojos de sueño. Alzò la vista. Se levantò y se acercò a su marido. Se fijò en que tenía los ojos inyectados en sangre. Nunca antes le había visto llorar. Èl se apartò y se sirvió una copa de la botella màs cercana. Ella le puso la mano en el hombro. Sucedió en una fracción de segundo. Leo se dio la vuelta de golpe, la agarrò por el cuello y apretò.

-Es culpa tuya.

Las venas se le cerraron, la cara se le puso roja. No podía respirar, se ahogaba. Leo la levantò: estaba de puntillas. Intentò zafarse de su mano. Pero èl no la soltaba y ella no podía librarse.

Estirò la mano hasta una mesa. Tanteò con los dedos en busca de un vaso. Empezò a ver borroso. Consiguió tocar una copa y la tirò. Cayò cerca de su alcance: la agarrò y la estampò contra la cara de Leo. Al romperse, se cortò la palma de la mano. Èl la soltò, como si se hubiera roto el encantamiento. Ella cayò

hacia atrás, tosiendo, agarrándose el cuello. Se quedaron mirándose el uno al otro, como desconocidos, como si toda su historia hubiera desaparecido en aquella fracción de segundo. Leo tenía un trozo de cristal clavado en la mejilla. Se tocò y se lo arrancò. Se lo puso en la palma de la mano y se quedó mirándolo. Ella, sin darle la espalda, se acercò a la escalera y subió corriendo.

En lugar de seguir a su mujer, Leo se terminó la copa que se había servido y después otra, y después otra. Cuando escuchò el coche de Nèsterov frente al restaurante ya se había terminado casi toda la botella. Se tambaleaba, no se había lavado ni afeitado. Estaba borracho, embrutecido y violento: no había tardado ni un día en descender al nivel de la milicia.

Durante el viaje en coche con Nèsterov no hizo ningún comentario sobre la herida que tenía Leo en la cara. Soltaba escuetos comentarios sobre la ciudad. Leo no lo escuchaba. Apenas era consciente de lo que le rodeaba, estaba ocupado pensando en lo que acababa de hacer. ¿Habìa intentado estrangular a su mujer o era una mala pasada de su mente soñolienta? Se tocò el corte que tenía en la mejilla, vio la sangre en la punta del dedo; era cierto, lo había hecho, y habría sido capaz de mucho màs. Un par de segundos màs, un poco màs de presión y ella habría muerto. La razón de aquello era que había renunciado a toro —a sus padres, a su carrera— por algo que no era cierto, por la promesa de una familia, por la idea de que había algo que los unìa. Ella lo había engañado, había amañado el asunto, había influido en su decisión. Hasta que no se vio a salvo y sus padres empezaron a sufrir no había admitido que su embarazo era una mentira. Y entonces fue màs allà y le describió abiertamente el odio que había sentido por èl. Había manipulado sus sentimientos y después le había escupido en la cara. No había obtenido nada a cambio de su sacrificio, a cambio de ignorar las pruebas que demostraban su culpabilidad.

Pero Leo no se lo creyó ni por un segundo. Ya no era tiempo de justificarse a sì mismo. Lo que había hecho era imperdonable. Y ella tenía razón al despreciarlo. ¿A cuàntos hermanos y hermanas, padres y madres había arrestado? ¿En què se diferenciaba del hombre al que consideraba su antagonista moral, Vasili Nikitin? ¿Acaso lo que los distinguía era que Vasili había mostrado una crueldad sin sentido, mientras que la suya había sido idealista? La de aquèl era una crueldad de principios, pretenciosa, que se convencía a sì misma de ser razonable y necesaria. Pero en realidad, en cuanto a su capacidad destructiva, pocas cosas los diferenciaban. ¿Le había faltado a Leo imaginación para darse cuenta de lo que estaba haciendo? ¿O acaso era peor y había decidido no imaginárselo? Había apartado esos pensamientos, los había evitado.

Entre los escombros de su certeza moral un hecho permanecía intacto. Había arriesgado su vida por Raisa, sòlo para intentar asesinarla después. Eso era la locura. De seguir así, no le quedarìa nada, ni siquiera la mujer con la que se había casado. Querìa decir la mujer a la que amaba. ¿Lo amaba ella? Se había casado con ella, ¿no era lo mismo? No, la verdad es que no. Se había casado con ella porque era hermosa, inteligente, y porque estaba orgulloso de tenerla a su lado, de hacerla suya. Era un paso màs hacia la perfecta vida soviética: trabajo, familia e hijos. En muchos sentidos, ella no era màs que una cifra, una muesca en la rueda de sus ambiciones, la vida domèstica que necesitaba para tener una vida de éxito, para ser un ciudadano modelo. ¿Tenìa razón Vasili al decir que podría haberla sustituido por otra? En el tren le había pedido que le declarara su amor, que lo tranquilizase, que lo recompensara con una fantasía romántica en la que èl era el héroe. Era patético. Leo dejó escapar un suspiro inaudible y se frotò la frente. Iba perdiendo. Y eso era precisamente lo que aquello era para Vasili: un juego en el que las fichas eran pruebas de miseria. Vasili no había atacado a su mujer, no le había hecho daño. Leo lo había hecho por èl, ejecutando su plan hasta el màs mínimo detalle.

Habían llegado. El coche se detuvo. Nèsterov ya estaba fuera y lo esperaba. Leo, que no tenía ni idea de cuànto tiempo llevaba allí sentado, abrió la puerta y salió. Siguió a su superior hasta el cuartel general de la milicia para empezar su primer día de trabajo. Le presentaron al personal, estrechò algunas manos, asintió y se mostrò de acuerdo, aunque no entendía nada: ni los nombres ni los detalles. Cuando

por fin se quedó a solas en el vestuario, con un uniforme colgado frente a sí, pudo concentrarse en el presente. Se quitò los zapatos y los calcetines ensangrentados y metió los pies bajo un grifo de agua fría. Observò còmo el agua se volvía roja. Como no tenía otros calcetines ni podía espabilarse lo suficiente como para pedir otros nuevos, no tuvo màs remedio que volverse a poner los usados, retorciéndose de dolor cuando los deslizò por encima de las ampollas. Se desnudò y dejó su ropa de civil en un montòn que había al fondo de una de las taquillas. Se abotonò el nuevo uniforme, unos pantalones ásperos con rayas rojas a los lados y una pesada chaqueta militar. Se mirò en el espejo. Tenía ojeras y un corte lleno de sangre en la mejilla derecha. Mirò la insignia de su chaqueta. Era un “ochstkovyy”, un don nadie.

Nèsterov examinò con detenimiento al nuevo recluta, sin lograr calarlo. ¿Còmo es que un hombre como aquèl, que había sido un agente de alto rango del MGB, condecorado en la guerra, tenía un aspecto tan deteriorado, con las uñas sucias, la cara llena de sangre, el pelo sucio, apestaba a alcohol y al parecer era indiferente a su degradación? Quizá fuera tal como se lo habían descrito: tremendamente incompetente e indigno de un puesto de responsabilidad. Desde luego su apariencia encajaba con la descripción. Pero aquello no convencía a Nèsterov: tal vez aquel aspecto desharrapado fuera un truco. Había estado intranquilo desde que se enterò del traslado. Aquel hombre podía causarle un daño increíble a èl y a sus hombres. Sòlo necesitaba un informe negativo. Nèsterov había decidido que lo mejor era observarlo, ponerlo a prueba y tenerlo cerca. Con el tiempo, Leo acabaría dando la cara.

Nèsterov le entregò un archivo. Leo lo mirò durante un momento, intentando averiguar què era lo que quería de èl. ¿Por què le daba aquello? Fuera lo que fuese, no le importaba. Suspirò y se obligò a examinar el archivo. Dentro había fotografías en blanco y negro de una joven. Estaba tirada boca arriba, rodeada de nieve negra. Nieve negra: era negra porque estaba empapada de sangre. Parecía que la niña estuviera gritando. Al examinar la foto màs de cerca se dio cuenta de que tenía algo en la boca. Nèsterov se lo explicó:

-Le llenaron la boca de tierra. Para que no pudiera pedir ayuda.

Leo apretò la foto entre los dedos. Todos sus pensamientos sobre Raisa, sobre sus padres, sobre sí mismo; todo desapareció mientras sus ojos se concentraban en la boca de la niña. Estaba abierta de par en par, llena de tierra. Echò un vistazo a la siguiente fotografía. La niña estaba desnuda: en las zonas intactas de su cuerpo la piel era blanca como la nieve. Le habían abierto el diafragma, estaba desgarrado. Pasò a la siguiente foto, y a la siguiente, y a la siguiente, sin ver a la niña, sino al hijo pequeño de Fiòdor; un niño al que habían desnudado, cuyo estòmago no habían abierto en canal; un niño al que no habían llenado la boca de barro; un niño al que no habían asesinado. Leo dejó las fotos sobre la mesa. No dijo nada. Se quedó mirando los certificados de la pared.

El mismo dìa

Aquellos dos incidentes no tenían nada que ver el uno con el otro: la muerte del hijo pequeño de Fiòdor y el asesinato de aquella niña; era imposible. Habían sucedido a cientos de kilómetros de distancia. Era una cruel ironía, nada màs que eso. Pero Leo se había equivocado al no tener en cuenta lo que Fiòdor le había dicho. En sus manos tenía las imágenes de una niña que había muerto como Fiòdor había descrito. Algo así no era posible. No había forma de saber lo que en realidad había pasado con el hijo de Fiòdor, Arkadi, porque Leo nunca se molestò en examinar el cuerpo. Quizá aquella muerte hubiera sido un accidente. O tal vez se hubiera echado un tupido velo sobre el asunto. Si esto último era cierto, Leo había

realizado una labor esencial al preparar una tapadera. Lo había hecho sin preguntar nada, ridiculizando, presionando y finalmente amenazando a una familia doliente.

El general Nèsterov fue sincero con los detalles del asesinato. No recurrió a ninguna otra palabra ni dio a entender que aquello debiera parecer otra cosa que no fuera un crimen brutal y horrible. Su franqueza preocupò a Leo. ¿Còmo podía estar tan tranquilo? Se suponía que las estadísticas anuales de su departamento debían ajustarse a un patrón determinado: una tasa de criminalidad descendente, una armonía social creciente. Aunque la ciudad había conocido ya un espectacular aumento de la población, una inyección de ochenta mil trabajadores arrancados de su lugar de origen, el crimen debería haber descendido pues, según la teoría, cuànto màs trabajo había, mayor era la justicia y menor la explotación.

El nombre de la víctima era Larisa Petrova. La habían encontrado cuatro días antes en el bosque, cerca de la estación de tren. Los detalles sobre el descubrimiento del cadáver eran confusos, y cuando Leo insistió en ello, le dio la impresión de que Nèsterov intentaba dejar el tema de lado. Lo único que pudo entender era que el cuerpo lo había descubierto una pareja que había bebido demasiado y que se había retirado al bosque para fornicar. Se habían encontrado el cuerpo de la niña, que llevaba varios meses tirada en la nieve, y cuyo cuerpo estaba perfectamente conservado por el frío. Era una escolar, tenía catorce años. La milicia la conocía. Tenía fama de llevar una vida sexual ajetreada, no sòlo con chicos de su edad, sino también con hombres mayores; se la podía contratar por un litro de vodka. Larisa había discutido con su madre el mismo día de su desaparición. No se había prestado mucha atención a su ausencia; había amenazado con fugarse y parecía haber cumplido su palabra. Nadie la había buscado. Según Nèsterov, sus padres eran respetados miembros de la comunidad. Su padre era contable en la fàbrica de Volga. Se avergonzaban de su hija y no querían saber nada de la investigación, que debía mantenerse en secreto. No había que encubri-la, pero tampoco darle publicidad. Los padres habían acordado celebrar un funeral por su hija y estaban dispuestos a comportarse como si sencillamente hubiera desaparecido. No hacìa falta que se enterase toda la comunidad. Sòlo un puñado de personas ajenas a la milicia sabrían que había sido un asesinato. Todas aquellas personas, incluida la pareja que había encontrado el cuerpo, tenían bien claro cuàles eran las consecuencias si hablaban. El asunto quedarìa archivado pronto, pues ya tenían a un hombre bajo custodia.

Leo era consciente de que la milicia sòlo podía investigar después de que se abriese un caso criminal, y de que sòlo se abría un caso criminal si estaban seguros de que iba a cerrarse con éxito. No atrapar a un sospechoso era algo inaceptable, y las consecuencias, graves. Cuando se llevaba un caso a los tribunales, sòlo podía significar una cosa: que el sospechoso era culpable. Si un caso era difícil, complicado o ambiguo, no se abría. Si Nèsterov y sus subordinados estaban tan tranquilos, sòlo podía significar que estaban seguros de tener al culpable. Habían hecho su trabajo. Las labores de investigación, la presentación de pruebas, los interrogatorios, y finalmente, el procesamiento, todo eso era tarea del equipo de investigación del Estado, el despacho del procurador y su equipo de "sledovatyel", abogados. A Leo no se le pedìa que ayudase: se le estaba enseñando còmo trabajaban, para que se quedase maravillado por su eficiencia.

La celda era pequeña y no tenía ninguna de las ingeniosas modificaciones de las de la Lubianka. Las paredes eran de cemento, el suelo también. el sospechoso estaba sentado con las manos esposadas a la espalda. Era joven, no tendría màs de dieciséis o diecisiete años. Tenía la estructura muscular de un adulto, pero la cara de un niño. Sus ojos vagaban de un lado a otro sin rumbo aparente. No parecía tener miedo. Estaba tranquilo, aunque no de una forma inteligente, y no mostraba señales de violencia física. Evidentemente había formas de causar dolor sin dejar marcas, pero Leo estaba convencido de que no le habían hecho daño alguno. Nèsterov señaló al sospechoso.

-Èste es Varlam Babìnich.

Al escuchar su nombre, el joven mirò a Nèsterov como un perro miraría a su amo. Nèsterov prosiguió:

-Encontramos en su posesión un mechòn de pelo de Larisa. Estuvo acosándola mucho tiempo; merodeaba por su casa, se le declaró en la calle. La madre de Larisa recuerda haberlo visto varias veces. Recuerda que su hija se quejaba de èl. Intentaba tocarle el pelo.

Nèsterov mirò al sospechoso y hablò despacio.

-Varlam, cuéntanos lo que pasò, cuéntanos còmo llegaste a tener un mechòn de su cabello.

-La cortè. Fue culpa mà.

-Cuéntale a este agente por què la mataste.

-Me gustaba su pelo. Lo quería. Tengo un libro amarillo, una camisa amarilla, una lata amarilla y algo de pelo amarillo. Por eso la cortè. Lo siento. No debería haberlo hecho. ¿Cuàndo me van a dar la manta?

-Hablaemos de eso màs tarde.

Leo les interrumpió:

-¿Què manta?

-Hace dos días secuestrò a un bebè. Estaba envuelto en una manta amarilla. Està obsesionado con el color amarillo. Afortunadamente, el bebè no sufrió el menor daño. De todas formas no tiene nociòn de lo que està bien y lo que està mal. Hace lo que le apetece sin pensar en las consecuencias.

Nèsterov se acercò al sospechoso.

-Cuando encontrè el pelo de Larisa en tu libro, ¿por què pensaste que tendrías problemas? Cuéntale a este hombre lo que me contaste a mì.

-Yo no le gustaba. Ella siempre me decía que me fuera, pero yo quería su pelo. Tenía muchas ganas de tenerlo. Y cuando se lo cortè no dijo nada en absoluto.

Nèsterov mirò a Leo, dándole la oportunidad de interrogarlo.

-¿Tiene alguna pregunta?

¿Què era lo que se esperaba de èl? Leo meditò un momento antes de preguntar:

-¿Por què le metiste barro en la boca?

Varlam no contestò enseguida. Parecía confuso.

-Sì, tenía algo en la boca. Ahora me acuerdo. No me peguen.

Nèsterov contestò:

-Nadie te va a pegar. Contesta a la pregunta.

-No lo sè. Me olvido de las cosas. Tenía barro en la boca, sì.

Leo continuò:

-Explica lo que sucedió cuando la mataste.

-La cortè.

-¿La cortaste a ella o cortaste su cabello?

-Lo siento, la cortè.

-Escùchame con atención. ¿Cortaste su cuerpo o cortaste su pelo?

-La encontrè y la cortè. Debería habérselo dicho a alguien, pero estaba preocupado. No quería meterme en un lìo.

Varlam se echò a llorar.

-Estoy metido en un lìo. Lo siento. Sòlo quería su pelo.

Nèsterov se acercò.

-Es suficiente por ahora.

Varlam dejó de llorar al escuchar aquellas reconfortantes palabras. Estaba tranquilo de nuevo. Era imposible saber por su cara que se trataba de un hombre acusado de asesinato.

Leo y Nèsterov salieron de la celda. El general cerrò la puerta.

-Tenemos pruebas de que estuvo en el lugar del crimen. Las huellas en la nieve coinciden exactamente con sus botas. Como se habrá dado cuenta, es del internado. Es un retrasado.

En aquel momento Leo comprendió la valentía de Nèsterov a la hora de tratar aquel asesinato de forma tan directa. Tenían a un sospechoso con problemas mentales. Varlam estaba fuera de la sociedad soviética, fuera del comunismo, de la política; lo suyo se podía explicar. Sus actos nada tenían que ver con el Partido, no alteraban la verdad de lo que se decía sobre el crimen, porque el sospechoso no era un auténtico sovieta. Era una anomalía. Nèsterov añadió:

-No vaya a pensar por ello que es incapaz de cometer actos violentos. Ha admitido que la matò. Tenía un motivo, un motivo irracional, pero un motivo al fin y al cabo. Quería algo que no podía tener: su pelo rubio. Su historial està repleto de crímenes relacionados con cosas que no puede tener: robo, secuestro. Esta vez ha recurrido al asesinato. Le da lo mismo matar a Larisa que robar un bebè. No ha desarrollado un código moral. Es triste. Deberían haberlo encerrado hace mucho tiempo. Ahora es un asunto de los "sledovatyel"

Leo entendió. La investigación había terminado. Aquel joven iba a morir.

El mismo día.

El dormitorio estaba vacío. Leo se arrodillò y puso la cabeza sobre las tablas del suelo. La maleta de su mujer no estaba. Se levantò, salió corriendo del dormitorio y bajò por las escaleras hasta la cocina del restaurante. Basarov estaba cortando grasientas tiras de una confusa pieza de carne.

-¿Dònde està mi mujer?

-Paga la botella y te lo dirè –señalò una botella vacía, la botella de vodka barato que Leo había vaciado a primeras horas de la mañana, y añadió:- no me importa si fue tu mujer o tù quien se la bebió.

-Por favor, dígame dònde està.

-Paga la botella.

Leo no tenía dinero. Todavía llevaba puesto el uniforme de la milicia. Se lo había dejado todo en el vestuario.

-Le pagarè màs tarde. Todo lo que quiera.

-Màs tarde, claro. Seguro que màs tarde me vas a pagar un millón de rublos.

Basarov siguió cortando carne, para mostrar que no estaba dispuesto a ceder.

Leo volvió a subir las escaleras y se puso a rebuscar en su maleta, a tirarlo todo. En la parte de atrás del "Libro de los propagandistas" tenía billetes de veinticinco rublos, cuatro, para las emergencias. Se levantò, salió corriendo y colocò uno de los billetes en la mano de aquel hombre. Era mucho màs de lo que valía una botella.

-¿Dònde està?

-Se marchò hace un par de horas. Llevaba una maleta consigo.

-¿Adònde iba?

-No me dijo nada. Yo no le dije nada a ella.

-¿Hace cuànto? ¿Hace cuànto exactamente?

-Dos o tres horas...

Tres horas: eso quería decir que se había marchado no sólo del restaurante, sino casi con toda probabilidad también de la ciudad. Leo no podía hacerse a una idea de hacia dónde se dirigía o de la dirección en la que viajaría.

Basarov, que se sentía magnánimo después de haber recibido una recompensa tan generosa, añadió algo más de información.

-No es probable que haya podido llegar a tiempo para coger el tren de la tarde. Que yo recuerde, no hay otro tren hasta más o menos esta hora.

-¿A qué hora?

-Las siete y media...

Leo tenía diez minutos.

Se olvidó del cansancio y echó a correr tan rápido como pudo. Pero la desesperación le hizo ahogarse. Perdió el aliento. No tenía mucha idea de dónde estaba la estación. Corría a ciegas, intentaba recordar la ruta que había seguido el coche. Tenía el uniforme empapado por la nieve derretida que iba pisando. El material, barato, pesaba cada vez más. Las ampollas le rozaban y le dolían, los dedos de los pies le sangraban de nuevo y los zapatos se le llenaban de sangre. A cada paso que daba notaba un dolor punzante que le recorría las piernas.

Dobló la esquina y se encontró con un callejón cerrado: una hilera de casas de madera. Estaba perdido. Era demasiado tarde. Su mujer se había marchado, no podía hacer nada. Encorvado, mientras intentaba recuperar el aliento se acordó de aquellas precarias casas de madera, del hedor de la gente hacinada. Estaba cerca de la estación, seguro. En lugar de volver sobre sus pasos siguió adelante, entró por la puerta trasera de una de las cabañas en la que había una familia sentada en el suelo, en mitad de la comida. Acurrucados alrededor de una estufa, se quedaron mirándolo en silencio, temerosos ante su uniforme. Sin decir una palabra pasó por encima de los niños y salió corriendo a la calle principal; la calle por la que habían pasado con el coche al llegar. La estación estaba a la vista. Intentó correr más deprisa, pero cada vez avanzaba menos. La adrenalina ya no podía compensar el agotamiento. No tenía nada en la reserva.

Abrió las puertas de la estación de un golpe, con el hombro. Según el reloj eran las ocho menos cuarto. Había llegado con quince minutos de retraso. La idea de que se había marchado, quizá para siempre, empezó a cristalizar en su mente. Leo se aferró a la improbable esperanza de que por algún motivo todavía estuviera en el andén, que no hubiera subido al tren. Salió y miró a izquierda y derecha. No veía a su mujer por ningún lado, ni tampoco al tren. Se sintió débil. Se echó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas; el sudor le corría por la cara. Con el rabillo del ojo pudo ver a un hombre sentado en un banco. ¿Por qué todavía había alguien en el andén? ¿Estaría esperando el tren? Leo se irguió.

Raisa estaba en un extremo del andén, oculta en la penumbra. Leo tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo y agarrarla de la muñeca. Mientras recuperaba el aliento intentó pensar en lo que iba a decir. Se miró. Estaba hecho un desastre, sudoroso, sucio. Ella ni siquiera lo miraba: miraba más allá. Leo se volvió. Por encima de las copas de los árboles sobresalían gruesas nubes de humo. El tren, que llegaba con retraso, se acercaba.

Leo había pensado que tendría tiempo para pensar una disculpa, para encontrar las palabras adecuadas, para ser elocuente. Pero aquel plan ya no le servía. No tenía más que unos pocos segundos para convencerla. Habló atropelladamente.

-Lo siento, no pensé en lo que hacía. Te agarré, pero no era yo, o no era la persona que quiero ser.

No sirvió de nada. Tenía que esforzarse. Tenía que tranquilizarse, que concentrarse. Sólo tenía una oportunidad.

-Raisa, quieres dejarme. Tienes razón al querer hacerlo. Podría hablarte de lo difícil que te resultará estar sola. Decirte que podrían detenerte, interrogarte, arrestarte. Que no tienes los documentos que necesitas. Serías una vagabunda. Pero èse no es motivo suficiente para quedarte. Sè que prefieres arriesgarte.

-Los documentos se pueden falsificar, Leo. Prefiero unos documentos falsos a un matrimonio falso.

Ahì estaba. Su matrimonio era una mentira. Leo se quedó sin palabras. El tren se detuvo junto a ellos. El rostro de Raisa permanecía impasible. Leo se apartò de su camino. Ella se acercò al vagòn. ¿Podía dejarla marchar? Leo alzò la voz por encima del chirriante sonido de los frenos.

-Si no te denunciè, no fue porque creyera que estabas embarazada, y no tuvo nada que ver con que yo sea una buena persona. Lo hice porque mi familia es la única parte de mi vida de la que no me avergüenzo.

Para su sorpresa Raisa se volvió.

-¿Y de dònde sale esta iluminación repentina? Me parece muy barata. Ya no tienes tu uniforme, ni tu despacho, ni tu poder y ahora tienes que contentarte conmigo. ¿Es eso? Algo que para ti nunca ha sido importante, nosotros, pasa a serlo porque ya no tienes nada màs, ¿no es eso?

-No me amas, lo sè. Pero nos casamos por algún motivo. Había algo entre nosotros, una conexión. Lo hemos perdido. Yo lo he perdido. Podemos volver a encontrarlo.

Se abrieron las puertas del vagòn y bajaron varios pasajeros. El tiempo se agotaba. Raisa mirò el vagòn, sopesando sus opciones. Eran lamentables. No tenía amigos con los que refugiarse, no tenía una familia que pudiera protegerla ni dinero ni ninguna forma de mantenerse. Ni siquiera tenía billete. Leo tenía razón. Si se marchaba, probablemente cayera en manos de las autoridades. Pensar en ello la agotaba. Mirò a su marido. Sòlo se tenían el uno al otro, les gustase o no.

Dejó la maleta en el suelo. Leo sonriò, pues pensaba que se habían reconciliado. Ella se molestò ante aquella estúpida interpretación y alzò la mano, cortando su sonrisa.

-Me casè contigo porque tenía miedo. Tenía miedo de que si rechazaba tus proposiciones, me arrestarían, quizá no de manera inmediata, pero sì en algún momento, con cualquier pretexto. Yo era joven, Leo, y tù eras poderoso. Èsa es la razón por la que nos casamos. ¿Te acuerdas de esa historia que cuentas, de cuando yo te engañè y te dije que me llamaba Lena? ¿Te parece divertida, romántica? Te di un nombre falso porque tenía miedo de que me localizases. Lo que para ti era seducción para mì era vigilancia. Nuestra relación se basaba en el miedo. Quizá no para ti; no tienes motivos para tener miedo, yo no tenía ningún poder. ¿He tenido poder alguna vez? Me pediste que me casara contigo y yo te dije que sì porque eso es lo que hace la gente para poder sobrevivir. Nunca me pegaste ni te emborrachaste, así que, siendo objetiva, creo que tuve màs suerte que la mayoría. Cuando me agarraste del cuello, Leo, acabaste con la única razón que tenía para quedarme contigo.

El tren partiò. Leo mirò còmo se alejaba mientras intentaba digerir lo que acababa de escuchar. Pero ella no le dio ningún respiro; siguió hablando como si aquellas palabras hubieran estado tomando forma en su mente durante muchos años. Ahora que se habían movido salían a borbotones.

-El problema de quedarse sin poder, como te ha pasado a ti, es que la gente empieza a decirte la verdad. No estàs acostumbrado, has estado viviendo en un mundo protegido por el miedo que inspirabas. Pero si vamos a seguir juntos, vamos a dejar ese falso romanticismo. Las circunstancias son lo único que nos mantiene juntos. Yo te tengo a ti. Tù me tienes a mì. No tenemos mucho màs. Y si vamos a seguir juntos, a partir de ahora pienso decirte la verdad. Se acabaron las mentiras cómodas. Ahora somos iguales, como no lo habíamos sido nunca. Puedes asumir eso o puedo esperar a que pase el siguiente tren.

Leo no sabia què responder. No estaba preparado, se sentía derrotado, avasallado. Antiguamente había recurrido a su posición para conseguir un alojamiento mejor, mejor comida. No se había dado cuenta de que también lo había hecho para conseguir una esposa. Ella suavizó el tono.

-Hay muchas cosas por las que sentir miedo. Tú no puedes ser una de ellas.

-No volverè a hacerlo.

-Tengo frío, Leo. Llevo tres horas en este andèn. Me voy a la habitación. ¿Te vienes?

No, no tenía ganas de volver junto a ella, con aquel abismo que los separaba.

-Me quedarè aquí un rato. Te veo allí.

Raisa cogió su maleta y volvió a entrar en la estación. Leo se sentò en el banco y se quedó mirando el bosque. Pensó en los recuerdos que tenía de su relación y volvió a examinar cada uno de ellos, adaptándolos, reescribiendo su pasado.

No sabia cuánto tiempo llevaba allí sentado. Entonces se dio cuenta de que había alguien allí de pie junto a èl. Alzó la vista. Era el hombre de la taquilla, un chico joven, el chico que habían conocido al llegar allí.

-Señor, esta noche no hay màs trenes.

-¿Tienes un cigarrillo?

-No fumo. Podría traerle uno de nuestro apartamento. Està en el piso de arriba.

-No, no te preocupes. Gracias de todas formas.

-Me llamo Aleksandr.

-Leo. ¿Te importe que me quede aquí un poco màs?

-En absoluto. Permítame que vaya a por su cigarrillo.

Antes de que Leo pudiera responder, se fue.

Se sentò y esperò. Se fijò en una cabaña de madera que había màs allà de las vías. Allí era donde habían encontrado el cadáver de la niña. Podía imaginarse la entrada del bosque, la escena del crimen: la nieve pisoteada por los detectives, fotógrafos, abogados; todos ellos estudiando a la chica muerta, con la boca abierta y llena de tierra.

De repente una idea le vino a la cabeza y se levantò. Salió corriendo, bajò del andèn, cruzò las vías y se dirigió hacia los àrboles. Una voz gritò detrás de èl:

-¿Què està haciendo?

Leo llegó hasta donde empezaban las pisadas. Había rastros cruzados de pisadas por todas partes. Entrò en el bosque, caminò durante un par de minutos y llegó a la zona en la que suponía que debían de haber encontrado el cuerpo. Se agachò. Aleksandr lo alcanzò. Leo alzó la vista.

-¿Sabes què sucedió aquí?

-Yo fui el que vio a Ilinaya corriendo hacia la estación. Le había pegado una paliza, estaba temblando..., no pudo hablar durante un buen rato. Llamè a la milicia.

-¿Ilinaya?

-La que encontró el cuerpo. Se tropezó con èl. Ella y el hombre que estaba con ella.

La pareja del bosque. Leo había sospechado que algo no encajaba.

-¿Por què le habían pegado una paliza?

Aleksandr parecía nervioso.

-Es una prostituta. El hombre que estaba con ella aquella noche era un importante miembro del Partido. Por favor, no me pregunte nada màs.

Leo lo entendió. Aquel agente no quería que su nombre apareciera en ningún documento. Pero, ¿podría ser sospechoso del asesinato de una niña? Leo asintió e intentò tranquilizar al joven

-No mencionarè tu nombre. Te lo prometo.

Leo hundió la mano en la fina capa de nieve.

-La niña tenía la boca llena de tierra, de tierra suelta. Imagina que yo estuviera luchando contigo, aquí mismo, y que cogiera algo para metértelo en la boca, porque no quería que te pusieras a gritar, porque tendría miedo de que alguien pudiera escucharte.

Leo tocó la tierra con los dedos. Estaba dura como una piedra. Lo intentó en otro lugar, y después en otro y después en otro. No había tierra suelta. El suelo estaba completamente congelado.

18 de marzo

Leo estaba frente al Hospital 379, releendo el informe de la autopsia. Había copiado a mano los puntos principales del original:

Múltiples heridas por apuñalamiento.

Hoja de longitud indeterminada.

Numerosos daños en el torso y en los órganos internos.

Violada antes o después de la muerte.

La boca estaba llena de tierra, pero no se ahogó, tenía las fosas nasales despejadas.

La tierra tenía otro propósito: ¿acallarla?

Leo estaba dándole vueltas a aquella última parte. Como el suelo estaba congelado, el asesino debía de haber traído la tierra consigo. Debía de haber planeado el asesinato. Había intención, preparación. Pero, ¿por qué llevar la tierra consigo? Era una forma bastante engorrosa de acallar a alguien; habría sido mucho más fácil usar un trapo, un pañuelo o incluso la mano. Leo no encontraba respuesta, así que decidió aceptar tardíamente el consejo de Fiódor. Iba a examinar el cuerpo por sí mismo.

Cuando preguntó dónde estaba el cuerpo, le dijeron que lo tenían guardado en el Hospital 379. Leo no esperaba encontrar los laboratorios forenses, ni patólogos ni una morgue especializada. Sabía que no había aparatos especializados para ocuparse de las muertes violentas. ¿Cómo podía haberlos, si no existían las muertes violentas? En el hospital la milicia tenía que buscar hueco en la agenda de los médicos: el descanso de la comida o los diez minutos libres que tenían antes de una operación. Aquellos médicos, que no tenían más preparación que la médica, conjeturaban de manera aproximada lo que podría haber pasado con la víctima. El informe de la autopsia que Leo había leído se basaba en las notas tomadas durante una de aquellas fugaces reuniones con un médico. Otra persona había mecanografiado aquellas notas varios días más tarde. Era muy probable que gran parte de la verdad se hubiera perdido por el camino.

El 379 era uno de los hospitales más famosos del país y, supuestamente, uno de los mejores hospitales públicos del mundo. Estaba al final de la calle Chkàlova y se extendía a lo largo y a lo ancho de varias hectáreas de terreno ajardinado que llegaban hasta el bosque. A Leo le parecía impresionante. No era un simple proyecto de la propaganda. Habían invertido mucho dinero en aquellas instalaciones. Podía entender por qué los dignatarios recorrían varios kilómetros para recuperarse en aquel entorno tan pintoresco. Imaginó que aquellos generosos fondos tenían como objetivo principal asegurarse de que la mano de obra de la fábrica Volga permaneciera sana y productiva.

En la recepción preguntó si podía hablar con un médico y explicó que necesitaba su ayuda para examinar a la víctima de un asesinato, una chica joven que tenían en la morgue. La pregunta pareció

incomodar al recepcionista, que preguntò si la cosa era urgente y si Leo no podía volver en otro momento en el que no hubiera tanto trabajo. Leo entendió: aquel hombre no quería tener nada que ver con el caso.

-Es urgente.

El recepcionista se marchò a regañadientes a ver quièn estaba disponible.

Leo tamborileò con los dedos en el mostrador. Estaba inquieto, miraba constantemente hacia atrás, a la entrada. Aquella visita no había sido autorizada, era independiente. ¿Qué pretendía? Su trabajo consistía en encontrar pruebas que confirmasen la culpabilidad de un sospechoso, no cuestionar esa culpabilidad. Aunque lo había exiliado del prestigioso mundo del crimen político al desagradable secretismo del crimen convencional, el procedimiento era bastante parecido. Había desechado la idea de que la muerte del hijo de Fiódor hubiera sido un asesinato no por las pruebas, sino porque la línea que seguía el Partido exigía que se desechara. Había arrestado a gente según una lista de nombres que le habían dado, nombres escritos a puerta cerrada. Èse había sido su método. Leo no era tan inocente como para pensar que podía cambiar el rumbo de la investigación. No tenía autoridad. Ni aunque fuera el agente con más alto rango podría darle la vuelta al proceso. Se había establecido un rumbo, se había escogido un sospechoso. Era inevitable que encontrasen culpable a Babinich, y era inevitable que muriese. El sistema no permitía desviaciones ni admitía fallos. La eficiencia aparente era mucho más importante que la verdad.

Y, además, ¿qué tenía èl que ver con todo aquello? No era su ciudad. No era su gente. No les había prometido a los padres de la niña que encontraría al asesino. No conocía a la niña ni la había afectado la historia de su vida. Es más, el sospechoso era un peligro para la sociedad: había secuestrado a un bebé.

Así pues, Leo tenía excelentes razones para no hacer nada, y había otra más:

¿Qué puedo cambiar yo?

El recepcionista volvió acompañado por un hombre de cuarenta y pocos años, el doctor Tiapkìn, quien accedió a enseñarle a Leo la morgue, siempre que no tuviera que hacer ningún papeleo y su nombre no apareciese en los documentos.

Mientras se dirigían hasta el lugar, el médico expresó sus dudas respecto a que el cuerpo de la niña siguiera allí.

-No nos los quedamos mucho tiempo a no ser que nos lo pidarn. Pensábamos que la milicia ya tenía toda la información que necesitaba.

-¿Realizó usted el primer examen?

-No. Pero he oído hablar del asesinato. Creí que ya habían atrapado al responsable.

-Sí, es posible.

-Espero que no le importe que lo mencione, pero no lo había visto a usted antes.

-He llegado hace poco.

-¿De dònde es usted?

-De Moscù.

-¿Lo han trasladado aquí?

-Sí.

-A mì me enviaron aquí hace tres años, también soy de Moscù. Sin duda lamenta haber venido.

Leo permaneció en silencio.

-Sí, no conteste. Al principio yo lo lamentaba. Tenía una reputación, amigos, una familia. Era un buen amigo del profesor Vovsi. Me pareció que venir aquí era una degradación. Pero al final ha resultado ser una bendición.

Leo reconoció aquel nombre. El profesor Vovsi era uno de los reputados médicos judíos arrestados. Su detención y la de sus colegas había supuesto la aceleración de una purga contra los judíos puesta en marcha por el propio Stalin. Se habían hecho planes. Leo había visto los documentos. Después de eliminar las figuras judías más relevantes de las altas esferas se procedería a una purga mayor, contra cualquier ciudadano judío, ya fuera importante o no. Aquellos planes se fueron al garete tras la muerte de Stalin.

Tiapkin, sin saber lo que pensaba su acompañante, prosiguió animadamente:

-Me preocupaba que me enviaran a una clínica rural. Pero el 379 se ha convertido en la envidia de la región. Lo único que puedo decir de él es que quizá haya tenido demasiado éxito. Muchos de los trabajadores del aserradero prefieren pasar la noche en nuestras camas limpias, con baño interior y agua corriente, que en sus casas. Empezamos a darnos cuenta de que no todo el mundo estaba tan enfermo como afirmaba. Algunos trabajadores del aserradero llegaban a cortarse una parte del dedo para poder pasar aquí una semana. La única solución era tener agentes del MGB controlando las guardias. No es que no comprendiéramos a los del aserradero. Todos hemos visto sus casas. Pero si la producción caía por culpa de las enfermedades, se nos acusaría de negligencia. Mantener a la gente sana se ha convertido en un asunto de vida o muerte no sólo para los pacientes, sino también para los médicos.

-Entiendo.

-¿Era usted miembro de la milicia en Moscú?

¿Debía Leo confesar que había sido miembro del MGB o debía mentir y decir que no era más que un miembro de la milicia? La mentira era más fácil. No quería entorpecer la animada charla que le estaba soltando aquel médico.

-Sí.

La morgue estaba en el sótano, muy por debajo del suelo, rodeada por una tierra que permanecía congelada durante el invierno. Por eso en los pasillos hacía tanto frío. Tiapkin acompañó a Leo hasta una gran sala de techo bajo y con suelo de baldosas. En un lado había una cubeta rectangular, que parecía una piscina pequeña. Al otro extremo de la habitación, una puerta de acero llevaba a la morgue.

-A menos que los familiares puedan hacer algo, incineramos los cadáveres en doce horas. A las víctimas de tuberculosis las incineramos en una hora. No nos hace falta mucho espacio. Espere aquí, ahora vuelvo.

El médico abrió la puerta de acero y entró en la morgue. Mientras esperaba, Leo se acercó a la cubeta y echó un vistazo. Estaba llena de un líquido oscuro y gelatinoso. No podía ver más que su propio reflejo. La superficie no se movía, era negruzca, aunque por los laterales de cemento pudo ver que en realidad era de un naranja oscuro. En un lado había un gancho, un largo poste metálico con un anzuelo con una lengüeta en un extremo. Lo cogió y tocó levemente la superficie con él. Se abrió y volvió a su forma original, lisa, como el sirope. Leo hundió más el gancho, y esta vez notó que algo se movía, algo pesado. Bajó más. Un cuerpo desnudo emergió a la superficie, dio una lenta vuelta de ciento ochenta grados y volvió a hundirse. Tiapkin salió de la morgue, empujando una camilla con ruedas.

-Esos cuerpos los van a meter en hielo y a enviarlos a Sverdlovsk para que los diseccionen. Allí tienen una universidad médica. He encontrado a su chica.

Larisa Petrova estaba boca arriba. Su piel era pàlida, llena de venas azuladas, tan finas como los hilos de una telaraña. Tenía el pelo rubio. Le habían cortado una gran parte del flequillo de manera desigual: era la parte que Varlam se había llevado. Ya no tenía la boca llena de tierra –se la habían quitado–, pero seguía con la mandíbula abierta, bloqueada en la misma posición. Los dientes y la lengua se veían sucios, marrones, por los restos de tierra que le habían metido a la fuerza.

-Tenía barro en la boca.

-¿De verdad? Lo siento, es la primera vez que veo el cuerpo.

-Tenía la boca llena de barro.

-Quizà el mèdico que se encargò de ella se lo sacò para poder examinarle la boca.

-¿No lo han guardado?

-Lo dudo mucho.

La chica tenía los ojos abiertos. Eran azules. Tal vez a su madre la hubieran trasladado de alguna ciudad cercana a la frontera con Finlandia, de una de las regiones del Bàltico. Leo recordó la superstición que decía que el rostro del asesino quedaba grabado en el ojo de la víctima y se acercò un poco màs. Examinò aquellos ojos de color azul claro. De repente se sintió avergonzado y se irguió. Tiapkin sonrió.

-Todos lo miramos, tanto los mèdicos como los detectives. Da igual que nuestro cerebro nos diga que ahì no hay nada, todos queremos asegurarnos. Claro que eso nos facilitaria muchísimo el trabajo, de ser cierto.

-Si fuera cierto, los asesinos siempre les arrancarían los ojos a las víctimas.

Leo, que no había examinado nunca un cuerpo, al menos desde el punto de vista forense, no tenía muy claro lo que debía hacer. Pensó que la mutilación parecía tan frenética que sòlo podía ser obra de una persona enajenada. Le habían destrozado el torso. Ya había visto suficiente. Varlam Babìnich encajaba en el perfil. Seguramente había llevado consigo la tierra por razones que sòlo èl podía entender.

Leo se disponía a marcharse, pero Tiapkin, que había tenido que recorrer todo el trecho que llevaba hasta el sótano, no parecía tener prisa. Se acercò un poco màs y mirò fijamente lo que no parecía otra cosa que un amasijo de carne y tejido. Valiéndose de la punta del bolígrafo abrió el diafragma reventado y examinò las heridas.

-¿Puede decirme lo que ponìa en el informe?

Leo sacò sus notas y las leyò en voz alta. Tiapkin prosiguió con su examen.

-Ahì no dice que le falta el estòmago. Se lo han sacado, se lo han cortado del esófago.

-¡Què precisión! Quiero decir...

-¿Quiere decir que esto lo hizo un mèdico?

El mèdico sonrió y comentó:

-Es posible, pero los cortes son desiguales, no quirúrgicos. No son de un profesional. Aunque me sorprenderìa que èsta fuera la primera vez que el asesino usaba un cuchillo, al menos para cortar carne. Los cortes no son finos, pero sì confiados. Tienen un propósito, no están hechos al azar.

-¿Podría no ser la primera niña a la que mata?

-Me sorprenderìa.

Leo se llevó la mano a la frente y notò que, a pesar del frìo, estaba sudando. ¿Còmo podían tener nada que ver ambas muertas, la del hijo pequeño de Fiòdor y la de aquella niña?

-¿Què tamaño tendría su estòmago?

Tiapkin señaló con el bolígrafo, por encima del torso, el àrea aproximada del estòmago. Preguntò:

-¿No lo encontraron cerca de allì?

-No.

-Una de dos: o al buscar no lo vieron, lo que parece poco probable, o el asesino se lo llevó.

Leo se quedó un momento en silencio y entonces preguntò:

-¿La violaron?

Tiapkin examinò la vagina de la niña.

-No era virgen.

-Pero eso no significa que no la violasen.

-¿Habìa tenido relaciones sexuales antes de esto?

-Eso tengo entendido.

-No hay traumatismos en los genitales. Ninguna herida, ninguna incisión. Fijese también en que las heridas no iban dirigidas a los órganos sexuales. No tiene cortes ni en los pechos ni en la cara. El que hizo esto estaba muy interesado en una zona muy concreta, por debajo de la caja torácica y por encima de la vagina: las tripas, los órganos digestivos. Parece una salvajada, pero lo cierto es que està bastante controlado.

Leo se había precipitado al pensar que se trataba de un ataque frenético. En su mente, la sangre y la mutilación representaban el caos. Pero no era así. Aquello era ordenado, preciso, planeado.

-¿Etiquetan los cuerpos cuando los traen, para identificarlos?

-No, que yo sepa.

-¿Què es eso?

La niña tenía un trozo de cuerda alrededor del tobillo. Estaba atado con fuerza y una parte colgaba de la camilla. Parecía un vendaje de pobres. Había quemaduras en las partes de la piel que habían rozado la cuerda.

El doctor Tiapkìn lo vio primero. El general Nèsterov estaba en la puerta. Era imposible saber cuánto tiempo llevaba allí, observándolos. Leo se apartò del cadáver.

-He venido para familiarizarme con el procedimiento.

Nèsterov se dirigió a Tiapkìn.

-¿Nos disculpa?

-Por supuesto.

Tiapkìn mirò furtivamente a Leo, como si le estuviera deseando suerte, antes de irse. Nèsterov se acercò. Leo empezó a relatar lo que acababa de observar; una torpe manera de desviar la atención.

-El informe original no dice que falta el estómago. Tenemos una pregunta específica que hacerle a Varlam: ¿por què le sacò el estómago y què hizo con èl?

-¿Què hace en Voualsk?

Nèsterov estaba frente a Leo. El cuerpo de la chica se interponía entre ellos.

-Me trasladaron aquí.

-¿Por què?

-No sabría decirlo.

-Creo que usted todavía pertenece al MGB.

Leo se quedó callado. Nèsterov prosiguió.

-Eso no explica por què està tan interesado en este asesinato. Dejamos a Mikoyàn en libertad sin cargos, como se nos ordenò.

Leo no tenía ni idea de quièn era Mikoyàn.

--Lo sè.

-No tenía nada que ver con el asesinato de esta chica.

Mikoyàn debía de ser el nombre del miembro del Partido. Lo habían protegido. Pero ¿era el mismo hombre el que había pegado a una prostituta y el que había asesinado a esta chica? A Leo no le parecía probable. Nèsterov siguió.

-No he arrestado a Varlam porque haya dicho lo que no debía ni por haberse olvidado de asistir a una marcha en la Plaza Roja. Lo he arrestado porque matò a esa chica, porque es peligroso y porque esta ciudad està màs a salvo si èl està bajo custodia.

-Èl no lo hizo.

Nèsterov se rascò la cara.

-Sea lo que sea lo que haya venido a hacer aquí, recuerde que ya no està en Moscù. Aquí tenemos un acuerdo. Mis hombres están a salvo. Nunca han arrestado a ninguno de ellos ni los arrestaràn jamás. Si

hace cualquier cosa que ponga en peligro mi equipo, si informa de cualquier cosa que socave mi autoridad, si desobedece cualquier orden, si entorpece un procesamiento, si hace pasar a mis hombres por incompetentes, si denuncia a alguno de mis hombres por cualquier motivo, si hace cualquiera de esas cosas, lo mataré.

20 de marzo

Raisa tocò el marco de la ventana. Habían arrancado los clavos que la mantenía cerrada. Se dio la vuelta, se acercò a la puerta y la abrió. En el pasillo escuchò el ruido del restaurante, abajo, pero no había rastro de Basarov. Eran las últimas horas de la tarde, cuando màs trabajo tenía. Raisa cerrò la puerta y echò el cerrojo, volvió a la ventana, la abrió y mirò hacia abajo. Allì había un tejado inclinado que formaba parte de la cocina. La nieve estaba removida en la parte por la que Leo había descendido. Estaba furiosa. Habían sobrevivido por muy poco, y ahora a èl se le ocurría poner las vidas de ambos en peligro.

Aquèl había sido el segundo día de Raisa en la escuela de Secundaria 151. El director, Vitali Kozlòvich Kàpler, un hombre de unos cuarenta años, estaba màs que contento con el hecho de que Raisa se uniera al equipo, pues se había encargado de muchas clases, lo cual le había permitido, según èl, poner al día un montòn de papeleo. Raisa no estaba segura de si su llegada le dejaba màs tiempo para terminar con su trabajo o si sencillamente le ayudaba a trabajar menos. A primera vista parecía un hombre que prefería trabajar en el despacho a dar clases. Pero ella se alegraba de empezar de inmediato. De las pocas clases que había impartido hasta el momento le daba la impresión de que a los niños no les interesaba tanto la política como a sus alumnos de Moscù. No prorumpían en aplausos cuando mencionaba a las principales figuras del Partido, no competían por demostrar su lealtad al Partido y en general se comportaban mucho màs como niños. Venían de lugares diferentes, pertenecían a familias arrancadas de todos los rincones del país. Sus experiencias colectivas contrastaban sobremanera. Lo mismo sucedía con el profesorado. A la mayoría los habían trasladado a Voualsk de otras regiones. Todos habían pasado por una experiencia similar a la suya, por lo que la trataban bastante bien. Sospechaban de ella, por supuesto. ¿Quièn era? ¿Què hacía allí? ¿Era lo que parecía ser? Pero a ella no le importaba; èsas eran las preguntas que todo el mundo hacía a los demás. Por primera vez desde su llegada Raisa podía imaginarse viviendo allí.

Se había quedado en la escuela hasta bien entrada la tarde, leyendo y preparando sus clases. La Escuela 151 era mucho màs agradable que una ruidosa habitación situada encima de un restaurante. Sus precarias condiciones eran un castigo, y aunque molestaban a Leo, contra ella no servían de nada. Ella era, ante todo, sumamente adaptable. No se sentía atada a ningún edificio, ciudad o propiedad. Había perdido ese sentimiento, se lo habían arrancado el día que contemplò la destrucción de la casa de su infancia. Durante los primeros años de la guerra, cuando estaba rebuscando en el bosque, metiéndose setas en el bolsillo y bayas en el otro, empezaron a caer las bombas. No cayeron cerca de ella, sino a lo lejos. Trepò al árbol màs alto, desde donde notaba las vibraciones en el tronco, y se colgó de una de las ramas màs elevadas, como un pájaro. Vio còmo, a varios kilómetros de allí, acababan de reducir su pueblo a un montòn de polvo y humo. Había volado literalmente por los aires. El horizonte desapareció en medio de una niebla creada por el hombre, lo habían borrado de la tierra. La destrucción había sido demasiado rápida, demasiado extensa, demasiado completa como para poder albergar la màs mínima esperanza de que su familia siguiera con vida. Una vez finalizado el bombardeo bajò de aquel árbol y caminò por el bosque, conmocionada, con el bolsillo derecho goteando por las bayas aplastadas. Tenía làgrimas en los ojos: no eran làgrimas de tristeza, pues no había llorado ni antes ni después de aquello. Era por el polvo.

Una nube acre la hacía toser; era todo lo que quedaba de su familia y de su hogar. Se dio cuenta de que las bombas no habían sido disparadas desde las líneas alemanas; el silbido había venido del otro lado, de la primera línea rusa. Más tarde, como refugiada, le confirmaron que el ejército de su país tenía órdenes de destruir cualquier pueblo o ciudad que pudiera caer en manos de los alemanes. La destrucción total del hogar en el que había crecido había sido una

medida de precaución

Con aquellas palabras podía justificarse cualquier muerte. Era mejor destruir tu pueblo que permitir que un soldado alemán tuviera alguna oportunidad de encontrar una rebanada de pan. No hubo escrúpulos ni disculpas, ni se permitieron preguntas. Oponerse a la matanza era un acto de traición. Y las lecciones que sus padres le habían enseñado sobre el amor y el afecto, esas cosas que una niña aprende cuando observa, escucha y convive con dos personas enamoradas, quedaron relegadas en el fondo de su mente. Aquel comportamiento era propio de otra época. Tener un hogar, el sentimiento de pertenencia a un lugar: sólo los niños podían aferrarse a un sueño como aquél.

Raisa se apartó de la ventana y se esforzó por mantener la calma. Leo le había suplicado que se quedase con él, le había detallado los riesgos que correría si se marchaba. Ella había aceptado por la sencilla razón de que era lo mejor que podía hacer. No es que fuera gran cosa, pero era lo mejor de todas formas. Y ahora él ponía en peligro esta segunda oportunidad. Para sobrevivir en esta nueva ciudad tenían que ser discretos y evitar hacer nada fuera de lo común. No debían decir nada ni provocar a nadie. Casi con toda seguridad los estarían vigilando. Basarov era probablemente un informador. Sin duda Vasili tendría agentes en la ciudad, espionándolos, esperando a que le dieran un motivo para endurecer la pena, para que el castigo pasase del exilio al internamiento, y a la ejecución.

Raisa apagó la luz. Se quedó de pie, en la oscuridad, mirando por la ventana. Afuera no había nadie. Si había agentes vigilando, lo más seguro sería que estuviesen en el piso de abajo. Tal vez por eso habían clavado la ventana. Tenía que asegurarse de que Leo trajera los clavos de vuelta, para poder colocarlos de nuevo en su sitio. Basarov podría comprobarlo mientras ellos estuviesen trabajando. Se puso los guantes y el abrigo y salió por la ventana. Descendió por el tejado helado, intentando no hacer ningún ruido. Cerró la ventana tras ella y bajó hasta el suelo. Había obligado a Leo a jurar una única condición: que serían iguales como no lo habían sido nunca. Y, sin embargo, él había traicionado su palabra. Si pensaba que iba a quedarse allí, callada (como una mujer obediente, que lo apoyaba), mientras él ponía su vida en peligro por motivos personales, estaba equivocado.

El mismo día

Como parte de la investigación oficial, habían estado buscando en una zona con un radio de quinientos metros a partir del punto en el que habían encontrado el cuerpo de Larisa Petrova. A pesar de que no tenía ninguna experiencia en investigaciones de asesinatos, a Leo aquello le parecía muy poco. No habían descubierto nada excepto la ropa de la niña, tirada a unos cuarenta pasos, más o menos, del cuerpo, hacia el interior del bosque. ¿Por qué estaba su ropa —su camisa, su falda, su sombrero, sus guantes— en un ordenado montoncito, tan lejos del cuerpo. En la ropa no había rastro de sangre, no había marcas de cuchillo, ni rajas ni cortes. Una de dos: o le habían quitado la ropa o se había desnudado ella misma. Quizá había intentado huir, salir del bosque, y la habían atrapado justo antes de llegar al claro. Si

eso era cierto, entonces habría corrido desnuda. El asesino debía de haberla convencido para que lo acompañase, quizá le hubiera ofrecido dinero a cambio de sexo. Cuando ella se quitò la ropa, èl la atacò. Pero a Leo le parecía complicado aplicar la lógica en aquel caso. Los detalles incomprensibles –la tierra, la desaparición del estòmago, la cuerda- le resultaban indescifrables, y al mismo tiempo era incapaz de dejar de pensar en ellos.

Había pocas posibilidades de encontrar nada nuevo relacionado con la muerte de Larisa, incluso si se pasaban por alto la incompetencia y el descuido. Por tanto, Leo se encontraba en una difícil situación: necesitaba descubrir un segundo cuerpo. Durante el invierno aquel bosque se quedaba desierto; un cuerpo podría quedarse allí varios meses, tan bien conservado como el de Larisa. Leo tenía razones para pensar que ella no había sido la primera víctima. El mèdico había sugerido la posibilidad de que el asesino supiera lo que estaba haciendo, lo cual significaba que tenía una competencia y una seguridad que se derivaban de la pràctica. El método daba la impresión de algo rutinario, una rutina que hacía pensar en una secuencia. Y además, por supuesto, estaba la muerte de Arkadi; un hecho que Leo tenía ahora siempre presente.

Usò discretamente la linterna a la vez que aprovechaba la luz de la luna. La vida de Leo dependía de la discreción. Se tomaba muy en serio la amenaza de muerte de su general. Sin embargo, aquella necesidad de secretismo había sufrido un revés cuando el hombre que trabajaba en la estación, Aleksandr, lo había visto en el bosque. Lo había llamado y Leo no había sido capaz de inventarse una mentira creíble, por lo que le había dicho que estaba buscando pruebas sobre el asesinato de aquella niña. Después de aquello le pidió a Aleksandr que no dijera nada a nadie, asegurándole que eso podría poner en peligro la investigación. Aleksandr se mostrò de acuerdo y le deseò buen suerte, y además comentó que èl siempre había sospechado que el asesino había llegado en tren y estaba allí de paso. ¿Por què, si no, estaba el cuerpo tan cerca de la estación? De haber sido alguien de la ciudad, habría conocido otras zonas màs apartadas del bosque. Leo había admitido que el lugar podía dar ideas, y pensò que debía vigilar a aquel hombre. Aunque parecía bastante simpático, una apariencia inocente no garantizaba nada. De todas formas, pensò Leo, la inocencia en sÌ tampoco contaba demasiado.

Valiéndose de un mapa que había robado en la oficina de la milicia, Leo había dividido el bosque que rodeaba el ferrocarril en cuatro zonas. No encontró nada en la primera, que era donde había aparecido el cadáver de la víctima. Gran parte del suelo había sido pisoteado por cientos de botas. No quedaba ni la nieve empapada de sangre. Seguramente se la habían llevado, con la intención de borrar cualquier rastro de aquel crimen. Leo se dio cuenta de que no habían buscado en las demás zonas: la nieve estaba intacta. Había tardado una hora en cubrir la segunda zona. Cuando terminò, sus dedos estaban entumecidos por el frÌo. Sin embargo, la ventaja que tenía la nieve era que podía moverse con relativa rapidez mientras examinaba grandes parcelas de tierra en busca de huellas, usando las suyas para marcar las secciones que ya había cubierto.

Cuando casi había terminado la tercera zona se detuvo. Escuchò pisadas; escuchò la nieve crujir. Apagò la linterna, se colocò detrás de un árbol y se agachò. Pero no podía esconderse: parecía que estuvieran siguiendo sus huellas. ¿Debìa correr? Era su única oportunidad.

-¿Leo?

Se levantò y encendió la linterna. Era Raisa.

Leo apartò de su cara el haz de luz.

-¿Te han seguido?

-No.

-¿Què haces aquí?

-Estoy aquí para preguntarte lo mismo.

-Te lo dije. Han asesinado a una niña. Tienen a un sospechoso pero yo no creo...

Raisa le interrumpió de manera abrupta, impaciente.

-¿No crees que sea culpable?

-No.

-¿Y desde cuando te importa eso?

-Raisa, sólo intento...

-Leo, para, porque no creo que pueda soportar que me digas que estás aquí para hacer lo correcto, que te mueven los principios de justicia y honor. Seamos francos. Esto va a acabar mal, y cuando acabe mal para ti acabará mal para mí.

-¿Quieres que no haga nada?

Raisa se enfadó.

-¿Crees que tengo que aceptar esta investigación personal que te has montado? Hay inocentes que sufren por todo el país, y lo único que puedo hacer yo es intentar no ser uno de ellos.

-¿En serio crees que si mantenemos la cabeza baja, si no hacemos nada mal, eso nos protegerá? No hiciste nada malo la última vez y querían ejecutarte por traidora. No hacer nada no es una garantía de que no vayan a arrestarnos de todas formas. He aprendido esa lección.

-Pero eres como un niño que acaba de aprender un concepto nuevo. Todo el mundo sabe que no hay garantías. Todo es arriesgado. Pero es un riesgo inaceptable. ¿Crees que si puedes atrapar a alguien que sea realmente culpable, todos esos inocentes a los que arrestaste desaparecerán? Esto no tiene nada que ver con esa niña, tiene que ver contigo.

-Me odias cuando cumplo órdenes. Me odias cuando hago lo correcto.

Leo apagó la linterna. No quería que lo viera molesto. Por supuesto, ella tenía razón, todo lo que había dicho era cierto. Sus destinos estaban unidos; no tenía ningún derecho a embarcarse en aquella investigación sin contar con su aprobación. Y no tenía derecho alguno a discutir sobre moral.

-Raisa, no creo que nos vayan a dejar en paz. Lo más seguro es que esperen un par de meses, quizá un año, entre mi llegada y mi arresto.

-Eso no lo sabes.

-Es de lo poco que sé. Nunca dejan en paz a la gente. Quizá tengan que construir la acusación contra mí. Tal vez sólo quieren que me pudra en algún lugar perdido antes de acabar conmigo definitivamente. Pero no me queda mucho tiempo. Y así es como quiero gastar el que tengo, intentando encontrar al hombre que hizo esto. Puede que tenga otros motivos. Pero ¿qué importa eso? Hay que atraparlo. Sé que eso no te sirve de nada. Aun así, hay una forma de que tú sobrevivas. Poco antes de arrestarme, doblarán la vigilancia. En ese momento tendrás que ir a hablar con ellos, contarles alguna historia sobre mí, hacer como si me estuvieras traicionando.

-¿Y qué se supone que tengo que hacer hasta entonces? ¿Sentarme en una habitación a esperar? ¿Mentir por ti? ¿Encubrirte?

-Lo siento.

Raisa negó con la cabeza, se dio la vuelta y regresó a la ciudad. Leo, solo, volvió a encender la linterna. Se había quedado sin energía, se movía lentamente. Ya no pensaba en el caso. ¿No era aquella una empresa egoísta, inútil? No había caminado mucho cuando escuchó el sonido de pisadas en la nieve. Raisa había vuelto.

-¿Estás seguro de que ese hombre ha matado antes?

-Sí. Y si encontramos a otra víctima, volverán a abrir el caso. Las pruebas contra Varlam Babínich se limitan a esta chica. Si hay un segundo asesinato, el caso abierto contra él no se sostendrá.

-Dijiste que ese chico, Varlam, tenía dificultades para aprender. Parece la persona perfecta a la que culpar de cualquier crimen. Podrían culparle de ambos.

-Tienes razón. Es un riesgo. Pero un segundo cadáver es la única oportunidad que tengo de reabrir el caso.

-Entonces, si encontramos otro cuerpo, habrá una investigación. Si no, si no encontramos nada, prométeme que lo dejaràs.

-Està bien.

-muy bien. Tù delante.

Inseguros, dubitativos, se adentraron en el bosque.

Despuès de caminar casi treinta minutos, el uno junto al otro, Raisa señaló hacia delante. Dos rastros se cruzaban frente a ellos, uno de adulto y otro de niño. No había signos de lucha. Al niño no lo habían arrastrado. Las huellas de las botas del adulto eran enormes y profundas. Era un hombre alto, pesado. Las pisadas del niño eran muy leves. Era joven, pequeño.

Raisa mirò a Leo.

-Podrían llegar simplemente hasta alguna aldea.

-Es posible.

Comprendió que Leo pensaba seguirlas hasta el final.

Llevaban un buen rato andando, tras los rastros, sin encontrar nada extraño. Leo había empezado a pensar que a lo mejor Raisa tenía razón. Quizá fueran pisadas de gente inocente. De repente se detuvo. Màs adelante había un trozo de nieve aplastada, como si alguien se hubiera echado. El corazón de Leo empezó a palpar con fuerza y caminò hasta allí. Las pisadas eran cada vez màs confusas, como si hubiera habido una pelea. El adulto se había marchado de allí y las pisadas del niño se apartaban en dirección opuesta. Eran pisadas desiguales, torpes; había estado corriendo. Por las marcas en la nieve, era evidente que el niño se había caído: había una huella de una mano. Pero se había levantado y había echado a correr de nuevo, antes de volverse a caer. Había estado luchando otra vez en el suelo, aunque era imposible saber con què o con quièn. No había otras huellas. Independientemente de lo que hubiera pasado, el niño no había podido levantarse y salir corriendo una vez màs. Podía leerse la desesperación en la nieve. Sin embargo, las pisadas de adulto seguían sin aparecer por ningún lado. Entonces, varios metros màs adelante, aparecieron de nuevo. De entre los àrboles surgían profundas pisadas de botas. Pero había algo raro: el adulto corría en zigzag, de un lado para otro, convergiendo sin demasiada precisión en el rastro del pequeño. No tenìan ningún sentido. Después de haberse alejado de èl, aquel hombre había cambiado de parecer y había vuelto a buscarlo a toda prisa, errático. A juzgar por los ángulos de las pisadas, lo había alcanzado en algún punto después del siguiente àrbol.

Raisa se detuvo y mirò hacia delante, hacia el punto en el que se unían los rastros. Leo le puso la mano en el hombro.

-Quèdate aquí.

Leo avanzò y rodeò el àrbol. Lo primero que vio fue nieve manchada de sangre, después unas piernas desnudas y un torso mutilado. Era un chico joven, no tendría màs de trece o catorce años. Era pequeño, frágil. Como la niña, estaba boca arriba, mirando al cielo. Tenía algo en la boca. Con el rabillo del ojo, Leo percibió movimiento. Se volvió y vio que Raisa estaba junto a èl mirando el cuerpo del niño.

-¿Estàs bien?

Raisa se llevó despacio la mano a la boca. Asintió muy levemente.

Leo se agachò junto al chico. Tenía un trozo de cuerda atado alrededor del tobillo. Habían cortado la cuerda, sòlo quedaba un poco en la nieve. La piel del muchacho estaba roja allí donde se había rozado con la cuerda y le había producido cortes. Leo hizo un esfuerzo y mirò su cara. Tenía la boca llena de tierra. Daba la impresión de que estuviera gritando. Al contrario que Larisa, no estaba cubierto por una fina capa de nieve. Había muerto poco después que ella, quizá durante las dos últimas semanas. Leo acercò la mano

a la boca del pequeño y cogió un pedazo de tierra oscura. La tocò con los dedos. Era àspera y dura. No tenía la textura de la tierra. Había trozos grandes, desiguales. Con la presión de uno de sus dedos uno de los fragmentos se deshizo. Aquello no era tierra. Era la corteza de un árbol.

22 de marzo

Unas treinta y seis horas después de que èl y Raisa hubieran encontrado el cuerpo del niño, Leo seguía sin haber informado del descubrimiento. Raisa tenía razón. En vez de reabrir el caso, aquel segundo asesinato podía serle imputado a Varlam Babìnich. Aquel chico no tenía instinto de supervivencia, era susceptible a la sugestión. Si le susurraban algo al oído, era muy probable que lo repitiera. Proporcionaba una solución rápida y conveniente a dos asesinatos terribles. ¿Para què buscar a un segundo sospechoso cuando ya había uno bajo custodia? Era poco probable que Varlam tuviera una coartada, teniendo en cuenta que los trabajadores del internado no recordarían dònde estaba y no estarían dispuestos a dar la cara por èl. Probablemente los cargos pasarían de un asesinato a dos.

Leo no podía llegar y anunciar que había descubierto el cuerpo de aquel muchacho. En primer lugar tenía que demostrar que Varlam Babìnich no sabía nada de aquello. Era la única forma de salvarlo: minar las acciones emprendidas por la milicia contra el principal sospechoso: el único sospechoso. De todas formas, eso era justo lo que Nèsterov le había advertido a Leo que no hiciera. Aquello significaría la apertura de un caso criminal sin sospechoso, contra personas desconocidas. El problema empeoraba por el hecho de que Babìnich hubiera confesado ya. Seguramente los agentes locales del MGB se implicarían si se enteraban de que una confesión había sido rechazada por la milicia. Las confesiones eran el pilar fundamental del sistema judicial, y su veracidad debía ser protegida a cualquier precio. Si alguien se enteraba de que había habido un segundo asesinato antes de que Leo pudiera demostrar la inocencia de Babìnich, podría decidir que era mucho màs fácil, màs simple y màs seguro meterle en la cabeza al sospechoso todos los detalles necesarios: un niño de trece años, apuñalado en el bosque, al otro lado de las vías, hace varias semanas. Era una solución limpia, eficiente, y que no molestaría a nadie, ni siquiera al propio Babìnich, pues probablemente no se enteraría de lo que estaba pasando. Sòlo había una forma de garantizar que la noticia de que había un sòlo cadáver no se filtraba y era guardar silencio. Al regresar a la estación de tren no había dado la alarma ni había llamado a sus superiores. No había informado del asesinato ni había preparado el escenario del crimen. No había hecho nada. Para asombro de Raisa, le había pedido que no dijera nada, pues no podía ver a Babìnich hasta la mañana siguiente, lo que significaba que el cuerpo debía quedarse en el bosque aquella noche. Si el muchacho tenía alguna oportunidad de que se hiciera justicia, no se le ocurría ninguna otra opción.

Babìnich ya no estaba al cargo de la milicia. Lo habían entregado a los abogados de la oficina del procurador. Un equipo de “sledovatyel” había obtenido ya la confesión del asesinato de Larisa Petrova. Leo había leído el documento. Había diferencias entre la confesión obtenida por la milicia y la que habían obtenido los abogados, pero eso apenas importaba; venían a decir lo mismo: que era culpable. De todas formas el documento de la milicia no era oficial, y no se haría referencia a èl en el tribunal: su trabajo sòlo consistía en señalar al sospechoso màs probable. Cuando Leo pidió hablar con el prisionero la investigación casi había concluido. Estaban listos para ir a juicio.

Leo se había visto obligado a argumentar que el sospechoso podía haber matado a màs niñas y que antes de que fuera llevado a juicio la milicia y los abogados debían interrogarlo conjuntamente para determinar si había màs víctimas. Nèsterov, cauto, había accedido: era algo que ya tenía que haber hecho.

Insistió en que el interrogatorio fuera conjunto, lo que a Leo le parecía bien. Cuantos más testigos, mejor. En presencia de dos abogados y dos agentes de la milicia, Babínich había negado saber nada de otras víctimas. Después el equipo había llegado a la conclusión de que era poco probable que el sospechoso hubiera matado a nadie más. Que ellos supieran, no había desaparecido ninguna otra chica de pelo rubio, que en este caso era el motivo del asesinato. Después de conseguir que ambas partes acordasen que había pocas probabilidades de que Babínich hubiera matado a nadie más, Leo había argumentado que no podían estar seguros y que debían buscar en el bosque por si acaso; ampliar la búsqueda para incluir cualquier parte del bosque a menos de treinta minutos a pie desde el perímetro de la ciudad. Nèsterov, que tenía la impresión de que Leo tramaba algo, se mostraba cada vez más suspicaz. En circunstancias normales, si Leo no estuviera relacionado con el MGB, se habría rechazado su propuesta. La idea de malgastar recursos de la milicia en busca de un crimen era ridícula. Pero por mucho que Nèsterov desconfiase de Leo, parecía tener miedo de oponerse a la sugerencia, pues la orden podía provenir de Moscú. Se planificó la búsqueda para ese mismo día: treinta y seis horas después de que Leo y Raisa hubieran encontrado el cadáver del muchacho.

Durante aquellas horas el recuerdo del niño tirado en la nieve había dominado los pensamientos de Leo. Había sufrido pesadillas en las que un niño, en mitad del bosque, desnudo, destripado, le preguntaba por qué lo había abandonado.

¿Por qué me dejasteis?

El niño de la pesadilla era Arkadi, el hijo de Fiódor.

Raisa le había dicho a Leo que le costaba concentrarse en la escuela, sabiendo que había un niño muerto en el bosque y comportándose como si no pasara nada. Sentía un necesidad incontrolable de advertir a los niños, de alertar de alguna forma a la ciudad. Los padres no tenían ni idea del peligro. Ninguno de ellos había denunciado la desaparición de su hijo. El historial de la escuela no mostraba ninguna ausencia sin explicación. ¿Quién era el niño del bosque? Quería saber su nombre, encontrar a su familia. Lo único que podía hacer Leo era pedirle que esperase. A pesar de su inquietud, confiaba en lo que había dicho Leo: esa era la única manera de librar a un muchacho inocente y de iniciar la persecución del verdadero responsable. Lo absurdo de aquel razonamiento hacía que pareciera perfectamente plausible.

Nèsterov, que había reclutado trabajadores del aserradero para completar los equipos de búsqueda, dividió a los hombres y a las mujeres en siete grupos de diez. A Leo le tocó el grupo que buscaba en la parte del bosque situada tras el Hospital del Estado 379, en el extremo opuesto de la ciudad donde se encontraba el cadáver. Aquello era perfecto, porque sería mejor si no era él quien encontraba el cuerpo. También era posible que encontraran más cuerpos. Estaba seguro de que esas víctimas no eran las primeras.

Los diez miembros del equipo de Leo se dividieron en dos grupos de tres y uno de cuatro. Leo iba con el segundo de Nèsterov, quien sin duda tenía instrucciones de no quitarle el ojo de encima. Con ellos iba una mujer, una trabajadora del aserradero. Les llevó todo el día completar su zona de búsqueda, varios kilómetros cuadrados, atravesando montones de nieve en los que tenían que rebuscar con palos para asegurarse de que no había nada debajo. No encontraron ningún cuerpo. Volvieron a reunirse en el hospital. Ninguno de los otros dos equipos había encontrado nada. Aquella parte del bosque estaba vacía. Leo estaba impaciente por saber lo que pasaba al otro lado de la ciudad.

Nèsterov estaba junto al bosque, cerca de la cabina de mantenimiento del ferrocarril, que habían incautado y convertido en cuartel general provisional. Leo se acercò, tratando de aparentar despreocupación e indiferencia. Nèsterov le preguntò:

-¿Què ha encontrado?

-Nada.

Después de una calculada pausa, Leo añadió:

-¿Han mirado allí?

-No hay nada.

Leo no podía conservar la pose de fría indiferencia. Sabía que lo estaban observando, así que mirò hacia otro lado para intentar pensar què podía haber fallado. ¿Còmo podían no haber visto el cuerpo? ¿Seguìa allí? Las huellas eran claramente visibles. Puede que no hubieran extendido lo suficiente el perímetro de búsqueda como para llegar al cuerpo, pero sí que debía de llegar hasta las huellas. ¿Acaso el equipo no las había seguido hasta el final? Si no estaban muy motivados, quizá hubieran abandonado la búsqueda designada. La mayoría de los equipos volvían ya: no faltaba mucho para que concluyera la operación, y el cuerpo del niño seguía en el bosque.

Leo se puso a hacer preguntas a los que regresaban. Dos agentes de la milicia, ninguno de los cuales tendría màs de dieciocho años, habían formado parte del equipo que había buscado por la zona del bosque màs cercana a donde se encontraba el cuerpo. Admitieron haber visto huellas, pero pensaron que no eran sospechosas, porque había cuatro rastros en lugar de dos: habían supuesto que eran de un familia de excursión. Leo se había olvidado de tener en cuenta que èl y Raisa habían dejado dos nuevos rastros junto a los de la víctima y el asesino. Intentò controlar la desesperación, olvidò que ya no tenía ninguna autoridad y ordenò a ambos hombres que volvieran al bosque y siguieran las huellas hasta el final. Los agentes no parecían muy convencidos. Las huellas podían seguir varios kilómetros. Y además, ¿quién era Leo para darles òrdenes?

Leo no tuvo màs remedio que ir a ver a Nèsterov y explicarle, por medio de un mapa, que no había ninguna aldea cercana en aquella dirección, con lo cual las huellas eran sospechosas. Pero Nèsterov estuvo de acuerdo con los dos agentes. El hecho de que hubiera cuatro rastros en lugar de dos lo convertía en una pista poco sospechosa, y no merecía la pena seguirla. Leo no pudo contener su frustración y dijo:

-Entonces irè yo.

Nèsterov lo mirò fijamente.

-Iremos los dos.

Leo seguía sus propias huellas, adentrándose en el bosque, con la única compañía de Nèsterov. Tardò en darse cuenta de que corría peligro: iba desarmado y lo acompañaba un hombre que quería verlo muerto. Si pensaba matarlo, èse era un buen lugar. Nèsterov parecía tranquilo. Fumaba.

-Dìgame, Leo, ¿què es lo que vamos a encontrar al final de ese rastro?

-No tengo ni idea.

-Pero, ¿no son èsas sus pisadas?

Nèsterov señaló las huellas que tenían frente a ellos y después las que acababa de dejar Leo. Eran idénticas.

-Vamos a encontrar el cuerpo de un niño muerto.

-Que usted ya ha descubierto.

-Hace dos días.

-Y sobre el que no ha informado.

-Quería demostrar que Varlam Babínich no tenía nada que ver con este asesinato.

-¿Le preocupaba que lo culpásemos a èl del asesinato?

-Todavía me preocupa.

¿Iba a desenterrar Nèsterov? Leo esperò. Finalmente Nèsterov encendió un cigarrillo y siguió caminando. No dijeron nada màs hasta llegar al lugar donde se hallaba el cadáver. El niño estaba tal y como Leo lo recordaba, desnudo, boca arriba, con la boca llena de corteza de árbol y el torso destrozado. Leo dio un paso atrás y observò a Nèsterov examinar el cuerpo. Se tomò su tiempo. Leo se dio cuenta de que su superior estaba escandalizado con aquel crimen. Aquello le supuso cierto alivio.

Nèsterov se le acercò.

-Quiero que vuelva y avise a la oficina del procurador. Yo me quedarè aquì, junto al cuerpo.

Nèsterov recordò la preocupación de Leo y aadió:

-Es evidente que Varlam Babìnich no ha tenido nada que ver con este asesinato.

-Estoy de acuerdo.

-Son dos casos distintos.

Leo se lo quedò mirando, atònito ante aquella afirmación.

-Pero, ¿y si a los dos niños los matò el mismo hombre?

-Una chica sufrió una agresión sexual y fue asesinada. Un chico ha sufrido una agresión sexual y ha sido asesinado. Son crímenes distintos. Son depravaciones distintas.

-Pero los dos tenían corteza, corteza de árbol en la boca.

-Larisa tenía la boca llena de tierra.

-Eso no es cierto.

-Varlam Babìnich ha admitido que le llenò la boca de tierra.

-Lo cual demuestra que no la matò. La tierra està congelada. Si era tierra, ¿de dònde la sacò? Tenía la boca llena de corteza, igual que este niño. La prepararon con antelación, no sè por què.

-Babìnich ha confesado.

-Admitirà lo que sea si se lo preguntan las veces suficientes.

-¿Còmo està tan seguro de que es el mismo asesino? La niña fue asesinada cerca de la estación, sin precaución alguna, algo arriesgado, apenas estaba fuera de la vista de la gente. Los pasajeros podían haber oído los gritos. Fue un crimen cometido por un idiota, y un idiota ha confesado haberlo cometido. Pero a este niño lo llevaron durante casi una hora hacia el interior del bosque. El asesino ha tenido cuidado para que nadie lo interrumpiese. Es otro hombre.

-Quièn sabe lo que pasò con esa chica; quizá querìa adentrarse màs en el bosque pero ella cambiò de parecer, por lo que tuvo que matarla allí. ¿Por què tienen los dos un trozo de cuerda en el tobillo?

-Es un crimen diferente.

-Dìgame que no està tan desesperado por empezar el proceso que es capaz de decir y creer cualquier cosa.

-Dìgame usted què clase de persona viola a una niña, la mata, y después viola y mata a un niño. ¿Quièn es esa persona? He trabajado en la milicia durante veinte años. Nunca he encontrado a nadie así. Nunca he oído hablar de alguien así. ¿Puede darme algún ejemplo?

-No conozco ninguno.

-No existen. La chica murió por una razón: la mataron por su pelo rubio. La matò un chico enfermo. Este niño murió por una razón. Lo matò otro hombre con una enfermedad distinta.

23 de marzo

Aleksandr cerrò la taquilla, bajò la persiana y se reclinò en su silla. Aunque era un sitio pequeño, de no màs de dos metros cuadrados, le gustaba que fuera suyo. No lo compartìa con nadie ni tenía a nadie que supervisara su trabajo. Disfrutaba de una especie de libertad que no se veìa minada por cuotas ni por controles de productividad. Su trabajo sòlo tenía una pega. Todos los que lo conocían asumían que debía de sentirse decepcionado por el rumbo que había tomado su vida.

Cinco años atrás Aleksandr era el corredor màs rápido de la Escuela de Secundaria 151. Todos pensaban que estaba destinado a triunfar a escala nacional; quizá internacional, si la Unión Soviética competìa en las Olimpiadas. En lugar de eso había acabado con un trabajo sedentario, como encargado de una taquilla, desde la que veìa còmo otras personas emprendían viajes mientras èl no iba a ninguna parte. Había seguido durante varios años un sacrificado régimen de ejercicio, había ganado competiciones regionales. ¿Y para què? Horarios y billetes: un trabajo que podía hacer cualquiera. Recordaba perfectamente el momento en que aquel sueño se había desvanecido. Su padre y èl cogieron un tren para Moscù para presentarse a las pruebas de selección del Club Deportivo Central del Ejèrcito, el CSKA, que formaba parte del Ministerio de Defensa. El CSKA era famoso por escoger los mejores atletas del país y obligarlos a ser excepcionales. Rechazaban el noventa por ciento de los aspirantes. Aleksandr había corrido hasta acabar vomitando a un lado de la pista. Había corrido màs rápido que nunca; había batido su marca personal. No lo seleccionaron. En el viaje de vuelta su padre había intentado ver el fracaso de forma positiva. Sería una motivación para entrenar con màs intensidad; al año siguiente lograría que lo seleccionasen y sería màs fuerte por haber tenido que luchar por su sueño. Pero Aleksandr lo había dado todo y ya había tenido suficiente. No habría año siguiente. Aunque su padre hubiera seguido presionándole, Aleksandr no se sentía motivado y aquèl pronto perdió el interés también. Aleksandr dejó la escuela y se puso a trabajar, acomodándose a una rutina sencilla.

Cuando terminó eran las ocho de la tarde. Salió de la taquilla y cerrò con llave. No tenía que andar mucho, pues sus padres vivían en un edificio anejo a la estación. Técnicamente su padre estaba a cargo de la estación. Pero no se encontraba bien. En el hospital no había nadie que supiera decir què le pasaba, excepto que tenía sobrepeso y bebìa demasiado. Su madre gozaba de buena salud y, aparte de la enfermedad de su padre, era una persona bastante alegre. Tenía razones para serlo: eran una familia afortunada. El dinero que ganaban trabajando para el ferrocarril del Estado no era mucho; la “blat” o influencia, relativamente poca. Pero la autèntica ventaja era el alojamiento. En lugar de tener que compartirlo con otra familia, tenían un apartamento para ellos solos, con cañerías, agua caliente y aislamiento térmico, tan nuevo como la estación. A cambio se esperaba que estuvieran disponibles las veinticuatro horas del día. En la estación había un timbre que sonaba en su apartamento. Si había un tren por la noche o de madrugada, tenían que estar allí. Pero aquello no era màs que un pequeño inconveniente que se repartían entre toda la familia, algo que compensaban con creces los privilegios de los que disfrutaban. Tenían un apartamento en el que bien podrían vivir dos familias. La hermana de Aleksandr se había casado con un encargado de la limpieza de la fàbrica Volga, donde también trabajaba ella, y ambos se habían mudado a un apartamento nuevo en un buen barrio. Estaban esperando su primer hijo. Aquello significaba que Aleksandr, con veintidós años, no tenía nada de què preocuparse. Algún día estaría al cargo de la estación y el edificio anejo sería suyo.

Se quitò el uniforme en el dormitorio, se puso ropa màs informal y se sentò a la mesa con sus padres: sopa de guisantes y abadejo seguida de “kasha” frito. Su padre comìa una pequeña porción de hígado de vaca. Era algo caro y difícil de encontrar, pero se lo habían recomendado los médicos. El padre

de Aleksandr seguía una dieta muy estricta, según la cual no debía beber nada de alcohol, lo que, en su opinión, le hacía más mal que bien. No hablaban durante la cena. Su padre siempre parecía incómodo. Apenas comía. Después de lavar los platos Aleksandr se despidió: iba a ir al cine. En aquel momento su padre estaba echado. Aleksandr le dio un beso de buenas noches, y le dijo que no se preocupara, que se levantaría para ocuparse del primer tren.

En Voualsk sólo había un cine. Hasta tres años antes no había ninguno. Habían convertido una iglesia en un auditorio de seiscientas butacas en el que se proyectaban antiguas películas patrocinadas por el Estado, muchas de las cuales no habían podido ver antes los habitantes de la ciudad. Entre ellas estaban ISTREBITELI, BEZ VINY VINOVAITYE, PODVIG RAZVEDCHIKA Y VSTRECHA NA ELBE, alguna de las películas de más éxito de los últimos años, y que Aleksandr había visto varias veces. Desde que abrieron el cine se convirtió enseguida en su pasatiempo favorito. Al ser un deportista, nunca se había interesado mucho por la bebida, y no era especialmente sociable. Cuando llegó al vestíbulo vio que estaban echando NEZABYVAEMY GOD 1919. La había visto hacia dos noches y muchas más veces antes de eso. Le parecía fascinante, no por la película en sí, sino por la idea de que hubiera un actor que interpretaba a Stalin. Se preguntaba si éste había intervenido en la selección de los intérpretes. Se imaginaba lo que debía de ser ver a otro hombre haciendo de uno mismo, dándole instrucciones sobre lo que hace bien y lo que hace mal. Aleksandr pasó de largo. No se puso a la cola, sino que se dirigió hacia un parque.

En medio del parque de la Victoria había una estatua de bronce de tres soldados con el puño alzado y los rifles echados a un hombro. Oficialmente el parque cerraba por las noches. Pero no había ninguna valla y nadie se ocupaba de que se respetase la prohibición. Aleksandr sabía qué camino tomar: un sendero alejado de la calle y muy lejos de la vista de nadie, oculto entre los árboles y los arbustos. Pudo sentir que, de la emoción, se le aceleraba el corazón al dar la vuelta por el perímetro, como le pasaba siempre. Al parecer aquella noche no había nadie, y pensó en irse a casa.

Más adelante distinguió a un hombre. Aleksandr se detuvo. El hombre se dio la vuelta y lo miró. Una pausa nerviosa dio a entender que ambos estaban allí por la misma razón. Aleksandr siguió hacia delante y aquel hombre se quedó donde estaba, esperando a que lo alcanzase. Una vez juntos, miraron a su alrededor para asegurarse de que estaban solos, antes de mirarse el uno al otro. Aquel hombre era más joven que Aleksandr, quizá no tuviera más de diecinueve o veinte años. Parecía confundido, y Aleksandr se imaginó que era su primera vez. Rompió el silencio.

-Conozco un sitio al que podemos ir.

El joven miró a su alrededor una vez más y asintió, sin decir nada. Aleksandr prosiguió:

-Sigueme, pero mantén la distancia.

Caminaron separados. Aleksandr salió primero, adelantándose unos cien pasos. Se volvió. El otro lo seguía.

Al llegar a la estación comprobó que sus padres no estuvieran en la ventana de su apartamento. Entró en el edificio principal sin ser visto, como si fuera a coger un tren. Sin encender las luces, abrió la taquilla, entró y dejó la puerta abierta. Empujó la silla a un lado. No había mucho sitio, pero bastaba. Esperó, miró el reloj y se preguntó por qué tardaba tanto aquel chico. Entonces recordó que él andaba muy rápido. Finalmente escuchó a alguien entrar en la estación. Se abrió la puerta de la taquilla. El chico entró y ambos pudieron echarse por primera vez un buen vistazo. Aleksandr cerró la puerta. El sonido del pestillo lo excitaba. Significaba que estaban a salvo. Casi se tocaban, pero aún no hacían nada. Ninguno de los dos estaba seguro de quién debía actuar primero. Aleksandr disfrutaba de aquel instante y lo alargó todo lo que pudo, antes de echarse sobre él y besarlo.

Alguien golpeó la puerta. Lo primero que pensó Aleksandr era que se trataba de su padre: debía de haberlo visto, probablemente lo sabía todo. Pero entonces se dio cuenta de que los golpes no venían de

fuera. Era aquel hombre el que daba golpes en la puerta, el que gritaba. ¿Había cambiado de idea? ¿Con quièn hablaba? Aleksandr estaba confundido. Escuchò voces fuera de la taquilla. Aquel chico ya no era tímido y nervioso. Se había transformado. Ahora estaba furioso, asqueado. Escupió a Aleksandr en la cara. La flema le quedó colgando. Aleksandr se la limpiò. Sin pensar, sin entender lo que sucedía, golpeò a aquel chico, que cayò al suelo.

El pomo de la puerta vibrò. Escuchò una voz que venìa de fuera:

-Aleksandr, soy el general Nèsterov, el hombre que està contigo es un agente de la milicia. Te ordeno que abras la puerta. O me obedeces o llamo a tus padres y los traigo aquí para que vean còmo te arresto. Tu padre està enfermo, ¿verdad? Se morirìa si se enterase de tu crimen.

Tenía razón. Aquello mataría a su padre. Intentò abrir la puerta apresuradamente, pero el cuerpo de aquel chico la bloqueaba. Tuvo que echarlo a un lado antes de poder quitar el pestillo y abrir la puerta. En cuanto esto sucedió, unas manos lo agarraron y lo sacaron de la taquilla.

Leo mirò a Aleksandr, la primera persona a la que había conocido cuando se bajò del tren en Moscù, el chico que le había conseguido un cigarrillo, que le había ayudado a buscar en el bosque. No podía hacer nada para ayudarlo.

Nèsterov echò un vistazo dentro de la taquilla, y se fijò en su agente, que seguía mareado en el suelo, avergonzado de haber sido reducido.

-Sacadlo de aquí.

Dos agentes entraron y llevaron al agente herido hasta un coche que había fuera. Al ver lo que Aleksandr le había hecho a uno de sus hombres, el segundo de Nèsterov le dio un puñetazo en la cara. Antes de que pudiera darle otro, Nèsterov intervino:

-Ya basta.

Rodeò al sospechoso, sopesando lo que iba a decir.

-Me decepciona encontrarte haciendo esto. Nunca lo habría pensado de ti.

Aleksandr escupió sangre en el suelo, pero no respondió. Nèsterov prosiguió:

-Dime por què.

-¿Por què? No lo sè.

-Has cometido un crimen muy grave. Un juez te condenaría por lo menos a cinco años, y le daría igual cuántas veces le dijeras que lo sientes.

-No he dicho que lo sienta.

-Eres muy valiente, Aleksandr. Pero, ¿seguirías siéndolo si se enterase todo el mundo? Quedarías humillado, caerías en desgracia. Incluso después de pasar cinco años en la càrce no podrías volver a trabajar ni a vivir aquí. Lo perderías todo.

Leo dio un paso adelante.

-Pregùntele.

-Hay una forma de evitar la vergüenza. Queremos una lista de todos los hombres de la ciudad que tengan relaciones sexuales con otros hombres, de los hombres que tengan relaciones con otros hombres màs jóvenes, de los hombres que tengan relaciones con chicos. Vas a ayudarnos a hacer esa lista.

-No conozco a nadie màs. Es mi primera vez...

-Si no quieres ayudarnos, te arrestaremos, te llevaremos a juicio e invitaremos a tus padres a ir al tribunal. Ahora se estarán preparando para ir a la cama, ¿no? Podría enviar a uno de mis hombres a averiguarlo, podría traerlos...

-No.

-Si trabajas para nosotros, quizá no tengamos que decirles nada a tus padres. Si trabajas para nosotros, quizá no tengas que ir a juicio. Quizá podamos mantener esta desgracia en secreto.

-¿De qué va todo esto?

-Han asesinado a un muchacho. Si nos ayudas, harás un servicio público y te redimirás de tu crimen.

¿Quieres darnos esa lista?

Aleksandr se palpó la sangre que le brotaba de la boca.

-¿Qué les pasará a los hombres de esa lista?

29 de marzo

Leo se sentó al borde de la cama y pensó que su intento de reabrir una investigación había servido, en cambio, para provocar un pogromo. Durante aquella semana la milicia había reunido a ciento cincuenta homosexuales. Solamente aquel día Leo había arrestado a seis hombres, con los cuales llevaba veinte en total. A algunos se los había llevado de su lugar de trabajo, los habían sacado esposados bajo la mirada de sus colegas. A otros los había sacado de sus hogares, sus apartamentos, los habían separado de sus familias. Sus esposas suplicaban, convencidas de que había sido un error, sin entender los cargos.

Nèsterov estaba bastante satisfecho. De manera bastante casual había encontrado a un segundo tipo indeseable: un sospechoso que podía calificar de asesino sin que eso perturbase la teoría social. El asesinato era una aberración. Aquellos hombres eran aberraciones. Todo encajaba. Había podido anunciar que se estaba llevando a cabo la mayor cacería de un asesino jamás realizada por la milicia de Voualsk, algo que podría haberle costado su carrera de no haberse centrado en un grupo de gente tan poco aceptable. Se habían quedado sin espacio, así que habían tenido que convertir los despachos en celdas y salas de interrogatorios improvisadas. Incluso con aquellas medidas extraordinarias habían tenido que encerrar a varios hombres en la misma celda, y los guardias habían recibido instrucciones de vigilarlos constantemente. El motivo de preocupación era que pudieran producirse incidentes espontáneos de desviación sexual. Nadie estaba muy seguro de qué era lo que tenían entre manos. Pero de lo que sí estaban seguros era de que, si tales actividades sexuales tenían lugar en el cuartel general de la milicia, aquello socavaría la institución. Sería una afrenta a los principios de la justicia. Además de la intensa vigilancia, cada agente tenía que trabajar en turnos de doce horas interrogando sin cesar a los sospechosos, durante las veinticuatro horas del día. Leo se había visto obligado a hacer las mismas preguntas una y otra vez, examinando las respuestas a ver si encontraba la más mínima variación. Había cumplido con su trabajo como un autómata, convencido como estaba, incluso antes de arrestar a nadie, de que aquellos hombres eran inocentes.

Habían investigado nombre a nombre la lista de Aleksandr. Cuando la escribió, explicó que no le había salido tan larga porque fuera promiscuo, al menos no tanto como para tener relaciones sexuales con más de un centenar de hombres. De hecho, muchos de los nombres eran de gente que no conocía. La información provenía de conversaciones con los diez o así con los que se había acostado. Cada uno de ellos hablaba de sus encuentros con otros hombres, así que si se sumaba todo, era posible trazar una constelación sexual en la que la posición de cada uno dependía de otro. Leo había escuchado aquella explicación, había visto cómo se abrían las puertas de un mundo oculto, una existencia herméticamente cerrada, construida dentro de la sociedad. La integridad de ese hermetismo era esencial. Aleksandr describió cómo los hombres de aquella lista se encontraban por casualidad en situaciones cotidianas, en la cola del pan, en una mesa del comedor de la fábrica. En aquel entorno cotidiano la conversación era algo prohibido, una mirada era lo máximo que podían permitirse y a veces hasta eso tenía que disimularse.

Aquellas normas no eran fruto del acuerdo o el decreto, nadie necesitaba que se las explicasen; nacían del instinto de supervivencia.

En cuanto comenzó la primera oleada de arrestos debió de correrse la voz de una purga de sus miembros. Los lugares de encuentro secretos (que ya no eran tales) quedaron abandonados. Pero aquella medida desesperada no había servido de nada. Tenían la lista. El cierre hermético que protegía aquel submundo se había roto. A Nèsterov no le hacía falta pillar a nadie en actitud sexual comprometida. Al ver sus nombres sobre el papel, uno tras otro, y darse cuenta de que se había roto su unidad, la mayoría sucumbían a la presión de aquella traición. Eran como submarinos que habían permanecido mucho tiempo sin ser vistos, bajo la superficie, y ahora se encontraban con que habían revelado sus posiciones. Y al salir a la superficie tenían dos opciones; no es que hubiera mucho donde elegir, pero era una elección al fin y al cabo: podían negar los cargos de sodomía y enfrentarse a un proceso público, a la certeza de ser investigados, a ir a la cárcel, etcétera, o podían identificar al homosexual responsable de aquel terrible crimen, del asesinato de un niño.

Leo tenía la impresión de que Nèsterov creía que aquellos hombres padecían una especie de enfermedad. Mientras que algunos estaban enfermos de manera muy leve y sufrían la atracción de otros hombres como quien sufre insistentes dolores de cabeza, otros lo estaban de modo peligroso, con síntomas que se manifestaban en forma de deseo por chicos jóvenes. Aquello era la homosexualidad en su variante más extrema. El asesino era uno de éstos.

Cuando Leo enseñaba las fotos de la escena del crimen, del niño destripado, todos los sospechosos reaccionaban de la misma manera: se quedaban horrorizados, a al menos lo aparentaban. ¿Quién podía haber hecho algo así? No había sido uno de ellos, no había sido nadie que conocieran. A ninguno de ellos le interesaban los niños. Muchos tenían hijos, según afirmaban en sus respuestas. Cada uno de ellos estaba convencido: no conocían a ningún asesino entre ellos, y si lo conocieran, no lo protegerían. Nèsterov había confiado en encontrar a un sospechoso en una semana. Transcurrido ese plazo, lo único que tenía era una lista más larga. Se añadieron más nombres, algunos por simple venganza. La lista se convirtió en un arma de brutal efectividad. Los miembros de la milicia añadían los nombres de sus enemigos, aseguraban que habían sido mencionados durante las confesiones. Desde el momento en que aparecía un nombre en la lista era imposible declararse inocente. Y así el número de personas bajo custodia había pasado de un centenar a casi ciento cincuenta.

El MGB local, desesperado por la falta de progresos, había asumido el mando de los interrogatorios, lo cual quería decir que ahora recurrían a la tortura. Para desesperación de Leo, Nèsterov se había mostrado de acuerdo. Aunque el suelo se llenó de sangre, no lograron nada. A Nèsterov no le quedaba más remedio que iniciar un proceso contra aquellos ciento cincuenta hombres con la esperanza de que eso obligase a uno de ellos a hablar. Humillarlos, torturarlos y hundirlos ya no era suficiente: tenían que entender que perderían sus vidas. Si el juez recibía las instrucciones necesarias, los condenarían a veinticinco años por subversión política, en lugar de cinco años que correspondían a la sodomía. Su sexualidad sería considerada como un crimen contra el mismísimo tejido de la nación. Ante semejante perspectiva, tres de los hombres se habían venido abajo y habían empezado a señalar. Pero ninguno de ellos había señalado a la misma persona. Nèsterov, que se negaba a aceptar que aquella línea de investigación hubiera fallado, pensó que se enfrentaba a una solidaridad perversa y criminal; al honor de los desviados.

Desesperado, Leo había hablado con su superior.

-Esos hombres son inocentes.

Nèsterov se quedó mirándolo, asombrado.

-Todos son culpables. La cuestión es cuál de ellos es culpable de asesinato.

Raisa mirò a Leo mientras èl entrechocaba los talones de las botas. Los montones de nieve sucia cayeron al suelo. Èl bajò la vista, sin darse cuenta de que ella estaba allì. Raisa no podía entender la decepción de su marido. Había creído sinceramente que aquella investigación tenía alguna posibilidad. Había puesto todas sus esperanzas en una fantasiosa historia de redención: un último acto de justicia. Ella se había burlado de aquella idea, la otra noche, en el bosque. Pero lo sucedido había resultado ser una burla mucho màs cruel. En su búsqueda de justicia había desencadenado el terror. En su persecución de un asesino había llevado a ciento cincuenta hombres a perder sus vidas, si no de manera literal, sì en cualquier otro sentido. Perderían a sus familias, a sus hogares. Y ella, al ver a su marido encorvado y con gesto desesperado, se dio cuenta de que nunca había hecho nada en lo que no creyera. No era un hombre cínico ni calculador. Si aquello era cierto, entonces también debía de haber creído en su matrimonio: debía de haber creído que se basaba en el amor. Una a una todas las fantasias que se había creado –sobre el Estado, sobre su relación- se habían venido abajo. Raisa sentía envidia. Incluso entonces, después de todo lo que había pasado, seguía siendo capaz de albergar esperanzas. Seguía queriendo creer en algo. Se acercò y se sentò junto a èl en la cama. Vacilante, le cogió la mano. Èl se sorprendió y la mirò, pero no dijo nada. Aceptò el gesto. Y juntos observaron còmo se derretía la nieve.

30 de marzo

El Orfanato 80 era un edificio de ladrillo de cinco plantas con un lema medio borrado en un lateral:

TRABAJAD DURO Y VIVIREIS MUCHO

En el tejado había una larga fila de chimeneas. Antaño el orfanato había sido una fàbrica. De las ventanas con barrotes colgaban trapos sucios, y era imposible ver lo que había dentro. Leo llamò a la puerta. No hubo respuesta. Se acercò a las ventanas y dio unos golpecitos en el cristal. Alguien corrió uno de los trapos. Antes de que se volviera a quedar como estaba, durante màs de un segundo apareció el rostro de una niña completamente sucia. A Leo lo acompañaba Moisèyev, un agente de la milicia al que consideraba poco màs que un matòn con uniforme. Después de una larga espera se abrió la puerta principal. Un hombre anciano con un manojito de llaves de cobre se quedó mirando a ambos agentes. Al ver sus uniformes cambiò el gesto de irritación por el de respeto. Bajò ligeramente la cabeza.

-¿Què puedo hacer por ustedes?

-Estamos aquí por la muerte de un niño.

Antes la sala principal del orfanato había sido el suelo de la fàbrica. Se habían llevado toda la maquinaria y la habían convertido en comedor. Para hacerlo habían metido mesas y sillas (no había nada de eso); se dieron cuenta al ver que el suelo estaba repleto de niños sentados con las piernas cruzadas, apretados unos contra otros e intentando comer. Cada uno de ellos aferraba un cuenco de madera lleno de lo que parecía una caldosa sopa de coliflor. Al parecer sòlo los niños mayores tenían cucharas. El resto esperaba su turno o bebìa directamente del cuenco. Cuando uno de los niños terminaba, lamìa la cuchara de arriba abajo antes de pasársela al siguiente.

Era la primera vez que Leo estaba en un orfanato estatal. Se acercò para mirar la habitación. No era fácil decir cuàntos niños había allì: doscientos, trescientos... Tendrían entre cuatro y catorce años. Ninguno de ellos prestò atención a Leo, estaban demasiado ocupados comiendo u observando al de al lado,

esperando su turno para la cuchara. No hablaban. Lo único que se oía era el rascar de los cuencos y los sorbos. Leo se dirigió al anciano.

-¿Es usted el director de la institución?

El despacho del director estaba en la primera planta y desde él se veía el suelo de la fábrica, lleno de niños, como si los produjeran en masa. En el despacho había varios adolescentes, mayores que los chicos que había abajo. Jugaban a las cartas en la mesa del director. Éste dio una palmada.

-Continuad en vuestra habitación, por favor.

Se quedaron mirando a Leo y a Moiséyev. Leo imaginó que estaban molestos porque les decían lo que tenían que hacer. Sus miradas eran inteligentes; parecían mucho más experimentados de lo que era propio a su edad. Sin decir una palabra, se movieron todos a la vez, como una jauría de perros salvajes. Recogieron las cartas y las cerillas, que usaban para apostar, y salieron uno tras otro.

En cuanto se marcharon el director se sirvió una copa e hizo un gesto a Leo y a Moiséyev para que se sentaran. Moiséyev lo hizo. Leo se quedó de pie, examinando la habitación. Había un único archivador de metal. El cajón inferior tenía una abolladura, de una patada. El de arriba estaba medio abierto, y de él salían documentos arrugados, colocados de cualquier manera.

-Ha aparecido un niño asesinado en el bosque. ¿Se ha enterado?

-Unos agentes estuvieron aquí, me enseñaron fotos del muchacho y me preguntaron si sabía quién era. Me temo que no lo sé.

-Pero, ¿no sabe si ha desaparecido algún niño del orfanato?

El director se rascó la oreja.

-Somos cuatro personas encargadas del cuidado de unos trescientos niños. Los chicos vienen y van. Llegan nuevos todo el tiempo. Tendrán que perdonarnos nuestros errores con el papeleo.

-¿Sabe si alguno de estos niños ejerce la prostitución?

-Los mayores hacen lo que quieren. No puedo mantenerlos a raya. ¿Se emborrachan? Sí. ¿Se prostituyen? Es bastante probable, aunque yo no lo tolero, y no tengo nada que ver con ello y desde luego, no me beneficia. Mi trabajo consiste en asegurarme de que tienen un sitio donde dormir y algo que comer. Y teniendo en cuenta los recursos de los que dispongo, creo que hago un buen trabajo. Aunque no espero que me alaben por ello.

El director los acompañó al piso de arriba, a los dormitorios. Al pasar junto a las duchas comentó:

-¿Creen que no me importa el bienestar de los niños? No es así. Hago todo lo que puedo. Me aseguro de que se laven una vez a la semana, de que los raspen y desparasiten una vez al mes. Hiervo toda su ropa. No encontrarán piojos en mi orfanato. Si van a cualquier otro, los niños tendrán el pelo lleno, y las cejas. Es asqueroso. Aquí no pasa. Y no es que me lo agradezcan.

-¿Sería posible hablar con los niños a solas? Su presencia podría intimidarlos.

El director sonrió.

-No les intimidó. Pero por supuesto...

Señaló las escaleras.

-Los mayores viven en el piso de arriba. Podría decirse que es su feudo.

En los dormitorios del piso de arriba, justo debajo del tejado, no había somieres, sólo algunos colchones delgados tirados por el suelo. Evidentemente los niños mayores comían cuando querían; sin duda habían terminado ya, y se habían llevado la mejor parte.

Leo entró en la primera habitación del rellano. Pudo ver a una niña escondida tras la puerta y un destello metálico. Tenía un cuchillo. Al ver su uniforme lo escondió. La hoja desapareció entre los pliegues de su vestido.

-Pensábamos que eran los chicos. No pueden entrar aquí.

Unas veinte niñas, de entre catorce y dieciséis años, se quedaron mirando a Leo con gesto hosco. Le vino a la mente la promesa que le hizo a Anatoli Brodski de que las dos niñas estarían a salvo en el orfanato de Moscú. Había sido una garantía vacía, ignorante. Ahora lo comprendía. Brodski tenía razón: a aquellas dos niñas les habría ido mejor si las hubiesen dejado por su cuenta, cuidándose la una a la otra.

-¿Dónde duermen los chicos?

Los mayores, entre los que se encontraban los que habían estado en el despacho del director, estaban amontonados al fondo de la habitación, esperándolos.

-Me gustaría que vierais estas fotos, que me digáis si alguno de estos hombres os han abordado alguna vez, si os han ofrecido dinero a cambio de favores sexuales.

Ninguno de los niños se movió ni hizo señal alguna que diera a entender que aquella suposición era correcta.

-No habéis hecho nada malo. Necesitamos vuestra ayuda.

Leo abrió el álbum, y pasó lentamente las páginas de fotografías. Llegó a la última. Aquel público de adolescentes había estado mirando las imágenes, pero no había reaccionado. Volvió a pasar las páginas.

Los muchachos seguían sin reaccionar. Estaba a punto de cerrar el álbum cuando uno de los que estaban más al fondo estiró la mano y tocó una de las fotos.

-¿Este hombre te ha propuesto algo?

-Dinero.

-¿Te pagó?

-No, págume usted y se lo diré.

Leo y Moiséyev reunieron algunas monedas y le ofrecieron al niño tres rublos. El chico hojeó el álbum, se detuvo en una página y señaló una de las fotos.

-Se parecía a éste.

-¿Entonces no era éste?

-No, era parecido.

-¿Sabes cómo se llama?

-No.

-¿Puedes decirnos algo sobre él?

-Págume.

Moiséyev negó con la cabeza. No quería pagar más.

-Podríamos arrestarte por querer aprovecharte.

Leo cortó la amenaza, sacó el dinero que le quedaba y se lo dio al muchacho.

-Es todo lo que tengo.

-Trabaja en el hospital.

El mismo día

Leo desenfundó la pistola. Se encontraban en el último piso del edificio de apartamentos 7: el apartamento número 14 estaba al final del pasillo. Habían obtenido la dirección del personal del hospital. El sospechoso no había ido a trabajar durante una semana por encontrarse enfermo; un tiempo que, de no haber estado todos los agentes del MGB ocupados en los interrogatorios, habría provocado que le hicieran algunas preguntas. Resultó que el inicio de su enfermedad había coincidido con la primera oleada de arrestos contra la población homosexual de la ciudad.

Leo llamò a la puerta. No hubo respuesta. Gritò sus nombres y rango. Nada. Moisèyev levantò la bota, dispuesto a dar una patada a la cerradura. La puerta se abrió.

Al ver que lo apuntaban con las pistolas, el doctor Tiapkìn levantò las manos y se echò hacia atrás. Leo apenas lo reconoció. Era el mismo hombre que lo había ayudado con el examen del cuerpo de Larisa, el prestigioso mèdico al que habían trasladado desde Moscù. Tenía el pelo alborotado y la mirada salvaje. Había perdido peso. Tenía la ropa arrugada. Leo había visto a hombres destrozados por las preocupaciones; había visto còmo sus músculos perdían forma y fuerza, como si los hubiera consumido el miedo.

Abrió la puerta con el pie y examinò el apartamento.

-¿Està solo?

-Mi hijo pequeño està aquí. Pero està dormido.

-¿Cuàntos años tiene?

-Cuatro meses.

Moisèyev entrò y estampò la culata metàlica de su pistola contra la nariz de Tiapkìn. Èste cayò de rodillas, tapándose la sangre con las manos. Leo dio una orden a Moisèyev.

-Regístralo.

Moisèyev se puso a buscar por el apartamento. Leo se agachò y ayudò a Tiapkìn a ponerse en pie. Lo llevò hasta la cocina, donde lo sentò en una silla.

-¿Dònde està su mujer?

-Ha salido a comprar comida. Volverá pronto.

-En el hospital nos dijeron que estaba enfermo.

-Y es verdad, en cierto sentido. Me enterè de lo de los arrestos. Sabìa que era sòlo cuestión de tiempo que vinieran ustedes a por mì.

-Cuènteme lo que sucedió.

-Me volví loco, no hay otra explicación. No sabìa què edad tenía. Era joven, tendría quince o dieciséis. No querìa a alguien que hablara conmigo o que hablara de mì a los demás. No querìa volver a encontrarme con alguien. Ni volver a ver a nadie. Ni volver a hablar con nadie. Querìa anonimato. Pensè que nadie le haría caso a un huérfano. Su palabra no valdría nada. Le daría algo de dinero y ahì terminaría la cosa. Querìa a alguien que fuese invisible, ¿entiende?

Después de terminar el registro rutinario, Moisèyev regresò a la habitación y enfundò la pistola. Agarrò a Tiapkìn por la nariz y le retorció el cartílago roto a izquierda y derecha, haciéndole gritar de dolor. En la habitación de al lado un bebè se despertó y empezó a llorar.

-¿Te follas a esos niños y luego los matas?

Moisèyev le soltò la nariz. El mèdico cayò al suelo y se hizo un ovillo. Pasò un tiempo antes de que pudiera hablar.

-No me acostè con èl. No lo hice. No podía hacerlo. Se lo pedí, le paguè, pero no podía hacerlo. Me marchè.

-Levántate, vamos.

-Tenemos que esperar a que venga mi mujer. No podemos dejar a mi hijo solo.

-Sobrevivirà. Levántate.

-Al menos espèrense a que deje de sangrar.

Moisèyev asintió.

-Deja la puerta del baño abierta.

Tiapkìn saliò de la cocina y se arrastrò hacia el baño, dejando la marca de una mano ensangrentada sobre la puerta, que quedò abierta, como se lo habían ordenado. Moisèyev vigilò el apartamento. Leo notò

que sentía envidia. El doctor tenía un hogar agradable. Tiapkìn abrió el grifo, se llevó una toalla a la nariz y habló de espaldas.

-Siento mucho lo que hice. Pero no he matado nunca a nadie. Tienen que creerme. No es porque piense que mi reputación puede verse arruinada. Sè que lo està. Pero quien matò a ese niño fue otra persona, y tienen que atraparla.

Moisèyev se impacientaba.

-Vamos.

-Les deseo mucha suerte.

Al escuchar aquellas palabras Leo entrò corriendo en el baño y le dio la vuelta a Tiapkìn. Tenía una jeringuilla clavada en el brazo, las piernas flàcidas. Se cayò. Leo lo cogió y lo recostò sobre el suelo, mientras le sacaba la jeringuilla del brazo, tiapkìn había muerto. Moisèyev mirò el cadáver.

-Eso nos facilita el trabajo.

Leo alzò la vista. La mujer de Tiapkìn había regresado. Estaba en la puerta del apartamento, con la compra en la mano.

1 de abril

Aleksandr cerrò la taquilla. Por lo que sabìa, parecía que Nèsterov había cumplido su palabra. Sus actividades sexuales seguían siendo un secreto. Ningún cliente lo miraba de forma extraña. Ninguno de ellos susurraba cosas al mirarlo. Su familia no lo había rechazado. Su madre todavía lo quería. Su padre agradecía lo duro que trabajaba. Seguían estando orgullosos de èl. El precio que había tenido que pagar por mantener su posición había sido una lista de nombres de màs de cien hombres a quienes habían retenido mientras Aleksandr seguía vendiendo billetes, resolviendo dudas de los viajeros, ocupándose del día a día de la estación. Su vida había vuelto a la normalidad. La rutina era casi la misma. Cenaba con sus padres, llevaba a su padre al hospital. Limpiaba la estación, leìa el periódico. Pero ya no iba al cine. De hecho, ya nunca iba al centro. Tenía miedo de con quièn podrìa encontrarse; quizá con un miembro de la milicia que soltarìa una risita al verlo. Su mundo se había encogido. Pero también lo había hecho cuando renunciò a ser un atleta, y se dijo a sì mismo que se adaptaría, igual que se había adaptado antes.

Lo cierto es que pasaba cada momento preguntándose si aquellos hombres habrìan adivinado que fue èl quien los había traicionado. Quizá se lo hubieran dicho. El elevado número de arrestos probablemente significaría que habían tenido que meter a varios juntos en la misma celda. ¿Què otra cosa iban a hacer sino preguntarse quièn habrìa escrito la lista? Por primera vez en su vida no tenían nada que esconder. Y mientras pensaba estas cosas se dio cuenta de que deseaba cambiar su libertad por la humillación pública que suponía cualquiera de aquellas celdas. Pero ya no era bien recibido entre ellos. No encajaba en ninguna parte, ni en su mundo ni en el de ellos.

Cerro la puerta de la taquilla, echò el pestillo y mirò el reloj que colgaba de la pared. Se metió las llaves en el bolsillo y caminò hasta el andèn. Una pareja esperaba el tren. Los conocía de vista, pero no sabìa sus nombres. Lo saludaron y èl les devolvió el saludo, mientras caminaba hasta el final del andèn y observaba còmo se acercaba el tren. Esta vez llegaba puntual. Aleksandr saltò del andèn y se tirò sobre una de las vías, mirando al cielo nocturno.

Deseò que sus padres creyeran la nota que había dejado. En ella explicaba que nunca había podido superar la decepción sufrida al no poder convertirse en corredor profesional. Que nunca se había perdonado por haber defraudado a su padre.

El mismo día

Nèsterov se había pasado los últimos cuatro años prometiéndole a la familia un lugar mejor para vivir. Era una promesa que, hasta hacía poco, repetía con regularidad. Ya no creía que fueran a darle una casa mejor; ya no creía que, si trabajaba duro, si su mujer trabajaba duro, aquel esfuerzo se materializaría en mejoras para ellos. Vivían en la calle Kropotkinski, a las afueras de la ciudad, cerca de los aserraderos. Las casas de aquella calle estaban construidas de cualquier manera; cada una tenía un tamaño y una forma diferente. Nèsterov pasaba gran parte de su tiempo libre haciendo obras en su casa. Era un buen carpintero y había cambiado los marcos de las puertas y las ventanas. Pero a lo largo de los años los cimientos se habían hundido y la fachada estaba ahora inclinada hacia delante, con un ángulo tal que la puerta sólo podía abrirse hasta cierto punto, donde chocaba con el suelo. Algunos años atrás había construido un pequeño anexo, que utilizaba como taller. Él y su esposa, Inessa, montaban mesas y sillas y arreglaban la casa, según lo que fuesen necesitando. No lo hacían sólo para su familia, sino también para cualquiera de las otras familias de la calle. Lo único que había que hacer era llevarles los materiales y a lo mejor, a modo de gesto de buena voluntad, algo de comida o de bebida.

Pero después de todo, aquellos apañíos no podían compensar los inconvenientes que tenía el lugar. No había agua corriente; el pozo más cercano estaba a diez minutos andando. No había cañerías; había un pozo negro detrás de la casa. Cuando se mudaron allí, el pozo daba asco y estaba en ruinas. Era demasiado poco profundo y era imposible usarlo sin tener arcadas por culpa del olor. Nèsterov había construido uno nuevo en su lugar, trabajando por las noches para poder acabarlo. Tenía unas buenas paredes y un agujero mucho más profundo, y había un barril de serrín para echar después. De todas formas se daba cuenta de que su familia vivía por debajo de lo aceptable en cuanto a comodidad e higiene, y nadie les había prometido un futuro mejor. Tenía cuarenta años. Ganaba menos que muchos trabajadores veinteañeros de la fábrica Volga. No había podido lograr su única ambición: proporcionar a su familia un hogar decente.

Llamaron a la puerta. Era tarde. Nèsterov, que todavía llevaba puesto el uniforme, pudo escuchar cómo Inessa abría la puerta. Un instante después apareció en la cocina.

-Preguntan por ti. Alguien del trabajo. No sé quién es.

Nèsterov salió al pasillo. Leo estaba fuera. Nèsterov se dirigió a su esposa.

-Yo me encargo.

-¿No va a entrar?

-No, no tardaremos mucho.

Inessa echó un vistazo a Leo y se marchó. Nèsterov salió y cerró la puerta.

Leo había llegado hasta allí corriendo. La noticia de la muerte de Aleksandr le había hecho olvidar cualquier tipo de discreción. Ya no sentía la decepción y la melancolía que lo habían lastrado durante toda la semana. Se sentía abatido, sentía que formaba parte de una absurda y terrible charada, que era actor de una farsa grotesca; era el soñador inocente que busca la justicia pero deja tras de sí un rastro de destrucción. Su ambición –atrapar a un asesino– había recibido por respuesta una sangría. Raisa lo había sabido desde el principio, lo había sabido en el bosque, lo había sabido dos noches atrás, había intentado advertírselo, pero él había seguido insistiendo, como un niño en una aventura.

¿Qué puedo cambiar yo?

Ya tenía la respuesta: había conseguido arruinar doscientas vidas, había provocado el suicidio de un muchacho y el de un médico. Un joven partido en dos por un tren: èse era el fruto de su trabajo. Por eso había arriesgado su vida; por eso había arriesgado la vida de Raisa. Èsa era su redención.

-Aleksandr ha muerto. Se ha suicidado, se tirò al tren.

Nèsterov bajò la mirada.

-Lamento oír eso. Le dimos la oportunidad de redimirse. Quizá no fuera capaz. Quizá estaba demasiado enfermo.

-Somos responsables de su muerte.

-No, estaba enfermo.

-Tenía veintidós años. Tenía un padre y una madre y le gustaba ir al cine. Y ahora està muerto. Pero lo mejor es que si nos encontramos otro niño muerto, podemos echarle la culpa a Aleksandr y cerrar el caso en un tiempo rècord.

-Basta.

-¿Por què hace esto? ¡Es obvio que no es por el dinero ni por los lujos!

Leo se quedó mirando la casa inclinada de Nèsterov. Èste respondió:

-Tiapkìn se suicidò porque era culpable.

-En cuanto empezamos a arrestar a esos hombres, èl supo que acabaríamos preguntando a los chicos, sabìa que lo encontraríamos.

-Tenía los instrumentos quirúrgicos necesarios para cortar el estòmago de un niño. Le dio un falso testimonio sobre el asesinato de la niña para confundirnos. Era taimado, astuto.

-Me dijo la verdad. A esa niña le cortaron el estòmago. Tenía la boca llena de corteza, igual que al niño le había cortado el estòmago y tenía la boca llena de corteza. Tenía una cuerda alrededor del tobillo, igual que el niño. Los matò el mismo hombre. Y no fueron ni el doctor Tiapkìn ni Varlam Babìnich, el adolescente.

-Vàyase a casa.

-En Moscù encontraron un cuerpo. Un niño llamado Arkadi, no tenía ni cinco años. No vi su cuerpo, pero me dijeron que lo encontraron desnudo, con el estòmago cortado y la boca llena de tierra. Sospecho que lo que tenía en la boca era corteza.

-¿De repente hay un niño muerto en Moscù? Eso es muy conveniente, Leo. No me lo creo.

-Yo tampoco me lo creí. Tuve ante mì a una familia de luto, me dijeron que habían asesinado a su hijo y yo no les creí. Les dije que no era cierto. ¿Cuàntos otros casos han sido encubiertos? No podemos saberlo, no hay forma de averiguarlo. Nuestro sistema està perfectamente dispuesto para permitir a ese hombre que mate siempre que quiera. Y va a volver a matar, una y otra vez, y tendremos que seguir arrestando a gente equivocada, a gente inocente, a gente que no nos guste o a la que no toleremos y èl seguirá matando y matando.

Nèsterov no se fiaba de aquel hombre. Nunca se había fiado de èl, y desde luego, no iba a ponerse a criticar al Estado. Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta.

Leo lo agarrò por el hombro, dándole la vuelta de manera que volvieron a estar cara a cara. Quería decir algo màs, sustentar sus ideas de manera razonada y lógica; pero en lugar de eso, al no encontrar palabras adecuadas, le dio un puñetazo. Fue un buen golpe, potente. Con el impacto, la cabeza de Nèsterov se movió a un lado. Permaneció en esa posición, con la cabeza ladeada. Entonces, lentamente, empezó a girar el rostro hasta volver a mirar a su subordinado. Leo intentò que no le temblase la voz.

-No hemos resuelto nada.

El puñetazo de Nèsterov levantò a Leo del suelo. Aterrizò de espaldas. No le dolía, al menos de momento. Nèsterov lo mirò de hito en hito mientras se palpaba la mandíbula.

-Vàyase a casa.

Leo se levantò.

-No hemos resuelto nada.

Lanzò otro puñetazo. Nèsterov lo parò y respondió con otro. Leo se agachò. Era un buen luchador: disciplinado, hábil. Pero Nèsterov era màs grande y bastante rápido, a pesar de su tamaño. Tras recibir un golpe en el estòmago, Leo se agachò. Nèsterov le propinò un segundo guantazo que le abrió una brecha y le hizo caer de rodillas. Leo, que veìa borroso, se tropezó y cayò hacia delante. Se dio la vuelta y quedò boca arriba. Jadeaba. Nèsterov se puso encima de èl.

-Vàyase a casa.

Por respuesta, Leo le dio una patada en la entrepierna. Nèsterov se echò hacia atrás, encorvado. Leo se levantò, tambaleándose.

-No hemos resuelto...

Antes de que pudiera terminar, Nèsterov salió corriendo hacia èl, lo tirò al suelo y se sentò encima de èl. Le golpeò en el estòmago, en la cara, en el estòmago, en la cara. Leo se quedò allí, encajando cada uno de aquellos golpes, sin poder soltarse. Nèsterov tenía los nudillos ensangrentados. Se quedò sin aliento y parò. Leo no se movìa. Tenía los ojos cerrados. En el derecho se estaba formando un charco de sangre que manaba de un corte en la ceja. Nèsterov se puso en pie y agitò la cabeza ante aquel panorama. Se acercò a la puerta mientras se limpiaba la sangre en los pantalones. Cuando iba a tocar el pomo escuchò un sonido tras de sí.

Leo, que se retorcia de dolor, se levantò. Tembloroso, alzò los puños, como para demostrar que estaba dispuesto a seguir peleando. Se tambaleaba de un lado a otro, como si estuviera en un barco en alta mar. No tenía una idea aproximada de dònde estaba Nèsterov. Su voz no era màs que un susurro.

-No... hemos... resuelto... nada.

Nèsterov mirò a Leo mientras èste se balanceaba. Se acercò hasta èl con los puños cerrados, dispuesto a derribarlo. Leo lanzò un golpe desesperado, patético. Nèsterov se echò a un lado y lo cogió debajo de los brazos cuando las piernas le fallaron.

Leo estaba sentado junto a la mesa de la cocina. Inessa había calentado agua en el fuego. La echò en un cuenco. Nèsterov metió un paño en el agua y dejaron que Leo se limpiara la cara. Tenía el labio partido. Le sangraba la ceja. Ya no le dolía tanto el estòmago. Se palpò el pecho y las costillas; al parecer no se le había roto nada. Tenía el ojo derecho hinchado. No podía abrirlo. De todas formas èse era un precio relativamente bajo por un repaso de Nèsterov. Leo se preguntaba si lo que tenía que decir sonaría màs convincente dentro que fuera de la casa, y si Nèsterov podría seguir siendo tan esquivo delante de su mujer, con los niños durmiendo en la habitación de al lado.

-Cuando sus hijos van a la escuela, ¿atravesan el bosque?

Inessa respondió:

-Antes iban por allí.

-¿Ya no?

-Les obligamos a ir por la ciudad. Tardan màs y se quejan. Tengo que acompañarlos para asegurarme de que no entran en el bosque. Para el camino de vuelta no queda màs remedio que confiar en ellos. Estamos los dos trabajando.

-¿Atravesarán mañana el bosque, ahora que han atrapado al asesino?

Nèsterov se levantò, sirvió un vaso de tè y se lo puso delante a Leo.

-¿Quiere algo màs fuerte?

-Si tienen...

Nèsterov sacò una botella de vodka medio vacia y sirvió tres vasos, uno para èl, otro para su mujer y otro para Leo.

El alcohol le provocò a Leo un escozor en una herida que tenía en el interior de la boca. Quizá aquello era bueno. Nèsterov se sentò y rellenò el vaso de Leo.

-¿Por què està usted en Voualsk?

Leo metió el paño ensangrentado en el cuenco de agua, lo enjuagò y se lo llevò al ojo.

-Estoy aquí para investigar los asesinatos de estos niños.

-Eso es mentira.

Leo tenía que ganarse la confianza de aquel hombre. Sin su ayuda, no podía hacer nada màs.

-Tiene razón. Pero sì hubo un asesinato en Moscù. No me encargaron que lo investigase. Me encargaron de que lo dejase de lado. Y yo cumplì con mi cometido. Lo que no pude hacer fue denunciar a mi esposa por espia. Pensaron que aquello me comprometìa. Me enviaron aquí como castigo.

-¿Asì que es realmente un agente caído en desgracia?

-Sì.

-Entonces, ¿por què hace esto?

-Porque han asesinado a tres niños.

-No cree que Varlam matara a Larisa porque està seguro de que Larisa no fue la primera vòctima de este asesino, ¿no es asì?

-Larisa no fue la primera vòctima. Eso es imposible. Lo había hecho antes. Es probable que aquel muchacho de Moscù tampoco fuera el primero.

-Larisa fue la primera niña asesinada en esta ciudad. Es la verdad, se lo juro.

-El asesino no vive en Voualsk. Las muertes tuvieron lugar cerca de la estación de tren. Viaja.

-¿Viaja? ¿Mata a niños? ¿Què clase de hombre es?

-No lo sè. Pero en Moscù hay una mujer que lo ha visto. Lo vio con la vòctima. Es una testigo que podría describìrnoslo. Además, mi mujer conoce a gente que puede conseguir artículos escritos en periódicos occidentales sobre crímenes similares, estudios de casos pràcticos. Pero también necesitaríamos el registro de los asesinatos de todas las ciudades importantes desde Sverdlovsk hasta Leningrado.

-No hay un registro centralizado.

-Por eso tiene que ir a cada una de esas ciudades y recopilar los archivos uno a uno. Tendrá que convencerlos, y si se niegan, tendrá que hablar con la gente que vive allí. Enterarse por ellos.

Era una idea descabellada. Nèsterov debería haberse echado a reír. Debería haber arrestado a Leo. En lugar de eso, preguntò:

-¿Por què iba a hacer eso por usted?

-No lo haría por mì. Ya ha visto lo que hace con los niños. Hágalo por la gente con la que vivimos. Por nuestros vecinos, por los que se sientan junto a nosotros en el tren, por los niños a los que no conocemos ni conoceremos nunca. No tengo ninguna autoridad para pedir esos archivos. No conozco a nadie en la milicia. Usted sì; conoce a esos hombres, confían en usted. Puede conseguir los archivos. Puede buscar incidentes con niños asesinados; los casos pueden estar resueltos o no. Encontrarà similitudes: la boca llena de corteza, y el estòmago desaparecido. Probablemente hayan encontrado los cuerpos en lugares públicos: en bosques, rìos, quizá cerca de las estaciones de tren. Tendrán cuerdas atadas a los tobillos.

-¿Y si no encuentro nada?

-Sì nos hemos encontrado con tres por casualidad, habrá màs.

-Me arriesgarìa mucho.

-Sí, es cierto. Y tendría que mentir. No podría decirle a nadie cuáles son sus motivos. No podría decírselo a sus agentes. No puede fiarse de nadie. Y como premio a su valentía, su familia podría acabar en un gulag. Y usted podría acabar muerto. Es lo que le ofrezco.

Leo estirò los brazos sobre la mesa.

-¿Me ayudará?

Nèsterov se acercò a la ventana, junto a su mujer. Ella no lo miraba; daba vueltas al vodka en el fondo del vaso. ¿Estaba dispuesto a poner en peligro a su familia, si hogar, todo aquello por lo que había trabajado?

-No.

SURESTE DEL "OBLAST" DE ROSTOV
AL OESTE DE GÙKOVO

2 de abril

Petia se levantò cuando aún era de noche. Estaba sentado en los fríos escalones de piedra de su granja, esperando con impaciencia el amanecer, para pedir a sus padres que le dejaran irse a la ciudad. Después de haber ahorrado durante meses, tenía suficiente dinero para comprarse otro sello, con el que llegaría a la última página de su álbum. Su padre le había regalado sus primeros sellos el día de su quinto cumpleaños. No los había pedido, pero se había aficionado, con cierta cautela al principio, y después con más y más avidez, hasta que acabò convirtiéndose en una obsesión. Durante los dos últimos años había coleccionado sellos, que había obtenido de las otras familias que trabajaban en el "koljòs": la granja colectiva 12, la que les habían asignado a sus padres. Incluso había conocido gente en Gùkovo, la ciudad más cercana, con la esperanza de que le dieran sus sellos. Cuando su colección creció, se comprò un álbum de papel barato en el que fue pegando los sellos en ordenadas hileras. Guardaba aquel álbum en una caja de madera que le había fabricado su padre con el único propósito de protegerlo de posibles accidentes. Aquella caja era necesaria, pues Petia no podía dormir por las noches; tenía que comprobar constantemente que no había goteras en el techo o que las ratas no se hubieran comido sus preciadas páginas. Y de todos los sellos que había recopilado, los que más le gustaban eran los cuatro primeros que le había regalado su padre.

De vez en cuando sus padres le daban un kopek; no un kopek que les sobrara, pues èl tenía edad suficiente para saber que el dinero nunca sobraba. A cambio, èl siempre trabajaba un poco más en la granja. Tardaba tanto tiempo en ahorrar el dinero que pasaban los meses y lo único que podía hacer era pensar en qué sellos se compraría después. La noche anterior le habían dado otro kopek, cosa que a su madre no le había parecido buena idea. No porque no quisiera que comprara sellos, sino porque sabía que aquello significaría que no iba a dormir en toda la noche. Tenía razón.

En cuanto salió el sol, Petia entrò a toda prisa. Su madre insistió en que comiera un cuenco de avena antes de ir a ninguna parte. Èl se lo tomò tan rápidamente como pudo, ignorando a su madre, que le advertía que le iba a doler el estómago. Cuando terminò, salió corriendo de la casa al sendero que serpenteaba por entre los campos hasta llegar a la ciudad. Aminorò la marcha. Las tiendas no estarían abiertas todavía. También disfrutaba de la espera.

En Gùkovo, el quiosco que vendía los sellos y los periódicos estaba cerrado. Petia no tenía reloj. No sabía a qué hora abriría, pero no le importaba esperar. Resultaba emocionante estar en la ciudad sabiendo que tenía el dinero suficiente para comprar un sello nuevo. Paseò por las calles sin rumbo fijo. Se detuvo

junto a la estación de “elektrichka”, pues sabía que allí dentro había un reloj. Eran las ocho menos diez. En aquel momento debía salir un tren, así que decidió ir a verlo. Salió al andén y se sentó. Ya había viajado antes en “elektrichka”. Era un tren lento que se paraba en todas las estaciones de camino a la ciudad de Rostov. Aunque nunca había ido más allá de Rostov con sus padres, a veces se subía con alguno de sus amigos de la escuela, simplemente porque sabían que podían hacerlo gratis. Rara vez se controlaban los billetes.

Casi estaba listo para volver al quiosco y comprar el sello cuando se sentó un hombre a su lado. Vestía de forma elegante y llevaba un maletín negro que colocó en el suelo, entre sus piernas, como si tuviera miedo de que alguien fuera a llevárselo. Petia le miró a la cara. Llevaba unas gruesas gafas cuadradas y tenía el pelo negro y arreglado. Vestía traje. Petia no sabía decir su edad. No era ni muy viejo (no tenía canas) ni muy joven. Parecía no percatarse de la presencia del chico. Éste estaba a punto de levantarse cuando de repente aquel hombre se dio la vuelta y sonrió.

-¿Adónde vas a viajar hoy?=-

-No voy a ninguna parte, señor. Es decir, no voy a coger ningún tren. Sólo estoy aquí sentado.

Petia había aprendido a ser cortés y respetuoso con los mayores.

-No es muy normal estar sentado en un sitio sin motivo.

-Estoy esperando para comprar unos sellos, pero el quiosco todavía no está abierto. Pero a lo mejor ya sí, debería volver a ver.

Al escuchar aquello, el hombre se volvió completamente hacia Petia.

-¿Coleccionas sellos?

-Sí, señor.

-Yo también coleccionaba sellos cuando tenía tu edad.

Petia se echó hacia atrás, relajado. No conocía a nadie más que coleccionase sellos.

-¿Coleccionaba usted sellos nuevos o viejos? Yo colecciono de los dos.

-Los míos eran todos nuevos. los compraba en un quiosco. Como tú.

-Ojalá los míos fueran todos nuevos. Pero la mayoría están usados. los arranco de sobres viejos.

Petia buscó en su bolsillo, sacó un puñado de kopeks de cobre y se los enseñó.

-He tenido que ahorrar durante tres meses.

El hombre miró aquel montoncito de dinero.

-Es mucho tiempo para tan poco dinero.

Petia miró sus monedas. Aquel hombre tenía razón. No tenía mucho. Y se daba cuenta de que nunca había tenido mucho. La emoción que sentía disminuyó. Nunca tendría una gran colección. Otros tendrían siempre más que él: por mucho que se esforzase, nunca los alcanzaría. Desanimado, quería marcharse. Estaba a punto de levantarse cuando el hombre le preguntó:

-¿Eres ordenado?

-Sí, señor.

-¿Cuidas tus sellos?

-Los cuido mucho. Los pongo en un álbum. Y mi papá me ha hecho una caja de madera. Para que no le pase nada a mi álbum. A veces tenemos goteras. Y también hay ratas, a veces.

-Es una buena idea poner tu álbum a buen recaudo. Yo hacía algo parecido cuando tenía tu edad. Guardaba el mío en un cajón.

Aquel hombre parecía estar dándole vueltas a algo.

-Escucha, yo también tengo hijos. Dos niñas, y ninguna de ellas está interesada en los sellos. Son muy desordenadas. Y yo ya no tengo tiempo para los sellos, estoy demasiado ocupado con el trabajo. ¿Lo entiendes? Seguro que tus padres también están muy ocupados.

-Todo el tiempo, señor. Trabajan muy duro.

-No tienen tiempo para coleccionar sellos, ¿verdad?

-No, señor.

-A mí me pasa lo mismo. Tengo una idea: me gustaría darle mi colección a alguien que sepa apreciarla, que la cuide, alguien como tú.

Petia pensó en un libro lleno de sellos nuevos. Algunos serían de la época en que aquel hombre había empezado a coleccionarlos. Sería la colección con la que siempre había soñado. No dijo nada, incapaz de creerse la suerte que había tenido.

-¿Y bien? ¿Te interesa?

-Sí, señor. Podría ponerlos en mi caja de madera y estarían a buen recaudo.

El hombre no parecía muy seguro y negó con la cabeza.

-Pero mi libro tiene tantos sellos que a lo mejor no cabe en tu cajita.

-Entonces mi padre me fabricará otra. Se le da muy bien... Y no le importaría nada. Le gusta hacer cosas. Es muy mañoso.

-¿Y estás seguro de que cuidarías los sellos?

-Sí, señor.

-Prométemelo.

-Se lo prometo, señor.

El hombre sonrió.

-Me has convencido. Puedes quedártelo. Vivo a sólo tres paradas de aquí. Vamos, te compraré un billete.

Petia estaba a punto de decir que no hacía falta comprar un billete, pero se tragó aquellas palabras. No quería admitir que quebrantaba las normas. Tenía que causarle una buena impresión a aquel hombre hasta que tuviera los sellos.

Petia, sentado en el asiento de madera del “elektrichka” y mirando por la ventana el bosque, balanceaba las piernas. Los pies casi no le llegaban al suelo. Ahora se preguntaba si debería gastarse los kopeks en un sello nuevo. No parecía necesario, teniendo en cuenta que le iban a dar todos aquellos sellos, así que decidió que les devolvería el dinero a sus padres. Estaría bien que pudiera compartir su buena suerte. El hombre interrumpió sus pensamientos con un golpecito en el hombro.

-Ya hemos llegado.

El “elektrichka” se detuvo en una estación en medio del bosque, mucho antes de llegar al pueblo de Shajti. Petia estaba confuso. Aquella era una parada para la gente que no tenía nada que hacer, para los que querían alejarse de los pueblos. Había caminos que se adentraban en la maleza, llenos de pisadas de senderistas. Pero no era una buena época para dar un paseo. La nieve se había derretido hacía poco tiempo. El bosque era lóbrego e inhóspito. Petia miró a su acompañante, se fijó en sus elegantes zapatos y en su maletín negro.

-¿Vive aquí?

-Aquí está mi dacha. No puedo guardar mis sellos en casa. Me preocupa que mis hijas los puedan encontrar y tocarlos con sus dedos sucios. Pero voy a tener que vender la dacha. Así que no tengo ningún sitio donde guardar mi colección.

Salió del tren. Petia lo siguió al andén. Nadie más se había bajado.

El hombre entró en el bosque, seguido de Petia. Tener una dacha era lógico. Petia no conocía a nadie tan rico como para tener una casa de veraneo, aunque sabía que solían estar en los bosques, junto a lagos o en el mar. Mientras caminaban, el hombre siguió hablando.

-Habría estado bien que mis hijas se hubieran interesado por los sellos, pero es que les dan igual.

Petia pensó en decirle a aquel hombre que a lo mejor lo que necesitaban sus hijas era un poco de tiempo. Él había tardado en convertirse en un coleccionista cuidadoso. Pero fue lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que era una ventaja para él que las hijas de aquel hombre no se interesaran por los sellos. Así que no dijo nada.

El hombre se apartó del sendero y caminó por entre la maleza a cierta velocidad. Petia se esforzaba por seguir su ritmo. Daba pasos muy largos. Petia casi tenía que correr.

-Señor, ¿cómo se llama? Me gustaría poder decirles a mis padres cómo se llama el hombre que me ha dado los sellos, por si no me creen.

-No te preocupes por tus padres. Les escribiré una nota para explicarles cómo es que tienes el álbum. Hasta les daré mi dirección por si quieren comprobarlo.

-Muchas gracias, señor.

-Llámame Andrei.

Después de un tiempo el hombre se detuvo y se agachó. Abrió el maletín. Petia se paró también y buscó alrededor algún rastro de la dacha. No veía nada. Quizá tuvieran que andar un poco más. Recuperó el aliento y miró las ramas sin hojas de los árboles que cruzaban el cielo gris.

La sangre corría por la cabeza del muchacho, por un lado de su cara. Andrei se arrodilló y puso un dedo en el cuello del niño, buscando su pulso. Estaba vivo, eso era bueno. Le dio la vuelta para dejarlo boca arriba y empezó a desnudarlo, como si fuera un muñeco. Le quitó el abrigo. Le quitó la camisa, los zapatos y los calcetines. Finalmente le quitó los pantalones y la ropa interior. Recogió la ropa en un montón, cogió su maletín y se alejó del pequeño. Tras caminar unos veinte pasos se detuvo junto a un árbol caído. Dejó la ropa, un pequeña pila de trapos baratos. Dejó el maletín en el suelo, lo abrió y sacó una larga cuerda de aspecto áspero. Volvió junto al niño y le ató un extremo de la cuerda alrededor del tobillo. Hizo un nudo apretado y lo probó tirando de la pierna del pequeño. Aguantaba. Empezó a caminar de espaldas, desenrollando con cuidado la cuerda, como quien prepara una mecha de dinamita. Llegó hasta el árbol caído, se escondió tras él y se echó al suelo.

Había escogido un buen lugar. El árbol estaba colocado de modo que cuando el niño se despertase, no lo vería. Siguió con la mirada la línea de la cuerda, por el suelo, hasta llegar al tobillo del niño. Todavía quedaba bastante en la mano, al menos para otros quince pasos. Dispuesto, preparado, era tanta la emoción que le entraron ganas de orinar. Tenía miedo de perderse el momento en que el niño despertara, así que rodó hasta ponerse de lado, se desabrochó la bragueta y, sin levantarse, vació la vejiga. Cuando terminó, se alejó de la tierra húmeda, cambiando ligeramente de posición. El niño seguía inconsciente. Andrei se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Volvió la vista. El niño no era más que una mancha borrosa. Andrei entrecerró los ojos, pero no veía más que una silueta, una mancha informe de piel rosada, en contraste con el suelo. Sin gafas, aquel niño podía ser cualquier niño. Andrei estiró la mano, arrancó una ramita de un árbol cercano y empezó a roer la corteza. La boca se le quedó áspera y marrón.

Petia abrió los ojos y miró el cielo gris y las ramas sin hojas de los árboles. Tenía la cabeza pegajosa por la sangre. Se la tocó y se miró los dedos. Se echó a llorar. Tenía frío. Estaba desnudo. ¿Qué había pasado? Confuso, no se atrevió a levantarse por miedo a ver al hombre que estaba con él. Estaba seguro de que andaba por allí. En aquel momento no podía ver más que el cielo gris. Deseaba estar en casa, con sus padres. Quería mucho a sus padres, y estaba seguro de que ellos lo querían a él. Le temblaban los labios, le temblaba todo el cuerpo. Se irguió, miró a derecha e izquierda. Apenas se atrevía a respirar. No podía ver a aquel hombre en ninguna parte. Miró a su espalda, a un lado. No estaba. Petia se hizo un ovillo. Miró al

bosque. Estaba solo, abandonado. Respirò profundamente, aliviado. No entendía nada. Pero no quería entender.

Mirò a su alrededor, buscando su ropa. No estaba. No importaba. Saltò y echò a correr, a correr todo lo rápido que pudo, pisando ramas caídas y el suelo húmedo por la lluvia y la nieve derretida. Cuando no pisaba ramas con los pies desnudos escuchaba chapoteos. No estaba seguro de correr en la dirección adecuada. Lo único que sabía era que tenía que escapar de allí.

De pronto sintió un tiròn en el pie derecho, como si una mano lo hubiera agarrado por el tobillo. Incapaz de mantener el equilibrio, tropezó y cayò de bruces. Sin esperar a recuperar el aliento, se dio la vuelta y mirò tras de sí. No podía ver a nadie. Debía de haberse tropezado. Iba a levantarse de nuevo cuando se fijò en la cuerda que tenía atada alrededor del tobillo. Siguió el rastro con la vista, hasta el bosque. Vio que se extendía por el suelo, como el hilo de una caña de pescar. La cuerda llegaba hasta un árbol caído, a unos cuarenta pasos.

Cogió la cuerda e intentò sacársela del tobillo, quitársela del pie. Pero estaba tan apretada que le hacía heridas en la piel. Volvieron a tirar, esta vez con más fuerza. Petia fue arrastrado por el suelo; la espalda se le llenò de barro antes de detenerse. Mirò hacia arriba. Allí estaba aquel hombre, de pie junto a un árbol, acercándose a él. Petia se agarraba a las ramas, al barro. Pero no servía de nada. Cada vez estaba más cerca. Se concentrò en el nudo. No podía deshacerlo. No podía romper la cuerda. No tuvo más remedio que echarla hacia abajo, desollándose la piel del tobillo. De nuevo hubo un tiròn y la cuerda se hundió en la carne. Rechinò los dientes, negándose a chillar. Cogió un puñado de tierra húmeda para lubricar la cuerda. En cuanto el hombre volvió a tirar, Petia se librò del nudo. Se puso de pie de un salto y salió corriendo.

En las manos de Andrèi la cuerda ya no estaba tirante. No había nada en el otro extremo. Dio otro tiròn y sintió que se ruborizaba. Forzó la vista, pero la distancia era demasiado grande, no podía ver nada; hasta entonces había confiado siempre en la cuerda. ¿Debería ponerse las gafas? No, no podía hacerlo.

Te està dejando atrás.

Andrèi se levantò de un salto y trepò por encima del árbol caído. Pegò la nariz al suelo y siguió la cuerda.

Petia corría más rápido que nunca. Llegaría a la estación; el tren estaría allí. Se subiría. Y se marcharía antes de que llegase aquel hombre. Sobreviviría.

Puedo hacerlo.

Mirò hacia atrás. El hombre venía tras él, corriendo, pero con la cabeza cerca del suelo, como si estuviera buscando algo que se le había caído. De hecho corría en la dirección equivocada. La distancia que los separaba era cada vez mayor. Petia estaba a punto de conseguirlo, iba a escapar.

Al llegar al final de la cuerda, al nudo, Andrèi se detuvo. El corazón le latía deprisa. Mirò a su alrededor, forzando la vista. Sintió que le brotaban las lágrimas; no podía verlo. Aquel niño se había marchado. Andrèi estaba solo, abandonado. Entonces, a su derecha, percibió movimiento; un color claro, el color de la piel, un niño. Era él.

Petia mirò hacia atrás, con la esperanza de que la distancia que los separaba hubiera aumentado. Esta vez vio que el hombre corría directo hacia él. Daba largas zancadas, con la chaqueta batiendo a los lados. Sonreía con expresión salvaje. Petia se fijò en que por algún motivo tenía los dientes marrones. Se

sintió débil, como si hubiera perdido la sangre de las piernas. Se llevó los brazos a la cabeza, como si así pudiera defenderse, y cerró los ojos, imaginando que estaba de nuevo entre los brazos de sus padres.

Andrèi chocò contra Petia a tal velocidad que ambos cayeron al suelo. El hombre estaba encima; el niño se revolvió debajo, rascando y mordiéndole la chaqueta. Andrèi, completamente echado sobre el niño para evitar que escapara, mascullò:

-¡Sigue vivo!

Sacò un enorme cuchillo de caza que llevaba al cinto. Cerrò los ojos y clavò la hoja debajo de èl. Al principio lo hizo con cuidado, apuñalando sòlo con la punta, puñaladas pequeñas, mientras escuchaba los gritos. Esperò, saboreò el momento, notò las vibraciones de la lucha que tenía lugar bajo su estòmago. ¡Menuda sensación! Excitado, clavò el cuchillo con màs fuerza, màs rápido, màs y màs, hasta que no quedò fuera màs que la empuñadura. Por aquel entonces el niño ya no se movìa.

TRES MESES DESPUES

SURESTE DEL "OBLAST" DE ROSTOV

EL MAR DE AZOV

4 de julio

Nèsterov se sentò con los dedos de los pies enterrados en la arena. Aquella parte de la playa era popular entre los que vivían en la cercana ciudad de Rostov del Don, a unos cuarenta kilómetros al noreste. Aquel día no era una excepción. La playa estaba abarrotada, como si los habitantes de la ciudad hubieran terminado de hibernar, con los cuerpos incoloros tras el largo invierno. ¿Podrìa adivinar a què se dedicaban por la forma de sus cuerpos? Los màs gordos era importantes, de alguna forma. Quizá fueran directores de fàbricas, o importantes miembros del Partido, o altos cargos de la Seguridad del Estado, no de los que daban patadas en las puertas, sino de los que firmaban formularios. Nèsterov tuvo cuidado de no llamar su atención. Se concentrò en su familia. Sus dos hijos jugaban donde el agua no era muy profunda y su mujer estaba tumbada junto a èl, dormida de costado, con los ojos cerrados y las manos debajo de la cabeza. A primera vista parecían felices: la perfecta familia soviética. Tenían muchos motivos para estar relajados: estaban de vacaciones, les habían permitido hacer uso de un coche de la milicia, tenían un cupòn estatal de gasolina; era una recompensa por la fructífera, eficiente y discreta manera en que habían llevado por separado las dos investigaciones de los asesinatos. Le habían dicho que se relajara. Èsa había sido la orden. Mascaba aquellas palabras en su cabeza, percibiendo la ironía.

El juicio a Varlam Babìnich había durado dos días. La defensa había aducido enajenación mental. Según el procedimiento, la defensa tenía que basarse en el mismo testimonio de los expertos a los que había recurrido durante el proceso. No podían llamar a testigos independientes. Nèsterov no era abogado, y no necesitaba serlo para comprender la enorme ventaja que aquello suponía para la acusación. En el caso de Babìnich significaba que la defensa no podía llamar a ningún testigo que no hubiera sido interrogado antes por la acusación. Como en el Hospital 379 no trabajaba ningún psiquiatra, la acusación había seleccionado a un mèdico no especializado para dar su opinión. Aquel doctor había afirmado que, en su opinión, Varlam Babìnich conocía la diferencia entre el bien y el mal y que sabìa que el asesinato estaba mal; sin duda, la inteligencia del acusado era limitada, pero suficiente para entender conceptos como "crimen". Al fin y al cabo, al ser arrestado había dicho:

Me he metido en un lío.

La defensa no había tenido más remedio que llamar al mismo médico e intentar argumentar el punto de vista contrario. Varlam Babínich había sido declarado culpable. Nèsterov había recibido una carta mecanografiada en la que se le informaba de que aquel muchacho de diecisiete años había muerto de rodillas, de un tiro en la nuca.

El caso del doctor Tiapkìn había durado menos, apenas un día. Su mujer había testificado que era violento, había descrito sus enfermizas fantasías y asegurado que la única razón por la que no había dicho nada hasta entonces era porque temía por su vida y la de su bebé. También había dicho al juez que había renunciado a su religión, el judaísmo. Criaría a sus hijos para que fueran leales al comunismo. A cambio de su testimonio se la había trasladado a Shajti, una ciudad ucraniana, donde podría continuar con su vida sin padecer el estigma del horrendo crimen cometido por su marido. Como nadie había oído hablar de aquel crimen fuera de Voualsk, ni siquiera necesitaba cambiarse de nombre.

Concluidos ambos casos, el tribunal procedió a juzgar doscientos casos de hombres acusados de comportamiento antisoviético. Aquellos homosexuales fueron condenados a trabajos forzados que iban desde los cinco a los veinticinco años. Para poder tramitar todos los casos con rapidez, el juez desarrolló una fórmula para sentenciarlos que dependía de su historial laboral, el número de hijos que tuvieran y, finalmente, de la cantidad de encuentros sexuales perversos que se suponía habían tenido. Pertenecer al Partido era considerado como agravante, pues significaba que el acusado había mancillado el nombre del mismo. Deberían haber sido más sensatos, por lo que se canceló su afiliación. A pesar de lo repetitivo de las sesiones; nèsterov había asistido a todas ellas, a las doscientas y pico. Una vez sentenciado el último, abandonó el tribunal y fue recibido con felicitaciones por los oficiales locales del Partido. Había hecho bien. Casi con toda certeza tendría un apartamento nuevo en los próximos dos meses, y si no para finales de año.

Varias noches después de la conclusión de los juicios, mientras yacía despierto en la cama, su mujer había dicho que sólo era cuestión de tiempo que acabara aceptando ayudar a Leo. Ella quería que lo admitiese y se pusiera manos a la obra. ¿Acaso no había esperado él a obtener su permiso? Quizá hubiera sido así. No sólo estaba poniendo en juego su vida, también la de su familia. En realidad, técnicamente no estaría haciendo nada malo si hacía preguntas e investigaba, pero eso era actuar por cuenta propia. La acción independiente siempre era un riesgo, porque implicaba que las estructuras dispuestas por el Estado habían fallado; que el individuo podía conseguir algo que el Estado, por alguna razón, no era capaz. De todas formas, confiaba en poder iniciar una investigación discreta, informal, que no aparentaría ser más que una serie de conversaciones entre colegas. Si descubría que no había casos similares, que no habían asesinado a más niños, entonces podría estar seguro de que los brutales castigos que había ayudado a infligir habían sido justos y apropiados. Aunque no se fiaba de Leo y no le gustaba la duda que éste había planteado, no podía negar que aquel hombre le había hecho una pregunta muy sencilla. ¿Tenía sentido su trabajo o no era más que una forma de supervivencia? No había que avergonzarse de querer sobrevivir; era lo que hacía la mayoría de la gente. Sin embargo, ¿era suficiente vivir en la miseria sin recibir a cambio la recompensa de sentirte orgulloso, sin poder pensar que lo que hacía servía para algo?

Durante las últimas diez semanas, Nèsterov había actuado por su cuenta, solo, sin hablar con Leo ni pedir su colaboración. Como lo más probable era que éste estuviera bajo vigilancia, cuanto menos contacto hubiera entre ellos, mejor. Lo único que había hecho había sido escribir una breve nota –Te ayudaré–, acompañada de la orden de destruirla inmediatamente.

No había forma sencilla de acceder a los archivos regionales sobre crímenes. Había hecho llamadas telefónicas y escrito cartas. Había mencionado el motivo sólo de pasada, alabando la eficiencia de su

departamento a la hora de resolver con rapidez ambos casos, con la intención de suscitar en la otra parte un alarde similar. A medida que empezaron a llegar respuestas se había visto obligado a hacer varios viajes en tren fuera de servicio; había llegado a ciudades en las que se había encontrado con sus colegas, había bebido con ellos, había hablado de casos relevantes durante algo menos de un minuto antes de ponerse a alardear de otras cosas. Era un sistema del todo ineficaz de recabar información. De tres horas bebiendo podía sacar dos minutos de conversación útil. Después de ocho semanas Nèsterov no había descubierto ni un solo crimen sin resolver. Entonces llamó a Leo a su despacho.

Leo entrò, cerrò la puerta y se sentò. Nèsterov comprobò que no hubiera nadie en los pasillos antes de volver, cerrar con llave y meter la mano debajo del escritorio. De allí sacò un mapa de la Unión Soviética, que extendió por encima de la mesa, sujetando los extremos con un libro. Entonces cogió un puñado de chinchetas. Clavò dos sobre Voualsk, dos en Molotov, dos en Viatka, dos en Gorki y dos en Kazàn. Las chinchetas formaban una hilera de ciudades que seguía la línea ferroviaria hacia el oeste, hacia Moscù. Nèsterov no había ido a Moscù, evitando a propósito a los agentes de la milicia de allí, que probablemente sospecharían de cualquiera que hiciera preguntas. Al oeste de Moscù Nèsterov no había tenido tanto éxito a la hora de reunir información, aunque había encontrado un posible incidente en Tver. Màs al sur clavò tres chinchetas en la ciudad de Tula, dos en Orel y dos en Bèlgorod. Ya en Ucrania, cogió dos cajas de chinchetas y se echò al menos veinte en la mano. Prosiguiò: tres chinchetas en las ciudades de Jàrlov y Gòrlovka, cuatro en la ciudad de Zaporoshi, tres en la ciudad de Kramatorsk y una en Kiev. Saliendo de Ucrania colocò cinco en Taganrog y, finalmente, seis dentro y en los alrededores de Rostov.

Nèsterov comprendió la reacción de Leo: un silencio anonadado. Lo cierto es que èl había sentido algo parecido mientras recopilaba toda aquella información. Al principio había intentado pasar por alto las similitudes: el material recogido del suelo que los niños tenían en la boca, los torsos mutilados. Pero las coincidencias eran demasiado sorprendentes. Tenían un trozo de cuerda atado al tobillo. Los cuerpos estaban siempre desnudos, la ropa en un montòn a cierta distancia. Los escenarios de los crímenes eran los bosques, parques y a menudo cerca de las estaciones de tren. Nunca tenían lugar dentro de casas ni en ningún otro sitio.

Ninguna ciudad se había comunicado con otra, aunque algunos de los crímenes se habían perpetrado a menos de cincuenta kilómetros de distancia. No se había trazado ninguna línea de conexión, nada que uniera aquellas chinchetas. Los habían resuelto echándoles la culpa a borrachos, ladrones o violadores convictos; indeseables, gente que podía ser sospechosa.

Según había podido contar, en total había unos cuarenta y tres. Nèsterov estirò la mano, cogió otra chincheta de la caja y la clavò en el centro de Moscù, convirtiendo a Arkadi en el niño 44.

Nèsterov despertó con la mejilla pegada a la arena y la boca abierta. Se irguió y se limpiò la arena. Echò un vistazo a su alrededor. El sol había desaparecido tras un manto nublado. Buscò a sus hijos; mirò por toda la playa, a la gente que jugaba. Su hijo mayor, Efim, de siete años, estaba sentado en la orilla. Pero su hijo menor –de tan sòlo cinco años- no estaba a la vista. Nèsterov mirò a su mujer. Estaba cortando rodajas de cecina, preparando la comida.

-¿Dònde està Vadim?

Inessa alzò la vista, encontró inmediatamente a su hijo mayor, pero no al pequeño. Con el cuchillo todavía en la mano, mirò a su alrededor, detrás de ellos. No pudo verlo, así que dejó el cuchillo. Ambos se acercaron a Efim y se agacharon junto a èl, cada uno a un lado.

-¿Dònde està tu hermano?

-Dijo que iba a volver con vosotros.

-¿Cuàndo?

-No lo sè.

-Piensa.

-Hace poco. No estoy seguro.

-Os dijimos que permanecierais juntos.

-Dijo que iba a volver con vosotros.

-¿No se metió en el agua?

-Fue hacia allà, con vosotros.

Nèsterov volvió a levantarse y mirò al agua. Vadim no se había metido en el mar, no había querido nadar. Estaba en la playa, en algún lugar entre aquellos cientos de personas. Le vinieron a la mente archivos de los casos. Una niña había sido asesinada cerca de un popular sendero junto a un río. Otra pequeña había muerto en un parque, tras un monumento, a cientos de kilómetros de su casa. Se agachò junto a su hijo.

-Vuelve a las toallas. Quèdate allí sin hacer caso a nadie que hable contigo, digan lo que digan. Aunque sean mayores que tù y te exijan respeto, quèdate donde estàs.

Al recordar cuàntos niños habían sido convencidos para desaparecer en los bosques cambiò de parecer y cogió a su hijo de la mano.

-Ven conmigo, juntos buscaremos a tu hermano.

Su mujer echò a andar en la dirección opuesta, mientras Nèsterov marchaba por entre la gente, a paso ligero, demasiado rápido para su hijo, por lo que lo cogió y lo llevò en brazos. Llegaron al final de la playa, que terminaba donde empezaba la hierba alta y los juncos. Vadim no estaba por ninguna parte.

Efim sabìa algo sobre el trabajo de su padre. Sabìa que habían asesinado a dos niños en su ciudad, porque sus padres se lo habían contado, aunque le habían hecho jurar que no hablarìa de ello con nadie. Nadie debìa de preocuparse por ellos. Los casos se iban a resolver. Efim sabìa que su hermano pequeño estaba en peligro. Era un muchacho hablador, amigable. Le resultaba difícil ser maleducado con la gente. Efim debería haberlo vigilado mejor y, al darse cuenta de que era culpa suya, se echò a llorar.

Al otro lado de la playa, Inessa llamò a su hijo. Había leído los documentos de la investigación de su marido. Sabìa perfectamente lo que les pasaba a los niños desaparecidos. Le entrò pánico, se echò la culpa a sì misma. Ella le había dicho a su marido que ayudara a Leo. Ella lo había animado, aconsejándole que tomara precauciones básicas, como mantener la investigación en secreto. Había leído las cartas antes de que èl las enviase, sugiriendo la inserción de ciertas frases por si las interceptaban. Al ver el mapa con las chinchetas las había tocado todas. Eran muchísimas. Aquella noche durmió en la cama con sus hijos. Hacer coincidir las vacaciones con la investigación había sido idea suya. Como la mayor parte de la concentración de los asesinatos se había producido al sur del país, la única forma de que Nèsterov pudiera llevar a cabo una expedición sustancial sin levantar sospechas era aprovechar las vacaciones familiares como tapadera. Hasta entonces no se había dado cuenta de que había puesto en peligro a sus hijos. Los había llevado al hogar de aquel misterioso mal. Había subestimado el poder de aquello que estaban buscando. Ningún niño estaba a salvo. Al parecer acompañaban al asesino, morìan a escasos metros de sus hogares. Ahora aquella cosa se había llevado a su hijo menor.

Apenas sin aliento, llamando a su hijo a gritos, exclamando su nombre a los bañistas, notò que los ojos se le llenaban de làgrimas. La gente empezó a rodearla con miradas estúpidas, indiferentes. Ella les suplicò que la ayudaran.

-Sòlo tiene cinco años. Se lo han llevado. Tenemos que encontrarlo.

Una mujer de mirada seria intentò calmarla.

-Estarà por aquí, en alguna parte.

-No lo entiende: corre un grave peligro.

-¿Por què?

Apartò a aquella mujer de su camino y empezó a dar vueltas, gritando su nombre. De repente notò que las robustas manos de un hombre la sujetaban por los brazos.

-Se han llevado a mi hijo menor. Por favor, ayúdeme a encontrarlo.

-¿Por què no se calma?

-No, lo mataràn. Lo asesinaràn. Tiene que ayudarme a encontrarlo.

El hombre se riò.

-Nadie va a matar a nadie. Està bastante seguro.

Ella intentò zafarse, pero aquel hombre no la soltaba. Rodeada de rostros condescendientes, intentò liberarse.

-¡Suèlteme! ¡Tengo que encontrar a mi hijo!

Nèsterov se abrió paso entre la multitud hasta llegar a su mujer. Había encontrado a su hijo pequeño jugando entre los juncos y ahora llevaba en brazos a ambos. Aquel hombre soltò el brazo de Inessa. Ella abrazò a Vadim, le cogió la cabeza, como si fuera frágil y fuera a romperse. Se quedaron allí, como una familia, rodeados de rostros hostiles. ¿Por què se habían comportado así? ¿Què les pasaba? Efim susurrò:

-Vàmonos.

Abandonaron la multitud, recogieron sus cosas apresuradamente y se marcharon en dirección al coche. En el camino de barro sòlo había otros cuatro vehículos. El resto de los bañistas habían llegado en tren. Nèsterov encendió el motor y los sacò de allí.

En la playa, una mujer delgada con algunas canas observò còmo se alejaba el coche. Apuntò el número de matrìcula, pues había decidido que aquèlla era una familia a la que había que investigar.

MOSCU

5 de julio

Hasta el día anterior, si hubieran arrestado a Leo no habría nada que relacionase directamente a Raisa con su investigación no autorizada. Podría haberlo denunciado y haber tenido alguna posibilidad de sobrevivir. Ya no era así. El tren estaba llegando a Moscù y ellos viajaban con documentación falsa: ambos eran culpables.

¿Por què había decidido Raisa subir al tren? ¿Por què había acompañado a Leo? Aquello iba en contra de su principio básico: la supervivencia. Estaba asumiendo un riesgo enorme cuando existía una alternativa. Podría haberse quedado en Voualsk y no hacer nada o, para estar màs a salvo, podría haber traicionado a Leo y confiar en que aquella traición asegurase su futuro. Era una estrategia desagradable, hipócrita y ruin, pero ella ya había hecho muchas cosas para sobrevivir, incluso casarse con Leo, un hombre al que despreciaba. ¿Què había cambiado? No era por amor. Leo era ahora su compañero, aunque no en el sentido marital. Eran compañeros de investigación. Èl confiaba en ella, la escuchaba; no lo hacía por cortesía, sino porque la consideraba su igual. Eran un equipo, compartían una meta común, los unía un propósito màs importante que cualquiera de sus vidas. Se sentía con energías, excitada, no quería regresar a su vida anterior basada en la subsistencia, en la que vivía preguntándose què porción de su alma tendría que cortar y vender para poder sobrevivir.

El tren se detuvo en Yaroslavavski Vokzal. Leo era muy consciente de lo que significaba volver por allí, viajar por las mismas vías en las que habían encontrado el cuerpo de Arkadi. Era la primera vez que volvían a Moscú desde su exilio, cuatro meses antes. Oficialmente no tenían nada que hacer allí. Sus vidas y la investigación dependían de no ser descubiertos. Si los atrapaban, morirían. El motivo de su viaje era una mujer llamada Galina Shapòrina; una mujer que había visto al asesino, una testigo que podía describirlo, ponerle una edad, darle cuerpo, hacerlo real. Por el momento ni Leo ni Raisa tenían ni idea de la clase de hombre que estaban buscando. No tenían ninguna pista sobre si era viejo o joven, delgado o gordo, andrajoso o elegante. En pocas palabras, podía ser cualquiera.

Además de hablar con Galina, Raisa había propuesto hablar con Ivàn, su compañero de la escuela. Había leído mucho material occidental censurado y tenía acceso a publicaciones restringidas, artículos de revistas y periódicos, traducciones no autorizadas. Podría conocer estudios de casos similares en el extranjero: asesinatos aleatorios, múltiples, como un ritual. Raisa sólo conocía escasos detalles de crímenes como aquéllos. Había oído hablar del estadounidense Albert Fish, que asesinaba niños y se los comía. Había escuchado historias sobre un francés, el doctor Petiot, quien durante la guerra patriótica había llevado a judíos a su sótano ofreciéndoles protección, y allí los había asesinado y quemado sus cuerpos. No tenía ni idea de si aquello no era más que propaganda soviética sobre la decadencia de la sociedad occidental, asesinos que representaban el resultado de una sociedad fallida y una política perversa. En lo que respectaba a su investigación, una teoría determinista no les servía para nada. Sólo podría significar que el sospechoso al que buscaban sería un extranjero, alguien cuyo carácter se hubiera forjado al vivir en una sociedad capitalista. Pero estaba claro que el asesino se movía con facilidad por el país, hablaba ruso y engatusaba a los niños. Era un asesino que operaba en el marco de su país. Todo lo que sabían o les habían contado sobre esa clase de crímenes era irrelevante. Tenían que olvidar toda presunción y empezar de cero. Y Raisa pensaba que el acceso que tenía Ivàn a material restringido era crucial para informarse.

Leo entendía que aquel material pudiera serles beneficioso, pero también quería relacionarse con el menor número de gente posible. Su principal objetivo era reunirse con Galina Shapòrina; Ivàn era secundario. Leo no estaba del todo convencido de que mereciera la pena arriesgarse. Sin embargo, reconocía que aquella percepción estaba determinada por factores personales. ¿Sentía celos por la relación que tenía su mujer con Ivàn? Sí. ¿Quería compartir su investigación con Ivàn? Ni por un segundo.

Leo mirò por la ventana mientras esperaba a que bajara todo el mundo. En las estaciones de tren patrullaban tanto agentes uniformados como camuflados. Todos los puntos de convergencia de transportes eran considerados puntos vulnerables a la infiltración. Había controles armados por la carretera. Los puertos y los muelles eran constantemente vigilados. En ningún otro sitio había tantos niveles de protección como en Moscú. Estaban intentando colarse en la ciudad más protegida del país. Su única ventaja era que Vasili tenía pocos motivos para suponer que serían capaces de arriesgarse tanto como para embarcarse en un viaje como aquél. Justo antes de bajarse del tren Leo se dirigió a Raisa.

-Si cruzas la mirada con alguien, con un guardia o con alguien que parezca un ciudadano de pie, no la apartes inmediatamente. No sonrías ni hagas gestos de ninguna clase. Mantèn el contacto visual un momento y después mira a otra parte.

Bajaron al andèn. Ninguno de los dos llevaba mucho equipaje. Las maletas grandes tenían más posibilidades de llamar la atención. Caminaban deprisa, tuvieron que frenarse, no correr demasiado. Leo sintió alivio al ver a tanta gente en la estación. De todas formas pudo sentir el cuello de la camisa que se le empapaba en sudor. Intentò calmarse y pensar que no había prácticamente ninguna posibilidad de que los agentes que había allí los estuvieran buscando a ellos. Ya habían tenido cuidado de esquivar cualquier posible vigilancia en Voualsk. Habían dicho que se iban de vacaciones a practicar senderismo en la

montaña. Para irse de vacaciones había que rellenar formularios. Debido a su humilde posición sólo habían podido pedir un par de días. Con tan poco tiempo disponible se marcharon al bosque, describiendo un círculo y asegurándose de que no los seguían. Una vez seguros de que estaban solos volvieron al bosque que había cerca de la estación. Se cambiaron de ropa, llena de barro, enterraron el material de acampada y se sentaron a esperar el tren de Moscú. Subieron en el último minuto. Si todo salía como lo habían planeado, recogerían el informe de la testigo, volverían a Voualsk, irían al bosque, recuperarían el equipo y se volverían a poner la ropa llena de barro. Volverían a la ciudad por uno de los senderos del bosque que había al norte.

Casi habían alcanzado la salida cuando un hombre los llamó desde atrás.

-Los papeles.

Leo se dio la vuelta sin dudar. No sonrió ni intentó aparentar tranquilidad. Aquel agente era de la Seguridad del Estado. Pero Leo no lo reconoció. Era una suerte. Le entregó sus papeles, y Raisa, los suyos.

Leo estudió el rostro de aquel hombre. Era alto, robusto. Sus ojos se movían despacio, con movimientos lentos. No era más que una inspección rutinaria. De todas formas, con rutina o sin ella, los papeles que estaba examinando eran falsos, una imitación pasable como mucho. Cuando Leo era agente no los habría tomado por auténticos de ninguna manera. Nèsterov le había ayudado a conseguirlos, los había amañado con la ayuda de Leo. Habían trabajado mucho, pero cuanto más se esforzaban, más se daba cuenta Leo de su fragilidad: las raspaduras del papel, los puntos donde la tinta goteaba, las líneas dobles allí donde se habían sellado dos veces. En aquel momento se preguntó cómo podía haber confiado en aquellos documentos y llegó a la conclusión de que no lo había hecho. Había confiado en que no se los pidieran.

Raisa observó cómo el agente estudiaba minuciosamente el documento y se dio cuenta de que apenas sabía leer. Intentaba ocultar ese hecho haciendo como si estuviera examinando el papel de forma exhaustiva. Pero ella había visto a muchos niños con el mismo problema: no ser capaces de localizar los signos. Aquel hombre movía los labios mientras examinaba los renglones. Ella sabía que si dejaba traslucir que era consciente de su debilidad, lo más seguro sería que él se enfadara. Mantuvo una expresión de miedo. Se percató de que el hombre disfrutaba cuando la gente le tenía miedo: aquello calmaría su ansiedad. Estaba claro que aquel agente comprobaría las expresiones de sus rostros, no porque tuviera dudas respecto al documento, sino porque le preocupaba que perdieran el miedo. Golpeó los documentos con la palma de la mano, dejando claro que los estaba sopesando, satisfecho porque seguía siendo un hombre temible que tenía poder sobre sus vidas.

-Déjenme ver sus maletas.

Leo y Raisa abrieron sus pequeñas maletas. No llevaban más que una muda y algunos enseres básicos. El agente empezaba a aburrirse. Se encogió de hombros. Por respuesta ellos asintieron de forma reverencial y se marcharon hacia la salida, intentando no caminar demasiado deprisa.

El mismo día

Después de haber rechazado la investigación realizada por el propio Fiódor sobre el asesinato de su hijo, de haberle amenazado y asustado para que se mantuviera en silencio, Leo iba ahora a pedirle ayuda por el mismo motivo. Necesitaba que Fiódor lo llevara al apartamento de Galina Shapòrina porque él no había conseguido averiguar su dirección. Lo cierto es que quizá no recordase el nombre correctamente.

Por aquel entonces no había prestado mucha atención y habían pasado muchas cosas. Sin la ayuda de Fiòdor tenía pocas esperanzas de encontrar a la testigo.

Leo estaba dispuesto a humillarse, a comerse sus palabras; estaba preparado para soportar la burla y el desprecio siempre que obtuviera los datos de la testigo. Aunque Fiòdor era un agente del MGB, Leo contaba con que fuera más leal a la memoria de su hijo. Por mucho que Fiòdor odiara a Leo, era probable que su deseo de justicia lo llevara a aliarse con él. ¿O no? De todas formas, la manera en que Leo había manejado el caso cuatro meses antes había sido correcta. Una investigación no autorizada de la muerte de su hijo hubiera puesto en peligro a toda su familia. Quizá Fiòdor había terminado por entenderlo. Era mejor proteger a los vivos; era mejor entregar a Leo al Estado. De esa forma disfrutaría tanto de seguridad como de venganza. ¿Qué decisión iba a tomar? Leo no tenía más opción que llamar a la puerta de su casa y averiguarlo.

En el bloque de apartamentos 18, en la cuarta planta, una mujer anciana abrió la puerta. Era lo mujer que le había plantado cara, la que se había atrevido a llamar a un asesino por su nombre.

-Me llamo Leo. Èsta es mi esposa, Raisa.

La anciana se quedó mirando a Leo, recordándolo, odiándolo. Echò un vistazo a Raisa.

-¿Qué quieren?

Raisa contestò en voz baja:

-Estamos aquí para hablar del asesinato de Arkadi.

Hubo un largo silencio. La anciana examinò ambas caras antes de responder:

-Les han dado la dirección equivocada. Aquí no ha muerto ningún niño.

Cuando iba a cerrar la puerta, Leo metió el pie.

-Tenian razón.

Leo esperaba encontrar ira. Pero la anciana se echò a llorar.

Fiòdor, su mujer y la anciana (la madre de Fiòdor) estaban juntos, formando una troika civil, un tribunal de ciudadanos. Observaron cómo Leo se quitaba el abrigo y lo dejaba en la silla. Luego se sacò el jersey y empezó a desabrocharse la camisa. Debajo, pegados al cuerpo con cinta, estaban los detalles de los asesinatos: fotos, descripciones, declaraciones, mapas que mostraban la extensión geográfica de los crímenes: las pruebas más importantes que tenían.

-He tenido que tomar ciertas precauciones para llevar este material conmigo. Son los detalles de más de cuarenta asesinatos de niños y niñas, muertos en la zona occidental del país. Fueron asesinados casi de la misma forma que pienso que mataron a tu hijo.

Leo se arrancò los papeles del pecho: los que estaban más cerca de la piel estaban empapados de sudor. Fiòdor los cogió y los hojeò. Su mujer se acercò y su madre, también. los tres empezaron a leer los documentos, a pasárselos el uno al otro. La mujer de Fiòdor hablò primero.

-Y si lo atrapan, ¿qué harán?

Por extraño que pudiera parecer, era la primera vez que alguien le hacìa esa pregunta a Leo.

-Lo matarè.

Una vez que Leo hubo explicado la naturaleza de su investigación personal, Fiòdor no perdió tiempo con insultos ni reproches. Resultaba evidente que ni por un instante se le hubiera pasado por la cabeza negarles su ayuda, dudar de su sinceridad o preocuparse por las repercusiones. Tampoco pensaron nada parecido su mujer ni su madre, al menos de manera significativa. Fiòdor estaba dispuesto a llevarlos al apartamento de Galina inmediatamente.

El camino más corto era atravesar las vías del tren, donde habían encontrado a Arkadi. Había varias vías paralelas, que ocupaban un gran espacio. A los lados se veían hileras irregulares de árboles y arbustos. A la escasa luz del atardecer Leo se percatò del interés de aquella apartada tierra de nadie. Estaba en el

centro de la ciudad y ponía los pelos de punta por lo vacía que estaba. ¿Había corrido el pequeño por entre las vías, perseguido por aquel hombre? ¿Se había caído al suelo intentando huir desesperadamente? ¿Había pasado un tren en la oscuridad, indiferente? Leo se alegró de salir de las vías.

Mientras se acercaban al apartamento Fiódor explicó que era mejor que Leo se quedara fuera. Galina había sentido miedo la última vez que lo vio: no podían arriesgarse a que volviera a pasar de nuevo. Leo estuvo de acuerdo. Irían sólo Raisa y Fiódor.

Raisa siguió a Fiódor por las escaleras. Llegaron al apartamento y llamaron a la puerta. Escuchó voces de niños que jugaban dentro. Eso le agradó. No es que pensara que una mujer debiera ser madre para darse cuenta de la gravedad del asunto, pero el hecho de que los hijos de Galina corriesen peligro haría más fácil su reclutamiento.

Una mujer de unos treinta años, muy delgada, abrió la puerta. Estaba cubierta de ropa, como si fuese pleno invierno. Parecía enferma. Su mirada era nerviosa, analizaba cada detalle de la apariencia de Fiódor y de Raisa. Al parecer Fiódor la reconoció.

-Galina, ¿se acuerda de mí? Soy Fiódor, el padre de Arkadi, el niño asesinado. Ésta es mi amiga Raisa. Vive en Voualsk, una ciudad cercana a los Urales. Galina, estamos aquí porque el hombre que mató a mi hijo está asesinando a más niños, en otras ciudades. Por eso ha venido Raisa a Moscú, para que podamos trabajar juntos. Necesitamos su ayuda.

Galina hablaba en voz baja, casi en susurros.

-¿Cómo puedo ayudarles? Yo no sé nada.

Raisa, que se esperaba una respuesta como aquella, explicó:

-Fiódor no está aquí como agente del MGB. Somos un grupo de padres y madres, de ciudadanos corrientes escandalizados por estos crímenes. Su nombre no va a aparecer en ningún documento; no hay documentos. No volverá a vernos ni a oír hablar de nosotros. Lo único que necesitamos es saber qué apariencia tenía. ¿Qué edad puede tener? ¿Es alto? ¿De qué color tiene el pelo? ¿Llevaba ropa cara o barata?

-Pero el hombre que yo vi no iba con un niño. Ya se lo dije.

Fiódor respondió:

-Por favor, Galina. Déjenos pasar un segundo. Hablemos fuera del pasillo.

Ella negó con la cabeza.

-No puedo ayudarles. No sé nada.

Fiódor empezaba a ponerse nervioso. Raisa le tocó el hombro, haciéndole callar. Tenían que permanecer tranquilos, no podían agobiarla. La paciencia era la clave.

-Está bien, Galina, no pasa nada. No vio usted a un hombre con un niño. Fiódor me ha dicho que vio a un hombre con una bolsa de herramientas, ¿no es verdad?

Ella asintió.

-¿Podría describirnoslo?

-Pero no iba con ningún niño.

-Entiendo. No iba con ningún niño. Eso ha quedado claro. Sólo llevaba una bolsa de herramientas. Pero, ¿qué aspecto tenía?

Galina se lo pensó. Raisa contuvo el aliento, notó que estaba a punto de ceder. No necesitaban aquella información por escrito. No necesitaban un testimonio firmado. Sólo necesitaban una descripción, algo suelto, algo que no podía negarse. Treinta segundos, era todo lo que les hacía falta.

-No tiene nada de malo decirnos qué aspecto tenía un hombre con una bolsa de herramientas. A nadie puede causarle problemas describir a un trabajador del ferrocarril.

Raisa mirò a Fiòdor. Había cometido un error. Alguien podría tener problemas por describir a un trabajador del ferrocarril. Podría tener problemas por mucho menos. Lo màs seguro era siempre no hacer nada. Galina negó con la cabeza y se echò hacia atrás.

-Lo siento, estaba oscuro. No lo vi. Tenía una bolsa, eso es todo lo que recuerdo.

Fiòdor puso la mano en la puerta.

-No, Galina, por favor.

Galina volvió a negar con la cabeza.

-Vàyanse.

-Por favor, por favor...

Ella empezó a gritar, como un animal asustado.

-¡Vàyanse!

Silencio. Dejó de escucharse a los niños jugando. Apareció el marido de Galina.

-¿Què sucede?

En el pasillo empezaron a abrirse las puertas de los apartamentos. La gente miraba, observaba, señalaba: aquello alarmò todavía màs a Galina. Raisa, al darse cuenta de que estaban perdiendo el control de la situación, de que iban a perder a su testigo, se acercò y abrazò a Galina, como si se estuviera despidiendo de ella.

-¿Què aspecto tenía? Dígamelo, susúrremelo al oído.

El marido de Galina intentò separarlas.

-¡Ya basta!

Galina intentaba zafarse, pero Raisa no la soltò. Se aferrò al brazo de aquella desconocida, suplicando, repitiendo:

-¿Què aspecto tenía?

Mejilla contra mejilla, Raisa esperò, cerrò los ojos con esperanza. Podía sentir el aliento de Galina. Pero èsta no respondió.

ROSTOV DEL DON

El mismo día

La gata estaba acurrucada en el alfèizar de la ventana, meneando la cola de un lado a otro y siguiendo a Nadia por la habitación con sus ojos verdes, como si no fuera màs que una enorme rata. La gata era mayor que ella. Nadia tenía seis años; la gata tendría ocho o nueve. Aquello podría explicar hasta cierto punto su actitud de superioridad. Según el padre de Nadia, por aquella zona había un problema de ratas, así que tener un gato era esencial. Bueno, eso era cierto, al menos en parte: Nadia había visto muchas ratas, ratas grandes y atrevidas. Pero nunca había visto que aquella gata hiciera nada por solucionarlo. Era una gata vaga, tremendamente mimada por su padre. ¿Còmo podía creerse un gato màs importante que ella? Nunca se dejaba tocar. Una vez, al pasar junto a la gata, le había acariciado el lomo, a lo que ella había respondido dándose la vuelta, bufando y saliendo disparada como un rayo hasta una esquina, con el pelo erizado, como si la niña hubiera cometido un crimen. Entonces decidió dejar de intentar ser su amiga. Si la gata la odiaba, ella odiarìa a la gata.

Nadia, que no podía quedarse en casa con la gata mirándola, decidió salir, a pesar de que era tarde y el resto de la familia estaba en la cocina, preparando "uzhi". Sabìa que no la dejarían salir a dar un paseo, así que no se molestò en preguntar. Se puso los zapatos y salió discretamente por la puerta principal.

Vivía a orillas del río Don con su hermana menor, su padre y su madre, en un suburbio de casas ruinosas y chozas de ladrillo. Las cloacas de la ciudad y los residuos de la fábrica iban a dar al río, un poco más arriba, y a menudo Nadia se sentaba a observar el mosaico de aceites, suciedad y productos químicos que corría por la superficie del agua. Había un sendero marcado que se extendía junto al río, en ambas direcciones. Nadia caminó corriendo abajo, hacia el campo. Aunque había poca luz, conocía bien el camino. Tenía un buen sentido de la orientación y, que ella pudiera recordar, nunca se había perdido. Ni una vez. Se preguntaba qué clase de trabajos podría ejercer una chica con un buen sentido de la orientación cuando creciera. Podría convertirse en piloto de guerra. Ser maquinista de tren no tenía mucha razón de ser, pues no tendría que pensar en el destino: era difícil que se perdiera un tren. Su padre le había contado historias de mujeres que pilotaban bombarderos durante la guerra. Aquello le sonaba bien, quería ser como ellas, aparecer en la portada de un periódico, recibir la orden de Lenin. Aquello llamaría la atención de su padre, le haría sentirse orgulloso de ella. Aquello le apartaría de aquella estúpida gata.

Llevaba un rato andando, tarareando una canción, contenta de estar fuera de casa y lejos de la gata, cuando de repente se detuvo. Más adelante pudo ver la silueta de un hombre que venía hacia ella. Era alto, pero en la penumbra era difícil saber nada más. Llevaba una maleta. Normalmente ver a un extraño no la habría preocupado en absoluto. ¿Por qué iba a ser así? Pero hace poco su madre le contó algo peculiar: sentó a Nadia y a su hermana y les advirtió que no debían hablar con desconocidos. Incluso llegó a decirles que era mejor ser maleducada que acceder a la petición de un extraño. Nadia volvió la vista hacia la casa. No estaba muy lejos; si corría, llegaría en menos de diez minutos. Pero el caso es que quería caminar hasta su árbol favorito, que estaba un poco más abajo. Le gustaba encaramarse a él, sentarse y soñar. Si no lo hacía, si no llegaba hasta el árbol, le parecía que el paseo no había servido para nada. Se imaginó que aquello era una misión militar: tenía que llegar hasta el árbol, no podía fallar. Tomó una decisión rápida: no le dirigiría la palabra a aquel hombre, seguiría caminando, y si él le dijera algo, ella respondería “buenas tardes”, pero no se detendría.

Siguió andando por el sendero. Aquel hombre estaba cada vez más cerca. ¿Caminaba más deprisa? Eso parecía. Estaba demasiado oscuro para verle la cara. Llevaba una especie de sombrero. Ella se echó a un lado para dejarle suficiente espacio para pasar. Sólo estaban a un par de metros. Nadia sintió miedo, la necesidad imperiosa de pasar de largo. No comprendía por qué. Le echó la culpa a su madre. Los pilotos de bombarderos nunca tenían miedo. Echó a correr. Preocupada de que aquel caballero tomase aquello por un gesto descortés, gritó:

-¡Buenas tardes!

Con el brazo que tenía libre, Andréi la cogió por la cintura, la levantó del suelo y se la acercó a la cara. La miró a los ojos. Ella estaba aterrorizada; su pequeño cuerpo estaba rígido por la tensión.

Y entonces Nadia se echó a reír. Se recuperó de la sorpresa, rodeó a su padre con los brazos y lo abrazó.

-Me has asustado.

-¿Qué haces fuera tan tarde?

-Quería dar un paseo.

-¿Sabe tu madre que has salido?

-Sí.

-Estás mintiendo.

-No. ¿Por qué has venido por allí? Nunca vienes por allí. ¿Dónde has estado?

-Trabajando. Tenía que hacer algunas cosas en uno de los pueblos que hay justo a las afueras. No había otra forma de volver más que a pie. Sólo he tardado un par de horas.

-Debes de estar cansado.

-Sí, lo estoy.

-¿Puedo llevar tu maleta?

-Creo que puedo hacerlo yo.

-Papà, me alegro de que estès en casa.

Sin soltar a su hija, abrió la puerta con la parte inferior del maletín. Entrò en la cocina. Su hija pequeña corrió a saludarlo efusivamente. Contemplò el agrado que sentía su familia al verlo volver. Sabían que, cuando se marchaba, volvía.

Nadia estaba mirando a la gata. Celoso de la atención que la niña recibía de su padre, el animal se bajò de la ventana, se uniò a la familia y empezó a restregarse contra la pierna de su padre. Cuando Andrèi la dejó en el suelo, ella pisò sin querer la pata del animal, haciéndole soltar un maullido y salir escopetado. Antes de que pudiera disfrutar de la màs mínima satisfacción, su padre la agarrò de la muñeca, se agachò y mirándola fijamente a través de sus gruesas gafas cuadradas, temblando de ira, le dijo:

-No vuelvas a tocarla.

Andrèi soltò la muñeca de su hija y se levantò. Estaba nervioso y acalorado. Mirò a su mujer. No se había acercado a èl, pero le había sonreído.

-¿Has comido?

-Tengo que guardar mis cosas. No quiero comer nada.

Su mujer no intentò abrazarlo ni besarle delante de las niñas. Era muy estricto con esas cosas y ella lo comprendía.

-¿Te ha ido bien en el trabajo?

-Quieren que me vaya un par de días. No sè exactamente cuànto tiempo.

Sin esperar respuesta, sintiendo claustrofobia, se dirigió hacia la puerta que llevaba al sótano. La gata lo siguiò, animada, con la cola en alto.

Cerrò la puerta tras de sÌ y bajò las escaleras. Se sintió mejor en cuanto estuvo solo. Antiguamente una pareja de ancianos había vivido en aquella parte de la casa, pero la mujer había muerto y el hombre se había mudado al apartamento de su hijo. La oficina de alojamiento no había enviado a otra pareja para reemplazarlos. No era una habitación agradable: un sótano hundido en la ribera del río. Los ladrillos estaban siempre húmedos. En invierno estaba helado. Había una estufa de madera que la pareja de ancianos tenía que mantener encendida ocho meses al año. El sótano, a pesar de sus muchas desventajas, tenía una cosa buena. Era su espacio. Había una silla en un rincón y una cama estrecha que había pertenecido a los ancianos. A veces dormía allí, cuando las condiciones eran tolerables. Encendió la làmpara de gas y poco después entrò otro gato por el hueco de la pared por el que salían las tuberías de la estufa.

Abrió el maletín. Entre los papeles y los restos del almuerzo había un bote de cristal con tapa de rosca. Lo abrió. Dentro del bote, envuelto en un viejo número de "Pravda" empapado de sangre, estaba el estòmagu de la niña a la que había asesinado unas horas antes. Retirò el papel, con cuidado de no dejar ni un trocito pegado a la carne. Dejó el estòmagu en un plato de metal y lo cortò en rodajas y luego en cubitos. En cuanto terminó encendió la estufa. Cuando èsta estuvo lo suficientemente caliente como para cocinar, había seis gatos dando vueltas a su alrededor. Friò la carne y esperò hasta que se volviera marròn antes de dejarla de nuevo en el plato. Andrèi se quedó mirando a los gatos, a sus pies, disfrutando el espectáculo de su hambre, tomàndoles el pelo, mirando còmo maullaban. Estaban muy hambrientos, frenéticos por el olor de la carne cocinada.

Cuando ya se hubo divertido lo suficiente dejó la comida en el suelo. Los gatos se arremolinaron en torno al plato y empezaron a comer, ronroneando de placer.

Arriba, Nadia se quedó mirando la puerta del sótano, preguntándose qué clase de padre prefería los gatos a los niños. Sólo estaría en casa un par de días. No; no tenía razón al enfadarse con su padre. No quería echarle la culpa a él; la culpa era de los gatos. Se le ocurrió una idea. No podía ser difícil matar a un gato. Lo complicado sería que no la pillaran.

El mismo día

En la calle Vorovski, Leo y Raisa se pusieron a la cola en la tienda de ultramarinos. Se tardaba varias horas en llegar al interior, donde cada uno hacía su pedido, después de lo cual debía esperar en una segunda cola, para pagar. Pasadas las dos colas, había una tercera para recoger la compra. Podían estarse fácilmente cuatro horas haciendo cola, esperando, sin levantar sospechas, a que Iván llegase a casa.

Como no había conseguido que Galina hablara, corrían el riesgo de volver de Moscú con las manos vacías. A Raisa la habían echado del apartamento, le habían dado con la puerta en las narices. Se había quedado en el pasillo, rodeada de vecinos que la miraban, muchos de los cuales podían ser informadores. Era imposible volver a intentarlo. Quizá Galina y su marido ya hubieran dado parte a las Fuerzas de Seguridad del Estado. A Leo no le parecía probable. Galina creía firmemente que lo más seguro era no hacer nada. Si intentaba informar de algo, cabía la posibilidad de que acabara incriminándose a sí misma, llamando la atención de alguna manera. Aquello no era muy tranquilizador. Lo único que habían conseguido hasta el momento había sido incorporar a Fiódor y a su familia a la investigación. Leo le había dado instrucciones para que enviase a Nèsterov cualquier información que pudiera encontrar, pues las cartas dirigidas a Leo eran interceptadas. De todas formas no estaban más cerca de identificar al hombre que andaban buscando.

En tales circunstancias, Raisa había insistido en hablar con Iván. ¿Qué otra opción tenían, aparte de marcharse de la ciudad con las manos vacías? Leo había aceptado a regañadientes. Raisa no había podido hacerle llegar un mensaje a Iván. No había manera de enviar una carta o hacer una llamada telefónica. Había asumido un pequeño riesgo al esperara que estuviera allí. Pero sabía que rara vez salía de Moscú, y desde luego nunca por mucho tiempo. No se iba de vacaciones; el campo no le interesaba. La única razón que se le ocurría por la que no fuera a estar en casa era que lo hubieran arrestado. En ese sentido sólo le quedaba esperar que estuviera a salvo. Aunque tenía ganas de verlo de nuevo, no se engañaba: iba a ser un encuentro extraño. Estaba con Leo, un hombre al que Iván odiaba, como a todos los agentes del MGB; una regla sin excepciones. No había agentes buenos. De todos modos, no era la antipatía que éste sentía por Leo lo que más la inquietaba. Era más bien el afecto que sentía ella por Iván. Aunque nunca había engañado sexualmente a su marido, sí lo había hecho con Iván de cualquier otra forma posible: intelectualmente, emocionalmente, criticándolo a sus espaldas... Había entablado amistad con un hombre que representaba todo aquello contra lo que Leo luchaba. Juntar a aquellos dos hombres tenía algo de terrible. Quería decirle a Iván lo antes posible que Leo ya no era el mismo, que había cambiado, que su fe ciega en el Estado se había venido abajo, que se había roto en mil pedazos. Quería explicarle que se había equivocado con su marido. Quería que ambos vieran que las diferencias que los separaban eran más pequeñas de lo que creían. Pero era poco probable.

Leo no tenía ganas de conocer a Iván, el alma gemela de Raisa. Se vería obligado a ver cómo surgía la chispa entre ambos, a ver de cerca al hombre con el que Raisa se habría casado de haber tenido libertad de elección. Aquello le seguía doliendo, más que la pérdida de su posición, más que la pérdida de su fe en el Estado. Había creído ciegamente en el amor. Quizá se había aferrado a aquella idea para contrarrestar la

naturaleza de su trabajo. Tal vez, de manera inconsciente, necesitara creer en el amor para humanizarse a sí mismo. Eso explicaría las absurdas justificaciones que se había montado para racionalizar la frialdad de que ella lo odiara. En lugar de eso había cerrado los ojos y se había felicitado por tenerlo todo. Les había dicho a sus padres que era la esposa con la que siempre había soñado. Y tenía razón; eso era todo: un sueño, una fantasía, y ella había sido lo suficientemente astuta como para seguirle el juego, asustada todo el tiempo por su propia seguridad, confiándole a Ivàn sus verdaderos sentimientos.

Aquella fantasía se había derrumbado unos meses antes. Pero, ¿por qué no se cerraba la herida? ¿Por qué no podía superarlo, como había superado su devoción por el MGB? Había sido capaz de sustituir aquella devoción hacia el MGB por otra causa, la devoción hacia su investigación. Pero no tenía nadie más a quien amar; nunca había habido nadie más. Lo cierto era que no podía dejar de aferrarse a la más mínima esperanza, a la fantástica idea de que quizá, y sólo quizá, ella pudiera enamorarse realmente de él. Aunque no confiaba demasiado en sus emociones, pues antes se había equivocado de manera tan categórica, tenía la sensación de que Raisa y él estaban más unidos que nunca. ¿Era el resultado de trabajar juntos? Era cierto que ya no se besaban ni se acostaban juntos. Había conseguido aceptar que sus relaciones sexuales anteriores no habían significado nada para ella, o, peor aún, que le habían resultado desagradables. Sin embargo, en lugar de aceptar que las circunstancias eran lo único que los había mantenido juntos –Tù me tienes a mì, yo te tengo a ti-, Leo prefería pensar que éstas eran las que los habían alejado. Leo había sido un símbolo del Estado que Raisa odiaba. Pero ya no representaba más que a sí mismo, no tenía autoridad, y se había despojado de aquel sistema que ella tanto despreciaba.

Casi habían llegado a la puerta de la tienda cuando vieron a Ivàn acercarse por el otro lado de la calle. No gritaron su nombre ni llamaron su atención. Observaron cómo entraba en su edificio, unos establos reconvertidos. Raisa estaba a punto de abandonar la cola cuando Leo la cogió del brazo y la detuvo. Era un disidente: probablemente estaba bajo vigilancia. Leo pensó en que quizá aquella moneda hueca era de Ivàn; quizá él era el espía. ¿Por qué estaba entre la ropa de Raisa? ¿Se había desnudado en el apartamento de Ivàn y había cogido la moneda por error? Leo intentó no pensar en ello, consciente de que los celos le estaban jugando una mala pasada.

Comprobó la calle. No vio a ningún agente tomando posiciones cerca del apartamento. Había varios lugares obvios: el vestíbulo del cine, la misma cola de la tienda, portales cubiertos. Por muy entrenados que fueran los agentes, vigilar un edificio era difícil porque era antinatural quedarse quieto, solo, sin hacer nada. Después de varios minutos estuvo seguro de que nadie seguía a Ivàn. Sin molestarse en dar explicaciones ni en hacer el numerito de haberse olvidado la cartera, abandonaron la cola en el preciso momento en que iban a entrar en la tienda. Resultaba sospechoso, pero Leo contaba con que la mayoría de la gente fuera lo suficientemente inteligente como para ocuparse de sus asuntos.

Entraron en el edificio de apartamentos y subieron por las escaleras. Raisa llamó a la puerta. Se escucharon pasos en el interior. Una voz, nerviosa, preguntó sin abrir.

-¿Sí?

-Ivàn, soy Raisa.

Corrió un pestillo. Ivàn abrió la puerta con cautela. Al ver a Raisa abandonó toda sospecha y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Un par de pasos por detrás Leo contempló el encuentro desde la penumbra del pasillo. A ella le agradaba verlo; se sentían cómodos uno con el otro. Ivàn abrió la puerta y la abrazó, aliviado de ver que seguía con vida.

Ivàn vio a Leo. Su sonrisa se desplomó, como cae un cuadro de la pared. Soltó a Raisa y se sintió incómodo, buscando la expresión de ella, asegurándose de que no se trataba de una traición. Ella percibió su temor y dijo:

-Tenemos que explicarte muchas cosas.

-¿Por què estàis aquí?

-Serà mejor hablar dentro.

Ivàn no parecía convencido. Raisa le puso una mano en el brazo.

-Por favor, confía en mì.

El apartamento era pequeño, estaba bien amueblado y tenía el suelo de madera encerada. Había libros; a primera vista todos parecían autorizados: Gorki, panfletos políticos, Marx. La puerta del dormitorio estaba cerrada y en el salón no había ninguna cama. Leo preguntò:

-¿Estamos solos?

-Mis hijos están con mis padres. Mi mujer está en el hospital. Tiene tuberculosis.

Raisa volvió a tocarle el brazo.

-Ivàn, lo siento mucho.

-Creìamos que te habían arrestado. Me temì lo peor.

-Tuvimos suerte. Nos trasladaron a una ciudad al oeste de los Urales. Leo no quiso denunciarme.

Ivàn no podía borrar la expresión de sorpresa de su rostro, como si aquello fuera increíble. Leo, molesto, se mantuvo en silencio mientras Ivàn lo observaba, sopesando la situación.

-¿Por què no quisiste hacerlo?

-Porque no es una espìa.

-¿Y desde cuàndo eso importa?

Raisa interrumpió:

-Dejemos eso ahora.

-Pero es importante. ¿Sigues en el MGB?

-No, me degradaron a la milicia.

-¿Degradado? Tuviste suerte.

Era una pregunta acusadora.

-Es sòlo un indulto temporal, degradación, exilio... un lento castigo encubierto.

Raisa, intentando tranquilizarlo, dijo:

-No nos han seguido, estamos seguros.

-¿Habèis venido hasta Moscù? ¿Por què?

-Necesitamos ayuda.

Aquello lo cogió por sorpresa.

-¿Y còmo podría ayudaros yo?

Leo se quitò el abrigo, el jersey y la camisa y sacò los documentos que llevaba pegados al cuerpo. Resumió el caso y le ofreció los papeles a Ivàn. Èste los aceptò, pero no los mirò siquiera. Se sentò en una silla y colocò las pruebas sobre la mesa. Después de un rato volvió a levantarse, cogió su pipa y la rellenò con cuidado.

-Imagino que la milicia no està investigando estos asesinatos, ¿me equivoco?

-todos ellos se han resuelto erròneamente, los han encubierto o han culpado a enfermos mentales, enemigos políticos, alcohólicos, vagabundos... No se ha establecido ninguna conexión.

-Y supongo que ahora estàis trabajando juntos en esto, ¿verdad?

Raisa se ruborizò.

-Sì, trabajamos juntos.

-¿Confias en èl?

-Sì, confio en èl.

Leo no tuvo màs remedio que quedarse callado mientras Ivàn interrogaba a su esposa, escrutando frente a èl la integridad de su relación.

-¿Y pensàis resolver juntos este caso?

Contestò Leo:

-Si no lo hace el Estado, tendrá que hacerlo la gente.

-Hablas como un autèntico revolucionario. Pero Leo, tù te has pasado la vida asesinando en nombre del Estado, ya fuera en tiempo de guerra o de paz, ya fueran alemanes o rusos, o quienquiera que el Estado te dijera que odiaba. ¿Y ahora me tengo que creer que has abandonado la línea oficial y piensas por ti mismo? No me lo creo. Creo que es una trampa. Lo siento, Raisa, creo que està intentando volver al MGB. Te ha engañado, y ahora quiere entregarme a mì.

Raisa hablò:

-No es cierto, Ivàn. Mira las pruebas. Es real, no es ningún truco.

-Hace tiempo que no confio en las pruebas sobre papel, y tù tampoco deberías hacerlo.

-He visto uno de los cuerpos, un niño, con el estòmago abierto y la boca llena de corteza. Lo he visto, Ivàn. Estuve allí. Alguien le hizo eso al niño, alguien disfrutò haciéndolo y no va a parar. Y no será la milicia quien lo atrape. Sè que tienes todo el derecho a desconfiar de nosotros. Pero no puedo demostrarte nada. Si no puedes confiar en mì, entonces siento haber venido.

Leo se acercò, dispuesto a recoger los documentos. Ivàn puso la mano encima.

-Les echarè un vistazo. Corred las cortinas. Y sentaos, me ponèis nervioso.

Aislados del mundo exterior, Leo y Raisa se sentaron junto a Ivàn y le explicaron las particularidades del caso, relatando toda la información que consideraron de utilidad. Leo le contò sus propias conclusiones.

-Convence a los niños para que vayan con èl. Las huellas de la nieve eran paralelas; aquel muchacho había aceptado ir al bosque. Aunque estos crímenes parezcan una locura, un loco se comportaría de forma errática, hablaría sin sentido, asustaría a los niños.

Ivàn asintió.

-Sí, estoy de acuerdo.

-En este país es muy complicado viajar sin una razón oficial; debe de tener un empleo que le permita moverse. Debe de tener papeles, documentos. Debe de estar integrado en la sociedad; debe de ser un hombre respetable, aceptado. La pregunta que no logramos responder es...

-¿Por què lo hace?

-¿Còmo puedo atraparlo si no entiendo por què lo hace? Soy incapaz de imaginármelo. ¿Què clase de hombre es? ¿Es joven o viejo? ¿Rico o pobre? La verdad es que no tenemos ni idea de què clase de hombre estamos buscando, aparte de lo màs básico. Sabemos que tiene un trabajo y que, al menos en apariencia, no està loco. Pero eso define a casi todo el mundo.

Ivàn fumaba de su pipa, asimilando lo que Leo acababa de decir.

-Me temo que no puedo ayudaros.

Raisa se echò hacia delante.

-Pero tienes artículos occidentales sobre esta clase de crímenes, de asesinatos sin un motivo convencional, ¿no es así?

-¿Y de què servirían? Podría conseguir un par de artículos. Pero no bastarían para hacer un retrato de ese hombre. No podèis haceros a la idea de còmo es con dos o tres textos sensacionalistas occidentales.

Leo se echò hacia atrás: el viaje no había servido para nada. Y lo que era màs preocupante: ¿acaso se habían impuesto una tarea imposible? Estaban escasamente preparados, tanto material como intelectualmente, para acabar con aquellos crímenes.

Ivàn chupò su pipa mientras observaba sus reacciones.

-Sin embargo, conozco a un hombre que podría ayudaros. Es el profesor Zauzàyez, un psiquiatra retirado, antiguo interrogador del MGB. Perdiò la vista. Quedarse ciego le cambiò, fue una epifania. Como la tuya, Leo. Ahora se mueve bastante en círculos no oficiales. Podèis contarle lo que me habèis contado a mì. Quizá os pueda ayudar.

-¿Podemos confiar en èl?

-Tanto como en cualquier otra persona.

-¿Què puede hacer exactamente?

-Si le leèis estos documentos y describìs las fotos, tal vez pueda aclararos què clase de persona haría algo así: su edad, su procedencia..., esas cosas.

-¿Dònde vive?

-No dejarà que vayàis a su apartamento. Es muy cauto. Vendrà aquí, si es que hace algo. Intentarè convencerlo por todos los medios, pero no puedo garantizar nada.

Raisa sonriò.

-Gracias.

Leo estaba satisfecho: un experto era mucho mejor que unos cuantos recortes de prensa. Ivàn se levantò, apagò la pipa y se acercò a un armario, al teléfono.

El teléfono.

Aquel hombre tenía un teléfono en su apartamento, en su reluciente y bien amueblado apartamento. Leo se fijò en los detalles de la habitación: algo no encajaba. No era un apartamento familiar. ¿Por què vivìa con aquel lujo relativo? ¿Y còmo es que había logrado que no lo arrestaran? Después de haberlos exiliado a ellos, lo normal hubiera sido que lo detuvieran. Después de todo, el MGB lo tenía fichado: Vasili le había mostrado las fotos a Leo. ¿Còmo había evitado a las autoridades?

Ivàn había hecho la llamada. Estaba ahora al teléfono.

-Profesor Zauzàyez, al habla Ivàn Zhùkov. Tengo un asunto importante para el que necesito su ayuda. No puedo hablar de ello por teléfono. ¿Està libre ahora? ¿Podría venir a mi apartamento? Sì, inmediatamente, si es posible.

Leo se puso tenso. ¿Por què lo llamaba profesor si se llevaban tan bien? ¿Por què lo llamaba así si no era para que ellos lo escucharan? Aquello no encajaba, nada encajaba.

Leo se levantò de un salto, tirando la silla. Estaba al otro lado de la habitación antes de que Ivàn pudiera reaccionar. Agarrò el teléfono y rodeò el cuello de Ivàn. Ahora estaba detrás de èl, con la espalda en la pared, estrangulándolo, apretando el cable cada vez màs. Los pies de Ivàn resbalaban sobre el suelo pulido. Jadeò, incapaz de hablar. Raisa, asombrada, se levantò de la silla.

-¡Leo!

Èste se llevó el pulgar a los labios, para que no hablara. Con el cable todavía alrededor del cuello de Ivàn, se llevó el auricular al oído.

-¿Profesor Zauzàyez?

Ya no había línea. Habían colgado. Estaban de camino.

-¡Leo, suéltalo!

Pero Leo apretò el cable. Ivàn se estaba poniendo rojo.

-Es un agente encubierto. Mira còmo vive. Mira su casa. No hay ningún profesor Zauzàyez. Era su contacto en la Seguridad del Estado.

-Leo, te equivocas, conozco a este hombre.

-Es un falso disidente, un agente encubierto, se dedica a acabar con otras personas contrarias a la autoridad, a reunir pruebas contra ellos.

-Leo, te equivocas.

-No hay ningún profesor. Están de camino. Raisa, ¡no tenemos mucho tiempo!

Ivàn intentaba agarrar el cable frenéticamente. Raisa negó con la cabeza y metió los dedos por debajo del cable, aliviando la presión sobre el cuello de su amigo.

-Leo, déjalo, deja que se explique.

-¿Acaso no han arrestado a todos tus amigos, a todos menos a èl? Esa mujer, Zoya, ¿de dònde crees que sacò su nombre el MGB? No la arrestaron por sus rezos. Èsa no fue màs que la excusa.

Ivàn, que no podía liberarse, empezó a resbalar por el suelo, obligando a Leo a cargar con todo su peso. Leo no podía sostenerlo mucho màs tiempo.

-Raisa, nunca me hablaste de tus amigos. Nunca te fiaste de mì. ¿En quièn confiabas? ¡Piensa!

Raisa mirò a Leo y después a Ivàn. Era cierto: todos sus amigos estaban muertos o habían sido arrestados, todos excepto èl. Negó con la cabeza; rechazaba creerlo: era la paranoia, la paranoia creada por el Estado, según la cual cualquier acusación, por improbable que pareciera, era suficiente para matar a un hombre. Se fijò en la mano de Ivàn, que intentaba alcanzar un cajòn del armario. Soltò el cable.

-¡Leo, espera!

-¡No tenemos tiempo!

-¡Espera!

Raisa abrió el cajòn y rebuscò dentro hasta dar con un abrecartas afilado: era lo que estaba buscando Ivàn para defenderse. No podía culparle por ello. Detrás había un libro, su ejemplar de “¿Por quièn doblan las campanas?”. ¿Por què no estaba oculto? Lo cogió. Dentro había una hoja de papel. En ella había una lista de nombres: la gente a la que Ivàn había prestado el libro. Algunos de los nombres estaban tachados. El suyo lo estaba. Por la otra cara había una lista de personas a las que pensaba prestar el libro.

Mirò a Ivàn y le puso la hoja en la cara. Le temblaba la mano. ¿Habìa una explicación inocente para eso? No; ya sabìa que no. Ningún disidente sería tan tonto como para escribir una lista de nombres. Había prestado el libro para incriminar a esas personas.

Leo se esforzaba por retener a Ivàn.

-Raisa, no mires.

Ella obedeció y se fue al otro extremo de la habitación, con el libro todavía en la mano. Escuchò còmo Ivàn pateaba los muebles.

El mismo día.

Como era un agente de la Seguridad del Estado, la muerte de Ivàn se consideraría un asesinato automáticamente, un escándalo que sòlo podía haber cometido alguien opuesto al sistema, un elemento antisoviético. El culpable era un descastado, un no creyente, lo cual justificaba la apertura de una investigación exhaustiva. No había necesidad de encubrirlo. Por suerte para Leo y Raisa, Ivàn debía de tener muchos enemigos. Era un hombre que vivìa de traicionar a ciudadanos atemorizados, atrayéndolos con promesas de material censurado, como un depredador se aproxima a su presa con un atractivo cejho. El material censurado se lo había proporcionado el propio Estado.

Antes de salir del apartamento Raisa había cogido la lista de nombres, arrugò el papel y se lo metió en el bolsillo. Leo había recogido a toda prisa la documentación de la investigación. No tenían ni idea de

cuanto tardaría la Seguridad del Estado en actuar tras la llamada de Ivàn. Abrieron la puerta principal y bajaron veloces la escalera. Una vez en la calle intentaron aparentar estar tranquilos y se alejaron de allí caminando. Al llegar al final de la calle miraron atrás. Unos agentes estaban entrando en el edificio.

Nadie en Moscù tenía ningún motivo para pensar que Leo y Raisa habían regresado. No serían sospechosos inmediatamente. Los oficiales encargados de la investigación, si es que habían pensado en la conexión, llamarían al MGB de Voualsk y descubrirían que estaban de vacaciones, haciendo senderismo. Aquella excusa podría bastar, a menos que algún testigo hubiera identificado a un hombre y una mujer entrando en el edificio. Si eso sucedía, examinarían su coartada con detenimiento. Pero Leo sabía que todo aquello no tenía la más mínima importancia, pues aunque no hubiera ninguna prueba, aunque en verdad estuvieran haciendo senderismo, aquel asesinato podría valer como excusa para arrestarlos. El peso de las pruebas era irrelevante.

En su actual situación, intentar ver a sus padres sería de un descaro clamoroso. Pero no había ningún tren de vuelta a Voualsk hasta las cinco de la mañana y, sobre todo, Leo comprendió que aquella sería la última oportunidad que tendría de hablar con ellos. Aunque le habían negado la posibilidad de contactar con ellos desde que se marchò de Moscù y no le habían dado ningún detalle de su paradero, había conseguido su dirección varias semanas antes. Sabía que los departamentos estatales solían actuar de manera autónoma, y pensó que era posible que si preguntaba al departamento de alojamiento, no tendrían que comunicarlo al MGB. Como precaución, había dado un nombre falso y había intentado dar la impresión de que se trataba de un asunto oficial. Para ello había mencionado varios nombres, incluido el de Galina Shapòrina. Aunque no había conseguido la dirección de ninguno de los otros nombres, sí que había obtenido la de sus padres. Quizá Vasili se esperara algo así; de hecho era posible que hubiera dado instrucciones para que dieran la dirección si alguien la pedía. Sabía que la debilidad de Leo en el exilio eran sus padres. Si quería atraparlos violando las òrdenes, sus padres serían la trampa perfecta. Pero no parecía creíble que éstos fueran a estar bajo vigilancia constante durante cuatro meses. Era más probable que los miembros de la familia con la que estaban obligados a vivir trabajaran también como informadores. Tenía que llegar hasta sus padres sin que la otra familia lo viera, lo oyera o se enterase. La seguridad de sus padres dependía de esta discrección tanto como la suya propia. Si los atrapaban, los relacionarían con el asesinato de Ivàn y toda su familia moriría, quizá antes de que saliera el sol. Leo estaba dispuesto a asumir ese riesgo. Tenía que despedirse.

Llegaron a la Ulitsa Vorontsòvskaya. La casa en cuestión era un edificio antiguo, de antes de la Revolución. Era de esos que habían sido divididos en un centenar de pequeños apartamentos, separados nada más que por sàbanas sucias que colgaban de cuerdas. No había baños ni agua corriente ni urinarios. Leo se fijò en las tuberías que salían de las ventanas, de las que emanaba el humo de las estufas de madera, la forma más barata y sucia de entrar en calor. Vigilaron el lugar desde una distancia prudencial y esperaron. Los mosquitos les picaban el cuello, forzàndols a golpearse hasta mancharse las manos con su propia sangre. Leo sabía que, por mucho tiempo que permaneciera allí, no había forma de saber con seguridad si era una trampa. Tendría que entrar. Mirò a Raisa. Antes de que dijera nada, ella habló:

-Esperaré aquí.

Raisa estaba avergonzada. Había confiado en Ivàn; había basado la opinión que tenía de él únicamente por la apariencia que se había construido a base de libros y periódicos, en sus comentarios sobre la cultura occidental, en sus supuestos planes de ayudar a importantes disidentes a publicar sus obras fuera del país. Mentira. Todo era mentira. ¿A cuántos escritores y opositores al régimen había tendido trampas? ¿A cuántos artista y librepensadores había denunciado a los de la Chekà? Le había cogido cariño por las diferencias evidente con Leo. Aquellas diferencias eran un disfraz. El disidente era el policía y el policía se había convertido en contrarrevolucionario. El disidente la había traicionado; el policía

la había salvado. No podía despedirse de los padres de Leo, hombro a hombro con su marido, como si hubiera sido una esposa leal y entregada. Leo la cogió de la mano.

-Me gustaría que vinieras.

La puerta comunal no estaba cerrada con pestillo. Dentro hacía calor, el aire estaba cargado. Enseguida empezaron a sudar: la ropa se les pegaba a la espalda. Mès arriba, en el apartamento 27, la puerta estaba cerrada con llave. Leo había entrado a la fuerza en muchas casas. Por regla general, las cerraduras antiguas eran mès difíciles de forzar que las nuevas. Valiéndose de la punta de una navaja desatornillò la placa, dejando a la vista el mecanismo de la cerradura. Metió la navaja, pero no se abría. Se limpiò el sudor de la frente, parò un momento, respirò profundamente y cerrò los ojos. Se secò las manos en los pantalones, ignorando a los mosquitos. Que se dieran su festìn. Abrió los ojos.

Concèntrate.

La cerradura se abrió.

La única luz procedía de la ventana que daba a la calle. La habitación apestaba a cuerpos durmientes y la atmòsfera era caldosa. Leo y Raisa se quedaron un momento a la puerta, acostumbrándose a la penumbra. Distinguieron la silueta de tres camas: en dos de ellas había parejas adultas. En la otra, mès pequeña, parecía haber tres niños durmiendo. En la zona de la cocina dormían dos niños pequeños sobre una alfombra, como perros debajo de la mesa. Leo se acercò a los adultos. Ninguno de ellos era su padre o su madre. ¿Le habían dado la dirección equivocada? Tal incompetencia era habitual. ¿Le habrían dado la dirección errònea a propósito?

Vio otra puerta y se acercò a ella. Las tablas del suelo crujían a cada paso. Raisa iba detrás de èl. El ser mès ligero, hacía menos ruido. La pareja de la cama mès próxima se movió. Leo se quedó quieto; esperò. Siguieron durmiendo. Leo siguió adelante, seguido de Raisa. Extendió la mano y sujetò el pomo.

En aquella habitación no había ventanas. No entraba nada de luz. Leo dejó la puerta abierta para ver. Pudo discernir que había dos camas, apenas separadas una de otra. Ni siquiera había una sàbana sucia entre ellas. En una de las camas había dos niños. En la otra, una pareja adulta. Se acercò un poco mès. Eran sus padres. Dormían pegados el uno al otro, en una sola cama, muy estrecha. Leo se irguió, se acercò a Raisa y susurrò:

-Cierra la puerta.

Obligado a moverse en la mès absoluta oscuridad, Leo tanteò hasta llegar a la cama y se agachò junto a sus padres. Les escuchò dormir. Se alegraba de que estuviera oscuro. Lloraba. Aquella habitación era mès pequeña que el baño de su antiguo apartamento. No tenían su propio espacio, no podían separarse de aquella familia de ninguna manera. Los habían enviado a morir igual que habían castigado a su hijo: humillados.

Colocò ambas manos sobre sus bocas a la vez. Notò que se despertaban, sorprendidos, tensos. Para evitar que gritaran, susurrò:

-Soy yo, Leo. No hagáis ruido.

Sus cuerpos se relajaron. Les quitò las manos de la boca. Escuchò còmo se erguían. Sintió que su madre le tocaba la cara. Lo palpaba a ciegas, en la oscuridad. Sus dedos se detuvieron cuando tocaron sus làgrimas. Èl escuchò su voz, apenas un susurro:

-Leo...

Las manos de su padre se unieron a las de su madre. Leo las apretò contra su cara. Había jurado cuidar de ellos y había fracasado. Lo único que pudo hacer fue murmurar:

-Lo siento...

Su padre respondió:

-No tienes nada de que disculparte. Así es como habríamos vivido toda la vida de no ser por ti.

Su madre interrumpió, recordando de repente todas las preguntas que había querido hacerle:

-Creíamos que habías muerto. Nos dijeron que os habían arrestado a los dos.

-Mintieron. Nos enviaron a Voualsk. Me degradaron, pero no me enviaron a la cárcel. Ahora trabajo para la milicia. Os escribí muchas veces, pidiendo que os entregaran las cartas, pero deben de haberlas interceptado y destruido.

Los niños que estaban en la cama de al lado se movieron. La cama crujió. Se callaron. Leo esperó hasta oír la respiración lenta y profunda de los niños.

-Raisa está aquí.

Llevó las manos de sus padres hasta ella. Los cuatro se apretaron las manos. Su madre preguntó:

-¿Y el bebé?

-No.

Leo no quería complicar la reunión, así que añadió:

-Un aborto.

Raisa habló de nuevo, con la voz quebrada por la emoción:

-Lo siento.

-No es culpa tuya.

Anna añadió:

-¿Cuánto tiempo lleváis en Moscú? ¿Podremos veros mañana?

-No. No deberíamos estar aquí. Si nos cogen, nos llevarán a la cárcel, y a vosotros también. Nos iremos a primera hora de la mañana.

-¿Queréis que salgamos para poder hablar?

Leo lo pensó. No podían salir del apartamento sin despertar a algún miembro de la familia.

-No podemos arriesgarnos a despertarlos. Tendremos que hablar aquí.

Ninguno de ellos habló durante un momento. Los cuatro pares de manos siguieron unidos en la oscuridad. Por fin Leo dijo:

-Tengo que conseguir un lugar mejor para vivir.

-No, Leo, escúchame. Muchas veces te has portado como si nuestro amor dependiera de lo que tú pudieras hacer por nosotros. Incluso de niño. Eso no es cierto. Tenéis que concentraros en vuestras vidas. Somos viejos. Ya no importa donde vivamos. Lo único que nos ha mantenido con vida has sido esperar alguna noticia vuestra. Tenemos que aceptar que ésta será la última vez que nos veamos. No sirve de nada hacer planes inútiles. Debemos decirnos adiós, ahora que tenemos la oportunidad. Leo, te quiero y estoy orgullosa de ti. Ojalá hubieras tenido un gobierno mejor al que servir.

La voz de Anna sonaba bastante tranquila.

-Os tenéis el uno al otro, os queréis. Tendréis una buena vida, estoy segura. Las cosas serán distintas para vosotros y vuestros hijos. Rusia será distinta. Tengo grandes esperanzas para vosotros.

Era una fantasía, pero ella disfrutaba creyéndolo, y Leo no dijo nada para contradecirla.

Stepàn cogió la mano de Leo y colocó en ella un sobre.

-Es una carta que te escribí hace varios meses. Nunca tuve la oportunidad de dártela porque te llevaron lejos de aquí. No quería enviarla por correo. Léela cuando estés a salvo, en el tren. Prométeme que no la leerás antes. Prométemelo.

-¿Qué es?

-Tu madre y yo hemos pensado mucho el contenido de esta carta. Contiene todo lo que queríamos decirte pero no pudimos por una u otra razón. Contiene todo aquello de lo que deberíamos haber hablado hace mucho tiempo.

-Padre...

-Llévatela, Leo. Hazlo por nosotros.

Leo aceptó la carta y, en la oscuridad, los cuatro se abrazaron por última vez.

6 de julio.

Leo se acercó al tren. Raisa iba junto a él. ¿Había más agentes de lo habitual en el andén? ¿Era posible que estuvieran buscándoles ya? Raisa caminaba demasiado deprisa: él la cogió de la mano por un instante y ella redujo la velocidad. La carta de sus padres estaba escondida entre los documentos que llevaba pegados al pecho. Casi habían llegado a su vagón.

Subieron al atestado tren. Leo susurró a Raisa:

-Quédate aquí.

Ella asintió. Él entró en un aseo pequeño y echó el pestillo. Bajó la tapa del urinario para reducir el olor. Se quitó la chaqueta, se desabrochó la camisa y se quitó la delgada bolsita de algodón que había cosido para sostener los documentos. Estaba empapada en sudor, y la tinta de los papeles había dejado una marca en su piel. Tenía el pecho lleno de párrafos escritos.

Encontró la carta y le dio la vuelta. No había ningún nombre en el sobre; estaba arrugado y sucio. Se preguntó cómo habían conseguido sus padres ocultársela a la otra familia, que con toda seguridad había rebuscado entre sus pertenencias personales. Uno de los dos debía de haberla guardado en todo momento, día y noche.

El tren empezó a moverse, salió de Moscú. Había cumplido su promesa. No debía leerla. Esperó a que salieran de la estación antes de abrir el sobre y desdoblar la carta. Era la letra de su padre.

Leo, ni tu madre ni yo nos arrepentimos de nada. Te queremos. Siempre pensamos que llegaría el día en que te hablaríamos de esto. Para nuestra sorpresa, ese día nunca llegó. Pensamos que tú sacarías el tema cuando estuvieras listo. Pero nunca lo hiciste. Te portaste como si nunca hubiera sucedido. Quizá te resultara más fácil olvidar. Por eso nunca dijimos nada. Pensamos que era la forma que tenías de enfrentarte al pasado. Tenemos miedo de que lo hayas borrado, y de que sacar el tema de nuevo pueda provocarte dolor y sufrimiento. En definitiva, hemos sido felices juntos, y no queríamos estropearlo. Fue una cobardía por nuestra parte.

Lo repito, tanto tu madre como yo te queremos mucho y ninguno de los dos nos arrepentimos de nada.

Leo...

Leo dejó de leer. Apartó la mirada. Sí, recordaba lo que había sucedido. Sabía lo que iba a decir la carta. Y sí, había pasado toda la vida intentando olvidarlo. Dobló la carta minuciosamente antes de romperla en pedazos. Se levantó, abrió la ventana y tiró los trozos. El viento arrastró aquellos rectángulos desiguales de papel, que desaparecieron de su vista.

SURESTE DEL "OBLAST" DE ROSTOV
DIECISEIS KILOMETROS AL NORTE
DE ROSTOV DEL DON

El mismo día

Nèsterov había pasado el último día en el "oblast" visitando la ciudad de Gùkovo. Ahora estaba en el "elektrichka", de vuelta a Rostov. Aunque los periódicos no mencionaban aquellos crímenes, los incidentes con niños muertos habían pasado a formar parte del dominio público en forma de susurros y rumores. Hasta entonces la milicia de cada localidad se había negado a contemplar cada asesinato como otra cosa que no fuera un caso aislado. Pero la gente no pertenecía a la milicia, que no tenía el lastre de ninguna teoría relativa a la naturaleza del crimen, había empezado a relacionar las muertes. Comenzaron a circular versiones no oficiales. Nèsterov había oído que una bestia salvaje asesinaba a los niños en los bosques que rodeaban Shajti. En cada lugar habían imaginado una bestia distinta, y por todo el "oblast" se oían explicaciones sobrenaturales de lo más variopintas. Había oído a una madre asustada afirmar que la bestia era mitad humana y mitad animal, un niño criado por los osos y que odiaba a los niños normales y los había convertido en su alimento. En un pueblo estaban seguros de que se trataba del espíritu vengativo del bosque, y por ello los habitantes celebraban elaboradas ceremonias para aplacar al demonio.

Los que vivían en el "oblast" de Rostov no tenían ni idea de que se habían producido crímenes parecidos a cientos de kilómetros de distancia. Pensaban que era una maldición, una plaga maligna que los acosaba. En cierto sentido, Nèsterov estaba de acuerdo. No tenía ninguna duda de que aquella era la tierra del criminal. La concentración de asesinatos era mayor allí que en ninguna otra parte. Aunque no solía creer en las explicaciones sobrenaturales, le atraía en parte la más convincente y extendida de aquellas teorías: que hubieran quedado soldados nazis en Rusia como parte de la venganza final de Hitler. Soldados a los que habían ordenado asesinar a niños rusos. Aquellos soldados habían sido entrenados para adaptarse al modo de vida ruso, para infiltrarse, y al mismo tiempo asesinaban sistemáticamente a los pequeños siguiendo un ritual predeterminado. Eso explicaría la escala de asesinatos, la extensión geográfica, el salvajismo, pero también la ausencia de cualquier interferencia sexual. No había un asesino, sino varios, quizá diez o doce, cada uno de los cuales actuaba de manera independiente, viajaba por su cuenta por diferentes ciudades y mataba de forma indiscriminada. Aquella teoría había alcanzado tal popularidad que algunas milicias locales, que aseguraban haber resuelto los crímenes, empezaron a interrogar a cualquiera que supiera alemán.

Nèsterov se levantó y estiró las piernas. Llevaba tres horas en el "elektrichka". Era lento e incòmodo, y no estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo sentado. Recorrió todo el vagòn, abrió la ventana y vio cómo se acercaban las luces de la ciudad. Se había enterado del asesinato de un muchacho llamado Petia que vivía en una granja colectiva cerca de Gùkovo, y había viajado allí aquella mañana. Había encontrado a los padres del muchacho sin mucha dificultad. Aunque les había dado un nombre falso, les había dicho la verdad al contarles que estaba llevando a cabo una investigación sobre una serie de asesinatos parecidos. Los padres del muchacho habían defendido a capa y espada la teoría de los nazis, y hasta habían llegado a explicar que los traidores ucranianos podrían estar ayudando a los alemanes, facilitándoles la integración en la sociedad antes de que se pusieran a asesinar de forma aleatoria. El padre había enseñado a Nèsterov la colección de sellos de Petia que la pareja guardaba en la caja de madera debajo de la cama, una especie de altar dedicado a su hijo muerto. Ninguno de los dos podía mirar los sellos sin llorar. A ninguno le habían permitido ver el cuerpo de su hijo. Pero habían oído lo que le habían hecho. Lo habían reventado como a un animal, le habían llenado la boca de barro, como si quisieran

ultrajarlos una vez más. El padre, que había luchado en la Gran Guerra Patriótica, sabía que a los soldados nazis les suministraban drogas para asegurarse de que fueran crueles, amorales y despiadados. Estaba seguro de que aquellos asesinos eran el producto de alguna droga desarrollada por los nazis. Quizá los hubieran convertido en adictos a la sangre de niño, sin la cual morirían. ¿Cómo, si no, podían ser capaces de cometer aquellos crímenes? Nèsterov no supo qué decirles para consolarles, a excepción de una promesa de que atraparían al asesino.

El “elektrichka” llegó a Rostov. Nèsterov se bajó, pensando que lo único que había conseguido era detectar el epicentro de los crímenes. Al haber sido miembro de la milicia de Rostov antes de haber sido trasladado a Voualsk, no había tenido muchos problemas para reunir información. Según su último recuento habían muerto cincuenta y siete niños en lo que a él le parecían circunstancias similares. Un alto porcentaje de aquellos asesinatos había tenido lugar en aquel “oblast”. ¿Era posible que hubieran quedado nazis infiltrados por toda la mitad occidental del país? La Wehrmacht había ocupado un territorio más extenso. Él mismo había luchado en Ucrania y había visto con sus propios ojos las violaciones y asesinatos perpetrados por el ejército que se retiraba. Decidió no comprometerse con esta o aquella teoría y dejó a un lado aquellas explicaciones. La misión de Leo en Moscú sería crucial para dotar de cierta profesionalidad las especulaciones sobre la identidad del asesino. Nèsterov se había encargado de recopilar datos sobre la localización de aquel hombre.

Durante las vacaciones la familia se había alojado en el apartamento de su madre en el Nuevo Asentamiento, construido como parte de los programas de alojamiento de la posguerra, con todas las características habituales, para cumplir la cuota más que para ser habitado. Las casas estaban en un estado ruinoso. Lo estaban ya antes de ser terminadas. No había agua corriente ni sistema central de cañerías; eran parecidas a su hogar de Voualsk. Él y Inessa habían acordado mentir a su madre y asegurarle que ahora vivían en un apartamento. La mentira había tranquilizado a su madre, como si ella viviera también en aquel nuevo apartamento. Mientras se acercaba a casa Nèsterov miró el reloj. Había salido a las seis de la mañana y eran casi las nueve de la noche. Había perdido quince horas y no había obtenido ninguna información útil. Se le agotaba el tiempo. Al día siguiente volverían a casa.

Entró en el patio. La colada colgaba de un extremo a otro. Se fijó en su propia ropa. La tocó. Estaba seca. Se abrió camino entre la colada y se dirigió al apartamento de su madre. Entró en la cocina.

Inessa estaba sentada en un taburete de madera con la cara ensangrentada y las manos atadas. Tras ella estaba un hombre al que no reconoció. Sin intentar averiguar lo que había pasado, Nèsterov avanzó hacia él, cegado por la ira y con ganas de matar. No le importaba que aquel hombre llevara uniforme: lo mataría de todas formas, fuera quien fuera. Levantó el puño. Antes de poder acercarse, el dolor le hizo bajar la mano. Miró a un lado y vio a una mujer de unos cuarenta años. Tenía una porra negra en la mano. Había visto su cara antes. Ahora lo recordaba... en la playa, dos días antes. En la otra mano tenía una pistola que sujetaba con indiferencia, disfrutando de su posición de poder. Hizo un gesto al agente. Él dio un paso adelante y tiró unos cuantos papeles al suelo. A sus pies cayeron todos los documentos que había acumulado durante los dos últimos meses: fotografías, descripciones, mapas..., el caso de los niños asesinados.

-General Nèsterov, está usted detenido.

7 de julio

Leo y Raisa bajaron del tren, esperaron en el andèn e hicieron como que comprobaban sus maletas hasta que todos los demás pasajeros hubieron entrado en la estación. Era tarde, pero todavía no había oscurecido, y bajaron del andèn sintiéndose observados, apresurándose hasta llegar al bosque.

Al llegar al punto en el que habían escondido sus pertenencias, Leo se detuvo y recuperò el aliento. Mirò los àrboles, dudando sobre la decisión que había tomado de romper aquella carta. ¿Había desobedecido a sus padres? Èl comprendìa que quisieran poner por escrito lo que pensaban y sentían: querían quedarse en paz. Pero Raisa había tenido razón al decir:

¿Es así como eres capaz de dormir por las noches, borrando de tu mente lo que sucede?

Había acertado màs de lo que creìa.

Raisa le dio un toque en el hombro.

-¿Estàs bien?

Le preguntò por el contenido de la carta. Èl pensó en mentir y decirle que hablaba de su familia: detalles personales que había olvidado. Pero ella habría sabido que mentía. Así que, en lugar de eso, le dijo la verdad: que había destruido la carta, que la había roto en mil pedazos y la había tirado por la ventana. No quería leerla. Sus padres podían estar tranquilos y pensar que se habían quitado un peso de encima. Felizmente ella no preguntò el porquè de aquella decisión y no volvió a mencionarlo.

Excavaron con las manos en el lecho de hojas y tierra suelta y desenterraron sus pertenencias. Se quitaron la ropa de calle con la intención de ponerse otra vez el equipo de senderismo con el que habían salido de casa; algo necesario para su coartada. Solos, se quedaron así un momento, desnudos, mirándose el uno al otro. Quizá fuera el peligro, quizá fuera un oportunista, pero Leo la deseaba. No estaba seguro de lo que sentiría ella, así que no hizo nada; esperò, temeroso de actuar primero, como si nunca se hubieran acostado antes, como si fuera la primera vez que ambos dudaban de sus límites, que dudaban sobre què era aceptable y què no lo era. Ella extendió la mano y tocò la suya. Aquello fue suficiente. Èl la atrajo hacia sì y la besò. Habían asesinado juntos, planeado, maquinado y mentido juntos. Eran criminales, ambos, los dos contra el mundo. Era el momento de consumir su nueva relación. Si tan sòlo pudieran quedarse allí, vivir en aquel preciso momento, ocultos en el bosque, disfrutando de aquella sensación para siempre...

Retomaron el sendero del bosque hasta la ciudad. Al llegar al restaurante de Basarov entraron en la sala principal. Leo contenía el aliento; esperaba que unas manos lo agarrasen por los hombros. Pero allí no había nadie, ningún agente ni ningún oficial. Estaban a salvo, al menos por un día màs. Basarov estaba en la cocina y ni se dio la vuelta cuando los oyò llegar.

Subieron y cerraron con llave. Alguien había metido una nota por debajo de la puerta. Leo dejó las bolsas sobre la cama. Cogió la nota. Era de Nèsterov, con fecha de ese mismo día.

Leo, si has vuelto como estaba planeado, ven a verme a mi despacho a las nueve. Ven solo. Trae todos los documentos relativos al asunto que hemos estado tratando. Leo, es muy importante que no llegues tarde.

Leo mirò el reloj. Tenía media hora.

El mismo día.

Leo no dejó de tomar precauciones ni siquiera cuando llegó al cuartel general de la milicia. Había escondido los papeles en documentos oficiales. Las persianas del despacho de Nèsterov estaban echadas y no podía ver el interior. Comprobò su reloj: llegaba tarde, dos minutos tarde. No podía entender qué podía ser tan importante. Llamò a la puerta. En ese mismo instante se abrió, como si Nèsterov hubiera estado escuchando tras ella. Hizo pasar a Leo con una urgencia repentina e inexplicable y cerrò la puerta.

Nèsterov se movía con una impaciencia poco común. Tenía la mesa cubierta de documentos sobre el caso. Cogiò a Leo por los hombros y hablò de forma apresurada, en voz baja.

-Escucha con atención y no me interrumpas. Me arrestaron en Rostov. Me obligaron a confesar. No tuve alternativa. Tenía mi familia. Les contè todo. Pensé que quizá podía convencerlos de que debían elevar el asunto a una instancia oficial. Informaron a Moscù. Nos acusan de agitación antisoviética. Creen que es una venganza personal tuya contra el Estado, un acto de rencor. Han rechazado la información que hemos reunido, dicen que no es más que un elaborado montaje de propaganda occidental. Están seguros de que tu mujer y tú trabajàis como espías. Estàn dispuestos a dejar en paz a mi familia si te entrego y les doy toda la información recopilada.

A Leo se le cayò el mundo encima. Aunque sabía que el peligro estaba cerca, no esperaba que se cruzase en su camino todavía.

-¿Cuàndo?

-Ahora mismo, el edificio està rodeado. Los agentes entraràn en esta habitación en quince minutos. Te arrestaràn y se llevaràn las pruebas que hemos reunido. Se supone que debo dedicar estos minutos a averiguar todo lo que has estado haciendo en Moscù.

Leo se echò hacia atrás y mirò el reloj. Eran las nueve y cinco.

-Leo, tienes que escucharme. Hay una forma de que escapes. Pero para que funcione no debes interrumpir, no debes hacerme preguntas. Tengo un plan. Tienes que golpearme con mi pistola, dejarme inconsciente. Entonces saldrás de este despacho, bajaràs un piso por las escaleras y te esconderàs en las oficinas que hay a la derecha. Leo, ¿me està escuchando? Tienes que concentrarte. Las puertas no están cerradas con llave. Entra allí, no enciendas las luces y cierra las puertas al entrar.

Peo Leo no escuchaba; el corazón le latía a toda velocidad. Lo único que podía pensar era:

-¿Raisa?

-La están deteniendo mientras hablamos. Lo siento, pero no puedes hacer nada por ella. Tienes que concentrarte, Leo, o esto habrá acabado.

-Se ha acabado. Se acabò cuando usted les contò todo.

-Lo tenían todo, Leo. Tenían mi trabajo. Tenían mi archivo. Estàs enfadado conmigo, pero ¿qué podía hacer yo? Aun así te habrían detenido. Leo, puedes enfadarte conmigo o puedes escapar.

Leo se quitò de encima a Nèsterov y caminò por el despacho, intentando hacerse a la idea. Habían detenido a Raisa. Ambos sabían que ese momento llegaría, pero pensaban que no era más que un concepto, una idea. No habían entendido lo que significaba. La idea de no volver a verla le impedía respirar. Su relación, aquella relación que había renacido, consumada en el bosque apenas dos horas antes, había terminado.

-¡Leo!

-Està bien. ¿Cuàl es su plan?

Nèsterov continuò, repitiendo la primera parte.

-Vas a golpearme con mi pistola, me vas a dejar inconsciente. Entonces saldrás de este despacho, bajarás un piso por las escaleras y te esconderás en las oficinas que hay a la derecha. Escóndete allí y espera a que los agentes entren en el edificio. Subirán hasta aquí, pasarán de largo por donde tú estarás. Una vez hayan pasado, tienes que bajar a la planta baja y salir por una de las ventanas traseras. Allí hay un coche aparcado. Aquí tienes las llaves; diré que me las robaste. Tienes que salir de la ciudad; no busques a nadie y no te pares por nada. Conduce. Tendrás algo de ventaja. Creerán que vas a pie, que estás en alguna parte de la ciudad. Cuando se den cuenta de que te has llevado el coche serás libre.

-¿Libre para qué?

-Para resolver estos crímenes.

-El viaje a Moscú no sirvió de nada. La testigo se negó a hablar. Sigo sin tener ni idea de quién es ese hombre.

Aquello sorprendió a Nèsterov.

-Leo, puedes hacerlo, lo sé. Creo en ti. Tienes que ir a Rostov del Don. Es el epicentro de los crímenes. Estoy seguro de que es allí donde tienes que concentrarte. Existen teorías sobre las muertes. Una de ellas habla de unos nazis que...

Leo le interrumpió.

-No, esto ha sido obra de un individuo que actúa por su cuenta. Tiene un trabajo. Parece normal. Si usted está seguro de que los asesinatos se concentran en Rostov, entonces es probable que viva y trabaje allí. Su trabajo es el que lo conecta con todos los demás lugares. Es alguien que tiene que viajar por trabajo: mata cuando viaja. Si podemos averiguar en qué trabaja, lo tendremos.

Leo miró el reloj. Sólo tenía unos minutos antes de marcharse. Nèsterov señaló las dos ciudades.

-¿Cuál es la conexión entre Rostov y Voualsk? No ha habido más asesinatos al este de esta ciudad. Al menos que sepamos. Eso quiere decir que éste es el final del trayecto, su destino.

Leo estaba de acuerdo.

-En Voualsk está la fábrica Volga. No hay otras industrias de importancia, aparte de los aserraderos. Pero en Rostov hay muchas fábricas.

Nèsterov conocía ambas ciudades mejor que Leo.

-Volga y Rostelmash están muy relacionadas.

-¿Qué es Rostelmash?

-Una fábrica de tractores, enorme, la más grande de la URSS, de un tamaño parecido a la que tenemos aquí.

-¿Comparten componentes?

-Es posible.

¿Podía haber alguna conexión? Los asesinatos seguían las líneas ferroviarias que subían desde el sur y las que iban hacia el oeste, punto por punto. Aferrándose a esta teoría, Leo comentó:

-Si Volga realiza envíos a la fábrica de Rostelmash, entonces tienen que tener un "tolchak". Alguien viaja hasta aquí para asegurarse de que la fábrica de Volga completa la cuota establecida.

-Aquí sólo han muerto dos niños, y ha sido hace poco. Las fábricas han estado colaborando desde hace algún tiempo.

-Los asesinatos al norte del país son los más recientes. Eso quiere decir que acaba de conseguir el trabajo. O que le acaban de asignar esta ruta. Necesitamos una lista con los trabajadores de Rostelmash. Si no nos equivocamos al comparar esa lista con las localizaciones de los asesinatos, tendremos a nuestro hombre.

Se acercaban. Si no los estuvieran persiguiendo, si pudieran actuar con libertad, habrían descubierto el nombre del asesino en una semana. Pero no tenían una semana, ni el apoyo del Estado.

Tenían cuatro minutos. Eran las nueve y once minutos. Leo tenía que marcharse. Cogió uno de los documentos: la lista de los asesinatos con las fechas y las localizaciones. Era todo lo que necesitaba. Después de doblarlo y metérselo en el bolsillo, se dirigió hacia la puerta. Nèsterov le detuvo. Tenía una pistola en la mano. Leo la cogió, retrasando el momento. Nèsterov se percatò de sus dudas y dijo:

-Si no, mi familia morirà.

Leo le golpeò en la sien, abriéndole una brecha. Nèsterov cayò de rodillas. Todavía consciente, lo mirò.

-Buena suerte. Ahora golpéame como es debido.

Leo levantò el arma. Nèsterov cerrò los ojos.

Leo corrió hasta el pasillo, bajò las escaleras y entonces se dio cuenta de que había olvidado las llaves del coche. Estaban sobre la mesa. Se girò, volvió a correr por el pasillo hacia el despacho, pasó por encima de Nèsterov y cogió las llaves. Era tarde, las nueve y cuarto; los agentes estarían entrando en el edificio. Leo seguía en el despacho, exactamente donde esperaban encontrarlo. Salió corriendo por el pasillo y bajò las escaleras. Pudo escuchar pisadas que se aproximaban. Al llegar al tercer piso salió disparado hacia la derecha y abrió la puerta del despacho màs cercano. Estaba abierto, tal y como Nèsterov había prometido. Entrò y cerrò la puerta en el preciso momento en que los agentes subían corriendo las escaleras.

Esperò en la penumbra. Todas las persianas estaban cerradas, para que no pudiera verse el interior. Escuchò el ruido de las pisadas. En aquella escalera había cuatro agentes. Sintió la tentación de quedarse en aquella habitación, tras la puerta cerrada, temporalmente a salvo. Las ventanas daban a la plaza principal. Echò un vistazo. Había un círculo de hombres en la entrada. Se apartò de la ventana. Tenía que llegar a la planta baja y a la parte de atrás. Quitò el pestillo y echò un vistazo afuera. El pasillo estaba vacío. Cerrò la puerta tras de sí y salió a la escalera. Escuchò la voz de un agente màs abajo. Bajò al siguiente piso. No podía ver ni oír a nadie. En cuanto empezó a correr oyò gritos en el último piso: habían encontrado a Nèsterov.

Una segunda oleada de agentes entrò en el edificio alertados por los gritos de sus compañeros. Era demasiado arriesgado bajar otro piso por las escaleras, así que tuvo que abandonar el plan de Nèsterov y quedarse en el primer piso. Sólo podía aprovecharse de unos instantes de confusión antes de que aquellos hombre organizaran equipos de búsqueda. No podía llegar a la planta baja, así que corrió por el pasillo hacia el retrete, que daba a la parte trasera del edificio. Abrió la ventana. Era alta y estrecha, apenas lo suficientemente grande como para poder salir por ella. La única manera de hacerlo era meter la cabeza primero. Mirò afuera: ningún agente a la vista. Estaba a unos cinco metros por encima del suelo. Metió el cuerpo por la ventana y se quedó con los pies colgando. No había nada a lo que agarrarse. Tendría que dejarse caer y protegerse la cabeza con las manos.

Chocò contra el suelo con las palmas. Se rompió las muñecas. Escuchò un grito y mirò hacia arriba. Había un agente en la ventana del último piso. Lo habían visto. Intentò no pensar en el dolor que sentía en las muñecas, se levantò y corrió hasta el callejón donde debía estar aparcado el coche. Oyò disparos. Vio polvo de ladrillos volando junto a su cabeza. Se agachò todo lo que pudo, sin dejar de correr. Oyò màs disparos, que rebotaron en el asfalto. Doblò la esquina, escapando de la línea de fuego.

Allí estaba el coche, aparcado, listo. Entrò de un salto y metió la llave en el contacto. El motor chirriò y se apagò. Volvió a intentarlo. No conseguía arrancar. Lo intentò de nuevo –por favor- y arrancò. Metió marcha atrás, salió y acelerò, con cuidado de que los neumáticos no derraparan. Era vital que los agentes que lo seguían no vieran el coche. Sería uno de los pocos que habría en la carretera. Al ser un vehículo de la milicia, esperaba que cualquier agente que lo viera pensase que se trataba de uno de los suyos, y que seguirían buscándolo a pie.

No había tráfico. Leo conducía demasiado deprisa, a trompicones, en dirección a la salida de la ciudad. Nèsterov se había equivocado: no podía conducir hasta Rostov. Para empezar, estaba a varios cientos de kilómetros, y no disponía ni de lejos de la gasolina suficiente ni tenía modo de conseguirla. Y, lo que era más importante, en cuanto se enterasen de que había robado un coche, bloquearían las carreteras. Tenía que llegar tan lejos como pudiera, esconder el coche y adentrarse en el campo antes de subir a un tren. Siempre que no encontrasen el coche abandonado, tenía muchas más posibilidades sin èl.

Pisò el acelerador y se incorporò a la única carretera principal de salida y entrada a la ciudad, en dirección al oeste. Mirò por el retrovisor. Si iban a registrar de forma exhaustiva los edificios cercanos pensando que iba a pie, entonces tendría más o menos una hora de ventaja. Aumentò la velocidad hasta el máximo de ochenta kilómetros por hora del vehículo.

Màs adelante había un grupo de hombres en la carretera apiñados en torno a un coche aparcado: un coche de la milicia. Era un control. No había dejado nada al azar. Si la carretera del oeste estaba cortada, también lo estaría la del este. Habían bloqueado la ciudad entera. Su única esperanza consistía en abrirse camino a través del control. Aceleraría y chocaría contra el coche cruzado en mitad de la carretera. Èste se echaría a un lado. Tendría que controlar el impacto. Si dañaba el otro coche, no podrían perseguirlo inmediatamente. Era un acto desesperado que reducía su ventaja a unos pocos minutos.

Los agentes comenzaron a disparar. Las balas impactaron en la parte frontal del vehículo, centelleando contra el metal. Una de ellas agujereò el parabrisas. Leo se agazapò tras el volante, de manera que no podía ver la carretera. El coche estaba en posición: lo único que tenía que hacer era mantener el rumbo. Las balas siguieron atravesando el cristal. Los fragmentos de vidrio le caían encima. Seguía en camino. Se preparò para la colisión.

El coche se movió bruscamente hacia abajo y a un lado. Leo se irguió e intentò mantener el control, pero el vehículo no respondía y virò a la izquierda. Habían disparado a las ruedas. No podía hacer nada. El coche volcó hacia un lado y la ventana estallò. Cayò contra la puerta, a pocos milímetros del asfalto. El metal chirriaba, volaban chispas. Chocò frontalmente contra el otro vehículo y dio una vuelta de campana. El coche de Leo se quedó boca abajo, desplazándose hacia el arcèn. Leo Saliò disparado de la puerta al techo, donde se quedó hecho un ovillo hasta que por fin el coche se detuvo.

Leo abrió los ojos. No estaba seguro de poder moverse, y no conseguía reunir las fuerzas suficientes para comprobarlo. Se quedó mirando al cielo nocturno. Le costaba pensar. Ya no estaba en el coche. Alguien debía de haberlo sacado de allí. Ante èl apareció un rostro, tapando las estrellas, mirándolo. Leo se concentrò en aquella cara.

Era Vasili.

ROSTOV DEL DON

El mismo día.

Aron pensaba que un puesto en la milicia sería emocionante, o al menos más emocionante que trabajar en un “koljòs”. Ya sabía que la paga no era muy buena, pero la ventaja era que no había mucha competencia. Siempre que buscaba trabajo se daba cuenta de que no era un candidato demasiado preparado. No le pasaba nada. De hecho en la escuela le había ido bien. Sin embargo, había nacido con el labio superior deformado, y no podía hacer nada. Daba la impresión de que le hubieran cortado un pedazo de labio y le hubieran cosido lo que quedaba, de tal forma que lo tenía un poco hacia arriba y se le veía una

parte del diente. El resultado era que daba la impresión de tener una perenne sonrisa burlona. Aunque aquello no influía en su capacidad para trabajar, sí afectaba a su capacidad para conseguir trabajo. La milicia le pareció la solución perfecta, pues estaban desesperados por reclutar gente. Se meterían con él, se burlarían de él a sus espaldas, pero estaba acostumbrado. Aguantaría todo siempre que pudiera usar la cabeza.

Allí estaba, en mitad de la noche, entre los arbustos, acosado por las chinches, vigilando una marquesina de autobús, vigilando cualquier

Actividad inusual.

A Aron no le habían explicado por qué estaba allí ni a qué se referían con actividad inusual. Con sólo veinte años, era uno de los miembros más jóvenes del departamento. Se preguntaba si aquello sería una especie de rito iniciático; una prueba de lealtad, para ver si era capaz de cumplir órdenes. La obediencia era más importante que cualquier cosa.

Hasta el momento no había visto más que a una chica en la parada del autobús. Era muy joven, tendría unos catorce o quince años, pero intentaba aparentar más edad. Parecía borracha. Tenía la camisa desabrochada. La observó mientras se estiraba la falda y jugueteaba con su pelo. ¿Qué hacía en aquella parada de autobús? No pasaba ninguno hasta la mañana siguiente.

Se acercó un hombre. Era alto, llevaba sombrero, un abrigo largo, gafas de montura gruesa y un elegante maletín. Se plantó delante de los horarios, repasándolos con el dedo. La niña se levantó de repente, como una araña agazapada en su red, y se aproximó con rapidez. Él siguió leyendo los horarios mientras la niña daba vueltas a su alrededor, tocando su maletín, su mano, su chaqueta. El hombre parecía ignorar aquellas aproximaciones hasta que finalmente apartó la vista de los horarios y examinó a la chica. Hablaron. Aron no podía escuchar lo que decían. La chica no parecía estar de acuerdo con algo, negó con la cabeza. Entonces se encogió de hombros. Habían llegado a un acuerdo. El hombre se dio la vuelta. Parecía que estuviera mirando a Aron, que estuviera observando la maleza que había detrás de la marquesina. ¿Lo había visto? No parecía probable. Ellos estaban en la luz; él en la oscuridad. Ambos echaron a andar hacia él, directos al lugar en el que estaba escondido.

Aron estaba confuso y comprobó su posición: estaba totalmente oculto. No podían haberlo visto. Y aunque así fuera, ¿por qué iban a caminar hacia él? Estaban a escasos metros. Pudo escucharles hablar. Esperó, agazapado entre la maleza. Pasaron de largo, en dirección a los árboles.

Aron se levantó.

-¡Alto!

El hombre se quedó paralizado, con los hombros tensos. Se dio la vuelta. Aron se esforzó por dar una imagen de autoridad.

-¿Qué estáis haciendo?

La niña, que no parecía estar asustada o preocupada en lo más mínimo, respondió:

-¡Vamos a dar un paseo. ¿Qué te ha pasado en el labio? Es muy desagradable.

Aron se ruborizó de la vergüenza. La niña lo miraba con evidente expresión de asco. Se quedó callado un momento, mientras recobraba la compostura.

-¡Bais a hacer el amor. En un lugar público. Eres una prostituta.

-No, ¡bamos a dar un paseo.

Con voz lastimera, apenas audible, el hombre añadió:

-No hemos hecho nada malo. Sólo estábamos hablando.

-Dejadme ver vuestros papeles.

El hombre se acercò mientras buscaba los papeles en la chaqueta, nervioso. La niña se quedó donde estaba, desafiante: no había duda de que no era la primera vez que la paraban. No parecía preocupada. Aron comprobò los papeles del hombre. Se llamaba Andrèi y trabajaba en la fàbrica Rostelmash. Los papeles estaban en orden.

-Abra su maletìn.

Andrèi dudò. Sudaba mucho. Lo habían atrapado. Nunca imaginò que pudiera suceder; nunca pensò que su plan pudiera fallar. Levantò el maletìn y quitò el cierre. El joven agente echò un vistazo y metió la mano. Andrèi se quedó mirándose los zapatos, esperando. Cuando levantò la vista, el agente tenía su cuchillo en la mano, un cuchillo de grandes dimensiones y con filo de sierra. Andrèi estaba a punto de echarse a llorar.

-¿Por què lleva esto?

-Viajo mucho. A menudo como en el tren. Lo uso para cortar el salchichón. Es un salchichón barato, duro. Pero mi mujer no quiere comprar otro.

Efectivamente, Andrèi usaba ese cuchillo para comer. El agente encontró media barra de salchichón. Era barato y duro. El extremo era tosco, había sido cortado con ese mismo cuchillo.

Aron sacò un bote de cristal con la tapa sellada. Estaba limpio y vacío.

-¿Para què es esto?

-Algunos de los componentes que recojo, las muestras, son frágiles; algunas están sucias. Este bote me viene muy bien para trabajar. Escuche, agente. Sè que no debería haberme ido con esta chica. No sè què me ha pasado. Estaba ahì, mirando los horarios de los autobuses de mañana y ella se me ha acercado. Ya sabe còmo es esto... Sentí una necesidad. Pero si mira en el bolsillo del maletìn, encontrará mi carnè del Partido.

Aron encontró el carnè. También una fotografía de la esposa y las dos hijas de aquel hombre.

-Son mis hijas. No hay por què llevar esto màs lejos, ¿verdad, agente? La chica es quien tiene la culpa; de no ser por ella, ahora estaría camino de casa.

Era un ciudadano decente, corrompido momentáneamente por una borracha, una depravada. Era educado; no se había quedado mirando el labio ni había hecho ningún comentario desagradable. Lo había tratado como a un igual aunque era mayor que èl, tenía un trabajo mejor y era miembro del Partido. Èl era la víctima. Ella era la criminal.

Andrèi, que se había sentido casi atrapado, se dio cuenta de que estaba a punto de quedar libre. La fotografía de su familia le había resultado de lo màs valiosa en numerosas ocasiones. A veces la utilizaba para engatusar a niños indecisos, haciéndoles creer que podían confiar en èl. Era un padre. Notò el trozo de cuerda que llevaba en el bolsillo. Aquella noche no; en el futuro tendría que ser paciente. Ya no podía seguir matando en su ciudad.

Aron estaba a punto de soltar a aquel hombre. Le había devuelto el carnè y la fotografía cuando se fijò en otra cosa que había en el maletìn: un recorte de periódico doblado por la mitad. Lo sacò y lo abrió.

Andrèi estaba temblando; no podía soportar a aquel imbécil con ese labio asqueroso tocando aquel papel con sus dedos mugrientos. Apenas pudo contenerse para no quitárselo de las manos.

-¿Me lo devuelve, por favor?

Por primera vez aquel hombre pareció nervioso. ¿Por qué le importaba tanto aquel papel? Aron examinò la página. Era un recorte de hacia varios años; la tinta estaba algo borrada. No había texto ni pie de foto; todo estaba recortado para que no pudiera saberse a què periódico pertenecía. Lo único que quedaba era una fotografía de la Gran Guerra Patriòtica. Podía verse un tanque alemán destrozado, en llamas. Soldados rusos apuntando triunfales al aire con sus fusiles. A sus pies, los soldados alemanes muertos. Era una foto de la victoria, de propaganda. Con su labio superior deformado, Aron entendía

perfectamente por què aquella foto había aparecido en un periódico. El soldado ruso que ocupaba el centro de la foto era un hombre atractivo, con sonrisa de ganador.

MOSCU

10 de julio

Leo tenía la cara hinchada, reblandecida. Tenía el ojo derecho cerrado, cubierto por varias capas de piel inflada. Le dolía mucho el costado, como si se hubiera roto varias costillas. Había recibido atención mèdica básica en el lugar del accidente, pero cuando estuvieron seguros de que su vida no corría peligro lo subieron a un camión custodiado por guardias armados. En el viaje de vuelta a Moscú cada bache de la carretera le había dolido como un puñetazo en el estómago. Al no haberle suministrado antibióticos se había desmayado varias veces durante el trayecto. Los guardias le habían despertado con el cañón de sus fusiles. Tenían miedo de que muriese mientras estaba a su cargo. Leo se había pasado todo el tiempo oscilando entre unos calores febriles y un frío insoportable. Comprendió que aquellas heridas no eran más que el principio.

Era consciente de lo irónico que resultaba acabar allí, atado a una silla en una celda de interrogatorios del sótano de la Lubianka. Un guardián del Estado convertido en prisionero. No es que fuera un revés de fortuna demasiado raro. Así se sentían los enemigos de su país.

Se abrió la puerta. Leo alzó la cabeza. ¿Quièn era aquel hombre cetrino, de dientes amarillentos? Era un antiguo compañero, eso era todo lo que recordaba. Pero no sabía cuál era su nombre.

-¿No me recuerda?

-No.

-Soy el doctor Zarubin. Nos hemos visto un par de veces. Fui a visitarlo cuando estuvo enfermo, hace algunos meses. Lamento encontrarlo en esta situación. No lo digo como una crítica de la acción emprendida contra usted. Es justa y correcta. Lo único que quería decir es que ojalà no hubiera usted hecho lo que ha hecho.

-¿Què he hecho?

-Ha traicionado a su país.

El mèdico palpò las costillas de Leo. Cada vez que lo tocaba tenía que apretar los dientes.

-No tiene las costillas rotas, como me dijeron. Sólo tiene algunas heridas. No dudo que resulte doloroso. Pero ninguna de las heridas necesita cirugía. Me han ordenado que limpie los cortes y que cambie los vendajes.

-Cuidados antes de la tortura, típico de este lugar. En cierta ocasión salvè la vida de un hombre antes de traerlo aquí. Debía haber dejado que Brodski se ahogara en aquel río.

-No sè quièn es ese hombre del que me habla.

Leo se callò. Todo el mundo podía lamentar lo que había hecho cuando cambiaban las tornas. Comprendió, más claramente que nunca, que había dejado escapar su única posibilidad de redención. El asesino seguiría matando, protegido no por una mente superior, sino porque su país se negaba a admitir que una persona así pudiera existir. Aquello le confería una inmunidad perfecta.

El mèdico terminò de curar las heridas de Leo. Aquella asistencia sólo tenía por objeto garantizar una sensibilidad plena a las torturas subsiguientes. Había que curarlos para que pudieran sufrir todo lo posible. El doctor se agachò y susurrò al oído de Leo:

-Ahora voy a atender a su esposa. A su bella esposa. Está atada en la habitación de al lado. No puede hacer nada, y es culpa suya. Todo lo que voy a hacerle es culpa suya. Voy a hacer que lamente el día en que lo amó a usted. Voy a hacer que lo diga a gritos.

Leo tardó un rato en comprender lo que acababa de oír como si se lo hubieran dicho en una lengua extranjera. Él no tenía nada contra aquel hombre. Apenas lo reconocía. Entonces, ¿por qué amenazaba a Raisa? Leo intentó levantarse, agarrar a aquel médico. Pero la silla estaba fija al suelo y él estaba atado a la silla.

El doctor Zarubin se echó hacia atrás, como un hombre que hubiera acercado demasiado la cabeza a la jaula de un león. Miró cómo Leo forcejeaba para intentar librarse de las ataduras, cómo se le hinchaban las venas del cuello y la cara se le ponía roja. Tenía el ojo amoratado. Era curioso; era como ver a una mosca atrapada bajo un cristal. Aquel hombre no comprendía la naturaleza de su situación.

Impotencia

El médico recogió su maletín y esperó a que el guardia abriera la puerta. Esperaba que Leo lo llamase, que lo amenazase tal vez. Pero al menos en ese sentido, sufrió una decepción.

Caminó por el pasillo unos cuantos metros, hasta la celda contigua. La puerta estaba abierta. Entró. Raisa estaba sentada y atada de la misma forma que su marido. El médico le resultaba emocionante que ella lo reconociera, que pensase que debía de haber aceptado su oferta. De haberlo hecho estaría a salvo. Estaba claro que no era la superviviente que decía ser. Era de una belleza extraordinaria, cosa que no había sabido aprovechar. Había preferido la fidelidad. Quizá creyese en una vida después de la muerte, en un cielo en el que su lealtad fuese recompensada. Allí eso no valía para nada.

Estaba convencido de que le estimularía oír sus lamentos. Esperaba que le suplicara.

Ayúdeme.

En aquella situación Raisa aceptaría cualquier condición. Podía pedirle cualquier cosa; podía tratarla como si fuera basura y ella lo aceptaría de buen grado, le pediría más. Se sometería completamente a él. El médico abrió la rejilla que había en la pared. Aunque parecía parte del sistema de ventilación, en realidad estaba diseñada para que pudiera escucharse en una celda lo que sucedía en la otra. Quería que Leo lo oyese todo.

Raisa miró a Zarubin, observó cómo éste le mostraba una irónica expresión de tristeza. Sin duda intentaba expresarle lo mucho que lo lamentaba, como si quisiera decir:

Si hubiera aceptado la oferta...

Dejó el maletín en el suelo y empezó a examinarla, aunque ella no estaba herida.

-Tengo que examinar cada parte de su cuerpo. Para el informe, claro.

A Raisa la habían detenido sin ningún escándalo. Habían rodeado el restaurante, los agentes entraron y la cogieron. Mientras la sacaban, Basarov había gritado, con una inquina que era de esperar, que se merecía cualquier castigo que le infligieran. La ataron y la metieron en la parte de atrás de un camión, sin decirle nada. No tenía ni idea de qué había pasado con Leo hasta que oyó decir a un agente que lo habían atrapado. Por la satisfacción con la que hablaba, supuso que Leo al menos había intentado escapar.

Intentò mirar al frente mientras el doctor la manoseaba, como si no estuviera allí. Pero no podía evitar mirarlo de reojo. Tenía los nudillos peludos, las uñas perfectamente limpias y cuidadosamente cortadas. El guardia que estaba detrás de ella empezó a reírse con una risa infantil. Se concentrò en pensar que èl no podía apoderarse de su cuerpo, que por mucho que lo intentase no podía ponerle un dedo encima. Era imposible pensar en eso. Sus dedos trepaban por la cara interna de su pierna con una lentitud terrible y deliberada. Sintió que los ojos se le llenaban de làgrimas. Las evitò parpadeando. Zarubin se acercò, acercò su rostro al de ella. La besò en la mejilla, chupò su piel, como si fuera a morderla.

Se abrió la puerta. Entrò Vasili. El mèdico se echò atrás y se quedó de pie. Vasili estaba molesto.

-No està herida. No hace falta que està usted aquí.

-Sòlo quería asegurarme.

-Puede retirarse.

Zarubin cerrò el maletìn y se marchò. Vasili cerrò la rejilla. Se agachò junto a Raisa y observò sus làgrimas.

-Es usted fuerte. Quizá crea que puede aguantar. Entiendo que quiera seguir siendo leal a su marido.

-¿De veras?

-Tiene razón. No lo entiendo. Lo que quiero decir es que será mejor para usted que me lo diga todo inmediatamente. Cree que soy un monstruo. Pero, ¿sabe de quièn aprendì esa frase? De su marido. Eso mismo decía a la gente a la que iba a torturar. Algunas veces en esta misma habitación. Lo decía en serio, por si le interesa saberlo.

Raisa se quedó mirando los atractivos rasgos de aquel hombre y se preguntò, igual que se lo había preguntado tantos meses atrás en aquella estación de tren, por què le parecía tan feo. Tenía unos ojos inertes; no es que no tuvieran vida o parecieran estúpidos. Eran frìos.

-Se lo dirè todo.

-Pero, ¿serà suficiente?

Leo hubiera debido reservar sus fuerzas hasta tener alguna oportunidad de actuar. Y sabìa que aquel era el momento. Había visto a muchos prisioneros malgastar energías dando puñetazos en las puertas, gritando, recorriendo aquellas pequeñas celdas de un extremo a otro. En aquellos momentos se había preguntado còmo no eran conscientes de lo inútil de sus actos. Ahora que se encontraba en la misma situación, se dio cuenta por fin de còmo se sentían. Era como si su cuerpo fuera alérgico a estar encerrado. No tenía nada que ver con la lógica o la razón. Sencillamente no podía quedarse sentado, esperar y no hacer nada. En lugar de eso luchò con sus ataduras hasta que le sangraron las muñecas. Una parte de èl creía en serio que podía romperlas, aunque había visto a cientos de hombres y mujeres sujetos a ellas y no se habían roto ni una sola vez. Se imaginò una gran fuga, ignorando el hecho de que aquella esperanza era tan peligrosa como cualquier tortura.

Entrò Vasili y le hizo una señal al guardia para que colocara una silla frente a Leo. Èste obedeciò y la colocò a pocos centímetros del prisionero. Vasili se aproximò, cogió la silla y la acercò todavìa màs. Casi tocaba las rodillas de Leo con las suyas. Lo mirò fijamente y observò como su cuerpo forcejeaba con las ataduras.

-Tranquilo, tu mujer està bien. Està en la habitación de al lado.

Vasili hizo un gesto al guardia, señalando la rejilla. Èste la abrió. Vasili gritò:

-Raisa, dile algo a tu marido. Està preocupado por ti.

La voz de Raisa se escuchaba como un eco lejano.

-¿Leo?

Leo se echò hacia atrás, relajándose. Antes de que pudiera responder, el guardia cerrò la rejilla. Leo mirò a Vasili.

-No hace falta que nos torturèis a ninguno de los dos. Ya sabes que he visto muchas sesiones. Sè que no tiene sentido resistir. Pregunta lo que quieras, yo responderè.

-Pero es que yo ya lo sè todo. He leído los archivos que recopilaste. He hablado con el general Nèsterov. Dejó muy claro que no quería que sus hijos crecieran en un orfanato. Raisa ha confirmado lo que èl dijo. Sòlo tengo una pregunta para ti: ¿por què?

Leo no comprendia. Pero ya no tenía ganas de luchar. Sòlo quería decirle a aquel hombre lo que quisiera escuchar. Hablò como un alumno que se dirigía a una profesora.

-Lo siento, no quiero faltarle al respeto. No entiendo. ¿Pregunta por què...?

-¿Por què arriesgar lo poco que tenias, lo poco que te permitiamos tener, por esa fantasìa?

-¿Estàs hablando de los asesinatos?

-Los asesinatos han sido todos resueltos.

Leo no contestò.

-No te lo crees, ¿verdad? ¿Crees que alguien, o un grupo de gente, va por ahì asesinando de manera aleatoria a niños y niñas rusos por todo el país, sin ningún motivo?

-Me equivoquè. Tenía una teoría. Me equivoquè. Me retracto por completo. Firmarè una retractación, una confesiòn, una admisiòn de culpa.

-Supongo que eres consciente de que se te acusa de los crímenes màs graves de agitación antisoviética. Leo, todo esto parece propaganda occidental. Eso podría entenderlo. Si trabajas para Occidente, entonces eres un traidor. Quizá te hayan prometido dinero, poder, todo lo que habias perdido. Al menos eso lo podría entender. ¿Es eso?

-No.

-Eso es lo que me preocupa. Eso significa que realmente crees que esos asesinatos están conectados, que no son simples actos cometidos por vagabundos, borrachos e indeseables. Para serte franco, es una locura. He trabajado contigo. He visto lo metódico que eres. Y a decir verdad, hasta te admiraba. Antes, claro, de que perdieras la cabeza por tu mujer. Así que, cuando me enterè de tus nuevas aventuras, no le encontrè ningún sentido.

-Tenía una teoría. Me equivoquè. No sè què màs puedo decir.

-¿Por què iba a querer nadie matar a esos niños?

Leo se quedó mirando al hombre que tenía delante, un hombre que había querido ejecutar a dos niñas porque sus padres conocían a un veterinario. Les habría disparado en la nuca sin pensárselo dos veces. Aun así, Vasili le había hecho esa pregunta en serio.

¿por què iba a querer nadie matar a esos niños?

Había cometido los mismos asesinatos que el hombre al que perseguía Leo, quizá màs. Y, sin embargo, no comprendìa la lógica de aquellos crímenes. ¿Acaso no entendía que alguien que quisiera matar no se uniera al MGB o se hiciera guardia en un gulag? Si era por eso, entonces Leo lo comprendìa. Había muchas salidas legítimas para la brutalidad y el asesinato. ¿Por què escoger una no oficial? Pero eso no era lo que importaba a Leo.

Esos niños.

Vasili Nikitin estaba confuso porque aquellos crímenes parecían no tener motivo. No era que el asesinato de un niño le pareciera una aberración. Pero, ¿què se ganaba con eso? ¿Cuàl era el planteamiento? No había un motivo oficial para matar a aquellos pequeños; no cabía la justificación de estar sirviendo a un bien supremo: no había beneficio material. Èsa era su objeción.

Leo repitió:

-Tenìa una teorìa. Me equivoquè.

-Supongo que tu expulsión de Moscù, de una fuerza a la que habías servido con lealtad durante tantos años, ha debido de conmocionarte màs de lo que esperaba. Después de todo eres un hombre orgulloso. Està claro que tu salud mental se ha visto afectada. Por eso voy a ayudarte, Leo.

Vasili se levantò, sopesando la situación. Después de la muerte de Stalin la Seguridad del Estado había recibido òrdenes de suprimir toda violencia contra los arrestados. Vasili, superviviente nato, se había adaptado inmediatamente. Y, sin embargo, allí estaba Leo, en sus manos. ¿Podìa acaso marcharse y dejar que se enfrentara únicamente a una sentencia? ¿Le bastaba con eso? ¿Lo satisfaría? Al dirigirse a la puerta se dio cuenta de que lo que sentía no era tan peligroso para èl mismo como para Leo. Sintió que su precaución natural era sustituida por algo personal, algo ligeramente parecido a la lujuria. No podía resistirse. Hizo un gesto al guardia para que se acercara.

-Que venga el doctor Jvostov.

Aunque era tarde, a Jvostov no le molestò aquella repentina llamada del trabajo. Tenía curiosidad por saber què podía ser tan importante. Estrechò la mano de Vasili y escuchò el resumen de la situación, fijándose en que Vasili se refería a Leo como paciente y no como prisionero. Comprendió que era una precaución necesaria para protegerse ante posibles acusaciones de daño físico. Después de escuchar los complejos delirios del paciente sobre un asesino de niños, ordenò al guardia que acompañase a Leo a la sala de tratamiento. Le parecía emocionante investigar lo que subyacía bajo aquella idea tan descabellada.

La sala era tal y como Leo la recordaba: pequeña y limpia, con una silla de cuero fijada al suelo de azulejos blancos, con vitrinas llenas de botellas, polvos y pastillas etiquetados con pulcras pegatinas blancas en las que había cosas escritas con tinta negra, de manera cuidadosa y ordenada, y unos cuantos utensilios quirúrgicos. Oìa a desinfectante. Lo ataron a la misma silla a la que habían atado a Anatoli Brodski y le pusieron las mismas correas en las muñecas, los tobillos y el cuello. El doctor Jvostov llenò una jeringuilla con aceite de alcanfor. Le cortaron la camisa, le encontraron una vena. No hacía falta explicar nada. Leo ya lo había visto antes. Abrió la boca, esperando la mordaza de goma.

Mientras observaba los preparativos, Vasili temblaba de emoción. Jvostov le inyectò el aceite. Pasaron unos segundos. De pronto Leo se quedó con los ojos en blanco. Su cuerpo empezó a vibrar. Aquèl era el momento que había soñado Vasili; el momento que había planeado mil veces. Leo tenía un aspecto ridículo, débil y patético.

Esperaron a que remitieran las reacciones físicas màs extremas. Jvostov asintió con gesto de aprobación.

-Veamos què dice.

Vasili se acercò y le quitò la mordaza de goma. Leo vomitò tropezones de saliva en el regazo. La cabeza se le cayò hacia atrás, sin fuerza.

-Como otras veces, hay que empezar con preguntas sencillas.

-¿Còmo te llamas?

Leo moviò la cabeza de un lado a otro. Dijo algo, pero Vasili no pudo oírlo. Se acercò un poco màs.

-¿Còmo te llamas?

Sus ojos parecían centrarse. Mirò al frente y dijo:

-Pàvel.

El mismo día.

¿Cómo te llamas?

Pàvel.

Al abrir los ojos vio que estaba metido hasta los tobillos en la nieve, en medio de un bosque. La luna brillaba por encima de èl. Su chaqueta estaba hecha de ásperos sacos de grano, cosidos con cuidado, como si se tratara del mejor cuero. Sacò un pie de la nieve. No llevaba zapatos; tenía los pies envueltos en harapos y una tira de goma, atados con cuerda. Se mirò las manos. Eran las de un niño.

Sintió que alguien tiraba de su chaqueta y se dio la vuelta. Detrás de èl había un niño vestido con los mismos trozos de saco. Llevaba los mismos harapos y cuerdas en los pies. Entrecerraba los ojos. Moqueaba. ¿Cómo se llamaba? Torpe, entregado y atontado: se llamaba Andrèi.

A su espalda, un esquelético gato blanco y negro empezó a maullar de dolor, a forcejear en la nieve, atormentado por alguna fuerza invisible. Alguien lo arrastraba hacia el bosque. El gato tenía un trozo de cuerda en la pata. Alguien tiraba de la cuerda y lo arrastraba por la nieve. Pàvel salió corriendo tras èl. Pero el gato, que seguía luchando, era arrastrado cada vez a màs velocidad. Pàvel acelerò. Mirò a su espalda y vio que Andrèi, que no podía mantener el ritmo, se quedaba atrás.

De repente se parò. Frente a èl, con la cuerda en la mano, estaba Stepàn, su padre. No era joven, sino viejo, como cuando se había despedido de èl en Moscù. Stepàn cogió el gato, le rompió el cuello y lo echò a un saco de grano. Pàvel se acercò a èl.

-¿Padre?

-No soy tu padre.

Stepàn levantò una gruesa rama sobre su cabeza.

Al abrir los ojos, Pàvel se dio cuenta de que estaba dentro del saco. Tenía la cabeza llena de sangre, y la boca, seca como la ceniza. Lo llevaban a cuestas; chocaba con la espalda de un adulto. Le dolía tanto la cabeza que se sentía enfermo. Debajo tenía algo. Estirò la mano y tocò el gato muerto. Exhausto, cerrò los ojos.

Al sentir el calor del fuego, se despertó. Ya no estaba en el saco; lo habían echado en el suelo fangoso de una granja. Stepàn –que era ahora joven, el joven del bosque, esquelético y fiero- estaba sentado junto al fuego, con el cuerpo de un niño entre los brazos. Aquel niño era en parte humano, en parte fantasma y en parte esqueleto: tenía la piel suelta, los huesos prominentes y los ojos enormes. Stepàn y Anna lloraban. Anna acarició el pelo del niño muerto y al fin Stepàn pronunciò su nombre.

-Leo.

Aquel niño muerto había sido Leo Stepànovich.

Anna se dio la vuelta, con los ojos rojos, y preguntò:

-¿Cómo te llamas?

No contestò. No sabía cómo se llamaba.

-¿Dònde vives?

Tampoco lo sabía.

-¿Cómo se llama tu padre?

Tenía la mente en blanco.

-¿Sabrías volver a casa?

No sabía dònde estaba su casa. Anna prosiguió:

-¿Entiendes por què estas aquí?

Negó con la cabeza.

-Ibas a morir para que èl pudiera vivir. ¿Comprendes?

No comprendìa. Ella dijo:

-Pero no pudimos salvar a nuestro hijo. Murió mientras mi marido cazaba. Como està muerto, eres libre de marcharte.

¿Libre de marcharse a dònde? No sabìa dònde estaba. No sabìa de dònde venìa. No sabìa nada sobre sÌ mismo. Su mente estaba en blanco.

Anna se levantò y se acercò a èl. Le tendió la mano. Èl se levantò a duras penas. Estaba débil y mareado. ¿Cuànto tiempo había estado en el saco? ¿Cuànto tiempo habían cargado con èl? Le parecía que habían sido días. Si no comìa pronto, morirìa. Ella le ofreció una taza de agua caliente. El primer sorbo de provocò arcadas, pero el segundo le sentò mejor. Ella lo llevó fuera y se sentaron, cubiertos por varias mantas. Exhausto, èl se durmió sobre su hombro. Cuando despertó, Stepàn había salido.

-Està listo.

Cuando entrò en la granja, el cuerpo del niño había desaparecido. Sobre el fuego había una gran olla, un guiso burbujeante. Anna lo acercò al calor. Aceptò el cuenco que Stepàn llenò hasta arriba. Mirò aquel caldo humeante en cuya superficie flotaban bellotas junto a menudillos blancos y tiras de carne. Stepàn y Anna lo observaron. Stepàn dijo:

-Ibas a morir para que nuestro hijo viviera. Como èl ha muerto, tÙ podràs vivir.

Le estaban ofreciendo la carne de su carne. Le estaban ofreciendo a su hijo. Se llevó el caldo a la nariz. Llevaba tanto tiempo sin comer que empezó a salivar. El instinto tomò las riendas y comió.

Stepàn le explicó:

-Mañana iniciaremos nuestro viaje a Moscù. Ya no podemos sobrevivir aquí. Tengo un tío en la ciudad que podría ayudarnos. Èsta iba a ser nuestra última comida antes del viaje. Nos iba a llevar a la ciudad. Puedes venir con nosotros. O puedes quedarte aquí e intentar encontrar el camino a casa.

¿Debìa quedarse allí, sin saber quièn era, sin saber dònde estaba? ¿Y si no lo recordaba nunca? ¿Y si no le venìa nada a la mente? ¿Quièn cuidaría de èl? ¿Què haría? ¿O debería marcharse con aquellas personas? Eran amables. Tenian comida. Tenian un plan, un medio de sobrevivir.

-Quiero ir con ustedes.

-¿Estàs seguro?

-Sì.

-Me llamo Stepàn. Mi mujer se llama Anna. ¿Còmo te llamas tÙ?

No podía recordar ningún nombre. Excepto uno, el que había escuchado antes. ¿Podìa decir aquel nombre? ¿Se enfadarían con èl?

-Me llamo Leo.

11 de julio.

Empujaron a Raisa hasta una fila de diez mesas, en cada una de las cuales había dos agentes. Uno de ellos revisaba una pila de documentos mientras el otro registraba al prisionero. No se hacìa distinción alguna entre hombres y mujeres: a todos se les examinaba juntos, de la misma manera. No había forma de saber en què mesa se encontraba la documentación de uno. A Raisa la empujaron hacia una mesa, y de ahí la pasaron a otra. La habían procesado con tal rapidez que el papeleo no había llegado. El guardia que la acompañaba la apartò. Era la única prisionera con escolta. Se saltaron aquella parte del proceso. Los

papeles que faltaban contenían la declaración de su crimen y sentencia. Los demás prisioneros escuchaban con gesto incrédulo cómo se les acusaba de AKA, KRRD, PSh, SVPsh, SOE o SVE, códigos indescifrables que los marcarían para el resto de su vida. Las sentencias eran pronunciadas con indiferencia profesional.

¡Cinco años! ¡Diez años! ¡Veinticinco años!

Pero debía perdonar la insensibilidad de los guardias. Trabajaban demasiado, tenían que despachar a mucha gente, procesar a demasiados prisioneros. A medida que se pronunciaban las sentencias ella se fijó en que casi todos los prisioneros tenían la misma expresión: incredulidad. ¿Era cierto? Parecía un sueño, como si los hubieran sacado del mundo real y los hubieran arrojado a uno nuevo, en el que nadie pudiera estar seguro de cuáles eran las normas. ¿Qué leyes regían aquel lugar? ¿Qué comía la gente? ¿Les permitirían lavarse? ¿Qué ropa llevaban? ¿Tenían algún derecho? Eran como recién nacidos, sin nadie que los protegiera, nadie que pudiera enseñarles las normas.

Un guardia la sacó agarrándola del brazo de la sala de procesos para llevarla al andén de la estación. Raisa no subió al tren. Esperó mientras subían a los demás prisioneros a los distintos vagones, carros para transportar ganado convertidos en el medio de transporte a los gulags. El andén, aunque formaba parte de la estación de Kazán, había sido construido de tal forma que los pasajeros normales no pudieran ver nada. Cuando trasladaron a Raisa de los sótanos de la Lubianka a la estación lo hicieron en un camión negro en el que habían pintado las palabras FRUTA Y VERDURA. Sabía que no era un chiste cruel del Estado, sino un intento de ocultar los numerosos arrestos. ¿Había alguien vivo que no conociera a algún detenido? Y, sin embargo, se preservaba la ilusión de confidencialidad, una elaborada farsa que no engañaba a nadie.

Calculó que habría varios miles de pasajeros en aquel andén. Los obligaban a subir a los vagones de tal forma que parecía que los guardias estuvieran intentando batir un récord. Hacían a golpes a cientos de personas en pequeños espacios en los que, a primera vista, no cabían más de treinta o cuarenta. Pero ya lo había olvidado: las normas del viejo mundo ya no tenían vigor. Este era el nuevo mundo, con nuevas reglas, y un espacio para treinta era un espacio para trescientos. La gente no necesitaba aire que los separase. El espacio era un preciado lujo en el nuevo mundo, no se podía malgastar. La logística de aquel transporte humano no era muy distinta de la del transporte de grano: había que empacarla y contar con que se perdería el cinco por ciento.

Entre aquellas personas –gente de todas las edades, algunas de ellas con ropa elegante, la mayoría vestida con harapos– no parecía estar su marido. Era parte de la rutina separar a las familias en los gulags, enviar a sus miembros a extremos opuestos del país. El sistema se enorgullecía de romper lazos y vínculos. La única relación que importaba era la que una persona tenía con el Estado. Raisa se lo había enseñado a sus estudiantes. Supuso que enviarían a Leo a otro campo, por lo que se sorprendió cuando el guardia que la acompañaba la detuvo en el andén y le dijo que esperara. No era la primera vez que la obligaban a esperar en un andén. La primera había sido cuando los llevaron a Voualsk. Era la marca de Vasili, que parecía disfrutar viéndolos humillados todo lo posible. No bastaba con que sufrieran. Quería un asiento de primera fila.

Vio a Vasili venir hacia ella, acompañando a un hombre mayor con la espalda encorvada. A menos de cinco metros se dio cuenta de que aquel hombre era su marido. Se quedó mirando a Leo, anonadada por la transformación. Estaba frágil, parecía diez años más viejo. ¿Qué le habían hecho? Cuando Vasili lo soltó, parecía a punto de caerse. Raisa lo levantó y lo miró a los ojos. Él la reconoció. Ella le puso la mano en la cara, le tocó la frente.

-¿Leo?

Él tuvo que esforzarse para responder. Le temblaba la boca al intentar pronunciar la palabra.

-Raisa.

Ella mirò a Vasili, que estava observàndolo todo. Sintió ira al notar còmo le brotaban làgrimas de los ojos. Eso era lo que èl quería ver. Se las limpiò. Pero no paraban de salir.

Vasili no pudo evitar sentirse decepcionado. No es que no tuviera lo que siempre había querido. Así era, y màs. Pero por alguna razón había esperado que su triunfo –el momento àlgido- fuera màs dulce. Le dijo a Raisa:

-Lo normal es que los matrimonios sean separados. Pero he pensado que os gustaría hacer el viaje juntos. Es una pequeña muestra de mi generosidad.

Por supuesto, el significado de sus palabras era irónico, despiadado. Pero se le atragantaron y no le produjeron ninguna satisfacción. Curiosamente se daba cuenta de que su conducta era patètica. Era por la falta de oposición real. Aquel hombre, que había sido su objetivo durante tanto tiempo, era ahora débil, estaba abatido, destrozado. En lugar de sentirse màs fuerte, triunfal, sintió como si una parte de sù mismo estuviera dañada. Dejó a un lado el discurso que tenía preparado y mirò a Leo. ¿Què sentía por aquel hombre? ¿Algo parecido al afecto? Era ridículo: lo odiaba.

Raisa había visto antes mirar a Vasili de esa manera. Su odio no era profesional; era una obsesión, una fijación, como si el amor incondicional se hubiera convertido en algo terrible, como si hubiera degenerado en algo desagradable. Aunque no sentía làstima por èl, pensó que seguramente alguna vez hubiera albergado algo de humanidad. Vasili hizo una seña al guardia, que los empujó al tren.

Raisa ayudò a Leo a subir al vagòn. Eran los últimos prisioneros en montar. La puerta se cerrò tras ellos. En la oscuridad ella pudo notar còmo cientos de ojos los observaban.

Vasili se quedó en el andèn, con las manos a la espalda.

-¿Està todo dispuesto?

El guardia asintió.

-Ninguno de los dos llegarà vivo a su destino.

CIEN KILOMETROS AL ESTE DE MOSCU

12 de julio

Raisa y Leo estaban agachados en la parte trasera del vagòn, una posición que había ocupado desde que se habían montado el día anterior. Al ser los últimos prisioneros se habían tenido que conformar con el último espacio disponible. Las posiciones màs codiciadas, los duros bancos de madera que se extendían de una pared a otra, en tres alturas, estaban ocupados ya. En aquellos bancos, que medían poco màs de treinta centímetros de ancho, había hasta tres personas acostadas, apretadas unas contra otras como si estuvieran manteniendo relaciones sexuales. Pero aquella terrible intimidad no tenía nada de sexual. El único hueco que habían encontrado Leo y Raisa era cerca de un agujero del tamaño de un puño abierto entre las tablas: el retrete para todo el vagòn. No había división, no estaba apartado, no había màs remedio que defecar y orinar a la vista de todos. Leo y Raisa estaban a menos de medio metro del agujero.

Al principio, en aquella apestosa oscuridad, Raisa había sentido una ira incontrolable. Aquella degradación no era sòlo injusta, era terrible; era esperpètica, intencionalmente maliciosa. Si iban a aquellos campos a trabajar, ¿por què los transportaban como si fueran a ser ejecutados? Dejó de pensar en ello: así no sobrevivirían, consumidos por la indignación. Tenía que adaptarse. Se repetía a sù misma:

Nuevo mundo, nuevas reglas.

No podían comparar su situación con el pasado. Los prisioneros no tenían derechos y no debían albergar ninguna esperanza.

Aunque no tenía reloj ni podía ver el exterior, Raisa supo que debía de haber pasado el mediodía. El sol quemaba el techo de acero, como si el clima se hubiera aliado con los guardias y participaba en aquel castigo persistente, irradiando un calor constante sobre aquellos centenares de cuerpos. El tren se movía a tan poca velocidad que no entraba brisa alguna por entre las pequeñas grietas de las tablas de madera. El poco aire que pudiera entrar lo aprovechaban únicamente los prisioneros que habían tenido la suerte de sentarse en los bancos.

Sin más remedio que olvidarse de su rabia, lo que habían sido temperaturas y olores insoportables se convirtieron en soportables. La supervivencia significaba adaptarse. Un prisionero había escogido no aceptar las nuevas reglas. Raisa no tenía ni idea de cuándo había muerto. Era un hombre de mediana edad. No había provocado ningún escándalo; nadie se había fijado en él, y si lo habían hecho, no habían dicho nada. El día anterior, cuando el tren se detuvo y todos desembarcaron para beber un único y pequeño cuenco de agua, alguien dijo que había un hombre muerto. Al pasar junto al cuerpo, Raisa sospechó que aquel hombre había decidido que el nuevo mundo no era para él. Se había rendido, apagado, desconectado, como una máquina. Causa de la muerte: desesperanza, falta de interés en sobrevivir, si esa era la única razón. Sacaron el cuerpo del tren y lo dejaron en un terraplén, fuera de la vista de la gente.

Raisa miró a Leo. Había dormido casi todo el viaje, apoyado en ella, como un niño. Al despertarse parecía tranquilo, ni incómodo ni molesto, con la mente en otra parte. Ella le había examinado el cuerpo en busca de señales de tortura y había encontrado un enorme moratón en un brazo. Tenía marcas rojas de las ataduras en las muñecas y los tobillos. Lo habían atado. Ella no tenía ni idea de los que había tenido que pasar, pero había sido algo psicológico, químico, nada de cortes ni quemaduras. Le frotó la cabeza, le cogió la mano y le besó. Esa era la única medicina que podía ofrecerle. Le pasó su mendrugo de pan negro y una tira de pescado seco y salado, lo único que habían comido hasta entonces. El pescado, con sus pequeñas y crujientes espinas, estaba tan rebozado en sal que algunos prisioneros lo habían sostenido en sus manos, muertos de hambre pero desesperados ante la idea de tener que comerlo sin agua. La sed era peor que el hambre. Raisa limpió toda la sal que pudo antes de dárselo a Leo en pequeños trozos.

Leo se irguió y habló por primera vez desde que subió al tren, con una voz apenas audible. Raisa se acercó a él, haciendo un esfuerzo por oír.

-Oksana era una buena madre. Me quería. Yo los abandoné. Decidí no volver. Mi hermanito siempre quería que jugáramos a las cartas. Yo le decía que estaba demasiado ocupado.

-¿De quién hablas, Leo? ¿Quién es Oksana? ¿Quién es tu hermano? ¿De qué estás hablando?

-Mi madre no les dejó que se llevaran la campana de la iglesia.

-¿Anna? ¿Estás hablando de Anna?

-Anna no es mi madre.

Raisa le acarició la cabeza. Se preguntó si se habría vuelto loco. Miró a su alrededor, en el vagón, y se dio cuenta de que la vulnerabilidad de Leo lo convertía en un objetivo fácil.

La mayoría de los prisioneros estaban demasiado aterrados como para suponer ninguna amenaza, a excepción de cinco hombres que había en un extremo, sobre uno de los bancos más altos. Al contrario que los demás, parecían no tener miedo, encontrarse a gusto en aquel mundo. Raisa pensó que debían de ser criminales profesionales, arrestados por robo o asalto, crímenes cuyas sentencias eran mucho más leves que las de los prisioneros políticos que los rodeaban, profesores, enfermeras, doctores, escritores y bailarines. La prisión era su terreno, su elemento. Parecían comprender las normas de este mundo mejor que las del otro. Su superioridad no se debía a su evidente fortaleza física. Ella se dio cuenta de que los guardias les conferían poder. Les hablaban como a iguales, y si no como tales, al menos sí como un hombre

hablaría a otro hombre. Los demás prisioneros les temían. Les abrían paso. Podían dejar el banco, usar el retrete coger el agua, todo ello sin miedo a perder el preciado sitio. Nadie se atrevía a quitárselo. Ya le habían exigido a un hombre, al que aparentemente no conocían, que les diera sus zapatos. Cuando este preguntó por qué, ellos le explicaron, con bastante franqueza, que los había perdido en una apuesta. Raisa se había sentido aliviada de que aquel hombre no hubiera cuestionado la lógica de aquellas

nuevas normas, nuevo mundo

les había dado sus zapatos y, a cambio, había recibido unos viejos y reventados.

El tren se detuvo. La gente pedía agua a gritos, desde todos los vagones. Los ignoraban o los imitaban; les escupían:

agua, agua, agua

Como si lo que pedían fuera algo repugnante. Parecía como si los guardias se hubiesen arremolinado alrededor de los vagones. Se abrieron las puertas y gritaron a los prisioneros que se echaran a un lado. Los guardias llamaron a aquellos cinco hombres. Bajaron del banco como animales, se abrieron camino a empujones y salieron del tren.

Algo no iba bien. Raisa agachó la cabeza; su respiración se aceleró. Muy pronto escuchó regresar a aquellos hombres. Esperó. Entonces, poco a poco, levantó la cabeza y los miró mientras volvían a subir. Los cinco la observaban fijamente.

El mismo día.

Raisa cogió a Leo de la cara.

-Leo.

Escuchó cómo se acercaban. No podían avanzar en aquel vagón atestado sin empujar a los demás prisioneros al suelo.

-Leo, escúchame, tenemos problemas.

Èl no se movió, no parecía comprender, no captaba el peligro.

-Leo, por favor, te lo suplico.

No sirvió de nada. Ella se levantó y miró a aquellos hombres que se aproximaban. ¿Qué más podía hacer? Leo se quedó detrás, agachado. El único plan que tenía ella era aguantar lo más que pudiera.

El líder, que era el más alto, se acercó y la agarró por el brazo. Raisa, que se esperaba algo así, le golpeó en el ojo con la mano que tenía libre. Le hirió la carne con las uñas, largas y sucias. Debería haberle arrancado el ojo. Se le había pasado por la cabeza, pero en lugar de eso lo único que consiguió fue hacerle una herida. Èl la echó al suelo. Aterrizó sobre unos prisioneros que intentaban apartarse. Estaba sola. Intentó escabullirse de sus asaltantes, pero se dio cuenta de que no podía moverse. Alguien la estaba agarrando del tobillo. Otras manos la cogieron, la levantaron y le dieron la vuelta. Uno de los hombres se puso de rodillas, la cogió por los brazos y la sujetó contra el suelo mientras el líder le abría las piernas a patadas. En la mano tenía un trozo de acero grueso y dentado, como un diente gigante.

-Después de follarte yo, te voy a follar con esto.

Señaló el trozo de acero que, como comprendió Raisa, que pensaba con bastante claridad, le habían dado los guardias. Incapaz de moverse, mirò a Leo. No estaba.

Leo había dejado de pensar en el bosque, el gato, el pueblo y su hermano. Su esposa corría peligro. Intentò asumir la situación, se preguntò por què le ignoraban. Quizá les habían dicho a esos hombres que èl no se enteraba de nada y que no suponía una amenaza. Por la razón que fuera, había podido ponerse de pie sin que ellos reaccionaran. El líder se estaba desabrochando los pantalones. Cuando por fin se dio cuenta de que Leo se había levantado, estaban a menos de un metro de distancia uno del otro.

El líder soltó una risa sardónica y se dio la vuelta, golpeándole en la mejilla. Leo no bloqueò el golpe ni se agachò. Cayò al suelo. Se quedó tirado sobre las planchas de madera, con el labio partido, oyendo còmo se reían aquellos hombres. Que se rieran. El dolor le había venido bien, le había ayudado a concentrarse. Eran demasiado confiados, no estaban entrenados. Eran fuertes, pero no hábiles. Se levantò despacio, dando deliberadamente la impresión de ser lento y torpe, de espaldas a ellos; un objetivo fácil. Escuchò a alguien acercarse; alguien había picado. Mirò por encima del hombro y vio que el líder avanzaba hacia èl armado con el trozo de acero y la intención de acabar con èl.

Leo se echò a un lado a una velocidad que pillò desprevenido a aquel hombre. Antes de poder recuperarse, Leo le golpeò en la garganta, dándole la vuelta. Èl jadeò. Leo le agarrò la mano y se la retorció hasta que soltó el trozo de acero. Entonces le clavò la punta en un lado del cuello. Leo golpeò de nuevo, clavándole esta vez todo el acero, cercenando a su paso todos los tendones, venas y arterias. Sacò el arma y el hombre cayò al suelo, agarrándose la herida.

El secuaz que estaba màs cerca se abalanzò con los brazos extendidos. Leo le permitió que lo agarrase por el cuello mientras le clavaba el acero en el estòmago, atravesándole la camisa, y lo movió a un lado. El hombre balbucía, pero Leo siguió arrastrando el acero, cortando la piel y el tejido muscular. Soltò el cuello de Leo y se quedó allí, herido, mirándose el estòmago sangrante, como si no lograra entenderlo, antes de caer de rodillas.

Leo mirò a los otros tres. Habían perdido interés en la pelea. Fuera lo que fuera lo que les habían ofrecido, no merecía la pena luchar por ello. Quizá les hubieran prometido raciones màs copiosas o un trabajo màs sencillo en el campo. Uno de ellos, que posiblemente pensó que aquello era una oportunidad para subir en el escalafón de la banda, tomò las riendas.

-No tenemos nada contra vosotros.

Leo no dijo nada. Tenía las manos cubiertas de sangre, y el trozo de acero en una de ellas. Retrocedieron, dejando atrás al muerto y al herido. El fracaso era algo que se rechazaba con rapidez.

Ayudò a Raisa a levantarse y la abrazò.

-Lo siento.

Los interrumpieron los gritos de ayuda del herido. El primero, el que tenía el cuello cortado, ya estaba muerto. Pero el que tenía el estòmago abierto seguía vivo, consciente, y se agarraba la herida. Leo lo mirò y examinò el corte. Tardaría mucho en morir: sería lento y doloroso. No merecía la piedad. Pero pensándolo bien, era mejor para el resto de los prisioneros que muriese deprisa. Nadie quería escuchar sus alaridos. Leo se agachò y le apretò el cuello hasta ahogarlo.

Una vez muerto aquel hombre, Leo mirò a su mujer. Ella susurrò:

-Los guardias les ordenaron que nos mataran.

Leo pensò en ello y dijo:

-Nuestra única posibilidad es escapar.

El tren aminorò la marcha. Cuando se detuviera del todo, los guardias abrirían las puertas, esperando encontrar a Leo y a Raisa muertos. En el momento en que descubrieran que los que estaban muertos eran los dos asesinos, exigirían saber quièn los había matado. Con toda seguridad algún prisionero

los delataría por miedo a ser torturado o a cambio de una recompensa. Sería una excusa perfecta para que los guardias mataran a Leo y a Raisa.

Leo mirò a los prisioneros. Había mujeres embarazadas, hombres demasiado viejos para sobrevivir a los gulags, padres, hermanos, hermanas; gente normal, indiferente, como aquella que èl mismo había detenido y llevado a la Lubianka. Ahora se veía obligado a pedirles ayuda.

-Mi nombre no importa. Antes de que me arrestaran estaba investigando los asesinatos de màs de cuarenta niños; muertes que iban desde los Urales hasta el mar Negro. Han muerto niños y niñas. Sè que es difícil de creer que un crimen como èste sea cierto, quizá imposible para alguno de ustedes. Pero yo he visto los cuerpos con mis propios ojos y estoy seguro de que lo ha hecho un solo hombre. No mata a esos niños ni por dinero ni por sexo ni por ninguna razón que pueda explicar. Es capaz de matar a cualquier niño, en cualquier ciudad. Y no va a parar. Mi crimen fue investigarlo. Nadie màs lo està buscando. Mi esposa y yo tenemos que escapar para detenerlo. No podemos escapar sin su ayuda. Si avisan a los guardias, estaremos muertos.

Se hizo el silencio. El tren casi se había parado. De un momento a otro se abrirían las puertas y entrarían los guardias, rifle en mano. ¿Quièn podía culparles por decir la verdad si les apuntaban a ellos? Una mujer hablò desde uno de los bancos:

-Yo soy de Rostov. He oído hablar de los asesinatos. Niños sin estòmagos. Le echan la culpa a un grupo de espías occidentales infiltrado en el país.

Leo contestò:

-Yo creo que el asesino vive y trabaja en su ciudad. Pero no creo que sea un espía.

Otra mujer dijo:

-Y cuando lo encuentre, ¿lo matarà?

-Sì.

El tren se detuvo. Pudieron escuchar acercarse a los guardias. Leo añadió:

-No tengo ninguna razón para esperar que me ayuden. Pero aun así, se lo pido.

Leo y Raisa se agacharon entre los demás prisioneros. Ella rodeò a su marido con los brazos, cubriendo sus manos manchadas de sangre. Las puertas se abrieron y la luz del sol inundò el vagòn.

Al encontrar los dos cuerpos, los guardias exigieron una explicación.

-¿Quièn los ha matado?

No obtuvieron màs respuesta que el silencio. Leo mirò a los guardias por encima del hombre de su mujer. Eran jóvenes, no les importaba nada. Obedecían òrdenes, pero no pensaban por sì mismos. Si no habían matado a Leo y a Raisa era porque no les habían dado instrucciones de que lo hicieran. Tenían que hacerlo de otra manera, delegando en otro. Sin autorización explícita no harían nada. No tenían iniciativa. Sin embargo, si se les proporcionaba la màs mínima justificación, podrían aprovechar la oportunidad. Todo dependía de aquellos desconocidos de aquel vagòn. Los guardias gritaban, apuntando con sus rifles a los que tenían màs cerca. Pero los prisioneros no dijeron nada. Cogieron a una pareja de ancianos. Eran débiles, hablarían.

-¿Quièn ha matado a esos hombres? ¿Què ha pasado aquí? ¡Hablad!

Uno de los guardias levantò la bota de puntera de acero y la colocò sobre la cabeza de la mujer. Ella llorò. Su marido suplicaba. Pero ninguno de los dos respondió a las preguntas. Otro guardia se acercò a Leo. Si le hacía levantarse, vería su camisa llena de sangre.

Uno de los miembros de la banda, el que le había dicho a Leo que no tenían nada contra ellos, se bajò del banco y se acercò a los guardias. Sin duda aprovecharía para reclamar la recompensa que les habían prometido. Hablò:

-Dèjenlos en paz. Yo sè lo que ha pasado. Se lo dirè.

Los guardias se alejaron de la pareja de ancianos y de Leo.

-Habla.

-Se mataron el uno al otro, por una partida de cartas.

Leo entendió que era una lógica perversa la que llevaba a la banda a no denunciarlos. Estaban dispuestos a violar y a matar por un poco de dinero. Pero no estaban dispuestos a chivarse, a convertirse en el perrito faldero de un guardia. Era una cuestión de estatus. Si los otros “urki”, los miembros de su hermandad criminal, se enteraban de que denunciaban a otros presos para obtener beneficios, nunca se lo perdonarían. Probablemente los matarían.

Los guardias se miraron. No sabían muy bien qué hacer, así que decidieron no hacer nada. No tenían prisa. El viaje a Vtoraya Rechka, en la costa del Pacífico, duraría varias semanas. Tendrían aún muchas oportunidades. Esperarían nuevas órdenes. Idearían un nuevo plan. Uno de los guardias se dirigió a los prisioneros.

-Como castigo no sacaremos los cadáveres. Con este calor muy pronto empezarán a pudrirse y a apestar, y os pondréis enfermos. A lo mejor así decidís hablar.

Orgullosa, el guardia bajó del vagón. Los demás lo siguieron. Se cerró la puerta.

Después de un rato el tren empezó a moverse. Un joven con unos anteojos rotos miró a Leo a través de la lente rota y susurró:

-¿Cómo piensan escapar?

Tenían derecho a saberlo. Su fuga era ahora cosa de todo el vagón. Estaban juntos en aquello. Como respuesta, Leo le enseñó el trozo de acero. Los guardias se habían olvidado de llevárselo.

DOSCIENTOS VEINTE KILOMETROS
AL ESTE DE MOSCU

13 de julio

Leo estaba echado en el suelo, con los brazos dentro del pequeño agujero que los prisioneros usaban como retrete. Con el trozo de acero raspaba los clavos de hierro que sujetaban la tabla a la parte inferior del vagón. Desde el interior no se podía alcanzar ninguno de los clavos: estaban clavados por la parte inferior. La única forma de llegar a ellos era a través de aquel agujerito, que no era mucho más grande que su muñeca. Leo había intentado limpiarlo todo lo posible con la camisa del muerto. No había servido de mucho. Para alcanzar los tres clavos tenía que pegar la cara a la madera manchada de meados y de mierda, que le provocaban arcadas mientras tanteaba a ciegas, guiándose únicamente por el tacto. Tenía la piel llena de astillas. Raisa se había ofrecido a hacerlo ella, pues su muñeca y sus brazos eran más pequeños. Aunque esto era cierto, Leo podía llegar más lejos y, si se estiraba al máximo, podría llegar a cada uno de los tres clavos.

Se había tapado la boca y la nariz con un jirón de la camisa. Llegó al último clavo; empezó a rascar y cortar la madera como si fuera una gubia, dejando el espacio justo para poder meter la punta del acero bajo la cabeza del clavo y sacarlo. Había tardado varias horas en sacar los dos primeros, pues tenía que parar cada vez que uno de los prisioneros tenía que usar el retrete.

El último clavo resultó el más difícil. En parte era debido al cansancio —era tarde, quizá la una o las dos de la madrugada—, pero había otro problema. Leo podía meter la uña debajo de la cabeza del clavo, pero éste no salía. Parecía torcido, como si lo hubieran martillado desde un lado y hubiera quedado retorcido por los golpes. No podía sacarlo. Tendría que horadar más la madera, hasta el final quizá. Al

darse cuenta, al pensar que aquello le llevaría al menos una hora, se sintió repentinamente agotado. Tenía los dedos ensangrentados, le dolían, los brazos también y no podía quitarse el olor de la nariz. De repente el tren virò a un lado, perdió la concentración y el trozo de acero se le resbalò de las manos y cayò a la vía.

Leo sacò la mano del agujero. Raisa estaba junto a èl.

-¿Has terminado?

-Se me ha caído. Se me ha caído el trozo de acero.

Estaba furioso por su propia estupidez: como había tirado los otros clavos, ya no tenía más herramientas.

Al ver los dedos llenos de sangre de su marido, Raisa agarrò la tabla e intentò levantarla. Salió una parte, una fracción, pero no lo suficiente como para agarrar por debajo, para arrancarla toda. Leo se limpiò las manos y buscò otra cosa que pudiera usar.

-Tengo que rascar la madera y llegar al extremo del último clavo.

Raisa había visto cómo cacheaban exhaustivamente a todos los prisioneros antes de subir al tren. No creía que nadie tuviera ningún tipo de herramienta metálica. Sopesò el problema y su mirada recayó sobre el más cercano de los cadáveres. Estaba boca arriba, con la boca abierta. Mirò a su marido.

-¿Cómo tiene que ser de largo o afilado?

-Ya casi està. Me vale cualquier cosa que sea más dura que mi dedo.

Raisa se levantò y caminò hasta el cuerpo del hombre que había intentado violarla y asesinarla. Sin sentir la más mínima sensación de justicia o satisfacción, sólo asco, colocò la mandíbula hacia arriba. Levantò el pie justo por encima de la mandíbula. Dudò, mirò a su alrededor. Todo el mundo la estaba mirando. Cerrò los ojos y pisò la mandíbula superior.

Leo se acercò, palpò el interior de la boca y sacò un diente que seguía pegado a un trozo de encía sangrienta, un incisivo. No era lo ideal, pero sí lo suficientemente afilado y duro como para proseguir con lo que ya había empezado. Volvió al agujero y se tumbò boca abajo. Sujetando el diente, metió el brazo y encontró el clavo que faltaba. Continuò rascando la madera, sacando las astillas que iban saltando.

El clavo estaba al aire. Sujetò el diente en la palma de la mano, por si necesitaba hurgar más, y agarrò la cabeza del clavo. Pero no tenía mucha sensibilidad en los dedos y no conseguía asirlo. Sacò el brazo, se limpiò el sudor la sangre de los dedos y los envolvió en un jiròn de la camisa antes de intentarlo de nuevo. Se esforzó por no perder la paciencia y cogió el clavo, tirando de èl poco a poco hasta sacarlo de la tabla. Ya estaba: lo había hecho. Había quitado el tercer clavo. Tanteò la madera, para ver si había más clavos, pero no, al menos no pudo encontrar ninguno. Se levantò y sacò el brazo del agujero.

Raisa metió ambas manos por el agujero y agarrò la tabla. Leo sumò las suyas. Tenían que probar. Ambos tiraron. La parte superior de la tabla se levantò, pero la inferior seguía fija. Leo se acercò, cogió el otro extremo y lo levantò todo lo que pudo. Mirò hacia abajo y pudo ver las vías del tren, bajo el vagòn. El plan había funcionado; habían abierto un agujero de unos treinta centímetros de ancho, apenas lo bastante grande para que cupiera una persona, pero suficiente al fin y al cabo.

Con la ayuda de los demás prisioneros habrían podido romper la tabla. Pero les preocupaba que el ruido alertase a los guardias y decidieron no hacerlo. Leo mirò a su público.

-Necesito que alguien sujete la tabla mientras bajamos por el agujero a las vías.

Varios voluntarios se levantaron al instante, se acercaron y agarraron la tabla. Leo calculò el espacio. Una vez se escurrieran por allí, caerían derechos hacia abajo, justo debajo del tren. La distancia que había entre los bajos y las vías era poco más de un metro, quizá metro y medio. El tren iba despacio, aunque no tanto como para que la caída resultara peligrosa. Pero no podían esperar. Tenían que salir ya, mientras el tren estuviera en movimiento, de noche. Cuando el tren se detuviese, de día, los guardias los verían.

Raisa cogió las manos de Leo.

-Yo bajarè primero.

Leo negó con la cabeza. Había visto los planos de aquel tipo de transporte de prisioneros. Todavía les quedaba otro obstáculo: una última trampa, dispuesta para evitar que los prisioneros hicieran justo lo que ellos pretendían hacer.

-En los bajos del tren, al final, en el último vagón, hay varias hileras de ganchos colgando. Si caemos a las vías y esperamos, al pasar el último vagón los garfios nos engacharán y nos arrastrarán.

-¿No podemos evitarlos? ¿Salir rodando a un lado?

-Hay cientos de ellos colgados de alambres. No podríamos colarnos entre ellos. Nos quedaríamos atrapados.

--¿Qué sugieres que hagamos?

Leo mirò los dos cadáveres. Raisa estaba a su lado. No estaba segura de lo que se le había ocurrido. Èl se lo explicó:

-Cuando caigas a la vía, tirarè uno de los cuerpos detrás de ti. Con suerte caerà cerca de donde estès. Caiga donde caiga, te arrastraràs hacia èl. Colócatelo encima. En cuanto pase el último vagón, los ganchos atraparàn el cuerpo. Pero tù quedaràs libre.

Arrastro los cuerpos hasta la tabla abierta y añadió:

-¿Quieres que yo vaya primero? Si no sale bien, puedes quedarte aquí, cualquier otra muerte será mejor que perecer arrastrada por el tren.

Raisa negó con la cabeza.

-Es un buen plan. Saldrà bien.

Cuando se preparò para bajar, Leo repitió las instrucciones:

-El tren se mueve deprisa. La caída será dolorosa, pero no muy peligrosa; asegúrate de rodar al caer. Tirarè uno de los cuerpos. No tendràs mucho tiempo.

-Comprendo.

-Tienes que coger el cuerpo. Cuando lo hagas, ponte debajo. Asegúrate de que ninguna parte de tu cuerpo queda expuesta. Con que un solo gancho te atrape, podría arrastrarte.

-Leo, entiendo.

Raisa lo besò. Temblaba.

Se estrujò por el agujero del suelo. Los pies le colgaban justo por encima de la vía. Se soltó y cayó, desapareciendo. Leo cogió el primer cuerpo y lo bajò por el agujero, apretándolo. Cayò en la vía y desapareció.

Raisa cayó de una forma extraña, golpeándose un costado y dando tumbos. Desorientada, mareada, se quedó quieta un instante. Demasiado; estaba perdiendo el tiempo. El vagón de Leo estaba ya bastante lejos. Pudo ver el cuerpo que había tirado Leo y empezó a arrastrarse hacia èl, siguiendo la dirección del tren. Mirò hacia atrás. Sólo tres vagones la separaban del final del tren. Pero no pudo ver ningún gancho. Quizá Leo se había equivocado. Sólo quedaban dos vagones. Todavía no había alcanzado el cuerpo. Tropezó. Sólo quedaba un vagón. Pocos metros antes de que llegase el último vio los ganchos. Había cientos de ellos, sujetos con alambres muy finos, a distintas alturas. Cubrían toda la amplitud del vagón: era imposible evitarlos.

Raisa se levantò y echò a andar a gatas, tan rápido como pudo, hasta llegar al cuerpo. Estaba boca abajo, con la cabeza hacia ella. No tenía tiempo de darle la vuelta, así que la dio ella misma. Levantò el cadáver y se metió debajo, colocando su cabeza bajo la del muerto. Estaba cara a cara con su atacante, mirando sus ojos cadavéricos. Se encogió todo lo que pudo.

De repente el cuerpo se levantò. Vio alambres a su alrededor, como hilos de pescar, cada uno de ellos con garfios dentados. El cuerpo saliò hacia arriba, como si estuviera vivo, como una marioneta, enganchado. Ni siquiera tocaba las vías. Raisa se quedó plana sobre las vías, sin moverse un ápice. No la había cogido ningún gancho. Vio cómo el tren se alejaba. Lo había conseguido. Pero Leo no estaba por ninguna parte.

Como Leo era más grande que ella, pensó que necesitaría el cadáver más corpulento; necesitaría mayor masa corporal para protegerse de los ganchos. Pero aquel hombre era tan grande que no cabía por el agujero del suelo. Lo desnudaron, en un intento de reducir su tamaño, pero era demasiado ancho. No había forma de que pasara por el agujero. Raisa llevaba ya varios minutos en la vía.

Desesperado, Leo metió la cabeza por el agujero. Pudo ver un cuerpo atrapado en el último vagón. ¿Era Raisa o el muerto? Desde allí era imposible saberlo. Recapitó su plan y pensó que si se colocaba correctamente, podría escapar por debajo de aquel cuerpo. Éste habría enganchado todos los garfios de aquella parte. Podría pasar por debajo. Se despidió de los otros prisioneros, les dio las gracias y saltó a las vías.

Rodò cerca de las enormes ruedas de acero y se apartò, mirando hacia el final del tren. El cuerpo se acercaba a gran velocidad, enganchado en la parte izquierda. Se colocò de ese lado. No podía hacer otra cosa que esperar, encongiéndose todo lo que le fuera posible. El final del tren estaba casi encima. Levantò la cabeza lo justo para ver que no era Raisa. Había sobrevivido. Él tenía que hacer lo mismo. Se quedó tumbado y cerrò los ojos.

El cuerpo le pasò por encima.

Entonces sintió dolor. Un único gancho se le había clavado en el brazo izquierdo. Abrió los ojos. El garfio le había atravesado la camisa, hasta la carne. Sólo tenía una fracción de segundo antes de que el alambre se tensara. Cogió el gancho y lo sacò, llevándose un trozo de piel y carne. Se agarrò el brazo; se sintió mareado por la sangre que manaba de la herida. Al levantarse, tambaleando, vio a Raisa correr hacia él. Olvidò el dolor y la abrazò.

Eran libres.

MOSCU

El mismo día

Vasili no se encontraba bien. Había hecho algo que nunca había hecho antes: se había tomado un tiempo libre en el trabajo. Aquel comportamiento no era sólo potencialmente peligroso, sino que además no era propio de él. Prefería estar malo en el trabajo que en casa. Había conseguido arreglar su alojamiento de manera que vivía casi solo. Por supuesto estaba casado; era impensable que un hombre permaneciera soltero. Tener hijos era un deber social. Y él había seguido las reglas: se había casado con una mujer sin opiniones, a al menos no expresaba ninguna, que le había dado, como era su deber, dos hijos (el mínimo aceptable para que no les hicieran preguntas). Ella y los niños vivían en un apartamento familiar a las afueras de la ciudad, mientras que él tenía un hogar en el centro. Lo había apañado para que diera la impresión de que aquel lugar era para sus amantes. Pero lo cierto era que sólo tenía aventuras extramaritales muy de vez en cuando.

Después del exilio de Leo a los Urales Vasili había pedido mudarse al apartamento de éste, el apartamento 124. Su deseo se había cumplido. Los primeros días había disfrutado. Había ordenado a su mujer que fuera a los “spetztorgi”, las tiendas restringidas, a comprar comida y bebida de calidad. Celebrò

una fiesta para sus compañeros de trabajo en el nuevo apartamento, a la que no fueron invitadas las esposas y en la que sus nuevos subordinados comieron, bebieron y le felicitaron por su éxito. Algunos de los hombres que habían trabajado con Leo estaban ahora a su cargo. Y aun así, a pesar de todas las ironías, y del espléndido giro de la fortuna, no disfrutò de aquella fiesta. Se sintió vacío. Ya no tenía nadie a quien odiar. Ya no tenía a nadie contra quien maquinara. Ya no le irritaba el ascenso de Leo ni su eficiencia ni su popularidad. Tenía a otros hombres con los que competir, pero no era lo mismo.

Se levantò de la cama y decidió que era mejor beber algo más. Se sirvió un buen trago de vodka y se quedó mirando el vaso, agitando aquel líquido de un lado a otro, incapaz de llevárselo a los labios. El olor le ponía enfermo. Lo dejó. Leo estaba muerto. Pronto recibiría una notificación oficial, informándole de que ninguno de los dos había llegado a su destino. Habían muerto en el camino, como tantos otros, después de enzarzarse en una pelea por unos zapatos, comida o lo que fuera. Era la derrota definitiva del hombre que lo había humillado. La misma existencia de Leo había sido como un castigo perpetuo para Vasili. ¿Por qué lo echaba de menos, entonces?

Oyò que llamaban a la puerta. Esperaba que el MGB enviase a alguien para verificar su enfermedad. Se acercò a la puerta, la abrió y vio a dos jóvenes agentes frente a él.

-Señor, dos prisioneros se han escapado.

Pudo notar cómo se desvanecía aquel vago dolor que sentía en el momento en que pronunciò el nombre.

-¿Leo?

Los agentes asintieron. Vasili se encontraba mejor.

DOSCIENTOS KILOMETROS
AL SURESTE DE MOSCU

El mismo día

No iban corriendo, pero tampoco caminaban despacio. Miraban constantemente a sus espaldas. Su velocidad dependía del equilibrio entre el miedo y el agotamiento. El clima jugaba a su favor: algo de sol y unas pocas nubes. No hacía demasiado calor, al menos en comparación con el vagòn. Por la posición del sol, Leo y Raisa supieron que era por la tarde, pero no había forma de saber la hora exacta. Leo no podía recordar dónde ni cómo había perdido el reloj, o si se lo habían quitado. Calculò que tendrían al menos una ventaja de cuatro horas sobre los guardias. Creía que iban caminando a unos ocho kilómetros por hora, mientras que el tren no debía de pasar de los dieciséis, con lo que los separaba una distancia de unos ochenta kilómetros. Eso en el mejor de los casos. Era posible que los guardias se hubieran dado cuenta de su huida mucho antes.

Salieron del bosque al campo. Sin los árboles, se les podía ver desde varios kilómetros. No podían hacer nada más que continuar a descubierto. Al bajar por una pendiente vieron un pequeño riachuelo y se dirigieron hacia él, aumentando la velocidad. Era la primera vez que veían agua. Al llegar cayeron de rodillas y bebieron con avidez, haciendo un hueco con las manos y llevándose el agua a la boca. Al ver que no bastaba con eso, metieron la cara. Leo bromeò:

-Al menos moriremos limpios.

El chiste no había sido una buena idea. No bastaba con que hicieran todo lo posible por detener a aquel hombre. La intención no bastaba. Tenían que conseguirlo.

Raisa mirò la herida de Leo. No se cerraba, no dejaba de sangrar, se había rajado demasiada piel y demasiada carne. El jiròn de la camisa con que la habían cubierto estaba ahora empapado en sangre. Leo se lo quitò.

-Puedo soportarlo.

-Dejarà un rastro muy fuerte para los perros.

Raisa se alejò del arroyo y se acercò a un árbol. Había una telaraña entre dos ramas. Con mucho cuidado la rompió con los dedos, la sacò entera y la colocò sobre la piel destrozada del brazo de Leo. Inmediatamente la sangre empezó a coagularse al contacto con aquellos filamentos plateados. Estuvo un buen rato buscando màs telarañas, reuniéndolas y poniéndolas unas encima de otras, hasta que la herida estuvo cubierta de multitud de hilillos sedosos. Cuando terminò, ya no sangraba.

Leo la mirò mientras trataba la herida.

-Deberíamos seguir el curso del río mientras podamos. Los árboles son lo único que nos puede ocultar y el agua camuflarà nuestro olor.

El agua era poco profunda, cubría como mucho hasta las rodillas. No corría con demasiada fuerza ni la velocidad suficiente como para dejarse llevar por la corriente. Tendrían que caminar. Estaban hambrientos, agotados. Leo sabía que no podrían aguantar mucho màs tiempo.

Aunque a los guardias les daba igual que los prisioneros vivieran o murieran, huir era algo imperdonable. Era una burla, no sòlo a los guardias, sino a todo el sistema. No importaba quiènes fueran los prisioneros ni lo irrelevantes que fueran; desde el momento en que escapaban, eran importantes. El hecho de que a Leo y a Raisa se les considerase contrarrevolucionarios de alto nivel haría de su huida un asunto de relevancia nacional. En cuanto el tren se detuviera en la próxima parada y los guardias vieran el cadáver atrapado entre los ganchos, harían un recuento de los prisioneros. Identificarían el vagòn de los fugitivos; harían preguntas sobre la hora de la huida. Si no obtenían respuestas, fusilarían a los prisioneros. Leo esperaba que hubiera alguien lo bastante sensato como para decir la verdad inmediatamente. Aquellos hombres y mujeres habían hecho màs que suficiente. Aunque confesaran, nada les garantizaba que los guardias no decidieran dar ejemplo y fusilaran a todos los ocupantes del vagòn.

La cacería comenzaría junto a las vías. Usarían perros. En cada tren viajaba una jauría de perros, en condiciones mucho mejores que los humanos. Si la distancia entre el lugar de la fuga y el lugar donde comenzaba la búsqueda era grande, entonces sería màs difícil. Como llevaban huidos al menos tres cuartas partes de aquel día sin ver a sus perseguidores, Leo pensó que sería así. Eso quería decir que informarían a Moscù. La búsqueda se ampliaría. Se movilizarían coches y camiones. Se dividiría la zona en franjas. Los aviones sobrevolarían los campos. Informarían a las organizaciones militares y de seguridad locales, coordinarían sus acciones con las organizaciones nacionales. Les darían caza con un esmero que iría màs allá del deber profesional. Se ofrecerían recompensas, incentivos. El capital humano y mecànico puesto en marcha para perseguirlos no tendría límite. Èl lo sabía. Èl mismo había participado en cacerías similares. Y èsa era su única ventaja. Leo sabía còmo se organizaban las búsquedas. Había sido entrenado por el NKVD para actuar tras las líneas enemigas sin ser visto, y ahora esas líneas eran sus fronteras, las fronteras por las que había luchado. La magnitud de aquellas búsquedas las hacía complejas, muy difíciles de manejar. Estarían centralizadas, serían de gran alcance pero escasa eficiencia. Confiaba sobre todo en que se centrasen en la zona equivocada. Lo màs lógico sería que Leo y Raisa se dirigieran a la frontera màs cercana, hacia Finlandia, a la costa báltica. Un barco era la mejor forma de salir del país. Pero iban al sur, al mismo corazón de Rusia, a la ciudad de Rostov. En aquella dirección no había posibilidad alguna de encontrar la libertad; aquel camino no les conducía a la seguridad.

Al caminar por el agua mucho màs despacio a menudo tropezaban y se caían; cada vez era màs difícil levantarse. Ni siquiera la adrenalina de la cacería les bastaba. Leo tenía cuidado de no mojar la

telaraña: llevaba el brazo levantado. Hasta el momento ninguno de los dos había hablado de su situación, como si no tuvieran el porvenir suficiente como para hacer planes. Leo calculò que estarían a unos doscientos kilómetros al sur de Moscù. Habían pasado casi cuarenta y ocho horas en el tren. Por tanto pensó que debían de estar cerca de la ciudad de Vladimir. Si tenía razón, entonces ahora viajaban en dirección a Riazàn. Desde allí normalmente se tardaba unas veinticuatro horas en llegar a Rostov si se viajaba en coche o en tren. Pero no tenían dinero ni comida; estaban heridos, vestidos con harapos. Todas las secciones nacionales y locales de la Seguridad del Estado iban a por ellos.

Se detuvieron. El río cruzaba por en medio de una aldea, una granja colectiva. Salieron del agua unos quinientos metros antes de llegar a las casas. Era tarde, había poca luz. Leo dijo:

-Algunos campesinos deben de estar trabajando todavía; estarán en el campo. Podemos colarnos sin que nadie nos vea y buscar algo de comida.

-¿Quieres robar?

-No podemos comprar nada. Si nos ven, nos denunciaràn. Siempre hay recompensas para los que entregan prisioneros, mucho màs dinero de lo que esta gente gana en un año.

-Leo, has trabajado mucho tiempo en la Lubianka. Esta gente no le tiene mucho aprecio al Estado.

-Necesitan dinero, como todo el mundo. Quieren sobrevivir, como todo el mundo.

-Tenemos que cruzar varios cientos de kilómetros. No podemos hacerlo solos. No podemos. Date cuenta. No tenemos amigos, ni dinero; nada. Tenemos que convencer a desconocidos para que nos ayuden; tenemos que venderles nuestra causa. Es la única forma. Es nuestra única oportunidad.

-Somos forajidos. Si nos acogen, los fusilaràn, no sòlo al individuo que nos ayude, sino a todo el pueblo. Los oficiales de la Seguridad del Estado no se lo pensaràn dos veces antes de sentenciarlos a todos a veinticinco años, de deportar a todo el pueblo, niños incluidos, a un campo al norte.

-Y precisamente por eso nos ayudarán. Has perdido la fe en la gente de este país porque has estado rodeado de gente poderosa. El Estado no representa a estos pueblos, no los entiende y no se interesa por ellos.

-Raisa, hablas como una disidente de la ciudad. En el mundo real eso no significa nada. Ayudarnos sería una locura por su parte.

-Tienes mala memoria, Leo. ¿Còmo acabamos de escapar? Les contamos a los prisioneros de aquel vagòn la verdad. Nos ayudaron, todos ellos; eran varios cientos, probablemente el mismo número de personas que vive en esta aldea. Los prisioneros de nuestro vagòn quizá tengan que enfrentarse a algún castigo colectivo por no alertar a los guardias. ¿Por què lo hicieron? ¿Què les ofreciste a cambio?

Leo se quedó en silencio. Raisa siguió insistiendo.

-Si robas a esta gente, seràs su enemigo, cuando en realidad son nuestros amigos.

-Asì que quieres entrar a pie en el centro del pueblo, como si fuèramos su familia y saludarles, ¿no es asì?

-Eso es exactamente lo que haremos.

Hombro con hombro caminaron hasta el centro de la aldea, como si volvieran del trabajo, como si tuvieran derecho a estar allí. Hombres, mujeres y niños se reunieron a su alrededor, formando un círculo. Sus casas eran de barro y madera. El material de sus granjas tenía màs de cuarenta años. Lo único que tenían que hacer era entregarlos al Estado y serían bien recompensados. ¿Còmo podían negarse? Aquella gente no tenía nada.

-Somos prisioneros. Nos hemos escapado del tren que nos llevaba a la región de Kolymà, donde íbamos a morir. Y ahora nos persiguen. Necesitamos su ayuda. No la pedimos por nosotros. Antes o después nos atraparàn y nos mataràn. Lo hemos asumido. Pero antes de morir hay algo que tenemos que

hacer. Por favor, dèjennos explicarles por què necesitamos su ayuda. Si no les gusta lo que tenemos que decirles, entonces no tienen por què tener nada que ver con nosotros.

Se acercò un hombre, de unos cuarenta años, de aspecto importante.

-Como jefe de este "koljòs" es mi deber señalar que lo mejor sería entregarlos.

Raisa mirò a los demás aldeanos. ¿Se había equivocado? ¿Se había infiltrado el Estado entre aquellos pueblerinos? ¿Había metido espías e informadores entre los jefes? Escuchò una voz masculina.

-¿Y què harías con la recompensa, dársela también al Estado?

Se escucharon risas. El jefe se marchò, ruborizado, avergonzado. Raisa se dio cuenta de que aquel hombre era un personaje còmico, una marioneta. No era la autoridad real. Màs atrás se escuchò la voz de una anciana:

-Dadles de comer.

Fue como si hubiera hablado un oráculo: el debate había terminado.

Los llevaron a la casa màs grande. Los sentaron en el salòn, donde estaban preparando la comida, y les dieron tazas con agua. Mientras tanto la casa se fue llenando hasta que no cupo màs gente. Los niños se colaban por entre las piernas de los mayores, mirando a Leo y a Raisa como si estuvieran en un zoológico. De otra casa trajeron pan, todavía caliente. Comieron mientras su ropa, empapada, se secaba frente a la chimenea. Cuando un hombre se disculpò por no poderles ofrecer otra cosa que una muda nueva; leo no pudo hacer otra cosa que asentir, desconcertado ante aquella generosidad. Èl podía ofrecerles una historia: eso era todo. Cuando terminò con el pan y el agua se levantò.

Raisa observò a aquellos hombres, mujeres y niños mientras ellos escuchaban a Leo. Empezò con el asesinato de Arkadi, el niño de Moscù, un asesinato que a èl le habían ordenado encubrir. Relatò la vergüenza que había sentido al tener que convencer a la familia de que había sido un accidente. Prosiguió explicando su expulsión del MGB, su traslado a Voualsk. Contò còmo se había sorprendido al encontrarse un nuevo asesinato infantil, de casi la misma factura. El público se atragantò como si estuviera asistiendo a un truco de magia, cuando escucharon que aquellos crímenes se habían cometido por todo el país. Algunos padres sacaron a sus hijos de la casa cuando Leo les advirtió lo que estaba a punto de relatar.

Incluso antes de empezar su historia, el público había empezado a pensar en quièn podía ser el responsable. Ninguno de ellos podía imaginarse que aquellos asesinatos fueran obra de un hombre con trabajo, con familia. A los hombres les costaba creer que no se pudiera identificar inmediatamente a aquel asesino. Todos estaban convencidos de que reconocerían a aquel monstruo con sòlo mirarlo a los ojos. Leo mirò a su alrededor y se dio cuenta de que acababa de perturbar la visión del mundo que tenían aquellas personas. Intentò tranquilizarlos describiendo la trayectoria que seguían los crímenes a lo largo de la vía fèrrea, por las principales ciudades. Mataba como parte de una rutina; una rutina que no lo llevaría hasta aldeas como aquèlla.

A pesar de las tranquilizadoras palabras, Raisa se preguntaba si aquellas personas seguirían siendo igual de confiadas y acogedoras. ¿Volverían a dar de comer a un desconocido? ¿O quizá a partir de ahora temerían que los extraños escondieran un espíritu malvado indetectable? El precio de aquella historia era la inocencia de su público. No era que nunca hubieran presenciado la brutalidad y la muerte. Pero nunca habían podido imaginar que el asesinato de un niño pudiera producir placer.

Afuera estaba oscuro y Leo llevaba un buen rato hablando, bastante màs de una hora. Estaba a punto de terminar su historia cuando un niño entrò corriendo en la casa.

-He visto luces al norte. Hay camiones. Vienen hacia aquí.

Todos se levantaron. Leo pudo leer en sus rostros que no había posibilidad de que esos camiones fueran otros que los del Estado. Preguntò:

-¿Cuànto tiempo tenemos?

Al hacer aquella pregunta se había puesto en el mismo lugar que ellos, asumiendo una conexión que no tenía por qué existir. Les resultaría bastante fácil entregarlos y exigir una recompensa. Y, sin embargo, parecía que él era el único al que se le había pasado por la cabeza una idea semejante. Hasta el jefe había acatado la decisión colectiva de ayudarlos.

Algunos adultos salieron de la casa a toda prisa, quizá para salvarse. Los que se quedaron interrogaron al muchacho.

-¿Qué columna?

-¿Cuántos camiones?

-¿Hace cuánto?

Eran tres camiones. Tres pares de luces. El chico los había visto desde una esquina de la granja de su padre. Venían del norte, estaban a varios kilómetros. Llegarían en cuestión de minutos.

No había ningún sitio en el que poder esconderse entre aquellas casas. Los aldeanos no tenían pertenencias, nada que pudiera llamarse mobiliario. Y la búsqueda sería exhaustiva, brutal. Si había algún lugar donde esconderse, lo encontrarían. Leo sabía que los guardias estaban jugando con su orgullo. Raisa lo cogió de los brazos.

-Podemos correr. Primero tendrán que buscar en la aldea. Si les dicen que no hemos pasado por aquí, podemos sacarles ventaja; quizá podamos escondernos en el campo. Está oscuro.

Leo negó con la cabeza. Sintió una punzada en el estómago, pensó en Anatoli Brodski. Así debía de haberse sentido cuando se giró y vio a Leo en la cresta de la colina, cuando se dio cuenta de que el cerco se había estrechado a su alrededor. Leo recordó cómo aquel hombre se había detenido, lo había mirado durante un momento, incapaz de hacer otra cosa que contemplar cómo lo atrapaban. Aquel día él había corrido. Pero ahora no había forma de correr más rápido que aquellos guardias. Estaban en buena forma, equipados para cazar, con rifles de largo alcance, miras telescópicas, bengalas para iluminar el cielo y perros para seguir rastros sospechosos.

Leo miró al niño que había visto los camiones.

-Necesito tu ayuda.

El mismo día.

El muchacho caminó agachado, nervioso, con las manos temblorosas hasta la mitad de la carretera, casi sin ver nada. Enfrente tenía una bolsa de grano tirada en el suelo. Oyó cómo se acercaban los camiones, cómo los neumáticos hacían saltar el barro: estaban a doscientos metros escasos, venían deprisa. Cerró los ojos y esperó a que lo vieran. ¿Irían demasiado deprisa para parar a tiempo? Escuchó el chirriar de unos frenos. Abrió los ojos y giró la cabeza. Unos potentes faros lo iluminaban. Levantó los brazos. Los camiones se detuvieron atropelladamente. El parachoques de metal casi toca el rostro del muchacho. Se abrió la puerta de la cabina. Un soldado gritó:

-¿Qué cojones estás haciendo?

-Se me ha roto la bolsa.

-¡Sal de la carretera!

-Mi padre me matará si no lo recojo todo.

-Yo sí que te voy a matar si no te apartas.

El chico no sabía qué hacer. Siguió recogiendo los granos. Escuchó un sonido metálico: ¿era el martillo de una pistola? Como nunca había visto una, no tenía ni idea del sonido que hacían. Le entró

miedo, pero siguió recogiendo los granos y metiéndolos en la bolsa. No iban a dispararle; no era más que el chico que recogía el grano de su padre. Entonces recordó la historia de aquel forastero: estaban matando a los niños. Quizá aquellos hombres también fueran así. Cogió todos los granos que pudo, recogió la bolsa y se fue corriendo a la aldea. Los camiones salieron detrás de él, persiguiéndole, tocando la bocina, haciéndole correr más deprisa. Escuchó sus risas. No había corrido tanto en su vida.

Leo y Raisa estaban escondidos en el único lugar en el que esperaban que los soldados no buscarían: bajo sus camiones. Mientras el niño los distraía, Leo se metió debajo del segundo camión y Raisa debajo del tercero. Como no podían saber cuánto tiempo tendrían que aguantar allí, quizá hasta una hora, Leo envolvió sus manos y las de ella en trozos rasgados de una camisa para mitigar el dolor.

Cuando los camiones se detuvieron, Leo clavó los pies en el eje. Tenía la cara pegada a la parte inferior del camión, que era de madera. En el momento en que los soldados descendieron y saltaron del camión sintió cómo vibraban las tablas. Se miró los pies y vio que uno de ellos se agachaba para atarse los cordones de las botas. Lo único que tenía que hacer era darse la vuelta, y entonces vería a Leo y lo atraparían. Se irguió y salió corriendo hacia las casas. No le había visto. Leo volvió a colocarse de manera que pudiera ver el tercer camión.

Raisa tenía miedo, pero sobre todo estaba enfadada. Era un plan astuto, cierto, y a ella no se le había ocurrido nada mejor. Pero dependía únicamente de su capacidad de aguante. Ella no era un soldado bien entrenado, no había pasado años arrastrándose por trincheras, trepando muros. No tenía la fuerza necesaria de cintura para arriba para hacer algo así. Ya le molestaban los brazos. No le molestaban, le dolían. No podía imaginarse cómo iba a aguantar un minuto más, y menos una hora. Pero se negaba a aceptar que la atrapasen por no ser lo bastante fuerte, que fueran a fracasar porque ella era débil.

Luchaba contra el dolor, lloraba en silencio de frustración. No podía aguantar más, tenía que bajar al suelo y descansar los brazos. De todas formas, aunque descansara, sólo se recuperaría para aguantar otro minuto o dos. Cada vez sería capaz de aguantar menos tiempo, hasta que no pudiera aguantar ya más. Tenía que pensar en ese problema. ¿Qué solución había que no dependiera de la fuerza? Las tiras de la camisa: si no podía aguantar, se ataría, se ataría las muñecas al eje. Eso funcionaría siempre que el camión no se moviera. Aun así tendría que bajar al suelo durante un par de minutos, mientras se ataba. Una vez en el suelo, aunque siguiera debajo del camión, las posibilidades de que la vieran eran mucho mayores. Miró a ambos lados, intentando hacerse a una idea de dónde estaban los soldados. El conductor, o alguien, se había quedado montando guardia en el vehículo. Podía ver sus botas y oler el humo de su cigarrillo. De hecho a ella no le molestaba su presencia. Eso quería decir que no sospechaban que alguien pudiera haberse colado debajo. Lentamente, con cuidado, Raisa bajó las piernas al suelo, intentando no hacer ruido.

Hasta el más leve tropiezo alertaría a aquel hombre de su presencia. Desenrolló las tiras de la camisa y se ató la muñeca izquierda al eje antes de atarse parcialmente la derecha. Tuvo que rematar el nudo con la mano ya atada. En cuanto hubo terminado y asegurado el nudo, satisfecha, estaba a punto de volver a subir cuando escuchó un gruñido. Miró a un lado y se encontró cara a cara con un perro. Leo pudo ver a los perros que tenían sujetos detrás del tercer camión. El hombre que estaba con ellos no había visto a Raisa todavía. Pero los perros sí. Escuchó sus gruñidos: estaban al nivel adecuado para verla. Incapaz de hacer nada, giró la cabeza y vio al niño, el mismo que les había ayudado en la carretera. Fascinado seguro por lo que ocurría, estaba mirando desde el interior de la casa. Leo se dejó caer al suelo para ver mejor. El soldado a cargo de los perros estaba a punto de irse. Pero uno de ellos tiraba de la correa; casi con toda seguridad había visto a Raisa. Leo miró al pequeño. Necesitaba su ayuda otra vez. Señaló a los perros. El niño salió corriendo de la casa. Leo, asombrado por la sangre fría del muchacho,

observò còmo se acercaba a los perros. Casi al instante èstos se dirigieron al chico y empezaron a ladrarle. El soldado dijo:

-Quèdate dentro de tu casa.

El niño alargò la mano, como si quisiera acariciar a uno de los perros. El soldado se riò.

-Te arrancarà el brazo.

El niño retirò la mano. El soldado se llevó a los perros y volvió a ordenar al niño que entrara en la casa. Leo volvió a subir, colocándose plano, contra el suelo del camión. Le debían la vida a aquel chico.

Raisa no tenía ni idea de cuànto tiempo llevaba debajo del camión. Le parecía un tiempo imposible. Oyò còmo los soldados llevaban a cabo la búsqueda: pateaban los muebles, tiraban los cacharros, destrozaban objetos. Escuchò los ladridos de los perros y contemplò las explosiones de luz cuando dispararon las bengalas. Los agentes volvieron a los camiones. Escuchò òrdenes. Empezaron a subir a los perros a la parte trasera del camión. Estaban a punto de marcharse.

Excitada, se dio cuenta de que el plan había funcionado. Entonces se encendió el motor. El eje vibrò. En un par de segundos empezaría a girar. Seguía atada a èl. Debía soltarse. Pero tenía las muñecas atadas y era difícil deshacer los nudos. Sus manos estaban entumecidas, no sentía los dedos. Luchò. El último soldado subió al camión. Los aldeanos empezaron a reunirse alrededor de los camiones. Raisa seguía sin soltarse. Los camiones estaban a punto de salir. Se echò hacia delante e intentò deshacer el nudo con los dientes. Lo consiguió y cayò al suelo, golpeándose la espalda. Los motores silenciaron el ruido. El camión se marchò. Estaba en medio de la carretera. A la luz de la aldea, los soldados que estaban sentados en la parte trasera del camión podrían verla. No podía hacer nada.

Los aldeanos se acercaron, arremolinándose. Mientras el camión se marchaba, dejando a Raisa en el camino, la rodearon. Al mirar hacia atrás, los soldados no vieron nada fuera de lo normal. Raisa estaba oculta entre las piernas de los aldeanos.

Esperò, todavía en la carretera, agachada. Finalmente un hombre le tendió la mano. Estaba a salvo. Se levantò. Leo no estaba. No habría querido arriesgarse a soltarse hasta que los camiones estuvieran en la oscuridad. Supuso que le preocupaba que lo viera el conductor del tercer camión. Quizá esperase hasta la curva. Pero no estaba preocupada. Èl sabía lo que tenía que hacer. Todos esperaron en silencio. Raisa cogió la mano del pequeño, el niño que les había ayudado. Y poco después oyeron a un hombre que corría hacia ellos.

MOSCU

El mismo día.

A pesar de los cientos de soldados y agentes que buscaban a los fugitivos, Vasili estaba convencido de que ninguno de ellos tendría éxito. Aunque el Estado tenía todas las de ganar, perseguían a un hombre que había sido entrenado para evitar ser detectado y sobrevivir en territorio hostil. Había quien creía que alguien había ayudado a Raisa y a Leo, ya fueran unos guardias traidores o alguien que los hubiera esperado en un punto concreto de la vía, alguien que hubiera planeado la fuga. Aquello se contradecía con las confesiones de los prisioneros que viajaban con ellos en el vagòn de Leo. Habían declarado, bajo presión, que habían escapado solos. Eso no era lo que los guardias querían oír: era vergonzoso para ellos. Hasta aquel momento la búsqueda se había centrado en las posibles rutas de acceso a la frontera escandinava, la costa septentrional y el mar Bàltico. Daban por sentado que Leo intentaría pasar a otro país, probablemente en la barca de un pescador. Una vez en Occidente contactaría con alguna figura

importante del gobierno que le ayudaría y acogería de buen grado a cambio de información. Por esa misma razón su captura se consideraba un asunto de la máxima prioridad. Leo tenía la posibilidad de infligir un daño terrible a la Rusia Soviética.

Vasili se negaba a creer que alguien hubiera ayudado a Leo a escapar. Era sencillamente imposible que alguien supiera en qué tren viajarían los prisioneros. El proceso de llevarlos al transporte del gulag había sido apresurado e improvisado. Lo había acelerado, sin respetar el papeleo ni el procedimiento pertinentes. La única persona que podía haberles ayudado a escapar era él. Aquello significaba que cabía la posibilidad, por ridícula que fuera, de que lo culpasen a él. Al fin y al cabo parecía que Leo seguía siendo capaz de arruinarlo.

Hasta aquel momento ninguno de los equipos de búsqueda había encontrado ninguna pista. Ni Leo ni Raisa tenían familiares en aquella zona del país. Estarían solos, vestidos con harapos, sin dinero. La última vez que había hablado con Leo, éste no sabía ni cómo se llamaba. Era evidente que había recuperado el ingenio. Vasili tenía que averiguar adónde se dirigía: esa era la mejor forma de atraparlo, no buscarlo por todo el país de forma aleatoria. Después de haber fracasado en la captura de su propio hermano, al que había denunciado, tenía que atrapar a Leo. No sobreviviría a un nuevo fracaso.

Vasili no creía que Leo tuviera ningún interés en huir al oeste. Preferiría morir a vivir como un traidor. ¿Regresaría a Moscú? Allí vivían sus padres. Pero éstos no podían ayudarle, y morirían si él se plantaba a su puerta. Estaban bajo vigilancia armada. Quizá quisiera vengarse; quizá volviera para matarlo a él. Sopesó esa idea, halagado, pero la rechazó. Nunca le había parecido que el rechazo que Leo sintiera por él fuera algo personal. No sería capaz de arriesgar su vida y la de su mujer por una venganza. Leo tenía una misión y estaba escrita en las páginas de los archivos requisados.

Vasili estudió la pila de documentos acumulados durante los dos últimos meses por Leo y un oficial de la milicia local, a quien había convencido de que le ayudase. Había fotografías de los niños asesinados, declaraciones de testigos. Había documentos de los tribunales sobre los sospechosos condenados. Durante el interrogatorio Leo había dicho que todo había sido una equivocación. Vasili sabía que era mentira. Leo era un creyente y creía aquella fantástica teoría. Pero, ¿qué era lo que creía exactamente? Que un único asesino era el culpable de todos aquellos asesinatos sin sentido; asesinatos cometidos a lo largo de varios kilómetros, en más de treinta lugares distintos. Aparte de lo esperpéntico de la teoría, aquello podía significar que estuvieran en cualquier parte. Vasili no podía limitarse a escoger una de aquellas localizaciones y esperar. Frustrado, volvió a examinar el mapa, marcado con cada supuesto asesinato, numerados cronológicamente.

44.

Vasili señaló aquel número. Cogió el teléfono.

-Póngame con el agente Fiódor Andréyev.

Cuando lo ascendieron, a Vasili le habían asignado un nuevo despacho. Era pequeño, cierto, pero estaba tremendamente orgulloso, como si hubiera conquistado él solo cada metro cuadrado durante una campaña militar. Oyó que llamaban a la puerta. Entró Fiódor Andréyev, que ahora había pasado a ser uno de sus subordinados; un hombre más bien joven, leal, trabajador y no demasiado inteligente. Las virtudes perfectas en un subordinado. Estaba nervioso. Vasili sonrió y le hizo un gesto para que se sentara.

-Gracias por venir. Necesito tu ayuda.

-Por supuesto, señor.

-¿Sabes que Leo Demíдов se ha fugado?

-Sí, señor, me he enterado.

-¿Qué sabes de las causas de su arresto?

-Nada.

-Creíamos que trabajaba para gobiernos occidentales, que recopilaba información..., que era un espía. Pero resulta que no es cierto. Nos equivocamos. Leo no quiso decirnos nada durante el interrogatorio. Ahora, demasiado tarde, he descubierto que estaba trabajando en esto.

Fiódor se levantó y miró el archivo que estaba sobre la mesa. Ya había visto esos documentos. Leo los llevaba pegados al pecho. Empezó a sudar. Se inclinó, como si estuviera viendo esos papeles por primera vez, intentando ocultar su temblor. Pudo ver por el rabillo del ojo que Vasili se había levantado y estaba ahora a su lado, mirando esas páginas, como si estuvieran trabajando juntos, como si fueran socios. Vasili pasó el dedo por el mapa despacio hasta llegar a Moscú. Entonces señaló:

44.

Fiódor se sintió enfermo. Se volvió y se encontró con el rostro de Vasili pegado al suyo.

-Fiódor, sabemos que Leo vino a Moscú recientemente. Ahora creo que no había venido a espiar. Más bien creo que el viaje formaba parte de su investigación. Verás, está convencido de que aquí hubo un asesinato. Aquí asesinaron a tu hijo, ¿verdad?

-No, señor. Murió en un accidente. Un tren lo partió en dos.

-Enviaron a Leo a ocuparse del asunto, ¿no es cierto?

-Sí, pero...

-Y por aquel entonces tú estabas convencido de que había sido un asesinato, ¿me equivoco?

-Por aquel entonces yo estaba muy triste, era muy difícil...

-Así que, cuando Leo volvió a Moscú a investigar, ¿no era tu hijo quien le interesaba?

-No, señor.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Señor?

-¿Cómo sabes si Leo estaba interesado o no?

Vasili se sentó, mirándose las uñas, poniendo cara de sentirse herido.

-Fiódor, está claro que tienes una pésima opinión de mí.

-Eso no es cierto, señor.

-Compréndeme: si Leo tiene razón, si hay un asesino de niños, debemos atraparlo. Quiero ayudar a Leo. Fiódor, yo también tengo hijos. Es mi deber, como padre y como agente, poner fin a esos terribles crímenes. Esto es más importante que cualquier rencilla personal que podamos tener Leo y yo. Si quisiera ver a Leo muerto, no haría nada. Ahora mismo todo el mundo cree que él y su esposa son espías. Los matarán si los encuentran, y me temo que la investigación se perderá. Morirán más niños. Pero si yo tuviera todos los datos, podría convencer a mis superiores para que detengan la cacería. Si no, ¿qué posibilidades de sobrevivir tendrán Leo y Raisa?

-Ninguna.

Vasili asintió satisfecho. Entonces era cierto: Leo estaba convencido de que un solo hombre era el responsable de todas aquellas muertes. Vasili continuó:

--Exactamente. No tienen dinero. Están a cientos de kilómetros de su destino.

-¿Dónde se escaparon?

Ése fue el segundo error de Fiódor. Dejó claro que él también creía que Leo intentaría atrapar al asesino. Lo único que necesitaba saber Vasili era el destino en cuestión. Puso el dedo al este de Moscú,

siguió las líneas férreas y observó cómo los ojos de Fiódor se movían de aquel punto, por el mapa, hacia el sur. Leo iba al sur. Pero Vasili todavía necesitaba el nombre del lugar. Presionó a Fiódor. Dijo:

-La mayor parte de los asesinatos han sucedido en el sur.

-Echando un vistazo a este mapa...

Fiódor se detuvo. Era posible darle una pista a Vasili sin incriminarse. Podían hacer una petición conjunta a sus superiores para que cambiaran de idea respecto a Leo y a Raisa. Fiódor había estado buscando la manera de ayudarles. Eso era: haría que pasaran de ser villanos a héroes. Cuando se encontraron en Moscú, Leo había mencionado que un oficial de la milicia había viajado a Rostov para confirmar que aquella ciudad era el lugar más probable donde podría encontrar al asesino. Fiódor hizo como si examinara los papeles.

-A juzgar por la concentración de crímenes, yo diría que la ciudad es Rostov del Don. Los primeros asesinatos fueron todos en el sur. Debe de vivir allí o cerca de allí.

-¿Rostov?

-¿Cuál cree que será la mejor manera de convencer a nuestros superiores?

-Tengo que comprenderlo todo. Sería un gran riesgo; estaríamos en la cuerda floja. Tenemos que estar seguros. Explícame, ¿por qué crees que el asesino vive en el sur?

Mientras Fiódor examinaba los documentos y hablaba de esto y aquello, Vasili se levantó, rodeó la mesa, sacó su pistola y le apuntó al corazón.

SURESTE DEL "OBLAST" DE ROSTOV

14 de julio.

Leo y Raisa iban en una caja de no más de un metro de alto por dos de ancho: eran un cargamento humano –contrabando- de camino al sur. Después de que los militares acabasen de buscar en el "koljòs", los aldeanos llevaron a Leo y a Raisa en un camión hasta el pueblo más cercano, Riazàn, donde les presentaron a amigos y familiares. En un pequeño apartamento, con un calor sofocante y entre el humo de cigarrillos baratos, ante un público de casi treinta personas, Leo había relatado la historia de su investigación. No hizo falta convencer a nadie de la urgencia de su objetivo, y a nadie le costó creer que la milicia no hubiera podido hacer nada contra el asesino. Ellos nunca recurrían a la milicia para pedirles ayuda ni llevaban sus disputas ante las autoridades. Dependían siempre unos de otros. En este caso sucedía lo mismo, sólo que lo que estaba en juego eran las vidas de un número indeterminado de niños.

Juntos, de manera colectiva, elaboraron un plan para transportarlos al sur. Uno de ellos trabajaba como camionero, llevando cargas entre Moscú y ciudades como Samara o Jàrkov. Jàrkov estaba a unos trescientos kilómetros al norte de Rostov, a medio día de camino en camión. Aunque se decidió que llegar hasta Rostov sería demasiado peligroso, pues el conductor no tenía ningún negocio que hacer allí, estaba dispuesto a llevarlos hasta la cercana ciudad de Shajti. Podía explicar aquella desviación perfectamente, diciendo que iba a visitar a unos familiares. Los mismos familiares que, después de escuchar la historia, casi con toda seguridad estarían dispuestos a ayudar a Leo y a Raisa a ir a la ciudad.

Como mínimo tendrían que pasar un día y medio en aquella caja, apretados en una oscuridad absoluta. El conductor llevaba plátanos, un exótico lujo destinado a los "spetztorgi", las tiendas para los miembros importantes del Partido, aquellas en las que antaño hacían la compra Leo y Raisa. Su caja estaba en la parte trasera del vehículo, debajo de otras cajas que contenían también fruta valiosa. Hacía un calor

seco y el viaje era incòmodo. Cada tres o cuatro horas el conductor paraba, sacaba las cajas que tenian encima y dejaba que estirasen las piernas y se aliviassen en el arcèn.

En la màs absoluta oscuridad, con las piernas cruzadas el uno con el otro, en lados opuestos de la caja, Raisa preguntò:

-¿Te fias de èl?

-¿De quièn?

-Del conductor.

-¿Tù no?

-No lo sè.

-¿Y por què lo preguntas?

-De todos los que escucharon la historia, èl fue el único que no hizo preguntas. No parecía interesarle. Y no le impresionò como a los demás. Me parece que es demasiado indiferente, que no tiene emociones.

-No tenía por què ayudarnos. Y no va a poder traicionarnos y volver con su familia y sus amigos.

-Podría inventarse algo. Que había un control en la carretera. Que no atraparon. Que intentò ayudarnos pero no pudo hacer nada.

-¿Y què sugieres?

-En la próxima parada podrías luchar con èl, atarlo y conducir tù mismo el camión.

-¿Hablas en serio?

-La única forma que tenemos de estar seguros, de estar completamente seguros, es hacernos con el camión. Tendríamos sus papeles. Tendríamos otra vez nuestras vidas en nuestras manos. Así no podemos valernos por nosotros mismos. No sabemos adònde nos lleva.

-Fuiste tù quien me enseñò a confiar en la bondad de los desconocidos.

-Èste no es como los demás. Parece ambicioso. Se pasa el día entero transportando artículos de lujo. Debe de pensar: yo también quiero esto, yo quiero esos tejidos excelentes, esa comida exòtica. Pensarà que somos una oportunidad. Sabe que puede ganar mucho dinero con nosotros. Y sabe el precio que pagarìa si lo cogieran con nosotros.

-Quizà no sea el màs apropiado para decirlo, Raisa, pero està hablando de un hombre inocente, que al parecer està arriesgando la vida por nosotros.

-Lo único que quiero es asegurarme de que llegamos a Rostov.

-¿No es así como empieza todo? Tienes una causa en la que creer, una causa por la que merece la pena morir. Muy pronto se convierte en una causa por la que merece la pena matar. Después se convierte en una causa por la que merece la pena matar a gente inocente.

-No tendríamos que matarlo.

-Sì, porque no podríamos dejarlo atado en el arcèn. Eso sería mucho màs arriesgado. O lo matamos o confiamos en èl. Raisa, así es como todo acaba pudriéndose. Esta gente nos ha dado de comer, nos ha acogido y nos ha transportado. Si les traicionamos, si ejecutamos a uno de sus amigos sòlo por precaución, me convertirìa en el mismo hombre al que odiabas en Moscù.

Aunque no podía verla, supo que estaba sonriendo.

-¿Me estabas poniendo a prueba?

-Sòlo quería hablar de algo.

-¿He pasado la prueba?

-Eso depende de si llegamos a Shajti o no.

Despuès de un rato en silencio Raisa preguntò:

-¿Què pasarà cuando esto acabe?

-No lo sè.

-Te querrán en Occidente. Te protegerán.

-Nunca dejaría este país.

-¿Ni aunque este país te quiera matar?

-Si tú quieres huir, harè todo lo que pueda por conseguirte un barco.

-¿Què haràs? ¿Esconderte en el monte?

-Cuando ese hombre estè muerto, cuando estès a salvo y fuera del país, me entregarè. No quiero vivir en el exilio, con gente que quiera que le proporcione información pero me odie. No quiero vivir como un forastero. No puedo. Eso significaría que todo lo que dijeron de mì en Moscù es cierto.

-¿Y eso es lo màs importante?

Raisa parecía herida. Leo le tocò el brazo.

-Raisa, no te entiendo.

-¿Tan difícil es? Quiero que sigamos juntos.

Leo no dijo nada durante un rato. Por fin respondió:

-No puedo vivir como un traidor. No puedo.

-Està bien. Eso significa que nos quedan unas veinticuatro horas, ¿verdad?

-Lo siento.

-Deberíamos aprovechar el tiempo que nos queda juntos de la mejor manera posible.

-¿Y còmo lo haremos?

-Nos diremos la verdad el uno al otro.

-¿La verdad?

-Seguro que tenemos secretos. Yo sè que los tengo. ¿Tù no? Cosas que nunca me dijiste.

--Sì.

-Entonces empezarè yo. Te escupìa en el tè. Cuando me enterè del arresto de Zoya, estaba segura de que habías sido tú quien la había denunciado. Así que durante una semana te escupì en el tè.

-¿Me escupìas en el tè?

-Durante una semana màs o menos.

-¿Por què paraste?

-No parecía importarte.

-No me di cuenta.

-Exacto. Bueno, es tu turno.

-A decir verdad...

-Èsa es la idea del juego.

-No creo que te casaras conmigo porque me tuvieras miedo. Creo que me buscaste. Diste la impresión de estar asustada. Me diste un nombre falso y yo te busquè. Pero creo que fuiste tú quien me tenía por objetivo.

-¿Crees que soy una espia extranjera?

-A lo mejor conoces a gente que trabaja para agencias occidentales. A lo mejor les ayudas. A lo mejor pensabas en eso cuando te casaste conmigo.

-Eso no es un secreto, es una especulación. Tienes que compartir secretos. Hechos.

-Encontrè un kopek entre tu ropa, podía partirse en dos. Es un ingenio para llevar microfilms. Los agentes los usan. Nadie màs tendrìa uno.

-¿Por què no me denunciaste?

-No pude hacerlo. Sencillamente no pude.

-Leo, no me casè contigo para estar màs cerca del MGB. Ya te dije la verdad: estaba asustada.

-¿Y la moneda?

-La moneda era mía...

Hablaba más bajo, como si estuviera sopesando si continuar o no.

-No la usaba para llevar microfilms. La usaba para llevar pasta de cianuro cuando era una refugiada.

Raisa nunca había hablado de la época posterior a la destrucción de su casa, de los meses itinerantes...; la parte más oscura de su vida. Leo esperaba, repentinamente nervioso.

-Estoy segura de que puedes hacerte a una idea de la clase de cosas que les pasaban a las refugiadas. Los soldados tenían necesidades, arriesgaban sus vidas, les debíamos algo. Nosotras éramos su paga. Después de un tiempo —y pasó varias veces- me dolía tanto que juré que si volvía a pasar, si me parecía que iba a volver a pasar, les restregaría aquella pasta por las encías. Podían matarme, ahorcarme, pero al menos se lo pensarían dos veces antes de volver a hacérselo a otra mujer. De todas formas, se convirtió al momento en mi moneda de la suerte, porque desde que empecé a llevarla conmigo no volví a tener problemas. Quizá los hombres pudieron intuir a una mujer con cianuro en el bolsillo pero, claro, eso no podía curar mis heridas. No había medicinas. Por eso no puedo quedarme embarazada, Leo.

Leo miró en la oscuridad, hacia donde imaginaba que estaría su mujer. Durante la guerra las mujeres habían sido violadas en tiempo de ocupación, y violadas de nuevo por sus libertadores. Como soldado sabía que aquellas actividades estaban reguladas por el Estado, se consideraban parte de la guerra y premios adecuados para los valientes soldados. Algunas habían usado el cianuro para suicidarse cuando no podían soportar aquellos horrores imposibles. Leo imaginaba que la mayoría de los soldados cachearían a las mujeres en busca de una navaja o una pistola, pero una moneda..., eso podía haber pasado inadvertido. Le frotó la palma de la mano. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Disculparse? ¿Decir que lo comprendía? Él había enmarcado aquel recorte de periódico, lo había colgado de la pared, orgulloso, sin darse cuenta de lo que la guerra había significado para ella.

-Leo, tengo otro secreto. Me he enamorado de ti.

-Yo siempre te he querido.

-Eso no es un secreto, Leo. Te llevo tres secretos de ventaja.

Leo la besó:

-Tengo un hermano.

ROSTOV DEL DON

15 de julio

Nadia estaba sola en casa. Su madre y su hermana se habían ido a visitar a su abuela, y aunque al principio Nadia las había acompañado, cuando se dirigían al apartamento de su abuela había fingido que le dolía el estómago y había rogado que le permitieran regresar. Su madre había dicho que sí y ella había vuelto a casa a toda prisa. El plan era sencillo. Abriría la puerta del sótano y descubriría qué era lo que su padre hacía allí encerrado tanto tiempo en un cuarto frío y oscuro. Nunca había estado allí abajo antes, ni una sola vez. Ella lo había rodeado por fuera, tocando los ladrillos húmedos e imaginando cómo debía de ser por dentro. No había ventanas, sólo un agujero de ventilación para la estufa. Tenía estrictamente prohibido entrar allí, estaba fuera de sus límites. Era una norma inquebrantable de la casa.

Aquel día su padre estaba fuera de viaje de negocios. Pero volvería pronto, quizá al día siguiente, y le había oído hablar de reformas en la casa, incluida una nueva puerta para el sótano. No iba a reformar la puerta principal, la que usaba todo el mundo y que servía para mantener el calor. Lo más importante para

èl era la puerta del sótano. Era cierto que era muy endeble, pero eso daba igual. ¿Por qué era tan importante? En un par de días habría instalado una puerta nueva que ella no podría abrir. Si quería colarse, si quería obtener respuestas a todas sus preguntas, tendría que hacerlo ahora. La cerradura no era más que un simple pestillo. Lo había estudiado detenidamente y había intentado meter el cuchillo entre la puerta y el marco para levantar el pestillo. Podía.

Lo levantó y abrió la puerta. Emocionada, asustada, bajó por la escalera. Soltó la puerta y ésta se cerró sola. Tenía algo de luz a su espalda, por debajo de la puerta y a los lados. Aparte de eso la única iluminación provenía del agujero de la ventilación que había más abajo. Adaptó la vista a la penumbra y llegó al final de las escaleras. Empezó a examinar el cuarto secreto de su padre.

Una cama, una estufa, una mesita y un baúl. No había nada misterioso. Decepcionada, empezó a investigar. De la pared colgaba una vieja lámpara y junto a ella había varios recortes de periódicos clavados con chinchetas. Se acercó. Eran todos iguales: la fotografía de un soldado ruso de pie junto a un tanque en llamas. Algunas de ellas estaban recortadas para que no se pudiera ver nada más que el soldado. Era un hombre atractivo. No sabía quién era. No entendía aquel collage. Cogió un plato de metal que había en el suelo, sin duda para los gatos. Se fijó en el baúl, puso las manos encima y lo levantó ligeramente, sólo para ver si estaba cerrado con llave. La tapa de madera era pesada pero no estaba cerrada. ¿Qué habría dentro? La levantó un poquito más. De repente oyó un ruido: la puerta principal.

Oyó pisadas fuertes, demasiado fuertes para ser su madre. Su padre debía de haber vuelto pronto. Cuando se abrió la puerta del sótano entró la luz. ¿Por qué volvía tan pronto? Nadia, asustada, cerró la tapa del baúl, intentando no hacer ruido, mientras escuchaba los pasos de su padre bajando las escaleras. Una vez cerrada, se agachó y se metió debajo de la cama, apretándose en aquel pequeño hueco, mientras miraba el último escalón. Allí estaban sus botas negras, acercándose a ella.

Nadia cerró los ojos, esperando encontrarse el rostro furioso de su padre a pocos centímetros del suyo cuando los abriera. En vez de ello, la cama crujió y se hundió. Estaba sentado encima. Abrió los ojos y se dio cuenta de que tenía que escabullirse. El hueco que había entre la cama y el suelo era ahora más pequeño. Lo vio desatarse los cordones de las botas. No sabía que ella estaba allí. El pestillo debía de haberse cerrado después de que ella entrara. No la había pillado todavía. ¿Qué iba a hacer? Su padre podría pasarse horas allí. Su madre regresaría y se preocuparía al no encontrarla en casa. Quizá pensarán que había desaparecido y empezaran a buscarla. Si lo hacían, podría subir al piso de arriba y contar alguna mentira, decir que había estado en algún sitio. Eso sería lo mejor. Hasta entonces tendría que quedarse donde estaba y no hacer ningún ruido. Su padre se quitó los calcetines y estiró los pies. Se levantó y la cama se elevó. Encendió la lámpara, de la que salía una luz tenue. Se acercó al baúl. Nadia oyó cómo se abría, pero no pudo ver lo que había sacado. Debía de haber dejado la tapa abierta, porque no había escuchado que se cerrase. Ahora estaba sentado en una de las sillas atándose algo alrededor del pie. Era una tira de goma. Parecía estar fabricando una especie de zapato con cuerda y harapos.

Nadia se dio cuenta de que tenía a alguien detrás. Se dio la vuelta y vio a la gata. Ésta también la había visto; tenía la espalda arqueada, el pelo erizado. No debería estar allí. Era lo único que sabía del animal. Asustada, se giró para ver si su padre se había dado cuenta. Él se arrodilló y su cara apareció por el hueco de la cama. Ella no sabía qué decir, no se atrevió a moverse. Él no dijo nada. Se puso de pie y levantó la cama, descubriendo a su hija hecha un ovillo.

-Levántate.

Ella no podía mover ni los brazos ni las piernas. Su cuerpo no respondía.

-Nadia.

Al escuchar su nombre se levantó.

-Aléjate de la pared.

Ella obedeció, se acercò a èl con la cabeza gacha, mirando sus pies, uno desnudo y otro envuelto en harapos. Èl bajò la cama, la volvió a dejar como estaba.

-¿Què haces en el sótano?

-Querìa saber què es lo que haces aquí abajo.

-¿Por què?

-Quiero pasar màs tiempo contigo.

Andrèi pudo sentir de nuevo aquel impulso. Estaban solos en la casa. Ella no debía bajar allí: èl se lo había dicho por su propio bien. Era otra persona diferente. No era su padre. Se apartò de ella hasta tocar la pared, tan lejos de ella como le permitia la habitación.

-¿Papà?

Andrèi se llevó un dedo a los labios.

Contròlate.

Pero no podía. Se quitò las gafas, las plegò y se las guardò en el bolsillo. Cuando la mirò de nuevo no era màs que una silueta borrosa, ya no era su hija. Sòlo era una niña. Indistinta, confusa, aquella forma podría ser la de cualquier niño que quisiera imaginar.

-¿Papà?

Nadia se levantò, se acercò a su padre y le cogió la mano.

-¿No te gusta pasar tiempo conmigo?

Estaba demasiado cerca, aunque no llevara gafas. Podía ver su pelo, su cara. Se pasò la mano por la frente y se volvió a poner las gafas.

-Nadia, tienes una hermana pequeña. ¿Por què no te gusta jugar con ella? Cuando yo tenía tu edad me pasaba todo el tiempo con mi hermano.

-¿Tienes un hermano?

-Sí.

-¿Dònde està?

Andrèi señaló la pared, a las fotos del soldado ruso.

-¿Còmo se llama?

-Pàvel.

-¿Por què no viene a vernos?

-Lo hará.

“OBLAST” DE ROSTOV
OCHO KILOMETROS AL NORTE
DE ROSTOV DEL DON

16 de julio

Estaban sentados en el “elektrichka”, se dirigían a las afueras de la ciudad, cada vez màs cerca de su destino: el centro de Rostov del Don. El conductor del camión no les había traicionado. Los había hecho pasar a través de distintos puntos de control y los había dejado en la ciudad de Shajti, donde había pasado la noche en casa de la suegra del conductor, una mujer llamada Sarra Karlovna, y su familia. Sarra, de cincuenta y tantos años, vivía con algunos de sus hijos, entre ellos una chica que estaba casada y tenía tres

hijos. Los padres de Sarra también vivían en aquel apartamento. En total había once personas en tres dormitorios; uno por cada generación. Por tercera vez Leo relató la historia de su investigación. Al contrario que en los pueblos del norte, ellos ya habían oído hablar de aquellos crímenes: los asesinatos de los niños. Según Sarra, había poca gente en aquel “oblast” que no hubiera escuchado los rumores. A pesar de ello, no conocían los datos. Al escuchar la cifra aproximada de muertes, todos se quedaron en silencio.

No se planteó la duda de si estaban dispuestos a ayudar: toda la familia se había puesto a planear cosas inmediatamente. Leo y Raisa decidieron esperar al anochecer antes de viajar a la ciudad, porque por la noche había menos gente en la fábrica. También era más probable que el asesino estuviera en casa. Asimismo se había decidido que debían viajar solos. Por ese motivo, ahora los acompañaban tres niños y dos enérgicos abuelos. Leo y Raisa interpretaban el papel de padre y madre, mientras que los progenitores reales se habían quedado en Shajti. Fingir que eran una familia era una medida de precaución. Si la búsqueda había llegado hasta Rostov, si el Estado había adivinado que su objetivo no era abandonar el país, estarían buscando a un hombre y una mujer que viajaban juntos. Les había resultado imposible cambiar su aspecto de manera determinante. Se habían cortado el pelo, les habían dado ropa nueva. Aun así, sin aquella familia junto a ellos sería fácil detectarlos. Raisa no estaba muy convencida de tener que valerse de los niños, le preocupaba que fuera un peligro para ellos. Se había decidido que, de haber cualquier problema, si los atrapaban, los abuelos asegurarían que Leo los había amenazado y que temían por sus vidas si no les ayudaban.

El tren se detuvo. Leo miró por la ventana. En la estación había mucha gente: vio a varios agentes de uniforme, patrullando por el andén. Los siete se bajaron del tren. Raisa llevaba al más pequeño de los niños. A los tres les habían indicado que debían portarse mal. El mayor de los chicos entendía aquel disfraz y actuaba en consecuencia, pero el más pequeño estaba confuso y no hacía otra cosa que mirar a Raisa, mordiendo el labio, preocupado por el peligro y deseando estar en casa. Sólo un agente sumamente observador sospecharía que aquella familia era un fraude.

Había guardias en el andén y en el vestíbulo, demasiados para un día normal en una estación normal. Buscaban a alguien. Aunque Leo intentó tranquilizarse pensando que había mucha gente a la que perseguían y arrestaban, su instinto le decía que era a ellos a quien buscaban. La salida estaba a cincuenta pasos. Debía concentrarse en eso. Ya casi habían llegado.

Dos agentes armados se plantaron frente a ellos.

-¿De dónde vienen y a dónde van?

Por un instante, Raisa no pudo hablar. Las palabras se evaporaron. Para no dar la impresión de que se había quedado petrificada, se pasó el niño al otro brazo y se rió.

-¡Cuánto pesan!

Leo se entrometió.

-Venimos de visitar a su hermana. Vive en Shajti. Se va a casar.

La abuela añadió:

-Con un borracho. Yo no lo apruebo. Le dije que no lo hiciera.

Leo sonrió y miró a la abuela.

-¿Quieres que se case con un hombre que sólo beba agua?

-Eso sería mejor.

El abuelo asintió y dijo:

-No me importa que beba, pero, ¿por qué es tan feo?

Los dos abuelos se rieron. Los agentes, no. Uno de ellos miró al niño.

-¿Cómo se llama?

La pregunta se la había hecho a Raisa. De nuevo se le quedó la mente en blanco. No lo recordaba. No le venía nada. Dijo un nombre al azar.

-Aleksandr.

El niño negó con la cabeza.

-Me llamo Ivàn.

Raisa riò.

-Me gusta meterme con èl. Siempre mezclo los nombres de los hermanos, les vuelve locos. Este jovencito que llevo aquí se llama Ivàn. Èse es Mijail.

Aquèl era el nombre del mediano. Raisa recordó entonces que el mayor se llamaba Aleksei. Pero para que creyeran la mentira, tendría que fingir que su nombre era Aleksandr.

-Y el mayor se llama Aleksandr.

El niño abrió la boca para contradecirla, pero el abuelo se dio cuenta y le pasó la mano por la cabeza en señal de afecto. Molesto, el niño se apartò.

-No hagas eso, ya no soy un niño.

Raisa se esforzó en no dejar que se notara su alivio. Los agentes se apartaron de su camino, y ella condujo a su falsa familia al exterior de la estación.

En cuanto perdieron de vista la estación, se despidieron de la familia. Leo y Raisa subieron a un taxi. Ya habían transferido a la familia de Sarra todos los detalles de la investigación. Si por cualquier razón fracasaran, si los asesinatos continuaban, la familia heredaría el caso. Organizarían a otros para intentar encontrar a aquel hombre, asegurándose de que si un grupo fracasaba, habría otros dispuesto a ocupar su lugar. No podían permitir que sobreviviera. Leo se daba cuenta de que aquello era un linchamiento: no había tribunal ni pruebas ni juicio. Era un ejecución basada en las sospechas y en las pruebas circunstanciales. Se daba cuenta de que, en su intento por conseguir que se hiciera justicia, estaban imitando al mismo sistema contra el que se rebelaban.

Ni Leo ni Raisa abrieron la boca mientras iban en el taxi, un Volga casi seguro fabricado en Voualsk. No les hacía falta. El plan estaba en marcha. Leo iba a entrar en la fàbrica Rostelmash y llegar hasta los archivos de los empleados. No sabía cómo hacerlo exactamente. Improvisaría. Raisa se quedaría en el taxi, convenciendo al taxista de que todo iba bien si le entraban sospechas. Ya le habían pagado por adelantado y de manera generosa, para que estuviera tranquilo y fuera obediente. En cuanto Leo hubiese encontrado el nombre del asesino y la dirección, necesitarían que el conductor les llevara hasta su casa. Si no estaba allí, si estaba de viaje, intentarían averiguar cuándo iba a volver. Regresarían a Shajti, se quedarían con la familia de Sarra y esperarían.

El taxi se detuvo. Raisa cogió la mano de Leo. Estaba nervioso, su voz no era más que un susurro.

-Si no vuelvo en una hora...

-Lo sè.

Leo salió y cerrò la puerta.

Había guardias en la verja de entrada, aunque no parecía que estuvieran especialmente alerta. A juzgar por la falta de seguridad, Leo estaba casi seguro de que en el MGB nadie había adivinado que aquella fàbrica de tractores era su destino. Era posible que hubieran reducido el número de guardias de la puerta para que entrara, para que no se asustara, pero lo dudaba. Quizá habían llegado a la conclusión de que se dirigía a Rostov, pero no podían saber exactamente adònde. Rodeò la fàbrica y descubrió un punto en el que la valla estaba oculta tras un edificio de ladrillo. Trepò por ella evitando el alambre de espino y bajò por el otro lado. Estaba dentro.

La fàbrica tenía una cadena de montaje que funcionaba las veinticuatro horas del día. Había trabajadores de aquel turno pero en general no había mucha gente. El terreno era muy extenso. Allí debían

de trabajar varios miles de personas. Leo pensó que alrededor de diez mil: contables, limpiadores, encargados de envíos, y los que trabajaban en las cadenas de montaje. Además, sumando los trabajadores del turno de día y los del turno de noche, dudaba que alguien se diera cuenta de que no pertenecía a la empresa. Caminò tranquilamente con aire confiado, como si aquèl fuera su sitio, abriéndose camino para llegar al mayor de los edificios. Dos hombres salieron por la puerta, fumando, en dirección a la verja de entrada. Quizá hubieran terminado su turno de noche. Lo vieron y se detuvieron. Leo, que no podía ignorarlos, se acercò a ellos.

-Soy un "tolchak" de la fàbrica de coches Volga en Voualsk. Debía haber llegado mucho antes, pero mi tren se ha retrasado. ¿Dònde està el edificio de administración?

-No hay un edificio sòlo para eso. La oficina principal està dentro, en uno de los pisos de arriba. Te llevarè hasta ella.

-Seguro que sabrè llegar.

-No tengo ninguna prisa en volver a casa. Te llevo.

Leo sonriò. No podía negarse. Aquellos hombres se despidieron uno del otro, y Leo siguió a su acompañante no deseado hasta la planta de montaje.

Al entrar, Leo se quedó anonadado. El inmenso tamaño, el techo alto, el ruido de la maquinaria; todo creaba una sensación de asombro que normalmente se reservaban las instituciones religiosas pero, claro, aquèlla era la nueva iglesia, la catedral del pueblo, y había que venerarla casi tanto como a las màquinas que la producía. Leo y aquel hombre caminaban el uno junto al otro charlando. De repente Leo se alegrò de que le acompañara; de esa manera nadie se extrañaría de su presencia. De todas formas seguía preguntándose còmo podría librarse de èl.

Subieron por las escaleras del piso principal de la fàbrica hasta el departamento de administración. El hombre dijo:

-No sè cuànta gente habrá. Normalmente no trabajan por las noches.

Leo seguía sin saber muy bien què hacer. ¿Podría abrirse paso con mentiras? No parecía probable, teniendo en cuenta la importancia de la información que necesitaba. No se la iban a dar, por muchos pretextos que se le ocurrieran. De haber tenido todavía su carnè de la Seguridad del Estado, habría sido mucho màs fácil.

Doblaron una esquina. El pasillo que llevaba hasta la oficina daba a la fàbrica. Hiciera lo que hiciera, los obreros podrían verlo desde abajo. Aquel hombre llamò a la puerta. Ahora todo dependía de cuànta gente hubiera dentro. La abrió un hombre mayor, un contable quizá, vestido con traje, de piel amarillenta y expresión amarga.

-¿Què quiere?

Leo mirò por encima del hombro de aquel contable. La oficina estaba vacía.

Se dio la vuelta y golpeò a su acompañante en el estòmagu, obligándole a agacharse. Antes de que el contable tuviera tiempo de reaccionar, Leo le rodeò el cuello con las manos.

-Haga lo que le digo y vivirà, ¿entiende?

Èl asintió. Leo le soltò lentamente el cuello.

-Cierre las persianas. Y quítese la corbata.

Leo tirò del màs joven, que seguía retorciéndose afuera. Cerrò la puerta tras èl y echò el pestillo. El contable se quitò la corbata y se la tirò a Leo antes de acercarse a las ventanas y echar las persianas, para que nadie los viera desde la fàbrica. No creía que tuvieran armas ni alarmas, no había nada que robar. Una vez echadas las persianas, el hombre mirò a Leo.

-¿Què es lo que quiere?

-El historial de empleados.

Asombrado pero obediente, abrió el archivador. Leo se acercò y se quedó a su lado.

-Quèdese aquí, no se mueva y ponga las manos encima del archivador.

Había miles y miles de archivos, documentación abundante, no sòlo de empleados actuales, sino de los que ya no trabajaban allí. Supuestamente, los “tolchaks” no existían, porque ello implicaba algún fallo en la distribución y la producción. Era poco probable que estuvieran clasificados por ese nombre.

-¿Dònde están los archivos de los “tolchaks”?

Aquel hombre abrió un cajòn y sacò un grueso archivo. En la etiqueta decía INVESTIGADORES para disimular. Leo pudo ver que había al menos cinco “tolchaks” a sueldo de la empresa. Nervioso –toda la investigación dependía de aquellos papeles- comprobò el historial de aquellos hombres. ¿Adònde los habían enviado y cuàndo? Si las fechas se correspondían con los asesinatos, habría encontrado al asesino, al menos eso pensaba. Si se acercaba lo suficiente, iría a ver a aquel hombre y se enfrentaría a èl. Estaba seguro de que cuando se encontrara cara a cara con èl y lo acusara del crimen, el asesino se vendría abajo. Recorrió la lista con el dedo y comparò las fechas y los lugares con los que tenía en la memoria. La primera lista no encajaba. Leo hizo una pausa, dudando de su propia capacidad para recordar. Pero las tres fechas que no podía haber olvidado eran los tres asesinatos de Voualsk y de Moscù. Aquel “tolchak” nunca había estado allí ni en ninguno de los puntos por los que pasaba el Transiberiano. Leo abrió el segundo archivo, ignorando los datos personales y pasando directamente al registro de empleo. Aquella persona había empezado a trabajar allí el mes anterior. Leo dejó la ficha a un lado y abrió el tercer archivo. No encajaba. Sòlo quedaban otros dos. Hojeò el cuarto.

Volualsk, Molotov, Viatka, Gorki: una hilera de ciudades que seguían la línea de tren en dirección a Moscù. Al sur de la capital estaban las ciudades de Tula y Orel. Ya en Ucrania, Leo vio las ciudades de Jàrkov y Gòrlovka, Zaporoshi y Kraamatorsk. En todas ellas se habían producido asesinatos. Cerrò el archivo. Antes de estudiar los detalles quería ver el quinto. Casi sin poder concentrarse, recorrió la lista con el dedo. Había algunas referencias que encajaban, pero no todas. Volvió al cuarto archivo. Mirò la primera página y se quedó mirando la pequeña fotografía en blanco y negro de aquel hombre.

El mismo día.

Vasili estaba sentado en la cama, fumando y tirando la ceniza sobre la moqueta, bebiendo directamente de la botella. No se hacía ilusiones: si no entregaba a sus superiores a los fugitivos Leo y Raisa, lo màs probable era que se enfadaran por la muerte de Fiòdor Andrèyev. Èse había sido el trato alcanzado antes de salir de Moscù. Sòlo creerían la historia que les había contado –que Fiòdor trabajaba para Leo, que, al ser descubierto, había intentado atacarle-, si les entregaba a Leo. El MGB estaba haciendo el ridículo al no poder capturar a aquel matrimonio desarmado y sin dinero, que parecía haberse desvanecido. Si Vasili podía atraparlos estarían dispuestos a perdonarle cualquier cosa. Los oficiales pensaban ya que Leo estaría en el extranjero, en garras de diplomáticos occidentales. Habían informado a los agentes que tenían fuera de sus fronteras. En las embajadas de todo el mundo habían recibido fotografías de Leo y de su esposa. Se estaban trazando planes para asesinarlos. Si Vasili podía ahorrarles la molestia que suponía llevar a cabo una cacería internacional, cara y complicada desde el punto de vista diplomático, su historial quedaría completamente limpio.

Tirò la colilla al suelo y mirò un instante còmo ardía antes de pisarla con el talòn. Se habían puesto en contacto con la Seguridad del Estado de Rostov, una autèntica chusma. Les había dado fotografías. Les había dicho a los agentes que debían tener presente que Leo podía haberse dejado barba, o haberse

cortado el pelo. Quizà no viajaran juntos. Quizà se hubieran separado. Uno de ellos podía estar muerto. O quizà viajaran en grupo, con ayuda de otros. Los agentes no debían de prestar mucha atención a los papeles, pues Leo sabìa falsificarlos. Debían arrestar a cualquiera que considerasen remotamente sospechoso. Vasili sería quien tendría la última palabra a la hora de soltarlos o no. Con treinta hombres en total, desplegarìa una serie de puntos de control y búsquedas aleatorias. Había dado orden de que todos los agentes informaran de cualquier incidente por trivial que fuera para poder comprobarlo èl mismo. Los informes le llegaban constantemente.

Hasta el momento no tenía nada. ¿Acaso lo iba a humillar Leo de nuevo? Quizà aquel idiota de Fiòdor se había equivocado. Quizà Leo se dirigía hacia un lugar totalmente distinto. De ser así, Vasili sería hombre muerto.

Alguien llamò a la puerta.

-Adelante.

Un agente, con la cara roja, apareció con una hoja de papel. Vasili le hizo un gesto para que se lo diera.

Fàbrica de Rostelmash. Sección administrativa.

Dos hombres han sido atacados.

Se han llevado documentos del departamento de personal.

Vasili se levantò.

-Està aquí.

El mismo día.

Estaban el uno junto a la otra, a cincuenta pasos de la puerta principal. Leo mirò a su mujer. Ella no se dio cuenta de la locura que poseìa a su marido. Èl se sentía mareado: como si hubiera tomado un narcótico. Había pensado que, de alguna forma, aquella sensación desaparecerìa y volverìa a la normalidad, que habría otra explicación y que èsa no sería la casa de su hermano pequeño.

Andrèi Trofimovich Sidòrov.

Pero èse era el nombre de su hermano.

Pàvel Trofimovich Sidòrov.

Y èse había sido el suyo, hasta que cambiò de identidad, como un reptil muda de piel. La pequeña foto del archivo había confirmado que se trataba de Andrèi. Los rasgos eran los mismos: una expresión de despiste. Las gafas eran nuevas. Pero por eso era tan torpe de pequeño, era miope. Su hermano pequeño, patoso y tímido: el asesino de al menos cuarenta y cuatro niños. No tenía ningún sentido, y al mismo tiempo encajaba perfectamente: la cuerda, la corteza, la caza. Leo se vio obligado a concentrarse en todos los recuerdos que había decidido borrar. Recordó còmo le había enseñado a su hermano a hacer una trampa con la cuerda, a mascar la corteza para soportar el hambre. ¿Se habían convertido aquellas enseñanzas en el origen de un frenesì psicótico? ¿Còmo es que no había ocurrido antes? No, era ridículo

esperar que lo hiciera. Muchos niños habían aprendido cosas semejantes, habían aprendido a cazar. Al ver a las víctimas, no se había fijado demasiado en los detalles. ¿O sí? ¿Había escogido èl aquel camino, o lo había escogido el camino a èl? ¿Había sido èsa la razón por la que se había obsesionado con la investigación, cuando lo màs seguro era mirar para otro lado? De forma inconsciente, aquello lo había atrapado, lo había arrastrado como el agua que se arremolina en un desagüe. Todo aquel tiempo, además de los asesinatos, había estado investigando su propio pasado, dejándose arrastrar hasta llegar a enfrentarse con un hermano al que había intentado evitar.

Cuando vio el nombre de Andrèi impreso sobre el papel, Leo tuvo que sentarse, mirar el archivo para comprobar las fechas, verificándolas una y otra vez. Se había quedado conmocionado, sin percatarse de los peligros que lo rodeaban. No recuperò la conciencia hasta que vio al contable acercándose de puntillas al teléfono. Había atado a aquel hombre a una silla, había cortado el cable del teléfono y había encerrado a los dos hombres en la oficina, amordazados. Tenía que escapar. Tenía que espabilar. Pero cuando salió al pasillo no era capaz de andar erguido, se tambaleaba de un lado a otro. Una vez fuera, todavía confuso, completamente perdido, había caminado de forma instintiva hasta la verja de entrada, hasta que fue demasiado tarde para darse cuenta de que era mucho màs seguro salir por donde había entrado. Pero no podía cambiar de dirección. Los guardias le habían visto venir. Tenía que pasar frente a ellos. Empezó a sudar. Le dejaron ir sin problemas. Una vez en el taxi, le dio la dirección al conductor; le dijo que se diera prisa. Temblaba; le temblaban las piernas, los brazos, no podía parar. Mirò a Raisa mientras èsta examinaba el archivo. Ella conocía ya la historia de su hermano: conocía su nombre, pero no su apellido. Observò su reacción mientras leía los documentos. No lo había deducido, no se había dado cuenta. ¿Còmo iba a hacerlo? No había sido capaz de decírselo.

Ese hombre es mi hermano.

No había manera de saber cuánta gente habría en casa de su hermano. Los demás ocupantes eran un problema. Casi con toda seguridad, desconocerían la verdadera naturaleza de aquel hombre, aquel asesino. No sabrían nada de sus crímenes; seguramente por eso mataba lejos de casa. Su hermano pequeño se había creado una segunda personalidad, tenía una vida en casa y una vida como asesino, exactamente igual que èl, que había partido su vida en dos, el niño que había sido y el niño en que se había convertido. La pregunta era còmo iban a evitar a los demás habitantes de la casa. Ni èl ni Raisa tenían armas de fuego. Raisa percibió sus dudas y preguntò:

-¿Què es lo que te preocupa?

-Los demás habitantes de la casa.

-Ya has visto su cara. Hemos visto la foto. Puedes colarte y matarlo mientras duerme.

-No puedo hacer eso.

-Leo, es lo que se merece.

-Tengo que estar seguro, tengo que hablar con èl.

-Lo negarà. Cuanto màs hables con èl, màs difícil serà.

-Puede ser. Pero no lo matarè mientras duerme.

Sarra les había dado un cuchillo. Leo se lo ofreció a Raisa.

-No lo voy a necesitar.

Raisa no quiso cogerlo.

-Leo, ese hombre ha matado a màs de cuarenta niños.

-Y lo matarè por ello.

-¿Y qué pasa si se defiende? Debe de tener un cuchillo. Quizá incluso tenga una pistola. Puede que sea fuerte.

-No es un luchador. Es torpe, tímido.

-Leo, ¿cómo lo sabes? Coge el cuchillo. ¿Cómo vas a matarlo con las manos?

Leo le dio el cuchillo y le cerró la mano sobre la empuñadura.

-Te olvidas de que me entrenaron para esto. Confía en mí.

Era la primera vez que se lo pedía.

-Confío en ti.

No tenían futuro, ni esperanzas de escapar, de seguir juntos después de todo aquello. Raisa se dio cuenta de que una parte de ella no quería que ese hombre estuviera en casa, quería que estuviera de viaje. Entonces tendrían una razón para estar juntos, para evitar ser capturados un par de días más, antes de volver y terminar su trabajo. ¿Cuántas personas habían arriesgado sus vidas para que ellos pudieran estar allí? Besó a Leo, deseando que lo consiguiera, que matara a aquel hombre.

Leo se acercó a la casa dejando a Raisa escondida. Ya habían elaborado un plan. Ella debía permanecer lejos de la casa, observando y esperando. Si aquel hombre intentaba escapar, ella lo interceptaría. Si había algún problema, si por cualquier motivo Leo fallaba, ella lo intentaría por su cuenta.

Leo llegó a la puerta. Dentro había una luz tenue. ¿Significaba eso que había alguien despierto? Empujó la puerta, dubitativo, y ésta se abrió. Se encontró en la cocina: una mesa, una estufa. La luz provenía de una lámpara de aceite. Una llama bailaba dentro de un vidrio lleno de hollín. Entró en la casa y caminó por la cocina hasta la habitación contigua. Para su sorpresa, sólo había dos camas. En una de ellas dormían juntas dos niñas. Su madre dormía en la otra. Estaba sola: Andrèi no estaba por ninguna parte. ¿Era aquella la familia de su hermano? De ser así, ¿era entonces su familia también? ¿Era aquella su cuñada? ¿Y sus sobrinas? No, quizá hubiera otra familia en el piso de abajo. Se dio la vuelta. Una gata lo miraba, dos fríos ojos verdes. Era blanca y negra. Aunque estaba mejor alimentada que el gato del bosque, el gato que habían cazado y matado, era del mismo color, la misma raza. Leo se sintió como en un sueño, rodeado de fragmentos del pasado. La gata se coló por otra puerta y bajó las escaleras. Leo la siguió.

La estrecha escalera llevaba a un sótano mal iluminado. La gata bajó por las escaleras y desapareció. Desde el primer escalón no se veía nada. Lo único que pudo ver era el borde de otra cama. Estaba vacía. ¿Era posible que Andrèi no estuviera en casa? Leo bajó las escaleras intentando no hacer ruido.

Al llegar abajo, miró tras de sí. Había un hombre sentado a una mesa. Llevaba unas gruesas gafas cuadradas y una camisa blanca y limpia. Alzó la vista. Andrèi no parecía sorprendido. Se levantó. Desde donde estaba, Leo pudo ver la pared que había detrás de su hermano. Había un collage de recortes de periódico que parecía nacer de su cabeza, pegados con cinta adhesiva, la misma foto una y otra vez. Su foto: Leo, de pie, con gesto triunfal, junto al tanque alemán en llamas, el héroe de la Unión Soviética, el chico del cartel triunfal.

-Pàvel, ¿por qué has tardado tanto?

Su hermano señaló el asiento vacío que tenía enfrente.

Leo se limitó a obedecer. Se daba cuenta de que ya no controlaba la situación. Andrèi no se sentía alarmado ni desprevenido, no balbucía ni intentaba escapar. Parecía preparado para enfrentarse a él. Leo, al contrario, estaba desorientado, confuso: le resultaba difícil no seguir las órdenes de su hermano: reunidos después de veinte años. Andrèi preguntó:

-¿Supiste que era yo desde el principio?

-¿El principio?

-Desde que encontraste el primer cuerpo.

-No.

-¿Qué cuerpo encontraste primero?

-Larisa Petrova, Voualsk.

-Una chica joven, la recuerdo.

-¿Y Arkadi, en Moscú?

-En Moscú hubo varios.

Varios. Usò esa palabra como si fuera lo màs normal. Si había habido varios, entonces los habían encubierto todos.

-Arkadi fue asesinado en febrero de este año, en las vías del tren.

-¿Un niño pequeño?

-Tenìa cuatro años.

-Yo también lo recuerdo. Ambos son recientes. Por aquel entonces ya había perfeccionado mi método. Pero aun así, ¿seguías sin saber que era yo? Los primeros no me salieron tan bien. Estaba nervioso. No podía ser demasiado evidente. Tenía que ser algo que sòlo reconocieras tù. No podía escribir mi nombre. Me estaba comunicando contigo, sòlo contigo.

-¿De qué estàs hablando?

-Hermano, nunca creì que hubieras muerto. Siempre supe que estabas vivo. Y sòlo tenía un deseo, una ambición...: recuperarte.

¿Era ira lo que escuchaba en la voz de Andrèi? ¿Era cariño? ¿O una mezcla de ambas cosas? ¿Cuàl había sido su deseo, volver a verlo o vengarse de èl? Su sonrisa era càlida –amplia y sincera-, como si acabara de ganar a las cartas.

-Tu estúpido y torpe hermano pequeño tenía razón en una cosa. Tenía razón en cuanto a ti. Intentè decirle a nuestra madre que estabas vivo. Pero no me hacìa caso. Estaba segura de que alguien te había atrapado y te había matado. Le dije que no era verdad, le dije que te escaparías con nuestra presa. Le prometì que te encontrarìa y que cuando lo hiciera, no estaría enfadado, te perdonarìa. Ella no me escuchaba. Se volvió loca. Olvidaba quièn era yo y me llamaba como si fuera tù. Me llamaba Pàvel y me pedìa que la ayudase, como hacías tù. Yo me hacìa pasar por ti, era màs fácil, eso la hacìa feliz, pero en cuanto cometìa algún error, ella se daba cuenta de que no era tù. Se enfadaba, me pegaba una y otra vez hasta que se le pasaba. Y entonces se echaba a llorar por ti de nuevo. Nunca dejaba de llorar por ti. Todo el mundo tiene una razón para vivir. Tù eras la suya. Pero también eras la mìa. La única diferencia era que yo sabìa que tù estabas vivo.

Leo escuchaba como un niño escucharìa a un adulto que le explicara còmo funcionaba el mundo, en un silencio absoluto. No podía levantar las manos, ponerse de pie; no podía hacer nada que interrumpiese a su hermano. Andrèi prosiguió:

-Mientras nuestra madre se venìa abajo, yo cuidè de mì mismo. Afortunadamente el invierno se estaba acabando, y las cosas fueron mejorando poco a poco. Sòlo sobrevivieron diez personas de nuestro pueblo, once si te contamos a ti. Los demás pueblos estaban completamente muertos. Cuando llegó la primavera y la nieve destapò el olor, había pueblos enteros pudriéndose y apestando. Uno no podía ni acercarse. Pero en invierno eran tranquilos y apacibles, totalmente silenciosos. Y durante aquel tiempo, yo salìa a cazar al bosque, todas las noches, solo. Seguía las huellas. Te buscaba, gritaba tu nombre, gritaba entre los àrboles. Pero no volviste.

Como si su cerebro empezara a asimilar lentamente aquellas palabras, partiéndolas en trozos, Leo preguntò, dubitativo:

-¿Mataste a aquellos niños porque pensabas que te había abandonado?

-Los matè para que me encontraras. Los matè para que vinieras a casa. Los matè para comunicarme contigo. ¿Quièn màs podría entender las pistas de nuestra niñez? Sabìa que te llevarian hasta mì, igual que supiste seguir las huellas en la nieve. Eres un cazador, Pàvel, el mejor cazador del mundo. No sabìa si estabas en la milicia o no. Cuando vi aquella foto tuya, hablè con la redacci3n del "Pravda". Les pedí tu nombre. Les contè que nos habían separado y que pensaba que tu nombre era Pàvel. Me dijeron que no te llamabas así, y que los detalles sobre ti estaban clasificados. Les supliqué que me dijeran en què divisi3n luchabas. No quisieron decirme ni siquiera eso. Yo también fui soldado. No como tÙ, no era un héroe, no pertenecía a la èlite. Pero al menos sabìa que debías estar en una fuerz especial. Por el secreto que rodeaba tu nombre, supe que era muy probable que estuvieras en el ejèrcito o en la Seguridad del Estado, o en el Gobierno. Sabìa que serías alguien importante, no podías ser otra cosa. Tendrías acceso a la informaci3n de estos asesinatos. Por supuesto, eso no era impensable. Si mataba a muchos niños en muchos lugares estaba seguro de que te cruzarías en mi obra, cualquiera que fuera tu trabajo. Estaba seguro de que te darías cuenta de que era yo.

Leo se ech3 a delante. Su hermano parecía una persona educada, razonaba de manera inteligente. Pregunt3:

-Hermano, ¿què te pas3?

-¿Despuès de vivir en el pueblo, quieres decir? Lo mismo que le pas3 a todo el mundo: me reclutaron para el ejèrcito. Perdí mis gafas en combate y acabè cayendo en manos de los alemanes. Me atraparon. Me rendí. Al volver a Rusia, despuès de haber sido prisionero de guerra, me arrestaron, me interrogaron, me pegaron. Me amenazaron con enviarme a prisi3n. Les dije que no podía ser un traidor, porque apenas podía ver. Durante seis meses no tuve gafas. El mundo era borroso màs allà de mi nariz. Y todos los niños que veía se convertían en ti. Deberían haberme ejecutado. Pero los guardias se reían de mì cuando chocaba con los objetos. Tropezaba todo el rato, como cuando era niño. Sobreviví. Era demasiado torpe y estúpido como para ser un espía alemán. Me insultaron, me pegaron y me dejaron marchar. Regresè aquí. Incluso aquí me odiaban y me llamaban traidor. Pero eso no me importaba. Te tenía a ti. Me concentrè en una única tarea: traerte de vuelta a casa.

-¿Y empezaste a matar?

-Empecè por esta zona. Pero despuès de seis mese, pensè que podías estar en cualquier parte del país. Por eso conseguí trabajo de "tolchak", para poder viajar. Necesitaba dejar un rastro por todo el país, señaes que tÙ pudieras encontrar.

-¿Señaes? Eran niños. Los hijos y las hijas de otras personas.

-Al principio mataba animales, los atrapaba como atrapamos aquel gato. Pero no funcion3. Nadie prestaba atenci3n. A nadie le importaba. Nadie se daba cuenta. Un día me crucè con un niño en el bosque. Me pregunt3 què estaba haciendo. Le dije que estaba preparando un cebo. Aquel niño tenía la edad que tÙ tenías cuando te fuiste. Y entonces me di cuenta de que aquel niño sería mucho mejor cebo. A la gente le llamaría la atenci3n un niño muerto. TÙ entenderías su significado. ¿Por què crees que mataba tantos niños en invierno? Para que pudieras seguir mis huellas en la nieve. ¿No seguiste mis huellas en el bosque, como seguiste las del gato?

Leo escuchaba la suave voz de su hermano como si fuera una lengua extranjera que apenas podía entender.

-Andrèi, tienes una familia. He visto a tus hijas, arriba, son niñas, como los que tÙ has matado. Tienes dos hijas preciosas. ¿No entiendes que lo que hiciste està mal?

-Era necesario.

-No.

Andrèi golpe3 la mesa con el puño, furioso.

-¡No me hables en ese tono! ¡No tienes derecho a enfadarte! ¡Nunca te preocupaste por mí! ¡Nunca regresaste! ¡Sabías que estaba vivo y nunca te importó! ¡Olvidemos al estúpido y torpe Andréi! ¡No significa nada para ti! ¡Me dejaste tirado, con una puta madre loca y un pueblo lleno de cadáveres putrefactos! ¡No tienes derecho a juzgarme!

Leo se quedó mirando la cara de su hermano, retorcida de ira, repentinamente transformada. ¿Era aquél rostro el que veían los niños antes de morir? ¿Qué habría tenido que vivir su hermano? ¿Qué horrores indecibles? Pero ya no era tiempo de compasión ni de comprensión. Andréi se limpió el sudor de la frente.

-Era la única manera de que me encontrases, la única forma de llamar tu atención. Podías haberme buscado. Pero no lo hiciste. Me borraste de tu vida. Me sacaste de tu cabeza. El momento más feliz de mi vida fue cuando atrapamos aquel gato, juntos, como un equipo. Cuando estábamos juntos, nunca me pareció que el mundo fuera injusto, aunque no tuviéramos comida, aunque hiciera un frío terrible. Pero entonces te marchaste.

-Andréi, yo no te abandoné. Me llevaron. Un hombre me golpeó la cabeza en el bosque. Me metió en un saco y me llevó. Yo nunca te habría abandonado.

Andréi negó con la cabeza.

-Eso es lo que dijo nuestra madre. Pero es mentira. Me traicionaste.

-Estuve a punto de morir. Aquel hombre iba a matarme. Querían convertirme en comida para su hijo. Pero cuando llegamos a la casa, su hijo ya había muerto. Estaba conmocionado. No podía ni recordar mi nombre. Tardé semanas en recuperarme. Para cuando lo conseguí, ya estábamos en Moscú. Habíamos abandonado el campo. Tenían que encontrar comida. Me acordé de ti. Me acordé de nuestra madre. Me acordé de nuestra vida juntos. Por supuesto que me acordé. Pero, ¿qué podía hacer? No tenía elección. Tenía que seguir adelante. Lo siento.

Leo se estaba disculpando.

Andréi cogió las cartas y las barajó.

-Podías haberme buscado cuando fuiste mayor. Podías haberte esforzado. No me he cambiado el nombre. Era fácil encontrarme, especialmente para alguien poderoso.

Era cierto. Leo podría haber encontrado a su hermano; podría haberlo buscado. Había intentado sepultar su pasado. Y ahora su hermano se había abierto camino hasta su vida a base de asesinatos.

-Andréi, me pasé toda la vida intentando olvidar el pasado. Crecí con miedo de enfrentarme a mis nuevos padres. Me aterrorizaba la idea de recordarles el pasado, porque tenía miedo de que se acordasen de que habían intentado matarme. Me despertaba por las noches sudoroso, aterrado, preocupado de que hubieran cambiado de idea, y quisieran matarme otra vez. Hice todo lo posible para que me quisieran. Era una cuestión de supervivencia.

-Siempre quisiste hacer cosas sin mí, Pàvel. Siempre quisiste librarte de mí.

-¿Sabes por qué estoy aquí?

-Has venido a matarme. ¿Para qué otra cosa vendría un cazador? Después de matarme, a mí me odiarán y a ti te adorarán. Como siempre.

-Hermano, se me considera un traidor por buscarte.

Andréi parecía bastante sorprendido.

-¿Por qué?

-Han culpado a otras personas de tus asesinatos. Han muerto muchos inocentes, de manera directa o indirecta, por tus crímenes. ¿Lo entiendes? Tu culpabilidad es una vergüenza para el Estado.

Andréi no cambió su gesto. Finalmente dijo:

-Escribiré una confesión.

Otra confesiòn. ¿Y què diría?

Yo, Andrèi Sidòrov, soy un asesino.

Su hermano no lo entendía. Nadie quería su confesiòn, nadie quería que fuera culpable.

-Andrèi, no estoy aquí para llevarme tu confesiòn. Estoy aquí para asegurarme de que no matas a màs niños.

-No voy a detenerte. Ya he hecho lo que tenía que hacer. He demostrado que tenía razón. Te has arrepentido de no haberme buscado antes. De haberlo hecho, imagina todas las vidas que se habrían salvado.

-Estàs loco.

-Antes de que me mates, me gustaría jugar una partida de cartas. Por favor, hermano, es lo menos que puedes hacer por mì.

Andrèi barajò las cartas. Leo las mirò.

-Por favor, hermano, una partida. Si juegas, te dejarè que me mates.

Leo cogió sus cartas, no por la promesa que le había hecho su hermano, sino porque necesitaba tiempo para aclarar sus ideas. Necesitaba imaginar que Andrèi era un desconocido. Empezaron a jugar. Andrèi, concentrado, parecía totalmente satisfecho. Escuchò un ruido a un lado. Asustado, Leo se dio la vuelta. Al final de la escalera había una preciosa niña, con el pelo enmarañado. Se quedó en el último escalòn, apenas visible, como una especie de voyeur.

-Nadia, èste es mi hermano, Pàvel.

-¿El hermano del que me hablaste? ¿El que me dijiste que vendría de visita?

-Sí.

Nadia mirò a Leo.

-¿Tienes hambre? ¿Has hecho un largo viaje?

Leo no sabía què contestar. Andrèi lo hizo en su lugar.

-Deberías volver a la cama.

-Ya estoy despierta. Ahora no me podrè dormir. Me quedarè arriba, escuchando vuestra conversación. ¿No puedo sentarme con vosotros? Yo también quiero conocer a tu hermano. Nunca he conocido a ningún miembro de tu familia. Me gustaría mucho. Por favor, papà, por favor.

-Pàvel ha viajado mucho para encontrarme. Tenemos mucho de què hablar.

Leo tenía que librarse de la pequeña. Corría peligro de verse envuelto en una reunión familiar, con vasos de vodka, rodajas de carne y preguntas sobre su pasado. Había venido a matar.

-Quizà podríamos tomar algo de tè. ¿Queda algo?

-Sí, yo sè còmo se hace. ¿Despierto a mamá?

Andrèi dijo:

-No, deja que duerma.

-Entonces puedo hacerlo yo.

-Sí, hazlo tù.

Sonriò y subió corriendo las escaleras.

Nadia estaba emocionada. El hermano de su padre era guapo y estaba segura de que tendría muchas historias interesantes. Era un soldado, un héroe. Podía explicarle còmo convertirse en piloto de guerra. Quizá estuviera casado con una piloto. Abrió la puerta del salòn y soltó un grito. En la cocina había una mujer muy hermosa. Estaba completamente quieta, con una mano en la espalda, como si un gigante hubiera metido la mano en la cocina y la hubiera dejado allí: una muñeca en una casa de muñecas.

Raisa tenía el cuchillo oculto tras la espalda, el acero apretado contra el vestido. Había esperado fuera durante lo que le había parecido demasiado tiempo. Debía de haber habido algún problema. Tendría que terminar el trabajo ella misma. Nada más entrar por la puerta, se sintió aliviada al ver que había poca gente en la casa. Había dos camas, una hija y una madre. ¿Quién era aquella niña que tenía enfrente? ¿De dónde salía? Parecía contenta y emocionada. No estaba en absoluto tensa o asustada. No había muerto nadie.

-Me llamo Raisa. ¿Está aquí mi marido?

-¿Se refiere a Pàvel?

Pàvel... ¿Por qué lo llamaba Pàvel? ¿Por qué lo llamaba por su antiguo nombre?

-Sí...

-Me llamo Nadia. Encantada de conocerla. Nunca he conocido a ningún familiar de mi padre.

Raisa siguió con el cuchillo a la espalda. Familia... ¿De qué estaba hablando?

-¿Dónde está mi marido?

-Abajo.

-Me gustaría decirle que estoy aquí.

Raisa se acercó a las escaleras y se colocó el cuchillo delante para que Nadia no pudiera verlo. Abrió la puerta.

Empezó a bajar las escaleras muy despacio, mientras escuchaba una conversación muy tranquila. Bajó. Llevaba el cuchillo por delante, con el brazo extendido. Temblaba. Recordó que cuanto más tardase en matar a aquel hombre, más difícil le resultaría. Al llegar al final de la escalera vio a su marido jugando a las cartas.

Vasili ordenó a sus hombres que rodearan la casa. Era imposible que escapara nadie. En total lo acompañaban quince agentes. Muchos de ellos eran de allí, y no los conocía de nada. Tenía miedo de que siguieran las reglas, que arrestaran a Leo y a su mujer. Tendría que llevar el asunto de forma personal. Lo terminaría allí, se aseguraría de destruir cualquier prueba que pudiera hablar a favor de ellos. Se acercó con la pistola preparada. Dos hombres lo acompañaban. Les hizo un gesto para que se quedaran donde estaban.

-Dadme cinco minutos. Si no os llamo, no entréis. ¿Ha quedado claro? Si no salgo en cinco minutos, entrad en la casa y matad a todo el mundo.

A Raisa le temblaba la mano, con el cuchillo por delante. No podía hacerlo. No podía matar a aquel hombre. Estaba jugando a las cartas con su marido. Leo se acercó a ella.

-Yo lo haré.

-¿Por qué juegas a las cartas con él?

-Porque es mi hermano.

Más arriba oyeron gritos. La pequeña chillaba. Oyeron una voz de hombre. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Vasili apareció en lo alto de las escaleras, con la pistola en la mano. Examinó la situación. Él también parecía confuso. Se fijó en las cartas.

-Has viajado mucho para jugar a las cartas. Pensé que estabas buscando a tu supuesto asesino de niños. ¿O es que esto forma parte de tu interrogatorio?

Leo lo había retrasado demasiado. Ahora no había forma de matar a Andrèi. Si hacía cualquier movimiento brusco, recibiría un disparo y Andrèi seguiría libre. Aunque su hermano ya no tuviera un motivo para matar (se habían encontrado), no creía que fuera capaz de parar. Había fracasado. Había

hablado cuando debía haber actuado. Había olvidado que había mucha más gente que prefería verlo muerto a él que a su hermano .

-Vasili, necesito que me escuches.

-De rodillas.

-Por favor...

Vasili amartilló la pistola. Leo cayó de rodillas. Lo único que podía hacer era obedecer, suplicar, pedir. Pero aquél era un hombre que no escuchaba, a quien no le importaba otra cosa que no fuera su venganza personal.

-Vasili, es importante.

Vasili le puso la pistola sobre la cabeza.

-Raisa, agáchate junto a tu marido. ¡Ahora!

Ella se unió a su marido, igual que en las ejecuciones del granero. La pistola estaba en su nuca. Raisa cogió la mano de su marido y cerró los ojos. Leo gritó:

-¡No!

En respuesta, Vasili le dio unos golpecitos en la cabeza a Raisa, burlándose de él.

Ella obedeció. Él le puso la pistola en la nuca. Vasili dijo:

-Leo...

La voz de Vasili se apagó. Raisa sujetaba con fuerza la mano de Leo. Pasaron los segundos, en silencio. No sucedía nada. Leo se dio la vuelta, muy despacio.

El cuchillo de sierra había penetrado en la espalda de Vasili y había salido por el estómago. Allí estaba Andréi, con el cuchillo en la mano. Había salvado a su hermano. Había cogido el puñal con calma – sin tropezar ni chocar con nada- y había apuñalado a aquel hombre limpia y silenciosamente, con suma habilidad. Andréi estaba contento, tan contento como lo había estado cuando mataron a aquel gato. Más contento que nunca.

Leo se levantó y le quitó a Vasili la pistola de la mano. De su boca salía sangre. Seguía vivo, pero su mirada ya no era calculadora, ya no pergeñaba plan alguno. Levantó la mano y la colocó sobre el hombro de Leo, como si estuviera despidiéndose de un amigo, antes de desplomarse. Aquel hombre, que había dedicado su existencia a cazar a Leo, estaba muerto. Pero Leo no sintió alivio ni satisfacción. Lo único que podía pensar era que tenía que cumplir una tarea.

Raisa se levantó junto a Leo. Andréi se quedó donde estaba. Nadie hizo nada. Leo levantó el arma lentamente y apuntó justo al puente de las gafas de su hermano. En aquella pequeña habitación apenas había medio metro de separación entre el cañón de la pistola y la cabeza de su hermano.

Una voz gritó:

-¿Qué haces?

Leo se dio la vuelta. Nadia estaba en las escaleras. Raisa susurró:

-Leo, no nos queda mucho tiempo.

Pero Leo no podía hacerlo. Andréi dijo:

-Hermano, quiero que lo hagas.

Raisa extendió las manos, rodeó con ellas la mano de Leo. Juntos apretaron el gatillo. La pistola se disparó, sintieron el retroceso. La cabeza de Andréi se fue hacia atrás y él cayó al suelo.

El escuchar el disparo, los agentes entraron en la casa y bajaron por las escaleras. Raisa y Leo soltaron el arma. El agente que estaba a cargo miró el cuerpo de Vasili. Leo habló primero. Le temblaba la mano. Señaló a Andréi, su hermano pequeño.

-Este hombre era un asesino. Su superior ha muerto intentando capturarlo.

Leo cogió el maletín negro. No sabía si sus sospechas serían acertadas, pero lo abrió. Dentro había un bote de cristal envuelto en papel. Desenroscó la tapa y echó el contenido sobre la mesa, sobre las cartas. Era el estómago de la última víctima de su hermano, envuelto en un ejemplar de "Pravda". Leo añadió con una voz casi inaudible:

-Vasili murió como un héroe.

Mientras los agentes se movían alrededor de la mesa, examinando aquel espantoso descubrimiento, Leo se echó hacia atrás. Nadia lo miraba fijamente, con la furia de su padre en la mirada.

MOSCU

18 de julio.

Leo estaba frente al mayor Grachev, en el despacho en el que se había negado a denunciar a su esposa. No reconocía a aquel hombre. No había oído hablar de él. Nadie aguantaba mucho en los escalones más altos de la Seguridad del Estado, y habían pasado cuatro meses desde la última vez que había estado allí. Esta vez no habían ninguna posibilidad de que los castigaran con un exilio supervisado o que los enviaran a los gulags. Sus ejecuciones tendrían lugar allí, ese mismo día.

El mayor Grachev dijo:

-Su anterior supervisor era el mayor Kuzmín, un hombre de Beria. Ambos han sido arrestados. Su caso depende ahora de mí.

Frente a él tenía el arrugado archivo confiscado en Voualsk. Grachev hojeó las páginas, las fotografías, las declaraciones, las transcripciones de los juicios.

-En aquel sótano encontramos restos de tres estómagos, dos de los cuales habían sido cocinados. Se los habían arrancado a los niños, aunque todavía tenemos que averiguar quiénes eran las víctimas. Tenía usted razón. Andréi Sidórov era un asesino. He comprobado su historial. Al parecer era un colaborador de la Alemania nazi al que soltaron por equivocación después de la guerra en lugar de procesarlo como era debido. Fue un error imperdonable por nuestra parte. Era un agente nazi. Lo enviaron con instrucciones de vengarse de nosotros, por nuestra victoria contra el fascismo. La venganza se materializó en forma de asesinatos de nuestros niños; atacaron al futuro mismo del comunismo. Es más, era una campaña de propaganda. Querían que nuestro pueblo pensara que nuestra sociedad era capaz de producir un monstruo como éste, cuando en realidad había sido corrompido y educado en Occidente, transformado por el tiempo que pasó lejos de su hogar. Regresó con el corazón extranjero, envenenado. Me he fijado en que ninguno de los asesinatos tuvo lugar antes de la Guerra Patriótica.

Hizo una pausa y miró a Leo.

-¿No era eso lo que había pensado usted?

-Era exactamente lo que había pensado, señor.

Grachev le tendió la mano.

-Su servicio a este país ha sido loable. He ordenado que lo asciendan, que le den un puesto mayor en la Seguridad del Estado; tendría el camino abierto para entrar en política, si ése fuera su deseo. Nuestro líder, Krushev, considera que los problemas que padeció usted durante la investigación forman parte de los imperdonables excesos del estalinismo. Su mujer ha sido liberada. Como le ayudó a capturar a ese agente extranjero, ya no cabe duda de su lealtad. Los historiales de ambos quedarán totalmente limpios. Sus padres recuperarán su antiguo apartamento. Si no está disponible, encontraremos uno mejor.

Leo permaneció en silencio.

-¿No tiene nada que decir?

-Es una oferta muy generosa. Y me honra. Comprenderà que actuè sin pensar en ningùn momento en ser ascendido. Lo ùnico que sabìa era que habìa que detener a ese hombre.

-Entiendo.

-Pero me gustaría pedir permiso para rechazar su oferta y, en su lugar, hacer una propuesta.

-Adelante.

-Me gustaría hacerme cargo de un departamento de homicidios en Moscù. Si no existe tal departamento, me gustaría crearlo.

-¿Què necesidad hay de un departamento como èse?

-Como ya ha mencionado usted, el asesinato se convertirá en un arma contra nuestra sociedad. Si no pueden difundir su propaganda por los medios convencionales, recurrirán a métodos menos ortodoxos. Creo que el crimen será un nuevo frente en nuestra lucha contra Occidente. Lo usaràn para minar la armoniosa naturaleza de nuestro país. Cuando lo hagan, quiero intentar impedirlo.

-Continùe.

-Me gustaría que trasladaran al general Nèsterov a Moscù. Me gustaría que trabajase conmigo en este nuevo departamento.

Grachev sopesò la petición, asintiendo con solemnidad.

-Estarè encantado de promover su propuesta.

Raisa esperaba fuera mirando la estatua de Dzerzhinski. Leo saliò del edificio y le cogió la mano; un descarado despliegue emocional, que sin duda estaría siendo examinado por los que miraban por las ventanas de la Lubianka. No le importaba. Estaban a salvo, al menos de momento. Eso era suficiente; era màs tiempo del que podían esperar. Mirò la estatua de Dzerzhinski y se dio cuenta de que no podía recordar ni una palabra de lo que había dicho aquel hombre.

UNA SEMANA MAS TARDE

MOSCU

25 de julio.

Leo y Raisa estaban sentados en el despacho del director del orfanato 12, cerca del zoológico. Leo mirò a su mujer y preguntò:

-¿Por què tardan tanto?

-No lo sè.

-Algo no va bien.

Raisa negó con la cabeza.

-No lo creo.

-Al director no le hemos caído muy bien.

-A mì me parece un buen tipo.

-Pero, ¿què pensarà èl de nosotros?

-No lo sè.

-¿Crees que le hemos caído bien?

-En realidad no importa mucho lo que piense él. Importa lo que piensen ellas.

Leo se levantó, intranquilo, y dijo:

-Él es quien tiene que firmar los papeles.

-Los firmará. Ése no es el problema.

Leo se sentó de nuevo, asintiendo.

-Tienes razón. Estoy nervioso.

-Yo también.

-¿Tengo buen aspecto?

-Sí.

-¿No parezco demasiado formal?

-Relájate, Leo.

Se abrió la puerta y el director, un hombre de unos cuarenta años, entró.

-Las he encontrado.

Leo se preguntaba si era una frase hecha o si había buscado literalmente por todo el edificio. Aquel hombre se echó a un lado. Junto a él había dos niñas, Zoya y Elena, las hijas de Mijaíl Zinóviev. Habían pasado varios meses desde que vieron cómo ejecutaban a sus padres sobre la nieve, frente a su casa. La transformación física había sido dramática. Habían perdido peso, color. La más pequeña, Elena, de tan sólo cuatro años, tenía la cabeza rapada. La mayor, Zoya, de diez, tenía el pelo muy corto. Casi con toda seguridad tenían piojos.

Leo se levantó. Miró al director.

-¿Podríamos quedarnos un momento a solas?

Al director no le gustó esa petición. Pero aceptó y se marchó, cerrando la puerta. Las dos niñas se quedaron con la espalda pegada a la puerta, tan alejadas como les fue posible.

-Zoya, Elena, me llamo Leo. ¿Os acordáis de mí?

No hubo respuesta, no alteraron su gesto. En sus ojos permanecía la alerta, la sensación de peligro. Zoya cogió la mano de su hermana pequeña.

-Ésta es Raisa, mi esposa. Es profesora.

-Hola, Zoya, hola, Elena. ¿Por qué no os sentáis? Se está mucho más cómodo sentado.

Leo cogió las sillas y las acercó a las pequeñas. Aunque al principio parecían reacias, se acercaron y se sentaron, todavía cogidas de la mano y sin decir nada.

Leo y Raisa estaban agachados, de modo que las niñas los miraban desde arriba, manteniendo todavía la distancia. Tenían las uñas negras –perfectas líneas de mugre– pero, aparte de eso, sus manos estaban limpias. Era evidente que las habían arreglado apresuradamente antes del encuentro. Leo empezó a hablar:

-Mi esposa y yo queremos ofrecerles un hogar, nuestro hogar.

-Leo me ha explicado por qué estáis aquí. Lo siento mucho si os molesta hablar de ello, pero es importante que tratemos esto ahora.

-Aunque intenté evitar el asesinato de vuestros padres, fracasé. Quizá no veáis diferencia alguna entre el agente que cometió aquel terrible crimen y yo. Pero os lo prometo, yo soy distinto.

Leo dudó. Esperó un segundo y recuperó la compostura.

-Quizá penséis que al vivir con nosotros estáis traicionando la memoria de vuestros padres. Pero yo creo que vuestros padres habrían querido lo mejor para vosotras. Y la vida en estos orfanatos no os ofrecerá nada. Después de cuatro meses estoy seguro de que entenderéis eso mejor que nadie.

Raisa prosiguió:

-Os pedimos que tomèis una decisi3n complicada. Las dos sois muy j3venes. Por desgracia, vivimos en una 3poca en la que los ni1os tienen que tomar decisiones de adultos. Si os quedàis aqu3, vuestras vidas seràn duras, y no es probable que vayan a mejor.

-Mi esposa y yo queremos devolveros vuestra ni1ez, queremos daros la oportunidad de disfrutar de vuestra juventud. No ocuparemos el lugar de vuestros padres. Nadie puede reemplazarlos. Seremos vuestros guardianes. Os cuidaremos, os daremos de comer y os proporcionaremos un hogar.

Raisa sonri3 y a1adi3:

-No queremos nada a cambio. No tenèis que querernos, ni siquiera hace falta que os caigamos bien, aunque esperamos que as3 sea algùn d3a. Podèis aprovecharos de nosotros simplemente para salir de aqu3.

Leo, que imagin3 que las ni1as iban a decir que no, a1adi3:

-Si dec3s que no, intentaremos encontrar a otra familia que os acoja, una que no estè relacionada con vuestro pasado. Si eso os resulta màs fàcil, podèis dec3rnoslo. Lo cierto es que no puedo reparar lo sucedido. Pero s3 puedo ofreceros un futuro mejor. No queremos nada a cambio. Os seguirèis teniendo la una a la otra. Tendrèis vuestro propio cuarto. Pero siempre me conocerèis como el hombre que lleg3 un d3a a vuestra granja a arrestar a vuestro padre. Quizà el recuerdo disminuya con el tiempo, pero sè que nunca desaparecerà. Eso harà que nuestra relaci3n sea complicada. Pero creo, por propia experiencia, que puede funcionar.

Las ni1as se quedaron sentadas, en silencio, mirando a Leo, a Raisa. No hab3an reaccionado ni se hab3an movido. Segu3an sentadas, cogidas de la mano. Raisa coment3:

-Sois libres de decir que s3 o que no. Podèis pedirnos que busquemos otra familia. Depende totalmente de vosotras.

Leo se levant3.

-Mi mujer y yo vamos a dar un paseo. Os dejaremos que lo hablèis, las dos solas. Tenèis el despacho para vosotras. Tomad la decisi3n que queràis. No tenèis por què tener miedo.

Leo pas3 junto a las ni1as y abri3 la puerta. Raisa se levant3 y sali3 al pasillo, seguida de Leo, que cerr3 la puerta tras ellos. Juntos caminaron por el pasillo, màs nerviosos que nunca en sus vidas.

En el despacho, Zoya abraz3 a su hermana peque1a.

FIN.